

CARTA AL LECTOR:

Plutarco Cisneros Andrade,

Presidente del IOA,
Canciller de la UO

Un viejo texto dice que “si dos dicen lo mismo, no es lo mismo”. Esta fórmula define con lucidez la complejidad y profundidad del pensamiento y del lenguaje humano.

El coronavirus, sin duda alguna, alteró y modificará las matrices culturales de la sociedad global y tendrá impactos en las sociedades locales. Si más de dos hablan sobre lo mismo, estarán de acuerdo en señalarlo como una gran crisis pero el alcance de sus efectos se vuelve una ramificación extendida de conceptos.

Una de las tareas más difíciles de los seres humanos, es entenderse y lograr consensos. Una alternativa válida es la de volver a repensar salidas contraponiendo a la realidad de las crisis la alternativa de las respuestas utópicas.

La utopía, en tanto concepto, está estrechamente vinculada a la necesidad de generar nuevas expectativas de organización social, que incluyen valores y principios; a una propuesta de cambio radical, a través de la acción política.

En ese contexto de cambio de matriz cultural, “Utopía supone siempre una crítica y un cuestionamiento del orden existente.”

Einstein decía que:

Es en la crisis que nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a si mismo sin quedar superado. [...] Sin crisis no hay desafíos, sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía. Sin crisis no hay méritos. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno porque sin crisis todo viento es caricia.

Hablar de crisis es promoverla, y callar en la crisis es exaltar el conformismo. En los momentos de crisis, solo la imaginación es más importante que el conocimiento.

En tanto para Martín Hopenhayn:

Atributos tales como la solidaridad y la participación, la identidad social y la libertad, la pertenencia y el trabajo, la comunicación y el afecto, la creatividad colectiva y la diversidad cultural, debieran ser rescatados por la construcción utópica como medios y fines: poseen valor en sí mismos e irradian efectos

deseables más allá de sí mismos. La realización continua de necesidades y la actualización progresiva de potencialidades es, simultáneamente, camino y utopía.

Al ser un quehacer cultural, la utopía, necesariamente, implica cambiar matrices culturales vigentes, pero, manifiestamente, incapaces de dar respuestas a nuevos requerimientos.

De esta crisis múltiple tienen que salir respuestas múltiples. Tarea nuestra es dialogar con la comunidad y, especialmente con los jóvenes, sobre la necesidad de buscar esas nuevas salidas a través de ideas utópicas. El Papa Francisco decía que:

Un joven tiene la ilusión de la utopía y la utopía no es siempre negativa. La utopía es respirar y mirar hacia delante. El joven tiene menos experiencia de vida, pero a veces la experiencia nos frena. Y él tiene más energía para defender sus ideas. Un joven es esencialmente un inconformista y eso es muy lindo.

El Instituto Otavaleño de Antropología y la Universidad de Otavalo nacieron como respuestas a procesos de crisis en el contexto de contraponer a ellas la idea de las utopías. Perseveramos, de modo permanente, en crear y hacer realidad sueños y en mantener la integridad para cumplirlos.

Quizá ese sea nuestro mayor legado: haber disfrutado de días de esperanza y haber permanecido en días de desaliento.

En la propia identificación de nuestra Universidad de Otavalo, en el año 2000, al señalar su rumbo, volvimos a insistir en la idea utópica de ser libres y unidos en la diversidad, liberi et iuncti in diversitate, y al hacerlo no solo exteriorizamos personales anhelos, sino transmitimos una necesidad colectiva.

Con Eduardo Galeano coincidimos en que:

*La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.
¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar.*

Coincidamos en que es necesario caminar buscando utopías comunes en procura de hacer de nuestra sociedad y de la naturaleza que nos alberga, sitio grato para la vida, caracterizada por el respeto recíproco y la solidaridad compartida.

Publicado por :

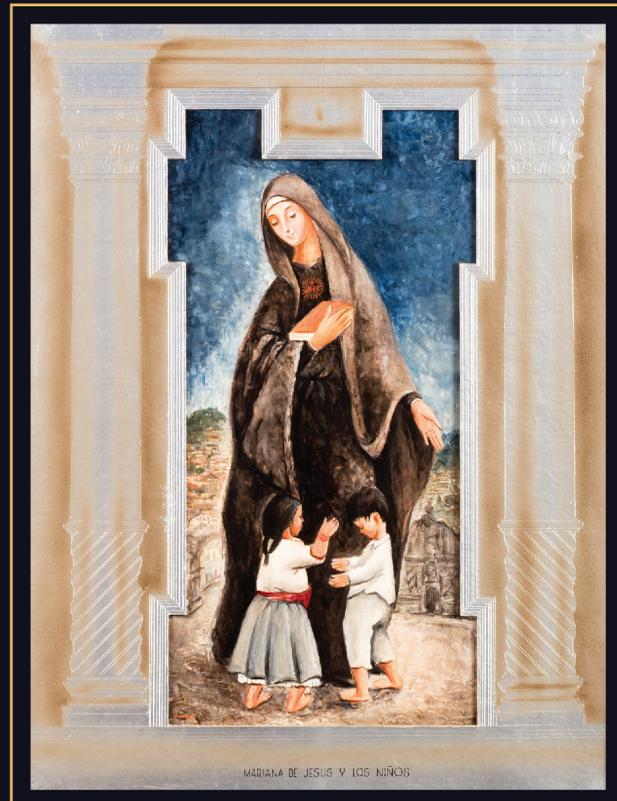


Auspiciado por:



Plutarco Cisneros Andrade

BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA



INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA

CARLOS SUÁREZ VEINTIMILLA

Susana Cordero de Espinosa

EN EL CINCUENTENARIO DEL



INSTITUTO OTAVALEÑO
DE ANTROPOLOGÍA
1966 - 2016

La creación de la BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA pretende articular en un solo gran cuerpo las más significativas investigaciones realizadas, que están en curso y las que complementen el conocimiento sobre la vivencia de gentes y pueblos, temporalmente presentes, al menos desde hace 1800 años y, territorialmente, asentadas en el área comprendida entre el río Guayllabamba y los linderos de Pasto.

La BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA, es el afectuoso homenaje a los amigos que, en el transcurso del tiempo, en calidad de miembros de número del Instituto Otavaleño de Antropología, me acompañaron y contribuyeron con sus esfuerzos, aportes y lealtad, a dar solidez a ese sueño nacido en 1966, que, en su trayectoria, en sucesiva relación de utopías y crisis, fue posible sobrevivir por su constancia y compromiso con una obra que, siempre estuvo definida, no fue motivada por intereses personales ni de grupo sino como un aporte a la colectividad, y en la que no importaron los esfuerzos y sacrificios realizados. Sueño que es también un reto para los nuevos que asumen la tarea de ampliarlo y darle la perspectiva que requiera.

Para los que, en calidad de investigadores titulares o asociados y amigos que se sumaron para hacer realidad ese sueño y con su tarea seria y fecunda contribuyeron y lo siguen haciendo a enriquecer el patrimonio cultural del país; y, para quienes desde el ámbito operativo creyeron en él y lo apoyaron con generosidad de espíritu.

©Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)

©Universidad de Otavalo (UO)

Plutarco Cisneros Andrade
Fundador y Presidente IOA

Juan Carlos Cisneros Burbano
Vicepresidente IOA

Marcelo Valdospinos Rubio
Hernán Jaramillo Cisneros
Juan Carlos León Guarderas
Juan Andrés León Cisneros
Vocales del Consejo Directivo IOA

Diego Rodríguez Estrada
Director de Investigación IOA

Patricio Guerra Guerra
Administrador General

Plutarco Cisneros Andrade
Fundador y Canciller

Juan Carlos Cisneros Burbano
Vicecanciller

Rosalía Arteaga Serrano
Rodrigo Pinto Dávila
Miguel Andrade Varea
Vocales del Consejo de Regentes

Antonio Romillo Tarke
Rector

Francisco Becerra Lois
Vicerrector

Diego Jaramillo Acosta
Vicerrector Administrativo y Financiero

Jorge Mantilla Salgado
Director de Investigación

© Plutarco Cisneros Andrade
Biblioteca Cincuentenario IOA
Certificado registro IEPI
QUI-042589

© Biblioteca Cincuentenario IOA - Plutarco Cisneros Andrade
© Carlos Suarez Veintimilla- Susana Cordero de Espinosa

© Editor de la Biblioteca Cincuentenario IOA
Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)

Dirección electrónica: ioa_otavalo@hotmail.com

Primera edición (digital): abril 2020

Portada : Mariana de Jesus y los niños - Bolívar Mena Franco

Logotipo : Jorge Perugachy

Diagramación: Luis Alajo Plazas

Asistente de edición: Diego Samaniego

© Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total o parcialmente, ni registrada ni transmitida por sistemas de recuperación de información de ninguna forma ni por medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor o del IOA.

Información:

Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)
Diego Rodríguez Estrada - Director de Investigaciones
droduguez@uotavalo.edu.ec

Universidad de Otavalo
Jorge Mantilla Salgado - Director de Investigación
jmmantilla@uotavalo.edu.ec

La Biblioteca Cincuentenario IOA, es, de manera especial, un tributo a mi esposa e hijos sin cuya fortaleza, comprensión y aliento, sin duda, todos los del largo trayecto recorrido, habrían sido sueños imposibles de germinar.

Plutarco Cisneros Andrade,

BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA

Autor y director

Plutarco Cisneros Andrade

Comisión Editorial Asesora

Fernando Jurado Noboa,

Jorge Gómez Rendón,

Diego Rodríguez Estrada,

Jorge Mantilla Salgado

Comisión Ejecutiva

Juan Carlos Cisneros Burbano

CARLOS SUÁREZ
VEINTIMILLA

Susana Cordero de Espinosa



ÍNDICE

EL POETA RELIGIOSO	23
Sobre la poesía	25
<i>La época</i>	27
<i>Poesía y claridad</i>	47
<i>Datos, historia, itinerario</i>	49
<i>Conocer mejor al sacerdote y poeta</i>	51
<i>El Académico</i>	94
<i>Bienvenida a la Academia</i>	116
<i>Hacia la intimidad del poeta</i>	128
En torno a la poesía religiosa de Carlos Suarez Veintimilla.	133
<i>Poesía religiosa y poesía mística</i>	148
<i>De serenata a la virgen</i>	150
Bibliografía	153
BREVE ANTOLOGÍA	157

<i>Como esa higuera</i>	159	<i>Tren</i>	202
<i>Ensueño</i>	160	<i>Vuelve</i>	203
<i>Quiero</i>	161	<i>El tequendama</i>	204
<i>Paz</i>	162	<i>5 Cantos de soledad</i>	205
<i>Acuarela</i>	163	<i>La lámpara</i>	206
<i>Visita</i>	164	<i>Pájaros asustados</i>	207
<i>Lámpara</i>	165	<i>En sus rodillas</i>	208
<i>Después de la comunión</i>	166	<i>Serenata a la virgen</i>	209
<i>Llama</i>	167	<i>Al fin de la fila</i>	210
<i>Madre</i>	169	<i>Visita</i>	211
<i>Cuadernos de ausencia</i>	169	<i>Blancura ausente</i>	212
<i>Ventana al tiber</i>	170	<i>Llave del monumento</i>	213
<i>Nevada</i>	171	<i>Sobresalto</i>	215
<i>Nieve</i>	172	<i>Rosario de la aurora</i>	216
<i>Recuerdos</i>	173	<i>Aquí</i>	217
<i>Atardecer</i>	174	<i>Silencio</i>	218
<i>El alma de la tarde</i>	175	<i>Sobre tu pie desnudo</i>	219
<i>Ángel mío</i>	176	<i>Teresita</i>	220
<i>Campo</i>	177	<i>Bajo tu manto</i>	221
<i>Por los tristes senderos</i>	178	<i>Con estas pobres piedras</i>	222
<i>Hiel</i>	179	<i>Vengo de un camino</i>	224
<i>Ser niño</i>	180	<i>Claustro de san francisco</i>	226
<i>Como eres boy</i>	181	<i>Luciérnaga</i>	227
<i>Corriente serena</i>	182	<i>El pequeño mendigo</i>	228
<i>Dolor</i>	183	<i>Hallé en tus ojos</i>	229
<i>Manzanas</i>	184	<i>Soledad</i>	230
<i>Gruta azul</i>	184	<i>10 Cartas</i>	231
<i>Soledad</i>	185	<i>Martha</i>	232
<i>Campanas de noche buena</i>	186	<i>A María</i>	233
<i>El yunque</i>	187	<i>A Gabriel Méndez Plancarte</i>	234
<i>Alondras</i>	187	<i>A Alfonso Méndez Plancarte</i>	326
<i>Sobre el mundo</i>	188	<i>A Alejandro Suárez P.</i>	237
<i>El infinito instante</i>	189	<i>A John Kennedy</i>	238
<i>Amistad</i>	189	<i>Bodas de plata</i>	240
<i>Procesión</i>	190	<i>Río cachi aco</i>	241
<i>Tú solo</i>	291	<i>Cascada Ines Maria</i>	242
<i>Visita al monumento</i>	192	<i>Cayambe</i>	242
<i>Recondita presencia</i>	293	<i>4 Tiempos</i>	243
<i>Hallazgo</i>	194	<i>Yo te bendigo</i>	244
<i>Vuelo</i>	195	<i>La tarde va llegando</i>	244
<i>Nostalgia del mar</i>	196	<i>Misa en la montaña</i>	245
<i>Nuestra señora de las lajas</i>	197	<i>Adviento</i>	246
<i>Pan</i>	198	<i>Hermano pobre</i>	247
<i>Cuerda</i>	199	<i>Estampas</i>	248
<i>Nostalgia</i>	200	<i>Inspiración</i>	249
<i>Nocturno de la buraña amistad</i>	201	<i>Ofertorio de mi misa de mañana</i>	250
<i>Poesía</i>	201		

Una nueva mirada a la obra de Carlos Suárez Veintimilla

Plutarco Cisneros Andrade

Este empeño de recopilar, en una a manera de pequeña Biblioteca, estudios sobre gentes y pueblos y su relación con los entornos geográficos en los que se asientan- que no otra cosa es la cultura-, es, en perspectiva, una mirada complementaria de muchos viajes y muchos viajeros, desde la doble visión: la del que viaja para “reconocer y desconocerse en otros seres humanos y en otros lugares, en otras lenguas y en otros modos de vida” y la del que los recibe en su seno porque “los visitados sufren igual dislocamiento cuando permiten que un hombre ajeno entre en su medio. El viajero y el visitado son dos caras de una misma moneda, dos formas de existir que se complementan y se recrean mutuamente”, que nos dice Jorge Gómez Rendón.¹

Cuando, en el plan general de esta Biblioteca, requería el estudio de la obra de Carlos Suárez Veintimilla, tuve la certeza de que la doctora Susana Cordero era la persona que podía hacerlo no solo con la solidez intelectual del crítico literario sino, además, porque al haber apoyado en forma importante, desde temprano inicio, la tarea de las nuevas utopías que se iniciaban en esta casa, durante mucho tiempo compartió con gentes asentadas en esta tierra imbabureña, es decir, con los dos elementos que cobijan la obra del poeta: su entorno social y su entorno geográfico, tan indisolubles en el quehacer cultural.

Su grata decisión de aceptar mi pedido, decisión que valoro de modo muy significativo, permite al lector una aproximación a la poesía de Carlos Suárez Veintimilla desde una nueva perspectiva en la que, probablemente, pesen menos las subjetividades afectivas con las que varios estudiosos

1 Jorge Gómez Rendón. Viajeros en la región de Otavalo (I). En Plutarco Cisneros Andrade: Biblioteca Cincuentenario IOA. Vol.21. 2015-

lo han tratado, para dar paso a una percepción que conjuga la tarea del erudito, objetiva, con la calidez de quien, al conocer, con ojos de viajero, el entorno en el que vivió el poeta y religioso, está exento del cumplido comprovinciano, pero no está ausente de la cotidianidad y, por lo mismo, contextualiza su vida, su obra y sus aportes a la poesía ecuatoriana. Este estudio redimensiona la obra del ilustre ibarreño, valiosa, sin duda alguna. Y, por lo mismo, imprescindible en esta Biblioteca.

Suárez Veintimilla es un poeta y es un religioso.

Para hablar del poeta, hay que primero hablar de la poesía. Para hablar de su poesía religiosa, hay que adentrarse en el universo del hombre que la siente y escribe. A ello nos conduce su estudio. Sitúa las grandes coordenadas de su viaje y las motivaciones con las que inicia el recorrido:

[...] para culminar esta rápida, aunque inexcusable referencia a los movimientos literarios y la concepción poética del siglo XX, a aquel pensamiento sobre lo poético que predominaba en el tiempo que tocó vivir a nuestro autor, pretendo resumir someramente la concepción 'heideggeriana' de la poesía y otras concepciones igualmente fértiles, a mi entender. Quiero, al hacerlo, situar el hecho poético en el complejo ámbito de la comunicación humana, como un esfuerzo no dado a todos, de anhelo de lo esencial, de búsqueda de la trascendencia mediante la percepción personal del ámbito de la palabra y del silencio, volcada hacia una creación consciente de sus límites, siempre imposibilitada de alcanzar la soñada expresión.

El pensamiento de Heidegger, sin duda, polémico por las connotaciones políticas que marcan su obra, a la que se vincula con el nacionalsocialismo, no puede ser eludido, por su valor de influencia contemporánea y, desde luego, debe ser analizado no solo desde las perspectivas de acto de reflexión interno en procura de una "comprensión del ser (en tanto) fundamento del hombre".

Abrir el Da-sein heideggeriano a una realidad de significado que trascienda la mundaneidad germánica, para poder escuchar la voz del "otro", de ese "no ser" que tantas veces Heidegger ha reivindicado, que forma parte del ser, en un pensamiento libre y abierto, que piensa desde la Lichtung con clara y determinada conciencia de que lo es.

Enfrentarle a la tradición hermenéutica de los filósofos recogidos en su obra, pero siempre desde la mirada de su momento histórico. Confrontar su ontología con la ética, es decir, el análisis del “ser de las cosas mismas” con las “consecuencias” que de ellas se desprenden y que, también, forman parte de su ser. Ubicarlo dentro de las grandes líneas del pensamiento contemporáneo, incluidas las más distantes de su propia filosofía, dado que todas ellas proceden de un mismo origen y forman parte de una misma tradición, ante la cual nadie puede considerarse un propietario privilegiado.²

Susana Cordero, expresa:

*“Heidegger, en su conocido ensayo titulado **Hölderlin y la esencia de la poesía**, repite aquella formulación del genial poeta alemán, «Lo que dura, lo fundan los poetas» aseveración que puede ser tomada como síntesis de la tesis heideggeriana sobre el carácter fundante que pertenece al arte de la palabra poética; asimismo, en su conocida **Carta sobre el humanismo (1946)** define el lenguaje como «la casa del ser». [...] Al hablar de esta ‘casa del ser’ el genial filósofo alemán atribuye al lenguaje, no solamente la posibilidad de expresar lo ‘real’, lo que ‘es’, sino, de modo central, el ámbito único en el que el ser ‘es’. El lenguaje, sistema de significados, se vuelve, en la poesía, en el arduo buscar de la palabra fundante, el ámbito en el cual el ser ‘habita’, donde se da ‘el acontecer del ser’. Ser y lenguaje perviven en dependencia recíproca y, aunque el hombre ‘habla’, el lenguaje ‘dispone’ del ser humano pues ‘condiciona y delimita sus posibilidades de experiencia’ y sus posibilidades de expresión...*

Así, “[...] la poesía es fundación (de lo que permanece) por la palabra y en la palabra. El poeta nombra las cosas”³

Ortega y Gasset, al respecto, considerará necesario “el hacer patente lo latente”, para lo cual se requiere no limitarse al mundo de las palabras aisladas sino de los “contextos”, en donde las cosas dejan de ser palabras para convertirse en pragmata, en “asuntos”, que tienen relación con el hombre.”⁴

2 La voz del nazismo y el final de la filosofía, Julio Quesada Martínez (coordinador). Paz Pérez Encinas. <http://www.revistadefilosofia.org/55-18.pdf>

3 <https://aquelana.wordpress.com/2007/08/15/Heidegger-lenguaje-y-ser/>

4 <http://sergio-hinojosa.blogspot.com/2013/04/ortega-y-gasset-contexto-filosofico.html>

Desde ese punto de partida, Susana deriva las acciones del lenguaje a las específicas del lenguaje poético, que nos permite “el acceso a la diferencia, a lo otro del mundo” para interrogarse si “eso otro, ¿no es precisamente, la creación poética en su originalidad radical?

Lenguaje poético que reconoce a la poesía como “medio de reapropiación del lenguaje, contra la dispersión y alienación de la banalidad cotidiana”, a la que -digo- no ha de mirársele con juicio peyorativo, pues de ese milagro que es la vida cotidiana, toma el poeta su esencia y la transforma en lenguaje poético, y lo hace para que los demás lo recojan y lo hagan suyo. Pues, como decía Unamuno,

“[...] Y poesía popular, en el sentido de algo colectivo, que brota del pueblo, de la masa, no ha existido jamás. Lo que hacen es obrar en el espíritu del poeta, del individuo creador y recoger luego sus cantos...”⁵

[...] “el lenguaje poético *funda* solo en cuanto está en relación con *lo otro* de él, *el silencio*. Y el silencio funciona en relación con el lenguaje, como la muerte en relación con la existencia”, dice, para añadir luego: “la palabra poética, es, a la vez, silencio...El silencio no es un callar momentáneo, puesto que constituye el ser mismo del decir”. Y digo: aun así fuera un callar, que no lo es, el propio silencio, acaso, ¿no tiene sonido? ¿El sonido del silencio que se produce cuando tenemos que decir las palabras debe verse como acción íntima o, como una limitación? Afortunado el poeta que puede decodificar ese silencio.

Para aproximarse y aproximarnos a la poesía de Suárez Veintimilla, va, como si fuera un ovillo, desarrollándolo:

Pero la palabra poética es también mediadora... Existe, para Heidegger, el ámbito de lo sagrado que no necesariamente se relaciona con lo divino. Es ‘un horizonte unitario en el que dioses y mortales pueden aparecer’. Pero no hay un ‘fin religioso’ en la concepción heideggeriana de la poesía, pues lo sagrado se puede indicar también como ‘naturaleza’, o como ‘caos’, nombres que quitan la impresión de un fin genéricamente religioso en la hondura significativa de la poesía.

5 M. de Unamuno. Obras completas. Tomo VII. 1958

A la que, en cita de la propia autora, Octavio Paz se refiere cuando define que la poesía “no está hecha para cambiar el mundo ni para cambiar al hombre [...] enriquece y sensibiliza la vida de la persona a la que llega [...] por su poder estético que trasciende cuanto es: tiempo, espacio, circunstancia, historia”. No obstante, y, en testimonio del propio Paz de los años tempranos, no dejará de ser “testimonio del éxtasis, del amor dichoso, (aunque) también lo es de la desesperación, Y tanto como un ruego puede ser una blasfemia”. O, ser “poesía de soledad o de comunión”.

Persona tan estrechamente vinculada con la palabra, Susana dice que

El poder de sugestión de las palabras ha de vivirse en el poema gracias a su constitución particular, ilógica respecto de nuestra lógica cotidiana... En cuanto auténtica poesía, es inimitable en su unicidad, pero si el poema es irrepetible, se recrea en la constancia del lector”, Esta irrepetibilidad y unicidad son claves para la conciencia crítica respecto de la calidad efectivamente poética de la poesía de ciertos autores

Y a partir de esas reflexiones [pretende?] inducirnos a encontrar en el lenguaje poético de Suárez Veintimilla, la posibilidad de tornarnos “gustadores de poesía”, y de identificar en cuántos de sus poemas, el poeta “logra narrar y transmitir el corazón que lo escribió de la manera más profunda y bella,... que nos emociona hondamente”.

Pues, como reflexiona y se pregunta Louis Sullivan:

*Comprensión y palabras están bien distanciadas, tienen poco en común. La comprensión es del corazón, las palabras son inventos del hombre; la comprensión es subjetiva, las palabras escritas son objetivas; de otro modo, ¿por qué debería afectarnos más íntimamente el discurso oral que la hoja escrita? ¿Por qué la palabra hablada llega tan fácilmente al corazón y la palabra escrita se pierde tan frecuentemente en camino al corazón al errar por las callejuelas de la mente?*⁶

Descubrirlo nos permitirá sentir lo que Susana llama “la gracia del arte”, el lenguaje que perdura y nos comunica; ese lenguaje poético, tan avaramente

6 Louis H. Sullivan. Charlas con un arquitecto. Biblioteca de Arquitectura. 1947-47.

repartido entre pocos seres humanos, uno de ellos, nuestro poeta: *Pupila dulce y triste de los páramos/ ingenuidad dormida/ en las rodillas duras de los montes/ como una pobre niña*, de los versos de *Cubilche*, de los que, dice, sirven para “llenarnos de hondura estética y para dignificar nuestra vida”.

“Al poeta, como poeta, le ha dado, el que es la Palabra verdadera y eterna, esa misión de purificación tan solo en la palabra” escribió Suárez Veintimilla.

“Un poema es fruto de un individuo solo”, escribe Susana Cordero. Serlo le da la connotación especial de constituirse hecho cultural antropocéntrico, sustantivo, primario, interior, íntimo. Porque ese fructificar en soledad, externaliza la humana condición de soledad, de la que Ortega y Gasset decía,

*Conforme vamos tomando posesión de la vida y haciéndonos cargo de ella, averiguamos que, cuando a ella vinimos, los demás se habían ido y que tenemos que vivir nuestro radical vivir, solos, y que sólo en nuestra soledad somos nuestra verdad. Desde ese fondo de soledad radical que es, sin remedio, nuestra, veríamos que la soledad es siempre soledad de alguien, es decir, que es un quedarse solo y un echar de menos.*⁷

El inicio de la vida marca el inicio del *ser*; la muerte es el *dejar de ser*. Inicio y final en la constante relación de vida y muerte, tiempo y lugar:

*al morir, cada cual es definitivamente el mismo y nadie más; lo mismo que al nacer, traemos al mundo lo que nunca antes había sido, al morir nos llevamos lo que nunca volverá a ser*⁸

Al hablar de la poesía religiosa de Suárez Veintimilla, la autora, en primer lugar, la contextualiza: “el ámbito de lo religioso es el de la creencia humana, es decir, el de la fe que acepta porque renuncia a pedir explicaciones y razones, la existencia de la divinidad”. Religiosidad que, dice, “anuncia nuestra re-ligación, nuestra atadura respecto de lo supremo; este concepto de unión (que) surge de la revelación de un Dios que vino al mundo y, tomando nuestra naturaleza humana, asumió nuestros sufrimientos” y

7 J. Ortega y Gasset. El hombre y la gente.....

8 Fernando Zapater. Las preguntas de la vida. Colombia. Ariel. 2002

sintió la soledad, descrita en el texto orteguiano citado:

[...] Cristo fue hombre sobre todo y ante todo porque Dios le dejó solo, sabacthani. [...] El sermón en la semana de la Pasión, que se llama el sermón de la soledad, medita sobre la más dolorida palabra de Cristo: Eli, Eli / lamma sabacthani -Deus meus, Deus meus, ut quid de reliquisti me? -«Dios mío, Dios mío/ ¿por qué me has abandonado?/ ¿Por qué me has dejado solo de ti?» Es la expresión que más profundamente declara la voluntad de Dios de hacerse hombre -de aceptar lo más radicalmente humano que es su radical soledad. Al lado de eso la lanzada del centurión Longinos no tiene tanta significación. ⁹

“[...] fe que (en Suárez Veintimilla) no es una decisión que se hizo una vez y domina desde entonces la vida, de modo irrevocable. Es, al contrario, una incesante lucha, una decisión siempre insuficiente”, que va identificando en la obra del poeta que responde a esa concepción y “que se manifiesta en algunos de los poemas que añoran no disponer del descanso de la certeza absoluta”

“tú sabes bien con cuánta sangre se hizo la barba / esta flor blanca...”

Que recuerda el ruego de Unamuno:

*Señor, no me desprecies y conmigo
lucha; que sienta, al quebrantar tu mano
la mía, que me tratas como a hermano...*

El “*carácter fundante* de la poesía”, de Suárez Veintimilla, dice la doctora Cordero, “*se aplicaría, entonces, no tanto a sus logros estéticos reales, sino a la voluntad de sostener su fe con la poesía, y, en su fe, fundamentar –no siempre con el vigor esperado- su quehacer poético*”, que lo define cuando él mismo se torna “una forma de vida en la que religión y poesía, poesía y religión se requieren, se apoyan, se nutren mutuamente”.

Poesía que, para que sea tal, “necesita otro elemento sin el cual no puede existir, y que la hermana con la más inmaterial de las artes: la música”, en palabras del poeta religioso que añade: “Música de la rima, sí, pero sobre todo del ritmo”. Música y ritmo que la autora halla en la poesía religiosa de Suárez Veintimilla.

⁹ Ortega y Gasset. Op.cit.

De la lectura de sus poemas, podría decirse de su poesía, lo que Unamuno dijo de la de Manuel Machado:

*“no es ningún virtuoso de las versificaciones sino un poeta. El ritmo literal de sus cantos, el ritmo de su palabra, brota del ritmo del espíritu de ellos, del ritmo de la idea. Es el contenido poético el que florece en forma armoniosa y melódica”.*¹⁰

La autora, al analizar la obra de Suárez Veintimilla, fija sus puntos de vista claros y objetivos. Surge la crítica conocedora para discrepar del juicio del P. Miguel Sánchez Astudillo: “El candor, en efecto, hace de él un gran poeta. Nunca sigue otro camino que el del candor. Pero éste le lleva a las más tremendas simas igual que a las cumbres más puras”, para afirmar que “[...] el juicio de Migue Sánchez A. se ha emitido a partir de cierta exaltación emocionada difícil de aceptar como *principio crítico* que permita acceder al sentido poético de la vida y los textos de Suárez Veintimilla. La *ingenuidad* del poeta, tan grata a sus lectores, no me parece tal: la interpreto, más bien, como el atributo de una poesía que surge a la manera de un “manantial sereno”, como aquel del que hablaba Antonio Machado”.

Comparte algunos conceptos y discrepa de otros emitidos por el P. Aurelio Espinosa Pólit para quien “las cosas bellas, de las que le es dado levantar el velo encubridor, son bellezas no de la tierra, sino del cielo”, en tanto ella sostiene que “Este proceso vital de búsqueda y ansia de unión –en que el hombre, criatura de Dios, muestra aspiración sin límites a la cercanía, hambre de Dios- nos da a entender que cualquier contexto es bueno para cultivar la amistad con Dios, Creador y Padre [...] Pero el hombre es un ser siempre en camino [...] en esta vida nunca alcanzará la plenitud o perfección absoluta: sin embargo, caminará tras ella sin desmayo”.

La doctora Cordero traza el recorrido del poeta religioso, las influencias recibidas y los amigos compartidos. Es que la verdadera identidad de un ser humano es su propia capacidad de asimilar los hechos culturales que le rodean para crear los suyos. No hay y no pueden darse asepsias intelectuales. Él recibe la influencia de los poetas de su tiempo, de los de la generación del 98, sus fraternos amigos mexicanos, Méndez Plancarte y, sobre todo, la de Paul Claudel, “representante principal del catolicismo francés en la literatura moderna”.

10 M. de Unamuno. Obras Completas. Tomo VII. 1958.208

Con este poeta ha de aproximarse en sus cantos a María, la Madre de Dios. Susana Cordero incluye en su estudio, el bello poema de Claudel: *La Virgen a mediodía*, que ella traduce de manera muy especial y grata: *Es mediodía. Veo abierta la iglesia. Debo entrar/ Madre de Jesucristo, no vengo a rezar/ Nada tengo que ofrecerte y nada que pedir/ Vengo solamente, Madre, para mirarte/ Mirarte, llorar de felicidad, saber/ Que soy tu hijo y que tú estás aquí...*

Poema hermanado con el del propio Suárez Veintimilla: *Beber el agua de tus ojos, madre/ de rodillas:/ guardar esta agua azul de tu mirada/ que brota dulce y limpia,/ en el cántaro negro de mis ojos/ para la sed del día...*

Este estudio enriquece esta Biblioteca con esta mirada sobre el poeta imbabureño Carlos Suárez Veintimilla quien, de hoy en adelante, para el lector y sus estudiosos, se retrata, con la luz y la perspectiva que este trabajo les ofrece.

Sin duda, este resulta un grato viaje por las tierras de la poesía, efectuado por quien es una viajera permanente en el mundo de las letras.

EL POETA RELIGIOSO



SOBRE LA POESÍA.

A manera de introducción a este trabajo, radicado en el ámbito cambiante y uno de la poesía, he de enfrentarme a la difícil necesidad de entender y explicar el fenómeno poético como hecho de lenguaje y de silencio, ámbito de expresión y, simultáneamente, de reconocimiento de la imposibilidad de manifestación; penetración en una intimidad que pugna por dilatarse hacia todos, en medio de la imposibilidad objetiva de alcanzar la palabra que exige tal vertiente.

Antes de iniciar mi penetración en el poetizar concreto del sacerdote imbabureño Carlos Suárez Veintimilla, intentaré exponer mi acuerdo con ciertas aserciones de grandes críticos sobre la poesía; resumiré e interpretaré pues, los, a menudo, confrontados y siempre diversos presupuestos y conceptos espigados en el pensamiento de autores de reconocida solvencia en el tema y relativamente cercanos a nosotros, como el del filósofo alemán Martin Heidegger, a cuya investigación sobre el lenguaje, la historia, el tiempo deben tanto el hecho poético y sus intérpretes; en la preocupación de diversos teóricos del fenómeno de la creación literaria como Damaso Alonso, Roland Barthes, Octavio Paz, Gianni Vattimo, etc. El azar colabora con rara eficacia, en esta búsqueda; he aquí unas palabras inesperadas que cito, extraídas del artículo titulado “García Nieto y el misterio poético en seis inéditos”,¹.

Creo que no se puede explicar un poema; mucho menos, lo que entendemos por poesía. Si, por otra parte, la poética tiene que preceder a la poesía, hay que recordar lo que dijo Unamuno: ‘La poesía es cosa de postcepto, no de precepto’. [...] Era el poeta que veía su poesía como “duelos y quebrantos” y que temía perderla porque estaba convencido de que nada poseía la verdad; aunque sabía que vivía “en el engañoso artificio de esa posesión”. [...] García Nieto escribe

1 Winston Manrique Sabogal, *El País*, Madrid, 8-7-2014:

que es fundamental “la primera soledad y desamparo del artista en el acto de su creación. Un abismo se abre para él a los lados de la aventura. Tiene que caminar solo, sin meta esperanzadora, sin vecindad estimulante, sin apoyatura válida”. [...] Una vez escrito el poema y publicado, la chispa se enciende entre el autor y el lector, porque es este último quien completa todo. García Nieto se muestra convencido de que un poema no se puede explicar, “mucho menos, lo que entendemos por poesía”. Y la suya es la de un hombre que habló solo en sus libros y que no se leía así mismo [sic]. Tal vez porque cuando se oía así mismo [sic] daba siempre con su tristeza. Una poética es con frecuencia una ingenua aproximación a lo inalcanzable. En el mejor de los casos es una confesión, mientras se va la vida, arrancada de un potro de tortura.

“Ingenua aproximación a lo inalcanzable”... Ya que el azar me ha deparado estas palabras, aclararé, apoyada en la autoridad del gran poeta, que este trabajo no pretende versar sobre la poesía en sí; aplicará su búsqueda al encuentro del quehacer poético del sacerdote Carlos Suárez Veintimilla, de cuya dimensión humana no puede separarse su condición sacerdotal.

LA ÉPOCA

Previamente, situemos espacio y tiempo vividos por el poeta, cuya existencia (1911-2002) atravesó el siglo XX; época de incontables descubrimientos y avances científico-técnicos, que, por trágico destino, contribuyeron a la eliminación de millones de seres humanos en cada una de las dos atroces guerras mundiales que asolaron Europa.

La Primera Guerra tuvo lugar entre 1914 y 1918; la Segunda, entre 1939 y 1945, cuando la humanidad, más allá del espanto, tuvo que verse enfrentada al horror del holocausto. Entre las dos guerras (1936-1939) sobrevino la guerra civil española, luego de la cual se instauró en España la dictadura del general Francisco Franco, que permaneció en el poder hasta su muerte, en 1975. Siglo del surgimiento (1917) y derrumbe (1989) del ‘paraíso’ socialista. Siglo de la conquista del espacio y la llegada del hombre a la luna, pero también, años durante los cuales se calcula como resultado de guerras y genocidios, la cifra aproximada de 141 millones de muertos, repartidos entre Asia, África, América del Sur y Europa. Finalmente, a partir de los años noventa, vivimos el fenómeno llamado ‘globalización’ o ‘mundialización’ originado en los descubrimientos y creación de la informática, de las computadoras e Internet. Siglo, en fin, en cuyo curso también la patria ecuatoriana sufrió sucesivas guerras que quebrantaron y minaron su territorio; cambios políticos, gobiernos de distintos signos, incapaces, en su mayoría, de enrumbar al Ecuador hacia el progreso real; dictaduras que felizmente no alcanzaron el horror de tantas otras sufridas en distintos países iberoamericanos durante muchos años de este aciago siglo. Tales acontecimientos vivió nuestro poeta, desde el ámbito provinciano y generoso de Ibarra e Imbabura y de este país nuestro que aún hoy no termina de salir del subdesarrollo.

Este repaso sobre los avances y el horror ocurridos en el siglo XX, que sufre de inevitables lagunas, ha de completarse, en lo que concierne al tema de este libro, con una reflexión sobre los dos movimientos fundamentales de la creación artística y literaria de este mismo siglo XX, inseparables respecto de aquellos; el primero, el Modernismo, aparecido hacia los últimos años del XIX y los primeros del XX, que, entre las diversas disciplinas que abarca (literatura, escultura, música, artes decorativas) interesa en cuanto se relaciona con la literatura y, en ella, con la poesía.

Urgido por el deseo de ruptura de los viejos cánones, por la búsqueda de la diferencia respecto de aquello creado antes, por la rebeldía y la provocación; por una postura más abierta ante temas y sucesos, surgió en Hispanoamérica, gracias al genio poético del gran Rubén Darío, que fundamenta una nueva estética, la cual abandona los modelos de los poetas españoles abrumados por la nostalgia de la antigua gloria: España fue derrotada militarmente en 1898, en la guerra hispano-estadounidense, cuando perdió sus últimas colonias: Puerto Rico, Guam, Cuba y las Filipinas. Entonces, un grupo de escritores, ensayistas y poetas hispanos nacidos entre 1864 y 1876, por formación y sensibilidad, quisieron oponer apasionadamente a la crisis política y social que sucedió a estas pérdidas, el vigor de su pensamiento y de su creación, y recibió la denominación de ‘generación del 98’, nombre que comprende valores individuales singulares, como los de Miguel de Unamuno, antiguo rector de la Universidad de Salamanca, Pío Baroja, Azorín y Ramiro de Maeztu, Ángel Ganivet, Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Carlos Arniches, Vicente Blasco Ibáñez, Gabriel y Galán, Manuel Machado, Antonio Machado, Francisco Villaespesa.²

La poesía en español vivió una renovación inusitada, gracias a la influencia de Rubén Darío (Metapa, Nicaragua, 1867-León, 1916); se abrió paso contra un estilo agotado que vino a revolucionar el gran poeta nicaragüense, influido por el simbolismo y el parnasianismo de los grandes poetas franceses como Gautier, Mallarmé, Verlaine y Victor Hugo, así como por los americanos Walt Whitman y Edgar Allan Poe, y el inglés Oscar Wilde, entre tantos otros...

El motivo del *arte por el arte* se abre paso con él; igualmente, el culto a la belleza y la búsqueda de perfección de la forma, en contraste con las aspiraciones del ya viejo romanticismo que cultivó la pasión por la naturaleza silvestre e indómita y por el exotismo de mundos apenas entrevistos. La expresión del amor, en el modernismo poético, se vuelve menos pudorosa y ficticia, más sensual, carnal y corporal; la poesía se evade respecto del mundo de cada día y evoca un universo fantástico de lugares lejanos y tiempos antiguos. Los poetas modernistas sienten aversión por las debilidades y fealdad de la sociedad en que viven. Cultivan el exotismo con referencias a viajes y lugares distantes y míticos. El aporte de cada uno de sus sentidos envía su mensaje a la inteligencia y la sensibilidad

2 [http://es.wikipedia.org/wiki/Espa%C3%B1a]

poéticas: la vista, en el movimiento de los cuerpos, en la contemplación del mundo y, en él, de aquello que es bello: la forma y armonía de los cuerpos, el ballet, el color de cada objeto: ansía definir su rico acervo de los matices de la realidad, con un acendrado y delicado cromatismo; el olfato aporta su sensibilidad en el ámbito frío o cálido, florido y perfumado de parques, jardines, viviendas, calles; el oído, afinado en la música, en la delicadeza extrema de la palabra poética se ejercita y dulcifica en la rima y el ritmo del verso ejemplar; el gusto, aliado al olfato, contribuye a difundir imágenes de placer y de gozo, ahuyentando el falso pudor y pudibundez ante ‘los alimentos terrestres’; hábiles en la sinestesia, tropo que consiste en atribuir a la impresión entregada por uno de los sentidos, un adjetivo que corresponde a otro: verde chillón, silencio atronador..., usan el verso alejandrino, el dodecasílabo, el eneasílabo y el endecasílabo, como también hay atisbos, en su creación poética, del verso libre.

Entre los poetas modernistas americanos, se citan como los más importantes, los siguientes:

Los uruguayos Delmira Agustini (1886-1914) y Julio Herrera y Reissig (1875-1910). El gran poeta colombiano José Asunción Silva (1865-1896); el cubano Julián del Casal (1863-1893); el eximio nicaragüense Rubén Darío (1867-1916); el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895); Ricardo Jaimes Freyre, boliviano, (1868-1933); el argentino Leopoldo Lugones (1874-1938)... Todos dejaron profunda huella poética en la literatura hispanoamericana y en el alma de sus inagotables lectores, hasta hoy. No podemos resistirnos a esgrimir, como testimonio de este logro estético singular, el corto poema de Ricardo Jaimes Freire, titulado “Peregrina paloma imaginaria”:

Peregrina paloma imaginaria / que enardeces los últimos amores; / alma de luz, de música y de flores / peregrina paloma imaginaria. // Vuela sobre la roca solitaria / que baña el mar glacial de los dolores; / baya, a tu paso, un haz de resplandores, / sobre la adusta roca solitaria... // Vuela sobre la roca solitaria / peregrina paloma, ala de nieve / como divina hostia, ala tan leve... // Como un copo de nieve; ala divina, / copo de nieve, lirio, hostia, neblina, / peregrina paloma imaginaria...

En lo que concierne a nuestra patria, en las primeras décadas del siglo XX surge, siempre dentro del modernismo y liberados del aún próximo-

pasado romanticismo, la que se llamaría más tarde la *Generación Decapitada*, formada por cuatro poetas jóvenes ecuatorianos: Medardo Ángel Silva y Ernesto Noboa y Caamaño, ambos guayaquileños, y Arturo Borja y Humberto Fierro, quiteños. Ellos fueron los precursores del Modernismo en nuestra patria. Recibieron decisiva influencia de la poética dariana, así como de la poesía simbolista francesa de finales del siglo XIX, representada para ellos, fundamentalmente, por Baudelaire, Victor Hugo, Samain, Rimbaud, Verlaine.

Se la llamó ‘generación decapitada’, no solamente por la temprana edad a la que murieron todos (Fierro y Noboa no alcanzaron los cuarenta años, Borja murió a los 20 y Silva a los 21) ni porque la muerte de Silva, Noboa y Borja llegó por mano propia, sino, sobre todo, porque vivieron en un ámbito íntimo de nostalgia de la belleza pura, de exaltación de la tristeza y la melancolía, de anhelo incesante de un ‘más allá’ que buscaron sin paliativos, algunos de ellos, incluso, en los ‘paraísos artificiales’ provistos por la morfina y otras drogas. La muerte fue constante musa de estos poetas, cuya hipotética salvación contra la vulgaridad del mundo cotidiano, ‘alcanzaron’ voluntaria y dolorosamente. Lograron con su estilo de vida dedicado a la lectura de poetas franceses, alguno de ellos pertenecientes al grupo verlainiano de los ‘poetas malditos’, la exacerbación –a ratos artificial- de su sensibilidad y el cultivo de una visión pesimista del existir, teñido, para ellos, de vulgaridad y ordinariez, de las que huyeron, incluso mediante el uso de la droga. Así, la huida o la muerte eran temidas, aunque deseadas, como formas de liberación... Desde las primeras estrofas de su poema ‘Hoy cumpliré veinte años’, Medardo Ángel Silva expresa su sufrimiento ante la pérdida del candor y sencillez de la infancia, hacia una juventud insatisfactoria que nada le promete:

Hoy cumpliré veinte años. Amargura sin nombre / de dejar de ser niño y empezar a ser hombre; / de razonar con lógica y proceder según / los Sanchos profesores del sentido común. // Me son duros mis años y apenas si son veinte / ahora se envejece tan prematuramente; / se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos / que repentinamente nos encontramos viejos / enfrente de las sombras, de espaldas a la aurora / y solos con la esfinge siempre interrogadora.

He citado nombres de algunos autores a los cuales debemos este acercamiento a la poesía previa al mundo poético en que vivió o, más bien,

pudo vivir Suárez Veintimilla, a no ser porque su vocación sacerdotal colmó, aparentemente, su existencia desde la más temprana juventud. Mucho del pensamiento modernista, la rebelión, la crítica a la vida y a la sociedad siempre insatisfactoria, su cultivo del absurdo existencial y del dolor de vivir, constituirán la base del posmodernismo que aún vivimos, dilatado y ‘desconcertado’ y que, sobre todo a partir de 1990, debido a la eclosión tecnológica y, de su mano, a la de la información, es la expresión máxima del absurdo, en su propio ponerse a sí mismo, como tendencia cultural y epistemológica, en tela de juicio. Si me atrevo a entrar, aunque superficialmente, en dicho movimiento que tanto influyó en lo literario, es, precisamente, para situar a Suárez Veintimilla en el tiempo y las tendencias que le tocó vivir.

El *posmodernismo*, surgido en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, a la búsqueda de superar el proyecto *modernista* también difícil de definir aún hoy, critica el modernismo y sus distintas expresiones y movimientos, pues considera que fracasó en su máxima aspiración, cual fue la de superar y renovar de forma radical ‘lo establecido’ en el arte, en la cultura, en el pensamiento y la vida social.

En lo *literario*, el posmodernismo *niega y afirma*, simultáneamente, el modernismo. Este último se caracterizó por la experimentación en lo narrativo y lo poético, experimentación que el posmodernismo lleva, a su vez, a extremos insospechables; reniega, no pocas veces sin resultados válidos, de principios del modernismo tales como la división entre la cultura ‘elevada’ y la cultura ‘ordinaria’, (este último, término acuñado por nosotros): Lo que verdaderamente el posmodernismo ha venido a dinamizar, en el peor de los sentidos, en nuestra opinión, es la nueva realidad, el nuevo ‘estado’ político y tecnológico del mundo. El poderío tecnológico es tal, que lleva a la potencial destrucción del universo físico tanto como a la del universo íntimo; en lo ideológico hay un retorno de las mayores potencias hacia el más necio y destructor capitalismo, sumido en los resultados de una ambición que todo lo olvida, en pro del capitalismo transnacional que ha llevado a muchos países europeos, así como a los Estados Unidos, a la mayor crisis económica desde 1930. La ambición financiera ha roto todo dique y ha sumido en dificultades por el momento insuperables, entre la corrupción y la codicia, a países cuya consolidación económica y social en el ‘estado de bienestar’ parecía intocable y en decidido progreso hace hoy, unos pocos años. Los extremos en la eclosión de una información de

todo orden, universal, casi infinita e ilimitada, rompe las fronteras de la vida privada, del erotismo, del secreto, y quizás también, cuando penetre en la poesía – si penetra, efectivamente en ella con su poder ‘destructor’ de lo preexistente- rompa definitivamente la frontera entre el decir y decirse y un silencio indiferente, no como experiencia de la dificultad de encontrar un decir que exprese la vida y sus límites, sino como indiferencia ante los problemas que no nos atañen; búsqueda continua del éxito personal en lo económico y lo social, consumismo sin límite, aun entre los desposeídos; conformismo, comodidad y egoísmo, contra los cuales, hay que reconocerlo, el posmodernismo se opone y se ha opuesto, mientras el ‘nuevo’ estado del mundo los exalta, como exalta el espectáculo como sucedáneo de una vida de esfuerzo humano y lúcido.

Hay, ciertamente, individuos y grupos cuya oposición a este estado puede dar frutos individuales, pero que, por el momento, nada logran cambiar en lo social. A todo esto, acompaña una vivencia de fragmentación, una existencia personal tentada por lo superficial, lo discontinuo, que no da lugar a un nuevo concepto de lo social, de la historia, de la vida personal. Nos encontramos, por así decirlo, ante el vacío...

Tanto el realismo como el modernismo asumían que la experiencia humana podía ser plasmada mediante la creación que permite el auténtico lenguaje poético. El posmodernismo, en cambio, se pronuncia contra la eficacia comunicativa de todo intento de orden estético, y prefiere emplear, para su expresión, estructuras fragmentadas, narrativa episódica, tiempos *acronológicos*, personajes circulares. Literatura sin ilusiones, que cultivaba, como decía Barthes "**una estética apocalíptica**". Ya lo dicen expresivamente, las palabras con las cuales la crítica define la literatura posmodernista: "derroche", "agotamiento", "silencio".³

Dejamos de lado la concepción posmodernista de la novela, que rompe antiguas convicciones como la de que el lenguaje es capaz de representar la realidad; la de que el mundo es y existe más allá de la subjetiva visión de cada uno de nosotros; la de que la experiencia humana es individualizada y puede proveernos de fuentes de acción para mejorar el mundo... Ante esta antigua ‘ingenuidad’, el posmodernismo quiere abolir las distinciones entre clases sociales, afirma que la razón y el lenguaje son incapaces de

3 http://es.wikipedia.org/wiki/Literatura_y_posmodernidad

revelar lo ‘real’, pues esto que llamamos ‘lo real’ es imposible de captar y no hay objetividad posible al respecto; la razón no se sostiene en el antiguo optimismo, y ninguna ideología es capaz de transformar un mundo que no nos pertenece.

Estas variables intentan definir a grandes rasgos el posmodernismo. La idea de un pensamiento postmoderno ha dado origen a arduas discusiones que aún continúan. Una de las fuentes de esta discusión se encuentra en que el posmodernismo, resultado de diferentes ideas, pensamientos y percepciones en los distintos campos de la cultura occidental, es indefinible en términos precisos.⁴

Lo cierto es que hoy vivimos en medio de “una especie de ‘babel informativa’, donde la *comunicación* y los *medios* adquieren un carácter central”; esta nueva babel se halla en lucha contra concepciones unívocas, modelos cerrados, verdades acrílicas, fundamentos consistentes de la historia. La posmodernidad marca la anulación de este viejo ‘optimismo’, pero abre el camino, según Vattimo, a la tolerancia y la diversidad. “Es el paso del pensamiento fuerte, metafísico, de las cosmovisiones filosóficas bien perfiladas, de las creencias verdaderas, al pensamiento débil, a una modalidad de nihilismo endeble, a un pasar despreocupado y, por consiguiente, alejado de la acritud existencial”. Para Vattimo, las ideas de la postmodernidad y del pensamiento débil están, como lo anotamos, estrechamente relacionadas con el desarrollo del escenario multimedia, con la toma de posición mediática en el nuevo esquema de valores y relaciones”.⁵

Finalmente, y para culminar esta rápida, aunque inexcusable referencia a los movimientos literarios y la concepción poética del siglo XX, a aquel pensamiento sobre lo poético que predominaba en el tiempo que tocó vivir a nuestro autor, pretendo resumir someramente la concepción ‘heideggeriana’ de la poesía y otras concepciones igualmente fértiles, a mi entender. Quiero, al hacerlo, situar el hecho poético en el complejo ámbito de la comunicación humana, como un esfuerzo no dado a todos, de anhelo de lo esencial, de búsqueda de la trascendencia mediante la percepción personal del ámbito de la palabra y del silencio, volcada hacia una creación consciente de sus límites, siempre imposibilitada de alcanzar la soñada expresión.

4 <http://infovis.lacoctelera.net/post/2006/11/14/6-postmodernidad-y-postmodernismo>

5 http://es.wikipedia.org/wiki/Gianni_Vattimo

Heidegger, en su conocido ensayo titulado *Hölderlin y la esencia de la poesía*, repite aquella formulación del genial poeta alemán, «Lo que dura, lo fundan los poetas» aseveración que puede ser tomada como síntesis de la tesis heideggeriana *sobre el carácter fundante que pertenece al arte de la palabra poética*; asimismo, en su conocida *Carta sobre el humanismo* (1946) define el lenguaje como «la casa del ser».

Al hablar de esta ‘casa del ser’ el genial filósofo alemán atribuye al lenguaje, no solamente la posibilidad de expresar lo ‘real’, lo que ‘es’, sino, de modo central, el ámbito único en el que el ser ‘es’. El lenguaje, sistema de significados, se vuelve, en la poesía, en el arduo buscar de la palabra fundante, el ámbito en el cual *el ser ‘habita’*, donde se da *‘el acontecer del ser’*. Ser y lenguaje perviven en dependencia recíproca y, aunque el hombre ‘habla’, el lenguaje ‘dispone’ del ser humano pues ‘condiciona y delimita sus posibilidades de experiencia’ y sus posibilidades de expresión...

Al mismo tiempo, Heidegger reconoce que el ser no *es*, sino que *acontece*; por ello, no existe continuidad absoluta entre lo que precede y lo que sigue, y es la poesía el arte que logra con su existencia, alcanzar esos momentos que rompen el mundo existente y fundan un mundo nuevo. Estamos obligados a reconocer que el lenguaje poético es radicalmente original respecto del lenguaje cotidiano: (por esta razón, ciertos poemas –versos, más bien- de circunstancias, escritos por Suárez Veintimilla, así como algunos dedicados a exaltar figuras y acontecimientos religiosos, se nos ocurren menos ‘poéticos’, por no decir *no poéticos*, respecto, por ejemplo, de sus creaciones escritas ante la singular emoción del paisaje provinciano). Nos atrevemos a afirmar, siempre a partir de lo que Heidegger ‘atestigua’, que el lenguaje poético ha dejado de relacionarse con las emociones personales o con la forma y la medida del verso: lo que interesa en esta teorización sobre el alcance fundador del lenguaje poético, es, precisamente, la absoluta y radical diferencia, la novedad de ese lenguaje.

La palabra auténtica para Heidegger, el acceso a lo originario es *el acceso a la diferencia a lo otro del mundo*. Pero eso ‘otro’ ¿no es, precisamente, la creación poética en su originalidad radical? Hablar auténticamente es también un *callar*, un vivir relacionado con lo ‘otro’ del lenguaje; no sorprende, pues, que el mismo silencio, al hablar poéticamente, calle. Según esto, la palabra poética es, a la vez, *silencio*. La fundación del ser es

también la anulación de *lo otro* del ser, de lo inexpresable, aunque presente. La intuición del *silencio* que permite la palabra poética es, a mi entender, parte de su *ser* fundamental. El silencio no es un *callar* momentáneo, puesto que constituye el ser mismo del decir.

No quiero olvidar una mínima referencia a la forma en que, según Heidegger, la continuidad histórica de la propia existencia se ‘ilumina’, se ‘funda’ y ‘realiza’ cuando se proyecta hacia la muerte. Por esto, de una manera que no alcanzamos a explicar ni a definir, la vocación sobrenatural –en este caso, la llamada al sacerdocio del poeta cuya poesía nos ocupa– que ‘se proyecta *hacia y por* la propia muerte’, si lo hace, verdaderamente, en el curso de la existencia concreta, aprovechando cada instante del existir para conquistar una vida interior de esperanza radicada en la fe, sugiere esta continuidad, ya no solo ‘histórica’ de la existencia propia sino, incluso, ‘sobrenatural’ y, pretendidamente, contra toda evidencia humana, ‘eterna’. Si logro interpretar a Heidegger, aun a riesgo de reducirlo, entre todas las posibilidades ‘posibles’ cuya realización la existencia nos niega en su continuo ‘ir dándose temporal’, la única posibilidad que no nos será negada es la de la muerte: ‘*posibilidad permanente de la imposibilidad de todas las otras posibilidades*’. Esta *anticipación de la muerte* es ámbito en esencial relación con el lenguaje, ya que el mundo se abre en él. El lenguaje se despliega en el tiempo, en el pasado, presente y futuro, y como tiempo; a su vez, el tiempo se reconoce a partir de la decisión anticipadora de la muerte, que es ‘fundación del lenguaje, de la temporalidad, del horizonte del mundo, y de la existencia como continuidad histórica’, aunque en la base de la fundamentación operada por los poetas haya un abismo de *desfundamentación*, pues el lenguaje poético *funda* solo en cuanto está en relación con *lo otro* de él, *el silencio*. Y el silencio funciona en relación con el lenguaje, como la muerte en relación con la existencia.

Pero la palabra poética es también mediadora... Existe, para Heidegger, el ámbito de lo sagrado que no necesariamente se relaciona con lo divino. Es ‘un horizonte unitario en el que dioses y mortales pueden aparecer’. Pero no hay un ‘fin religioso’ en la concepción heideggeriana de la poesía, pues lo sagrado se puede indicar también como ‘naturaleza’, o como ‘caos’, nombres que quitan la impresión de *un fin genéricamente religioso* en la hondura significativa de la poesía.

En el caso de nuestro sacerdote-poeta, a quien se ha calificado como uno de

los poetas religiosos importantes de su patria y de su tiempo, su vocación o 'llamado' poético se articula, o pretende articularse, dentro de lo 'sagrado', constituido, precisamente, por el ámbito de la religión al cual el poeta ha *entregado* voluntariamente el sentido de su existencia, ya que la vocación religiosa que él ostenta y a la cual intenta responder, asumiendo los límites humanos que esta exigencia comporta, es una suerte de cotidiana entrega que trasciende incesantemente lo profano, a la búsqueda de Dios.

Naturaleza y caos hablan, como 'lo sagrado' en el silencio del poeta: la *naturaleza* es crecimiento, temporalidad vivida, marcada por el ser-para-la-muerte; el *caos* no es, en la interpretación que Heidegger hace de la poética de Hölderlin, 'la pura y simple confusión', significado que le atribuye el entender común, sino la *apertura* despojada de caracteres negativos y confusos donde y cuando la poesía aparece como movimiento que transforma la naturaleza-caos en la 'benignidad' de la palabra dicha, de la palabra fundante.

La palabra poética o 'fundante' es exigencia para el poeta, en cuanto él percibe de modo singular la *dificultad de decir* en la presencia del silencio como anhelo de expresión, como límite y conciencia de la imposibilidad de manifestarse. Heidegger, lejos de las categorías formalistas de la autorreflexividad y de la ambigüedad, reconoce la poesía como medio de *reapropiación* del lenguaje, contra la dispersión y alienación de la banalidad cotidiana, mientras el citado movimiento formalista conceptúa el lenguaje del arte como un ámbito con autonomía propia, que puede y debe examinarse 'internamente' sin auxilio de ninguna ciencia que se refiera al artista, ni al contemplador de la obra, ni a la situación social o histórica de artista ni de crítico. El formalismo vivió una primera etapa *sintáctica*, cuando daba importancia al análisis del orden sintáctico del texto y distinguía, no sin contradicción, el lenguaje *emotivo* del lenguaje *cognoscitivo*; más tarde, al pasar de la dimensión sintáctica a la semántica, afirmó como característica del lenguaje poético, no la *ausencia de significado*, sino su *multiplicidad y ambigüedad*... Dejamos de lado las referencias políticas de los autores marxistas que muy poco contribuirán a iluminar esta reflexión.⁶

Aún en referencia al silencio poético, volvamos al concepto heideggeriano, según el cual "todo poetizar es ponerse en contacto con la propia nada". De tal manera lo es, que la palabra poética se acerca a la esencia creativa,

6 <http://www.filosofia.org/enc/fer/formalis.htm>

cuanto más se acerca al silencio. En la poesía, el lenguaje lucha contra sus límites. Los críticos asumen estos conceptos como una descripción adecuada de la experiencia de la poesía novecentista, es decir, la del primer tercio de siglo XX.

Por otra parte, como escribe Carlos Bousoño: “para mí la lengua es, como para Saussure, el sistema de los signos y de las relaciones entre los signos *en cuanto todos los hablantes les atribuyen unos mismos valores*”, [el subrayado es nuestro] ⁷, el idioma es, a la vez, producto social y conjunto de convenciones adoptadas por todos para su ejercicio individual, es nuestra herencia y patrimonio, siempre desafiante, a la búsqueda de una expresión más justa y vigorosa; pero en poesía la lengua huye de sí misma considerada como *norma* que ha de aceptar la colectividad, y aspira a lograr significados que, en suprema e individual síntesis, expresen los sentimientos suscitados por experiencias singulares, las emociones personales, el dolor, la alegría, el placer y la nostalgia de quien ha elegido la lengua, no solamente para comunicar, sino para construir en la palabra y el silencio, su ser personal e intransferible.

Todos compartimos similar código idiomático –el español, en nuestro caso- con variantes locales que dotan al sistema de cierta singularidad, sin, por ello, volverlo incomunicable; pero un poema es fruto *de un individuo solo*, expresión propia e inalienable, tanto más, cuanto es más auténticamente poético por su específica construcción, cuyo sentido artístico o poético se revela en el placer estético y las sugerencias íntimas, intelectuales y axiológicas que produce en quienes a él se acercan. Aquí, considero inevitable completar esta idea con las palabras del gran poeta norteamericano Ezra Pound, (Idaho, EE UU, Venecia, 1972) según el cual existe lo poético “cuando se suscita una forma de conexión con el Otro”; la sucesión de los ‘mecanismos’ *poéticos apela a la humanidad del lector y permite un vínculo con él*. Al mismo tiempo, Paul Valéry (Sète, 1871 – París, 1945) el principal representante de la llamada *poesía pura*, completa este concepto al atribuir al trabajo poético las siguientes dos características cuyo sentido nos interesa relevar: lo extraordinario de *las verdades poéticas*, así como su *adaptación* –o correspondencia, diría yo- *al dominio de lo perfectamente inútil*.

7 Bousoño, *Teoría de la expresión poética (vol. I)*, Madrid, Gredos, 1976, págs. 97-98

Estas características que Valéry atribuía a la poesía pura, bien pueden encontrarse en toda creación auténticamente estética realizada o conquistada gracias a la palabra: aquello que el poeta intenta transmitir no es una verdad intelectualmente garantizada, no es, así lo leemos, la adecuación más o menos probable de la palabra a la cosa, sino la coincidencia de la palabra consigo misma; la verdad que la palabra elegida por el poeta posee en sí, en cuanto transmisora de un concepto que es ella misma, música y posibilidad de armonía íntima, que poeta y lector no deben, ni pueden, ni intentan entender, sino intuir, gozar, más allá, incluso, del dolor posible... De aquí, la gratuidad, la pertenencia de la poesía y del arte, en general, al dominio de lo inútil, que es, a la vez, el dominio de lo más profundo, de cuando se halla más allá y más acá de lo dado, más allá y más acá de lo inteligible, de lo voluntariamente significativo y revela, en su don, la insignificancia de todo cuanto no se halla en él.

Según T. S. Eliot (St. Louis, Misuri; 1888 – Londres, 1965) la poesía lleva a cabo *‘una revolución de la sensibilidad; ayuda a romper convencionalismos de percepción y valoración –de la palabra–; puede hacernos más conscientes de los profundos e innominados sentimientos que forman el sustrato de nuestro ser, en los cuales calamos raramente, pues nuestras vidas son una continua evasión de nosotros mismos y una evasión del mundo visible y sensible’*. Así, la poesía, como nos dice Eliot, nos conmueve, porque sus contenidos son *ciertos* si son auténticamente poéticos; en ellos viaja una verdad estética, la de la búsqueda poética, que es certidumbre gracias a la cual el poeta empata con el lector, ‘el otro’. El lenguaje poético permite a poeta y lector relacionarse; este último se halla en búsqueda, a menudo inconsciente, de aquello que por sí mismo no puede alcanzar, y aquel, el poeta, entrega sus propias certidumbres sobre el mundo y la realidad, las cuales surgen gracias a la palabra poética, producto de una triple intuición que se formaliza en el poema: la intuición de sí mismo, la del mundo, la del otro. El lector, asediado por el lenguaje del poeta, percibe otra certidumbre del mundo o de la realidad inmediata, gracias al principio comunicativo por el cual se siente incluido él mismo en el lenguaje poético, lenguaje que si es auténtico, tiene una singular propiedad: en él, *todo es sentido*.

El poder de sugestión de las palabras ha de *vivirse* en el poema, gracias a su constitución particular, *ilógica* respecto de nuestra *lógica* cotidiana, misteriosa y bellamente sensible, y eficaz estéticamente, en sus juegos semántico y rítmico. En cuanto auténtica poesía, es inimitable en su

unicidad, pero si el poema es irrepitible, se recrea en la constancia del lector que experimenta su belleza, experiencia de recreación en la que culmina la creación poética. Esta irrepitibilidad y unicidad son claves para la conciencia crítica respecto de la calidad efectivamente *poética* de la poesía de ciertos autores; y respecto de un mismo autor, habrá poemas más profundamente poéticos, más estéticamente *logrados* que otros. Tal experiencia se vive en la lectura de los distintos libros de Suárez Veintimilla quien, siempre con intención creativa, logra piezas singulares junto a otras, tal vez más populares pero, ciertamente, menos poderosas y bellas.

El *gustador* de poesía, quien la lee y la ama, ha de ser también, y en primer lugar, según Dámaso Alonso, “un artista” que, aunque “carezca de expresión poética propia, es capaz de vivir una intuición totalizadora de la obra de arte”;⁸ El autor se vuelca sobre “una segunda instancia, *la del crítico*”: su capacidad expresiva permite a este último, a base de preparación y ejercicio, entregar análisis de los textos desde dispares, pero, a menudo, confluentes puntos de vista, que procuran iluminar a los amantes del fenómeno poético sobre las técnicas empleadas por el poeta para lograr su expresión, sobre los detalles más o menos evidentes que, misteriosamente aliados entre sí, provocan en el lector la inexplicable emoción estética, y sobre el íntimo y menos evidente propósito que guio al escritor para transmitir uno o múltiples significados en el poema. En cuanto a la instancia del estilista, aquel que intenta ahondar, ‘sabiendo siempre que fracasará’, en el *misterio* unitario del poema y extrae de él los hechos que pueden estudiarse, se vale de su capacidad de intuición, contemplación y asombro; de su sensibilidad, sus valores, sus experiencias estéticas previas, para trasladarnos el resultado de su admiración recogida e íntima, y de su extrañeza maravillada ante el texto auténticamente poético.

En general, de la poesía de Suárez Veintimilla afirmamos que lleva, toda ella, voluntad de expresión artística; el resultado final es desigual, casi nunca pobre, aunque en versos circunstanciales hay cierta penuria. Para afirmarlo, podemos valernos de una experiencia, no por personal, poco verosímil: si sentimos ante el poema el milagro de su irrepitibilidad estética, aunque ese sentimiento nuestro sea inenarrable, podemos intentar encontrar sus facetas y describirlas estilísticamente, en la certeza de que

8 Las citas de Alonso corresponden a su obra *Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 1966

nuestro aporte, siempre limitado, contribuirá a apreciar su luminosa creación; pero cuando experimentamos ante un poema la impresión de que cualquier otro individuo habría podido escribirlo, nos hemos encontrado ante una construcción de efecto poético menos poderoso o nulo. Por otra parte, aquel principio según el cual el escritor que alcanza a narrarse a sí mismo, a dejarse conocer en el sentido más íntimo, *como parte del siempre estrecho ámbito en que nació, creció y vivió*, habrá conseguido expresar la condición de todos: todos los seres humanos del tiempo y del espacio podrán comprenderse en él: lo individual es universal cuando se expresa de manera estéticamente lograda.

Esta experiencia, este ‘principio’ es aplicable a la poesía: cuando el poema logra *narrar* y transmitir el *corazón* que lo escribió de la manera más profunda y bella, es decir, cuando en él la lengua se alza a altas cimas de dignidad estética y expresa con ella la riqueza poética de su autor, dicha obra, única e irrepetible, pertenecerá más a todos los hombres.

No puedo eludir el deseo de citar aquí, como ejemplo de lo dicho, el siguiente poema de nuestro autor:

CUBILCHE

Pupila dulce y triste de los páramos,/ ingenuidad dormida/ en las rodillas duras de los montes/ como una pobre niña. // Pureza custodiada / en ignotas y austeras lejanías, / con murallas de vientos y de altura, / bajo la sola inmensidad tranquila. // Agua para mirarla un breve instante / con agua de pudor en las pupilas.

Este cortísimo texto emociona hondamente a quien, con sensibilidad y apertura, se acerca a él; profundo en su sencillez, aun sin analizarlo a base de teorías estilísticas que intenten descubrir las razones de nuestra emoción, sin aplicarnos a buscar los elementos literarios –metáforas, figuras, tropos, entre los cuales los felicísimos que atribuye al agua el ser ‘pupila dulce y triste de los páramos’, o el que llama ‘pobre niña dormida’ a la misma agua que yace entre *las rodillas duras de los montes*- ni indagar en la teoría implícita en su logro estético, y aunque el poeta no hubiese sido consciente de su valor en el acto mismo de creación, (lo que, así lo

creemos, sucede en la mayoría de actos creativos: la toma de conciencia del valor poético del texto creado es, a menudo, ulterior a su ‘producción’, y aunque en este caso conozcamos, en cuanto estudiosos, los propósitos, la tradición que mueve al escritor, su historia y su biografía, sentimos que, situados nosotros como críticos en circunstancias opuestas, aunque nada hubiésemos sabido del poeta cuya poesía leemos, habría bastado este breve poema para llenarnos de hondura estética y para dignificar nuestra vida. Esta es la gracia del arte, aunque, evidentemente, cualquier otra *información* enriquecerá nuestro acercamiento artístico y crítico.

LA POESÍA, PALABRA QUE EDUCA

Por su parte, el gran poeta y ensayista mexicano Octavio Paz (Ciudad de México, 1914-1998), al responder a un periodista que inquiriere su posición poética y su concepto de la poesía, manifiesta:

*“La poesía, ha dicho Rimbaud, quiere cambiar la vida. No piensa embellecerla como piensan los estetas y los literatos, ni hacerla más justa o buena, como sueñan los moralistas. Mediante la palabra, mediante la expresión de su experiencia, procura hacer sagrado al mundo; con la palabra consagra la experiencia de los hombres y las relaciones entre el hombre y el mundo, entre el hombre y la mujer, entre el hombre y su propia conciencia. No pretende hermopear, santificar o idealizar lo que toca, sino volverlo sagrado. Por eso no es moral o inmoral; justa o injusta; falsa o verdadera, hermosa o fea. Es simplemente poesía de soledad o de comunión. Porque la poesía que es un testimonio del éxtasis, del amor dichoso, también lo es de la desesperación. Y tanto como un ruego puede ser una blasfemia.”*⁹

Estos conceptos no fueron, sin embargo, definitivos para el poeta mexicano, que estuvo siempre en búsqueda, pues la experimentación y el inconformismo fueron las constantes de su labor hasta los últimos años de creación. No ha de olvidarse ni obviarse el esoterismo de su última poesía casi impenetrable, que le llevó a sutilezas líricas de carácter metafísico. Siempre alerta, su poesía, de rara hondura, acaba por manifestarse como profundamente original. Paz es poeta de intenso y sutil lirismo, no exento

9 <http://www.revistainterforum.com/espanol/articulos/051202artliter.html>

de preocupación social, la cual es notoria sobre todo en los primeros años de su creación. Más tarde, hunde su palabra en la búsqueda de sentido de la existencia, tanto como en la condición solitaria del ser humano y en su imposibilidad de comunicación.

Poco podemos añadir a los altos conceptos emitidos por el poeta Octavio Paz, que considero definitivos de su mirada sobre la palabra poética. Según él, 'la poesía no está hecha para cambiar el mundo ni para cambiar al hombre'. Como lo dijo Oscar Wilde respecto de los libros: 'No hay libros buenos o malos moralmente; hay libros bien o mal escritos', podemos decir del poema: no hay poemas buenos o malos moralmente por su tema, por su voluntad de transformar el mundo al que el poeta se refiere; hay poemas verdaderamente poéticos, sea cual fuere el tema que abordan, y los que no lo serán nunca, -no serán, pues, poemas, si no contienen el íntimo secreto indefinible de la poesía- por esfuerzo que haga el escritor para darles ese carácter y por mucho que con su palabra quiera volver 'otra' la realidad a la que se refiere. Aun el poema más altamente poético está, en mi opinión, para ser gozado y contemplado como un hecho estético fundamental y, en ese sentido, enriquece y sensibiliza la vida de la persona a la que llega, pero no por explícita voluntad de cambiar nada, de parte de su autor, sino por su poder estético que trasciende cuanto es: tiempo, espacio, circunstancias, historia... En este sentido, el auténtico poema lleva a quien lo lee y valora, a una vivencia contemplativa, incluso extática, y nunca pasa: permanece y se repite en cada lectura, en cada reiteración memoriosa.

Aunque el poema, según Alonso, Bousoño y otros estudiosos es "plasmación de la subjetividad", tampoco puede escaparse de la carga de la época histórica previa y presente a su escritura. Abordar la lectura de un poema conlleva aceptar "la brutal carga de una época histórica". Nuestro sacerdote-poeta vive en dos ámbitos que, involuntariamente, lo cierran para el mundo 'profano': su vocación religiosa y la pequeña nación a la que pertenece. Su vida responde al cuidado y el cultivo exigentes que requiere la aceptación de la llamada sobrenatural; limita en ella, cuidadosamente, el aporte de los sentidos, y endereza su afectividad por caminos de una pretendida y estudiada incontaminación. Su formación estética se autolimita, necesariamente, pues no cabe en su ejercicio vital el aporte de una dedicación constante a lecturas e investigaciones relacionadas con la poesía, sino al vigor de su sensibilidad y su intuición, y al continuo ejercicio de plasmar en versos las impresiones que producen en él, a la

vez, el paisaje hermosísimo de que vive rodeado, y el ‘paisaje’ social que impone a su vocación la llamada de la caridad. La oración, la disciplina, la búsqueda de Dios dan a luz otras sendas de conocimiento; tiende el sacerdote su mirada compasiva hacia los otros, y encuentra en su ciudad el desarraigo que genera la injusticia social. Toda contradicción, todo afán de cambio se manifestarán en sus poemas que abarcan motivos de la tierra y del cielo.

La poesía es el género más difícil de cultivar, el que exige de su creador mayor síntesis y superior hondura; el que exprime el sentido y todos los sentidos posibles de las palabras, colocadas, gracias a una singular intuición, en el contexto ideal que contribuye a expresar la particular vivencia estética del creador, y que el poema transmite a quien a él se acerca.

Apuntemos también que el lector es, de alguna forma, un creador o re-creador. El poema vuelve a existir en la interpretación de quien lo lee y existe verdaderamente, en la experiencia de aquel que, dotado también de sensibilidad poética, logra devolverle el sentido original y multiplicarlo para sí mismo y, quizá, para los demás. Un maestro que logra transmitir a sus alumnos amor por la poesía, logra para ellos una singular e inolvidable experiencia. Ya lo dijo un poeta o crítico francés cuyo nombre he olvidado: *“Savoir un poème par coeur, nous met, en quelque sorte, a l’abri du désastre”*: “Saber de memoria un poema nos pone, de alguna manera, al abrigo de la desgracia”. Hay que experimentar personalmente esta afirmación y apropiarse de ella en la experiencia íntima. Solo entonces comprenderemos plenamente la verdad que encierra, pues no es una frase cualquiera, ni una opinión ajena: es certeza que merece radicarse en nuestra experiencia personal y, ¡ojalá!, en la de todos los seres humanos.

Traigo mi opinión al respecto, emitida en el discurso de promoción a miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua [septiembre 2001]:

El gran científico del siglo XX, Albert Einstein, preguntaba y se respondía a sí mismo: “¿Por qué la ciencia aplicada, que asegura nuestro trabajo y vuelve nuestra vida más fácil, nos ha traído tan limitada felicidad? La respuesta es simple: porque todavía no hemos aprendido a hacer de esta ciencia, un uso sensible.

Sensibilidad es la palabra. No lo son, inteligencia, abstracción

*ni comprensión, que indican el nexo intelectual entre nosotros y el mundo, nexo que, sin sensibilidad, exhibe el lado más penoso del hombre: su codicia, su incapacidad de entrega, su insaciable condición. La sensibilidad debidamente cultivada nos dirige hacia el ser humano y hacia la naturaleza, en un movimiento de apertura solidaria, nos funde con ellos y nos muestra la necesidad de redimirnos en la tarea común de conocimiento y amor. En este mundo que fue entregado al hombre, hecho a su medida, según aquel principio sofístico no desmentido de que “el hombre es la medida de todas las cosas”, el ser humano pretende trascender en su destructiva ambición de dinero y de triunfos banales; en este universo engañoso solo la sensibilidad, es decir, la capacidad de comprensión que permite unanimidad respecto del sufrimiento de los otros, de compasión sensible, conseguirá transformar nuestras actitudes hacia la búsqueda de un mundo más humano para todos.*¹⁰

Pero, ¿cómo asegurar esa ‘educación de la sensibilidad’?

[...] el ser humano es el único animal que, en palabras del gran axiólogo alemán Max Scheler, sabe decir no, es capaz de dilatar y sacrificar la satisfacción de sus necesidades y pulsiones inmediatas a la búsqueda de bienes superiores. Sobre esta capacidad descansan la producción científico-técnica, el conocimiento, la reflexión, incluso la capacidad de re-ligación que constituye el mundo religioso y, fundamentalmente, el ámbito ético y el de la creación. El poeta, al decir no a la crasa objetividad, en su búsqueda del aspecto bello y emotivo de lo real para expresarlo en imágenes que, a su vez, se expresan en la palabra, consigue con su intuición artística iluminar el universo que abarca su decir, a otra luz

Quisiera traer a este trabajo una cita del poeta norteamericano William Carlos Williams:

Es difícil /sacar noticias de un poema /pero los hombres todos los días mueren miserablemente /por no tener aquello que tienen los poemas”.

10 Cordero de Espinosa, Susana, “El poder de la palabra poética: Jorge Carrera Andrade, académico de vanguardia”. Discurso pronunciado en su incorporación como Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Quito, 10 de septiembre 2001. *Memorias*, Academia Ecuatoriana de la Lengua, números 64-65 volumen 1, pp. 152-153

Creo con Williams y Carrera Andrade que la posibilidad de salud de este mundo dividido radica en que la poesía ocupe el lugar que le corresponde en el pensamiento y el quehacer universales. El poeta, el escritor, hoy, han de enfrentarse a dos requerimientos ineludibles: el de proveer a cada ser humano de la máxima lucidez sobre su condición, la de su pueblo y la de los otros pueblos, sobre cada desamparada existencia en la tierra, y el de mostrar la posibilidad de que esa luz, hecha conciencia en cada uno, contribuya a arrancarnos de la desgracia.

El conocimiento poético, totalizador, dotará de una ética fundamental a las generaciones de seres humanos de este planeta en riesgo de extinción. La poesía muestra que cada cosa es apenas el umbral de sí misma, pero contiene la intimidad de todo. Procura una mirada que fomenta la insatisfacción, sin agotar la curiosidad con fáciles respuestas. Frente a la 'moralina' de cartel, que compra la salvación por unas monedas, la poesía da a la vida el sentido que opone el valor de la individualidad, el de cada persona y cada pueblo, a la absorción de la 'globalización' .¹¹

¿No hay contradicción entre la cita del gran Octavio Paz traída anteriormente, lo glosado sobre ella, y el contenido de este texto? Habíamos dicho que si la poesía no era capaz, *per se*, de cambiar el mundo, sí lo es de sensibilizarnos ante él. Esa sensibilidad puede ayudarnos a mirar de otra manera la realidad; pero la sensibilidad ha de cultivarse desde la más temprana infancia. Entonces, la poesía será una llave maestra para nuestro ingreso al conocimiento y comprensión del ser humano y del ámbito en que él vive, discurre, sueña y obra.

Debemos aún interpretar aquello de 'volver sagrado el ámbito que toca la poesía', según la opinión citada de O. Paz, de que la poesía *procura hacer sagrado el mundo*.

El gran poeta mexicano atribuye al arte, fundamentalmente a la poesía y la música, en la línea del filósofo Federico Nietzsche, el de la muerte de Dios, *un destino que traspasa lo humano, una ambición audaz. Sacralizar el mundo mediante la palabra* significa encontrar lo que el mundo y el tiempo, el tiempo en el mundo- *pasado, presente y futuro* nos brindan de

11 Op. cit. p. 154

admirable y venerable, y también de triste, desolador y yermo; descubrir cuanto trasciende lo real, y ser capaz de expresarlo gracias a la intuición poética y al don singularísimo de la creación estética. Intuir la relación de lo real con otras fuerzas, otras visiones, y caminos no exentos de dolor, exigentes, pero necesarios *para dar un aliento de vida perdurable, a la vida que pasa*. Paz, al hablar del papel sacralizador de la poesía, no se refiere a lo sagrado por oposición a lo profano: asume que lo poético trasciende el ámbito de la mirada elemental y cotidiana, y dota al destino de la palabra, por gracia de la poesía y del poema que la contiene, de una dignidad invaluable, *sagrada, que solo el arte posee*.

Comprendemos mejor estas nociones a la luz del trabajo titulado “*La filosofía del martillo (la sacralización del arte)*”, de Encarna Alonso Valero, donde la estudiosa manifiesta de qué manera el arte es, para Nietzsche, una actividad metafísica y reveladora de la verdad: valor absoluto, prisma que interpreta y revela la vida. Así lo declara el filósofo en *El nacimiento de la tragedia*:

“Solo como fenómeno estético están eternamente justificados la existencia y el mundo”. Desde la óptica de la vida el arte tiene más valor que la verdad, de ahí que uno de los objetivos fundamentales de El nacimiento de la tragedia sea ‘ver la ciencia con la óptica del artista y el arte, con la de la vida’.

Lo trágico en Nietzsche es siempre afirmación sin reservas de la vida, incluso en lo que presenta de más sombrío, pues el dolor y el sufrimiento son componentes esenciales de la vida y están plenamente justificados por ella.

Según la concepción nietzscheana, el poeta, con el músico es depositario de una función casi sagrada, pues son los artistas, frente a los científicos, al hombre teórico, los más dotados para la comprensión del mundo, del devenir constante, del Uno primordial en el que se reencuentran todas las realidades, todas las manifestaciones de la vida”.¹²

12 dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2925618.pdf

POESÍA Y CLARIDAD

Según Roland Barthes, la crítica académica se niega a aceptar la naturaleza simbólica del lenguaje, su ambigüedad y su connotación. Si la escritura literaria “siempre parece simbólica” no puede existir una escritura totalmente “clara” pues todo decir refleja ataduras ideológicas a las que ni el poeta puede renunciar en su quehacer, ni el crítico en su análisis. La poesía ‘clásica’, entiende lo poético como adorno de una lengua clara, sin ambigüedad, pero la poesía moderna rompe con esta concepción y asume el lenguaje poético como totalmente distinto del lenguaje común, ya que, en lugar de privilegiar como evidente la posibilidad de la lengua de traducir de modo inequívoco lo existente o la mirada que tiene de ello el poeta, privilegia la naturaleza simbólica y evocadora del lenguaje.

Para quienes asumen la *naturaleza simbólica* del lenguaje poético, el trabajo de la *forma* que adopta la palabra común en el discurso literario es fundamental. Así, para obtener una palabra o lenguaje artísticos, se ha de *transformar la escritura habitual en forma literaria*, esta última siempre en búsqueda, siempre en crisis.

Contra lo retórico de la escritura *clásica*, que aspiraba a dar al lenguaje, *con su voluntad de adorno y transformación estética de la palabra, la capacidad de deleitar, persuadir o conmover*, la poesía *moderna* pone en crisis el lenguaje, lo hace ‘estallar’. En ella, el significado abarca *todas las acepciones* de la palabra, las relativas a su tiempo tanto como al espacio que ella transmite... No es su intención transmitir nada fuera de la palabra misma, en ella, el lenguaje no transmite significados: *es el significado mismo*.

En cuanto se refiere a la vida y obra de nuestro poeta Suárez Veintimilla, la ‘atadura ideológica’ a que se refiere Barthes es evidente, pues surge del compromiso vital contraído por aquel, en su entrega a la vocación sacerdotal que supone obligaciones, relaciones y renunciaciones a partir de la peculiar forma de mirar el mundo que exige la voluntad de perseverancia en el camino religioso. Su manera de dirigirse a cuanto le rodea, su visión y sentimiento respecto de los demás, su propia intimidad personal; su concepción, aspiración y búsqueda teñidas de anhelos que sobrepasan las evidencias inmediatas y buscan, en lo natural, *lo sobrenatural como meta del existir* constituyen exigencias no siempre claras ni evidentes ni, sobre

todo, fáciles de cumplir para ningún ser humano. La oscuridad de la fe, para quienes han renunciado a los atractivos sensuales y materiales de la vida, exige constante entrega y cultivo de una vida interior atenta a la gracia de lo sobrenatural. Toda experiencia y todo pensamiento busca cumplir las solicitudes de la voluntad divina que la vocación supone (vocación misma que es ocasión de duda y dolor sinceros, así como de exaltación y entusiasmo, para el buen ser humano y buen sacerdote que él fue).

Si bien la atadura vocacional, su sacerdocio, puede ser y es tomada por él mismo y por algunos de sus críticos como una forma de liberación respecto de los banales lazos con que los seres humanos ‘del común’ vivimos atados, es indispensable pensarla también como origen de hesitación y angustia, (lo cual se revela, ciertamente, en algunos de sus poemas), pues si ninguna fe a la que el ser humano se adhiere dota de evidencias absolutas a quien la asume sincera y responsablemente, la fe religiosa encierra fundamentalmente el dolor y la angustia de la incertidumbre y la perplejidad.

Desde el rincón oscuro de mi vida, / desde el sombrío fondo de mis ingratitudes, / desde mis ojos insomnes que hundió la paz perdida, / desde este haz de miedos y dolores, de anhelos e inquietudes; // desde todo mi yo –tan inquieto y tan triste / y sediento de tu bondad y limpia calma- / Madre que al fin viniste, / en tus manos descansa el ansia oscura de mi alma. // Y me encuentro en tus ojos con todo mi camino: / la dulce aurora trémula, sin nombre, / -la vida un despertar y un trino / sin saber la tristeza de ser hombre-; // el despertar convulso de la adolescencia, y, al fin, el corazón sobrecogido en el pecho / -como una flor que anhela dar su fugaz esencia - / cuando me fui por el camino estrecho.¹³

Dado el ambiente de la ciudad pequeña en que transcurre la vida del sacerdote, ciudad en la que todos se conocen entre sí, en la que los sucesos exteriores y relevantes de la vida de cada familia o persona son *vox pópuli*, la manera de ser, las luchas íntimas del sacerdote raramente se dejan adivinar en sus movimientos cotidianos. Todos asumen que su sacerdocio es su condición, su ser: muy pocos se preguntan por sus dudas y perplejidades; todos le sonríen y esperan de él una sonrisa; todos saben que pueden contar con su ‘cura’ de manera casi personal.

13 De “Plegaría dolorida”, *Serenata a la Virgen*, Cuadernos literarios de “ediciones pensamiento católico”, Quito, editorial LaSalle, 1963, p. 23

La lengua es el horizonte que comparten los hablantes como posibilidad y perspectiva de mirada interior y de participación de lo dado hacia los otros, y es, al mismo tiempo, *el límite* de lo que puede decirse. Si es posibilidad cierta de relación entre los hablantes, es social por naturaleza. En cuanto al estilo o forma en que cada individuo emplea la lengua para decir y decirse, en su individualidad, depende de la propia historia personal, de los sueños, de los mitos familiares y sociales, de los prejuicios y miedos, del pasado; el estilo no se elige, viene dado a nosotros, aunque *el lugar* de elección y compromiso es la escritura, que permite unir la creación personal con la sociedad, preservar y transmitir la historia, los sentimientos, las aspiraciones, las utopías... Cultivar el estilo, perfeccionarlo es tarea del escritor y, singularmente, del poeta. La intención de la palabra es comunicar y la escritura nace de la reflexión del escritor sobre el uso social de esa forma que es también un modo, uno solo, el de cada uno, de pensar y entender lo literario como fuente de comprensión y sensibilización del mundo.¹⁴

DATOS, HISTORIA, ITINERARIO

Disponemos de datos valiosos respecto del ambiente y del tiempo, de la historia en que Suárez Veintimilla vivió y a la cual, sin duda, aportó de modo singular. De su personalidad, su sacerdocio, su sentido de la amistad, su amor por el paisaje, su integración en la tierra en que nació y creció. Tenemos pues, respecto de este poeta, elementos que permiten mayor 'intimidad' y nos acercan más a su poesía, Es hora de abordar, en breves palabras, los referidos a su nacimiento, su vida familiar y su carácter.

Según el artículo "Presencia del poeta" que lleva el sello del estilo de su mayor crítico y biógrafo ibarreño, el intelectual Roberto Morales Almeida¹⁵,

Suárez Veintimilla nació en Ibarra, el 6 [sic] de junio de 1911, en un ambiente colmado de todos los carismas de cristianas y culturales vivencias. Fue el quinto de los hijos del hogar paradigmático formado por el apreciado médico doctor Rafael Suárez España y la espiritual

14 Ver: http://es.wikipedia.org/wiki/Gianni_Vattimo

15 Cfr. Morales Almeida, Roberto, *Presencia de Carlos Suárez Veintimilla*, Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", núcleo de Imbabura, abril 2003, p. 9

matrona doña Matilde Veintimilla García. El primogénito Francisco Javier, varón de señora reciedumbre, alcanzó en el Ejército de España el grado de teniente y la gloriosa distinción de Héroe Nacional, al caer en el frente de combate, en las líneas fronterizas de Ceuta, defendiendo la soberanía de la madre patria, 1922. [Haremos, más abajo, referencia mayor a esta circunstancias singularmente decisiva en la vida de la familia Suárez Veintimilla, y en la del poeta] Mariano, idealista de verticalidad democrática, periodista de fuste, dinámico luchador por su ideología, figura descollante en el quehacer político nacional; ministro de Estado; presidente del Congreso, vicepresidente de la República y encargado de poder ejecutivo, en cuya gestión mostró ser protagonista de la hegemonía del sistema constitucional, tan agredido por el caciquismo de ambiciosos mediocres. Y Carmela de López, artista del pentagrama, la primera mujer ecuatoriana que ocupó por votación popular una curul en el Congreso: Jorge, prestante ciudadano, de fecunda labor cívica en el ambiente citadino. Rafael, jurista prestigioso, que representó en el parlamento a Imbabura, por varias veces, con dignidad y eficacia.

Informes de otros estudiosos nos hablan de que nuestro *padre Carlitos*, como familiarmente lo llamaban los ibarreños, recibió la instrucción primaria en la Escuela de los Hermanos Cristianos de Ibarra y siguió estudios secundarios en el Seminario Menor San Diego, bajo la dirección de los Padres Lazaristas. El 18 de septiembre de 1927, ingresó al colegio Pío Latinoamericano de Roma, para estudiar Humanidades Clásicas y Ciencias Eclesiásticas; pasó luego a la Universidad Gregoriana de la misma ciudad, y se ordenó sacerdote el 28 de octubre de 1934. Retornó a Ibarra en 1938.

Y el citado académico Morales Almeida, sintiéndolo ‘suyo’, comenta:

*“Acaso no sería completa la fisonomía de Ibarra, su rostro perdurable, si no se desplazara, cotidianamente, tranquila y modesta, en el regular tablero de sus calles, la figura señora del poeta, pedaleando a ritmo suave su ya inverosímil bicicleta. Erguido, de rasgos casi agarenos, amplio el dombo frontal de ingénito señorío, la sonrisa franca, indeclinable, la pronta y limpia mirada siempre columbrando horizontes, actitud del soñador que recorre caminos y persigue hermosos horizontes”.*¹⁶

16 Morales, Roberto, *Revista Colegio Nuestra señora de Fátima, 50 años, Bodas de oro, 1956-2006, Ibarra, p. 10*

Es tiempo de intentar acercarnos, de apreciar cualidad tras cualidad, la personalidad del poeta y sacerdote, a través de los sucesos de su vida, de los datos familiares que dieron una base sólida y vigorosa a su existencia. Noticias sobre el carácter de Suárez Veintimilla que muestran fehacientemente el porqué de la constante simpatía que generó el poeta en todos los que lo conocieron, en cuantas personas vivieron cerca de él y recibieron su generoso influjo:

No soy ni profesor de literatura ni crítico literario, [afirma Enrique Ayala Mora en un artículo sobre el poeta cuya obra nos ocupa]. Por ello, me voy a centrar aquí a hablar del personaje. Comenzaré leyendo la forma en que se me ocurrió definir a Carlos Suárez Veintimilla en 1994, cuando me embarqué en la tarea de publicar sus poesías completas: Carlitos es un hombre de múltiples oficios e innumerables facetas. Es un incansable promotor de obras pastorales y sociales; es un maestro de vocación y largos años de ejercicio; es un buen conversador, ameno y bien informado; es, como lo atestiguan varias generaciones de funcionarios públicos, un gran palanquero, persistente y eficiente; es ayudador compulsivo, siempre generosamente dispuesto a ofrecer las colaboraciones más inverosímiles; es en fin, alguien que en la vida ha tenido que ser una que otra vez, por gusto o necesidad, periodista, arquitecto, consejero matrimonial, orador de ocasión y árbitro de fútbol. Pero más allá de ello, el hombre es ante todo y sobre todo, sacerdote y poeta. Su obra fundamental se enmarca en estas sus dos grandes vocaciones, que en realidad son una sola.¹⁷

CONOCER MEJOR AL SACERDOTE Y POETA

Intentemos situar en el ámbito temporal y social –sin extensas ni, quizá, exactas referencias cronológicas- ateniéndonos a aquello que consideramos más revelador en el suceder de su siglo y el devenir actual, el quehacer poético y la evolución personal, inducidos de la poesía y de algunos de los textos en prosa de nuestro autor, antes de iniciar nuestra entrada decisiva en dos de los grandes marcos fundamentales del camino poético

¹⁷ Ayala Mora, Enrique, “Carlos Suárez Veintimilla en su centenario”, *Imbabura, Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Pasos y huellas de cuatro ejemplares poetas en sus centenarios*. Edición “Extraordinaria XVIII” septiembre 2011, p. 83

característico de Suárez Veintimilla, completemos lo dicho, siempre con los datos breves e indispensables que, sobre el poeta, su familia, su ciudad y su época, nos entrega el intelectual Roberto Morales Almeida:

Vivió su niñez y adolescencia en un ámbito familiar, escolar, ciudadano, de antiguos valores, instaurados e interpretados a partir de la creencia fundamental y secular en la religión católica, y en una ética basada en el ámbito de la ortodoxia católico-romana. Recibió la educación tradicional de una sociedad de clases, en la cual su pertenencia se decanta por los privilegios de una familia económicamente solvente, aunque no adinerada; familia que pudo educar a sus hijos y proveerlos, en la pequeña ciudad tradicional, de la necesaria dignidad.

Al respecto, nada mejor que reproducir los concisos e iluminadores datos que trae el escritor ibarreño Juan Carlos Morales, a manera de prólogo de una breve antología del poeta.

El poeta tiene 91 años. El cronista lo lleva hacia los años de infancia, a una Ibarra de calles amplias y casas blanquísimas, en la segunda década del siglo XX. Recuerda la casa solariega, cerca del parque donde estaba el ceibo, sobreviviente del terremoto de 1868, que devastó la urbe, que tiene cocoteros y mínimas ventanas. Carlos Suárez Veintimilla nació el 16 de julio de 1911 en esta ciudad que siempre ha buscado el mar, desde la fundación de 1606.

Habla de su padre, Rafael Suárez España, médico del Hospital y de su madre, Matilde Veintimilla, que le entregaron el don de los libros. Evoca a Julio Verne, creador de Viaje de la Tierra a la Luna y Emilio Salgari, que hizo un Sandokán de ojos enigmáticos batallando en lejanos mares, o el Corsario negro. Trae en su recuerdo a los Tres mosqueteros de Alejandro Dumas y ese libro portentoso que es Las mil y una noches, donde la eterna Scherezada sigue cautivando al sultán Schariar con sus cuentos de genios y marineros. Esos eran los textos que le hicieron imaginar viajes fantásticos.

Pero la realidad fue atroz. Su hermano Francisco Xavier fue de voluntario a España, a la Academia de Caballería de Valladolid. En África, en Marruecos, siendo alférez y asistente de un coronel, lo ultimaron las balas de 'los moros' [...] fue en esa época que Carlos Suárez

*Veintimilla se decidió por la vida militar.*¹⁸.

Reproduzco aquí la referencia iluminadora que aporta, respecto de este hecho tan significativo, grave y doloroso para la familia, el libro *Páginas anteriores*, de Jaime Núñez Garcés :

El acta de la Sesión de Cortes del 23 de junio de 1922, certifica que el parlamentario Rodríguez Viguri "... se refiere al Oficial ecuatoriano que ha muerto luchando en África como Alférez Honorario del Ejército Español; pide que el Parlamento rinda un homenaje al bravo Oficial, y que el Ministro de Estado lo comuniqué hacia su país. El Presidente del Consejo enaltece también al bravo Oficial muerto, y se adhiere a ese deseo, como muestra de que el Parlamento Español está cada día más unido en amor a las Repúblicas americanas. Se asocia de todo corazón al ruego del Sr. Viguri con la sola diferencia de entender que esa comunicación debe dirigirla el Presidente de la Cámara. Esto será algo que estreche más y más los lazos de cariño que unen a España y América ... por ello propone se acuerde ya el homenaje de sentimiento de admiración y de pésame del Parlamento por la muerte heroica de dicho Oficial americano.

[...]

*Ya en el siglo actual (18 de mayo del 2001), los altos mandos del cuartel González Tablas de Ceuta otorgaron a nuestro compatriota el nombramiento póstumo de Alférez de Honor durante una ceremonia castrense denominada "Viernes Regular", efectuada en las instalaciones del recinto militar. Al acto asistieron familiares del homenajeado, quienes viajaron desde Ecuador para solemnizar con su presencia un reconocimiento justo.*¹⁹

Sin duda, esta circunstancia excepcional marcó de manera definitiva la vida de la familia Suárez Veintimilla; el muchachito que en 1922 era Carlos Suárez, de apenas once años de edad, debe de haber sentido en carne propia la tragedia, así como el orgullo causado por el reconocimiento íntimo y público del heroísmo probado hasta la muerte, de su hermano mayor. Y

18 Morales, Juan Carlos, *Tierra mía. Carlos Suárez Veintimilla, antología*. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo de Imbabura, Colección Carangue, Ibarra, 2011

19 Jaime Núñez Garcés. *Páginas anteriores*, Quito, Impresión Studio 21, 2011, pp. 50-51

aunque no contemos con datos fehacientes respecto de su deseo de hacer-se militar, como lo manifiesta Juan Carlos Morales en la entrevista citada, es la de este último una versión aceptable y comprensible, pues el entonces apenas adolescente, que más tarde se haría sacerdote, debió de haber interiorizado de modo insondable, en el íntimo silencio, el valor de la muerte de su hermano mayor, cuyas bravura y generosidad soñó emular.

*Pero la vida tiene encrucijadas. Su familia muy católica había en-
tablado amistad con el Obispo Alberto Ordóñez, quien propuso al
joven que cursaba el segundo año ir a Roma, para entrar a la vida
sacerdotal. El clérigo esperó algunos años para convencer al joven. El
muchacho se negaba rotundamente, pero se fue con la condición que
si no le agradaba lo monástico regresaría a su Ibarra. No conocía ni
Quito, cuando tuvo que embarcarse en un vapor italiano, Bolonia,
desde Guayaquil. Su otro hermano, Mariano, lo esperaba en Génova,
los meses que duró la travesía.²⁰*

Su católica familia desea firmemente que se realice la aspiración de contar con un hijo sacerdote. Incitado por todos y, sin duda, por el ambiente favorable que, para una vocación de esta naturaleza existía en la pequeña ciudad, un 18 de septiembre de 1927, viaja a Roma, *no sin antes haber dejado claro, que si su experiencia de estudio hacia el sacerdocio lo disuadiera de consagrarse a ese género de vida, volvería a su patria y buscaría otros caminos, igualmente dignos y humanos.* Llega a la ‘ciudad eterna’ a estudiar humanidades clásicas y ciencias eclesiásticas en el Colegio Pío Latinoamericano y Teología en la Universidad Gregoriana. Contra su propia previsión, el transcurso de los años, la formación, sus amistades, el ambiente de devoción y estudio han contribuido a que se decidiera a adoptar el sacerdocio como forma de vida. El 28 de octubre de 1934 se ordena sacerdote; han pasado los años romanos y regresa a la patria, como ya lo anotamos, en 1938, donde comienza su ejercicio sacerdotal con ilusión y alegría. En 1939, un selecto grupo de nuevos sacerdotes deja, como él, su perdurable huella en el trabajo social y educativo e, incluso, en su acción política:

*Yo no sé ni cómo ni cuándo, exactamente, nació el Cuadrilátero.
Mis recuerdos lo encuentran ya hecho, como algo natural, como algo
que tenía que ser. Cuatro jóvenes sacerdotes, con escasa diferencia*

20 Op. cit. p. 12

*de edad, con responsabilidades diferentes, con temperamentos muy diversos: Leonidas Proaño, concentrado, inclinado a la reflexión, ordenado y sistemático, organizador, hacia afuera reservado, pero dentro del grupo, comunicativo y cordial. Luis Carvajal, abierto y alegre, expansivo, entusiasta, dotado de un gran don de gentes, inclinado a las ciencias exactas. Arsenio Torres, penetrante, exacto y puntual, fervoroso, recto, con una firmeza que a veces lindaba con la inflexibilidad. Y el último, aventurero, inquieto y soñador. Nos unieron secretas afinidades, **un gran idealismo**, [el subrayado es nuestro] el anhelo de hacer de nuestro sacerdocio una hermosa aventura comunitaria.²¹*

Preciosa y fiel evocación del sentimiento y las vivencias que llenaron de significado y alegrías su vida, cual es la *experiencia de la amistad*. Vivió en una sociedad desigual, a cuyas exigencias políticas y sociales no podía ser indiferente, aunque su fe contribuyera a que aceptase como ‘lo dado’, aquello que, en ciertas instancias, puede y debe cambiar. Individualmente, y esto se revela en algunos de sus poemas, contaba con la convicción fundamental de la desigualdad de destino de los seres humanos sobre la Tierra y a esta convicción opuso su sensibilidad y voluntad de cambio, asumidas en la vivencia de lo moral pero, fundamentalmente, de la fidelidad a los valores religiosos, de la fe y de la *espera paciente y resignada, aunque no inactiva*, en los designios divinos. Estos valores íntimamente asumidos constituyen el fundamento del obrar, del vivir y quizá del poetizar de nuestro sacerdote.

A este propósito, si en su biografía consta la amistad que le unió, desde su temprano ejercicio sacerdotal, a quien sería un día ‘el obispo de los indios’, alma de los indígenas pobres de Riobamba, Leonidas Proaño, más tarde obispo de dicha ciudad y claro exponente de la teología de la liberación, Suárez Veintimilla no llegó, como aquel, interesado desde muy tempranamente en las tendencias más adelantadas de la doctrina social de la Iglesia Católica, a asumir como propia dicha teología libertaria, cuyo valor y eficacia fue tantas veces tachado de filocomunista y exacerbado hasta la condena al ‘destierro’ de la iglesia a muchos de sus teóricos, sacerdotes ejemplares. El mismo monseñor Proaño fue llamado en 1973 a un ‘juicio’ en Roma, que debió herirle, pero del que salió intacto. En 1976, fue brevemente encarcelado durante la dictadura de Guillermo Rodríguez Lara,

21 Carlos Suárez, citado por R. Morales en *Presencia...* pp. 14 y 15

y falleció en Quito, el 31 de agosto de 1988.

Recientemente, el papa Francisco ha reconocido el vigor y el valor de la lucha de algunos de los representantes centroamericanos más conspicuos de dicha teología libertaria, aunque todavía hace falta una más clara reivindicación. A propósito, he aquí unas palabras del obispo brasileño don Pedro Casaldágila, pronunciadas en un reciente y último congreso sobre la teología de la liberación:

*¿Quién le teme a la teología de la liberación? Con la llegada de Francisco se ha agitado el tema y nos hemos confirmado en la convicción de que la teología o es Teología de la Liberación o no es teología; ciertamente, no lo sería del Dios de Jesús. Para que seamos libres Él nos liberó. Os envío un abrazo del tamaño de nuestra utopía, el Reino”.*²²

Palabras que revelan una convicción de enorme fuerza, y manifiestan de qué modo la teología cristiana ha de ser liberadora, a fin de cumplir su destino de ser ‘la ciencia que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones’. Basta, pues, para los teólogos de la liberación, hablar de teología para saber implícita en ella, como parte de la constitución de su propia esencia, la aspiración a la libertad representada, precisamente, en la fe en Cristo, que vino a *liberar* a los hombres de todo cuanto los aliena y enajena del íntimo sentido de su vida. La pobreza extrema, contrastada con la riqueza extrema es inhumana, porque priva del ejercicio de libertad posible a hombres y mujeres de la Tierra que, ocupados apenas por sobrevivir, rebajan la calidad y dignidad de su existencia. Casaldágila, Leonardo Boff y los grandes teóricos de esta teología tan castigada, no aceptarían, o la aceptarían con aclaraciones fundamentales, la definición que se da a la teología de la liberación, como el ‘movimiento cristiano que propone una nueva lectura del Evangelio, con un enfoque social y político influido por el marxismo’. Al atribuir a la teología la decisiva influencia del materialismo dialéctico, la privan de su valor como teología; pero si toman del marxismo su preconización de la lucha por un mundo distinto, más justo y humano, con igualdad de oportunidades para todos, los principios de la teología, como ha ocurrido a lo largo de la historia de las ideas, se enriquecen con una nueva forma de esperanza.

22 <http://www.hoy.com.ec/noticias-ecuador/quien-teme-a-la-teologia-de-la-liberacion-590779.html>

Suárez Veintemilla no teorizó, que sepamos, ni participó activamente en las exigencias de la teología de la liberación, pero fue amante de los pobres y desposeídos, a quienes dedicó algunos poemas, y en su vida personal fue desprendido y ascético: vivió en ejemplar y contemplativa sencillez.

BUS

Señor de mi bus de a dos reales, / te doy gracias porque estoy cansado / y he ballado asiento junto a la ventana / que lame, como un perro amigo, / la luz del ocaso. / Si fuera manejando un automóvil, / no pudiera estar así, tranquilo, mirando / los guiños de los letreros luminosos, / los brazos estirados / de la ciudad que bosteza, / los ojos fijos y duros de los autos, / las pupilas veladas de la gente cansada, / la mano gris de la tarde sobre el paisaje despintado. / Aquí adentro, los pobres, con la tarde en los ojos / vamos un poco apretados; / una mujer con la canasta vacía / y una sombra de ausencia de los ojos helados; / la sonrisa de una niña / sobre tanta cosa marchita, ¡rosa de milagro! / ¡Cierro los ojos y pienso / que te tengo a mi lado cuando viajo, / olvidado de que eres Dios, para sentarte / junto a mí, como un hermano. / Pero hoy me cuesta trabajo descubrirte / en el que va junto a mí, un poco borracho / tranquilo y silencioso, / las manos juntas y los ojos bajos; / me cuesta prescindir, para sentirte, / del vago olor del trago. / Pero al fin, en la penumbra del bus, / tu rostro poco a poco se va iluminando; / y te veo a través de la pobreza / del dolor de los ojos fatigados, / de la vieja camisa con leyenda inglesa, / de los callos que ennoblecen esas manos. / Él ha alzado la frente; / nos vemos y entendemos sin hablarnos. / Tengo que bajarme en la próxima parada: / ¡cómo te agradezco por haber viajado / por dos reales, los dos / ¡juntos, como dos hermanos!

No son, a mi entender –o a mi sentir–, los poemas anecdóticos, ni los más largos de nuestro autor, aquellos en los cuales la poesía se descubre con mayor nitidez. El poema se dedica al Señor ‘de mi bus de a dos reales’ al cual agradece su tranquilo cansancio; evangélicamente, encuentra a Dios en los pobres. En algunos versos hallamos los motivos de su sensibilidad hacia el mundo, su sentirse uno más entre los pobres hombres, sin diferencias evidentes, que las hay: *Aquí adentro, los pobres, con la tarde en los ojos*

/ *vamos un poco apretados*; con el verbo en plural, manifiesta, no solo su adhesión, sino su identificación con los pobres que viajan junto a él: busca en los pobres a Dios, como lo pide el Evangelio y cree encontrarlo, aunque le *'cuesta trabajo descubrirlo / en el que va junto a /él/ un poco borracho'*. Entonces, lo proclama: *"y te veo a través de la pobreza / del dolor de los ojos fatigados, / de la vieja camisa con leyenda inglesa, / de los callos que ennoblecen esas manos...* El uso de la segunda persona en este pasaje, muestra nuevamente la distancia entre él y los pobres que ocupan, en su mayoría, los asientos del bus.

El paisaje humano que le presenta el bus penetra a través de sus sentidos. Visión: *"una mujer con la canasta vacía / y una sombra de ausencia de los ojos belados; / la sonrisa de una niña / sobre tanta cosa marchita, / rosa de milagro!"*/: olfato: *"me cuesta prescindir, para sentirte, / del vago olor del trago"*. Tacto: *"Aquí adentro, los pobres, con la tarde en los ojos / vamos un poco apretados o 'los callos que ennoblecen esas manos'...*

Cabría esperar que la presencia de Dios en su vida le permitiese, más bien, descubrirlo en las ácidas debilidades de los hombres; pero el poeta confiesa su dificultad, sencillamente. Y no se sabe si los últimos versos hablan de su unión con Dios o con el hermano borracho: *¡cómo te agradezco por haber viajado / por dos reales, los dos / ¡juntos, como dos hermanos!*, aunque la ambigüedad de la poesía nos lo muestra unido, en Dios, con todos los seres descritos en su poema, los viajeros del bus *'de dos reales'*, uno de los buses más pobres de la Tierra.

El poeta retorna a Ibarra, como habíamos anotado, en 1938.

Su existencia cotidiana se llena de afanes apostólico-educativos, poéticos y sociales, Entonces, se dedica con entusiasmo y convicción, conjuntamente con los sacerdotes Leonidas Proaño Villalba, Luis Carvajal Rosales y Arsenio Torres Yépez a la formación de grupos juveniles: Juventud Obrera Católica (JOC), *Scouts*; grupos gremiales de obreros y artesanos; al mismo tiempo, los sacerdotes ejercen la docencia: los padres Proaño y Carvajal, en el Colegio Seminario San Diego. En el Colegio Particular Sánchez y Cifuentes, el padre Suárez Veintimilla, que fue, además, su rector, y el padre Arsenio Torres, profesor.

Pero volvamos aún a aquellos detalles de su juventud que contribuyan a conocerlo más. A sus estudios romanos, según la obra del académico Morales Almeida.

Ha de destacarse la amistad que le une a dos sacerdotes mexicanos, hermanos entre sí, los Méndez Plancarte. El libro de Morales nos entrega, al respecto, el artículo titulado “Dos vidas sacerdotales”, que Suárez Veintimilla dedica, en 1955, al recuerdo de Gabriel y Alfonso, entrañables amigos mexicanos, con quienes participó de su experiencia estudiantil en Roma. Ambos, humanistas señeros, profundos estudiosos de la cultura de su país, murieron muy tempranamente, y Suárez Veintimilla les consagra sus palabras repletas de insobornable afecto. Ellos fueron fundadores de la revista *Ábside*, ya citada, en la cual nuestro poeta publicó algunos de sus poemas. Reproduzco aquí varias estrofas de su “Carta a Gabriel”, escrita luego de haber sabido de su temprana muerte, precedidas por las últimas palabras en prosa de su dedicatoria:

He rogado ya, lleno de dolor y rodeado de imborrables recuerdos de los años más claros y bellos, por el amigo querido. Y he escrito también esa Carta, tan pobre en su contenido poético, pero que nació de muy adentro”...²³

De “Carta a Gabriel”:

Gabriel, ¿por qué te has muerto / cuando el mundo es así: una tapa negra / que nos roba la azul altura límpida / y hacen falta rendijas para verla? // Y tú eras eso: una rendija humilde / de inquietudes y atisbos que en la negra / inmensidad, unas divinas Manos / dejaron entreabierta. // En esta hora de envidias, / Gabriel, ¡qué falta tus palabras buenas / que en el mar de las almas / hundían su sonrisa y su tristeza / por ver si al fondo hallaban, algún día, / una mínima perla!

Que se nos permita indagar en algunas expresiones de esta dedicatoria y estos versos, que tanto dicen, no solamente del cariño que nuestro poeta siente por su amigo Gabriel y del dolor causado por su definitiva ausencia, sino de sus propias vivencias, así como del sentido de su vocación sacerdotal.

Y he escrito también esa Carta, tan pobre en su contenido poético...

23 Citado por Morales Almeida, p. 86

La *pobreza* del contenido poético de sus versos preocupa al escritor. No solamente ante la imposibilidad de expresar el dolor por la ausencia definitiva de su amigo, sino como pregunta reiterada y sincera que se hace a sí mismo, que dirige a su poesía y a quienes conoce o ama, a lo largo de toda su existencia. El sacerdote tiene como misión ser una *bendición*, una rendija por donde lleguen a los demás el aire, la luz, los *atisbos* de la verdad, pues la verdad entera solo puede alcanzarse tras la muerte. Pero su amigo y él mismo, como sacerdote, no han asumido solos la llamada a ser, para los demás, luz en la general oscuridad: Esa *rendija humilde* fue entreabierta *por las manos divinas*: la llamada viene de una voz antigua, alta y lejana, que al ser humano le compete aceptar o rechazar.

*En esta hora de envidias, / Gabriel, ¡qué falta tus palabras buenas / que en el mar de las almas / hundían su sonrisa y su tristeza / por ver si al fondo hallaban, algún día / una mínima perla! // Para ver este mundo de que ha sido / desterrada la luz que atisba y sueña / ¡qué falta tu mirada / de niño y de poeta!*²⁴

Cuántas circunstancias personales, sin duda, evoca y extraña íntimamente el poeta, que sabe que nunca más tendrá el consuelo de las ‘palabras buenas’, don de la amistad sincera... ‘Palabras buenas’ que resuenan en él como resultado de un inclinarse hacia ‘el mar de las almas’; que no surgen por sí mismas, ni son resultado de una intuición vacía, sino cosecha del vivir entregado, inclinado hacia los demás, en búsqueda de esa ‘mínima perla’.

Pero sigamos a Morales Almeida:

*El ambiente ibarreño, singularmente juvenil, docente y periodístico, crea en el joven P. Carlitos una atmósfera de auspicio muy eficaz. Y con su dinamismo y enorme anhelo de fomentador del supremo mandato **Id y enseñad**, promueve una notable corriente de superación cultural, deportiva, de inquietudes sociales.*²⁵

Entre estas inquietudes se halla, de modo preferencial, surgida tanto de su vocación sacerdotal como de su capacidad poética y de sus convicciones

24 Op. Cit. P. 86

25 Morales Almeida, Roberto, “El mayor poeta religioso del Ecuador”, Revista Colegio “Nuestra señora de Fátima” Publicación realizada cuando se cumplen 50 años de fundación de dicho Colegio, 1956-1906, Ibarra, Ecuador, p. 10

respecto de lo social: justicia e injusticia, riqueza y pobreza, felicidad y desgracia, ignorancia y saber como ámbitos extremos entre los cuales se deslizan la esperanza y la desesperanza humanas, *la convicción de que solo mediante la educación pueden cambiar los amargos y seculares extremos que lastran nuestra vida social*; solo la educación puede ayudarnos a vivir tolerantemente, volcados sin prejuicios hacia los demás; a comprender que nuestro camino en la tierra ha de obtener su sentido de justa correspondencia entre nuestra existencia y la de los otros, gracias a un empleo responsable de la libertad, que no puede ser tal, si no respeta y perfecciona, a la vez, la libertad de todos. Pero la libertad no sabe de clases sociales, todo lo ignora de divisiones y complejos personales: la libertad auténtica humaniza, muestra a los demás en su verdad. Así, desde estas convicciones que he podido encontrar entre los documentos, discursos e intervenciones que se conservan del *padre Carlitos*, donde tales verdades se adoban y logran plenitud mediante la fe, dicho sacerdote concibe su obra social más conocida, y funda la Escuela Nuestra Señora de Fátima:

*Profesor y dirigente espiritual del colegio Sagrado Corazón de la Comunidad de Betlebemitas, rector del colegio Sánchez y Cifuentes, creador del Instituto Nuestra señora de Fátima y su comunidad educativa, el sacerdote y maestro de clara vocación **comprometió toda su reciedumbre creativa a las nobles metas de formación integral de las nuevas generaciones.** [El subrayado es nuestro] Por eso, para auspiciar las labores en el Centro docente Fátima, en 1977, editó su antología *Imbabura*, selecto poemario de cromáticas ilustraciones con acuarelas de los pinceles de Solymar López y Fredy Mejía.*²⁶

Leamos la emocionada crónica de una exalumna del plantel:

Hace más de 50 años aceptamos la invitación de Dios por medio de uno de sus hijos predilectos, el padre Carlitos Suárez, cuando aún estábamos en la escuela. Es un gran honor dar testimonio de cómo un sueño se convirtió en hermosa realidad. Ser parte de lo que inicialmente fue Colegio de formación familiar “Nuestra señora de Fátima” es un gran privilegio. Recuerdo que nuestras primeras clases las recibíamos en casa del padre Carlitos, unas cuarenta y más compañeras en una sola aula, sin pizarrón, sin pupitres, escribiendo en la espalda de la compañera de adelante o en el piso, en un patio de

26 Morales Almeida, “El mayor poeta religioso del Ecuador”, *Ibíd.* p. 11

*recreo tan pequeño que nos mantenía siempre unidas, más que en un ambiente de colegio, en un ambiente de familia. Luego, cuando nos cambiamos de casa a lo que actualmente es la escuela nuestra señora de Fátima, ¡cuántas cosas cambiaron!, pero el ambiente familiar fue nuestro eterno compañero; las hermanas, nuestras segundas madres y los señores profesores hicieron de nosotras ‘personas’, es decir, mujeres con valores intelectuales, morales y sobre todo humanos. Acciones como visitar enfermos, encarcelados, hogares pobres; llevar la palabra de Dios en el rezo del santo rosario o en un pedazo de pan o en un momento de compañía con palabras de consuelo, nos enriquecía personalmente, y sin temor a equivocarme, todavía es parte de nuestra vida. Más tarde, cuando el colegio contaba con más cursos, cómo olvidar las competencias de toda índole, culturales, deportivas, no solo a nivel interno sino con los demás colegios de la ciudad; y por ende, los éxitos y triunfos alcanzados eran nuestra mayor alegría. También es grato recordar los días de retiros espirituales que tanta falta hacen hoy en día; las clases de cocina, cuando elaborábamos tortas, tamales y otros bocaditos para ser ofrecidos a la ciudadanía de Ibarra, a fin de recolectar fondos para el colegio. La triunfal y apoteósica llegada de nuestra patrona venida desde Portugal, las mingas para adecantar el colegio son también gratos recuerdos.*²⁷

Otra exalumna evoca:

El padre Carlitos consiguió de Venezuela la donación de 15 máquinas Singer, que nos sirvieron para la confección de prendas de vestir y la práctica del bordado a máquina; cada una de las alumnas disponía de una. Desde su inicio el colegio, además de su preparación fundamental para el hogar, ofreció a esta nueva juventud ciertas oportunidades de trabajo, mediante la implementación de especializaciones prácticas, tales como auxiliares de secretariado, con eficiente preparación técnica para el trabajo en oficinas. Auxiliares de enfermería, con un diploma oficial y con una amplia práctica en el hospital de la ciudad. Profesoras de corte, con el mismo título oficial de los colegios de manualidades femeninas, con capacitación en la costura, el bordado, los tejidos y el dibujo, como complemento de su preparación general.

27 Benítez, María Dioselina, exalumna, “Añoranzas de mi colegio”, *Ibíd.* p. 15

“*El padre Carlitos consiguió de Venezuela la donación de 15 máquinas Singer...*”, he aquí esta evocación que nos muestra como preocupación central del padre Carlos Suárez, la de dotar a su escuela de los medios necesarios para que las alumnas que estudiaban en ella salieran, tanto con nociones intelectuales básicas, como con el dominio de un oficio que les permitiera emplearse o crear una pequeña empresa, gracias a lo cual lograrían una vida de dignidad económica, base de la dignidad personal, familiar y social. No extrañe, pues que repitamos aquí aquello que, con singular humor, el citado historiador Ayala Mora afirmó:

*Carlitos es [...] un incansable promotor de obras pastorales y sociales; es un maestro de vocación y largos años de ejercicio; [...] es, como lo atestiguan varias generaciones de funcionarios públicos, un gran palanqueador; persistente y eficiente; es ayudador compulsivo, siempre generosamente dispuesto a ofrecer las colaboraciones más inverosímiles;*²⁸

Gran palanqueador; mérito incuestionable en un país en el cual tantos logros justísimos se consiguen solamente mediante el palanqueo, es decir, ese continuo, a veces colosal esfuerzo de emplear todas las influencias posibles, mover las llaves de la amistad, arriesgar incluso el prestigio propio en mil y una solicitudes, para conseguir los fines propuestos. El *padre Carlitos*, en su sacerdotal pobreza, alcanzó metas imposibles de conseguir de otra manera que mediante la conversación con cientos de personas, amigos o parientes de alguno de los políticos de turno, a quienes era preciso llegar. Ya vemos, por la crónica de la experimentada exalumna, cómo logró que desde Venezuela se le donaran tantas máquinas de coser como alumnas las necesitaban. Estos y muchos otros resultados fueron parte del milagro de su existencia cotidiana y de la de tantos como él, que se esforzaron y esfuerzan en trabajar a favor de los demás, sin buscar el propio beneficio.

En cuanto a la Hermandad de Fátima, concebida y creada para el logro de la entrega cristiana de sus miembros bajo la advocación de la Virgen de Fátima, con la meta fundamental de educar, la concepción de su existencia fue previa a la fundación de la escuelita que, como vimos, funcionó los

28 Ayala Mora, Enrique, “Carlos Suárez Veintimilla en su centenario”, *Imbabura, Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Pasos y huellas de cuatro ejemplares poetas en sus centenarios*. Edición “Extraordinaria XVIII” septiembre 2011, p. 83

primeros meses en la casa de la familia del padre Carlos Suárez, con las dificultades y carencias propias de un comienzo pobre en bienes materiales, pero rico de anhelos. Monseñor Silvio Luis Haro aprobó los estatutos que la crearon.

*Y es así que el 17 de octubre de 1956 se da comienzo con tres hermanas. Señorita María Magdalena Salvador como directora; señorita Clemencia Morales Granda, quien en días anteriores llegó de México realizando un curso para poner a disposición sus conocimientos adquiridos en el aspecto educativo, y la suscrita. [...] Con el transcurrir del tiempo tuvimos aumento de vocaciones y se extendieron las casas a Quito y al cantón Quero, en donde se puso en práctica la misión para la cual fue creada la Hermandad: el ejercicio de la profesión, el servicio a la familia y juventud, la pastoral educativa en misiones urbanas y rurales, en la formación de catequistas y en el trabajo social e institucional”.*²⁹

La fundación del Instituto secular Nuestra señora de Fátima, tanto como la de la escuela y posterior colegio de la misma denominación, se remonta a un sueño concebido ya por el P. Carlos Suárez desde Roma: sigamos la narración de doña Rosario Madera de Gordillo: [... la idea que tenía el padre fue [la de trabajar en] el ‘movimiento obrero’ pues a su regreso de Roma, en el barco, ya pensaba en la formación de un grupo de seglares que se comprometan con mujeres obreras y el compromiso de la palabra de Dios... Con la ayuda de su familia, Magdalenita [doña Magdalena Madera Salvador] puso en su casa un taller de alta costura donde empezó a preparar a jóvenes en un campo de espiritualidad [...] siempre tuvo el apoyo desinteresado de Clemencita Morales, que fue una de las primeras que se inició en el grupo de fieles seguidoras de la idea principal de alcanzar esta gran misión de ‘atención a los pobres’ y ‘ayuda a los necesitados’. Nace entonces el grupo de hermanas que funcionaban en la casa del padre Carlos Suárez y posteriormente se habilita allí también el colegio. Más tarde, doña Carmela Tamayo Galárraga, llena de un grande y noble corazón, dona la casa donde actualmente funciona el colegio y reside la hermandad.

29 Hermana Emma Ruiz, Cofundadora del Instituto secular “Nuestra señora de Fátima”. Revista..., p. 19

Quiero expresar mi voto de aplauso a Magdalenita Madera, Clemencita Morales y Emmita Ruiz, fieles pilares entregados a la obra de María de Fátima y al cumplimiento de la misión de Magdalenita Madera y padre Carlitos Suárez, quienes propusieron por medio de un Instituto Secular, con aprobación diocesana, la continuidad de esta obra.³⁰

La convivencia entre el bienestar y la pobreza e incluso entre la extrema riqueza y la pobreza extrema es ineludible aún hoy, en nuestros campos y en nuestras ciudades. El padre Carlos Suárez conocía bien, en su trato cotidiano con la gente, en su camino ordinario y en su vida sacerdotal, la existencia de la pobreza, a menudo lacerante y, como hombre de bien y sacerdote y poeta, sufría por ella. A este propósito, una exclamación suya es iluminadora: *“La pobreza [...] permanecerá siempre como un problema de respuestas personales o exigencias muy personales también*, palabras que recuerdan la palabra de Cristo: *“A los pobres los tendréis siempre con vosotros”*... [Mateo.26-11] ‘Un problema de respuestas personales’, sí. Parece que la historia da plena razón a esta concepción del padre Suárez: el Estado, se ha probado ya, si puede crear fuentes de producción y trabajo, si puede contribuir a la mejor distribución de la riqueza, no puede hacerlo todo al respecto. Hoy, en los países en los que, aparentemente, reina el ‘estado de bienestar’, sigue habiendo pobres, y muy pobres y, en inexplicable simultaneidad, ricos, y tremendamente ricos. La gran crisis económica que vive actualmente el mundo occidental y tiene infinitas causas, muestra que la ambición y el juego financieros rigen la existencia de personas, sociedades, Estados, que no solamente podrían, sino que deberían compartir su extrema riqueza, evitar el desperdicio atroz de alimentos en un mundo en el cual existen miles de millones de seres desnutridos y de pobres hasta la miseria, cuidar el planeta cuya riqueza, siendo de todos, pertenece a tan pocos. Problema de *respuestas personales*, de sentido de la solidaridad, de comprensión y amor y entrega, virtudes tan difíciles de vivir y aún más difíciles de lograr en cada uno de nosotros. No basta conocer, lo sabía Sócrates, como lo sabían los grandes filósofos: el problema fundamental radica en la elección, a favor de los demás, que realiza nuestra libertad. Pero sin voluntad moral, esta elección por los otros es muy difícil; lo es, en nuestra comodidad y nuestro egoísmo.

Vale la pena comentar aquí otra exclamación del padre Suárez, repetida

30 Madera de Gordillo, Rosario, “Una vida y una misión junto al instituto secular Nuestra señora de Fátima”, *ibíd.* pp. 20-21

por sus exalumnas: “Tenemos el deber de mirar la realidad tal cual es, pero desde un plano superior, de acuerdo a los principios que permanecen serenamente inmutables entre el vaivén incesante de doctrinas y sistemas arrogantes, mirando siempre la verdad”.³¹ Mirar la realidad ‘desde un plano superior’ que para el *padre Carlitos* es el de la caridad predicada por Cristo, el plano de la religión a la que ha entregado su vida. Su quehacer poético se llena de nostalgia al evocar la pobreza cotidiana, y aunque algunos de los poemas relativos a este grave problema humano y social, de intención absolutamente **válida**, son más bien anecdóticos, menos ricos en calidad, otros son profundos en su sinceridad ingenua y muestran la inquietud que iluminó su existencia y dio significado a su vocación al sacerdocio.

Hemos reproducido ya uno de los poemas que muestran su sensibilidad hacia cuanto se relaciona con las diferencias de orden social, su identificación con los desposeídos, titulado “Bus”, sencilla y bella descripción, como habíamos anotado, del viaje del bus cotidiano; el poeta se halla entre la gente de todos los días, los pobres que, a la salida del trabajo y de regreso a casa, en el traqueteo del camino, son sus iguales, sus hermanos. Se identifica con ellos en un proceso de unidad y reconocimiento. Se siente, se sabe uno más, no aislado en la caja de cristal de un automóvil egoísta, sino alguien entre los que miran desde el bus pasar la vida mientras bosteza la tarde. Al incluirse entre todos, descubre la primera persona del plural: *Aquí adentro, los pobres, con la tarde en los ojos / vamos un poco apretados*; se sitúa en un mundo que quiere como suyo. En el *vamos* se incluye Cristo, a pesar de la tan humana confesión del escritor: *hoy me cuesta trabajo descubrirte*; entonces, empieza a hablar desde un *nosotros* hermano, abarcador. Con Cristo, forman parte de un mismo mundo, comparten similares preocupaciones, son uno con el pobre de todos los días. Ha descubierto a Cristo en el milagro sonreído de una niña, en el olor a trago del tímido, humilde borracho sentado junto a él. Lo encuentra donde prometió estar, en la pobreza, en los ojos cansados, en la camisa ‘con leyenda inglesa’, jironía suprema de la riqueza publicitaria en un mundo desposeído! Viaje cotidiano en el que el sacerdote mira y encuentra a los demás en Cristo, en inesperada y triste, pero hermosa comunión.

Su obra educativa a que nos referimos largamente es fiel reflejo de esta preocupación y búsqueda de cambio y justicia social. Él comprendió vitalmente el sentido y el valor de la educación para cambiar en algo el

31 *Ibíd.* p. 27

injusto mundo en que vivimos. La vida del sacerdote y poeta se deslizaba en la hermosa y pequeña ciudad blanca, donde todos lo conocían y confiaban en él, apreciándolo sin límites. Este *deslizarse* tiene, anecdóticamente, también un sentido físico: iba y venía de todas partes, *más que en bus, en bicicleta*. El uso de este vehículo para su ir y venir cotidianos le permite, en medio de su pobreza más espiritual que material (como conviene a un sacerdote de familia conocida en una ciudad pequeña y generosa), pobreza que muchas veces es producto de su personal desprendimiento en favor de su obra educativa, o de una familia sin medios de subsistencia, como, tal vez, a favor de un amigo en apuros, le permite, decíamos, moverse ágilmente, mirando el paisaje, sintiéndose dueño de su propio movimiento, llevado por sí mismo hacia donde él va.

Cito, a propósito, el siguiente poema elegíaco, dedicado a su amigo del alma, el ya citado crítico y esteta, padre Miguel Sánchez Astudillo:

A MIGUEL

Tú en tu celeste bicicleta / -la de los alegres días / en que a Jesús llevabas, montado en la barra, / por las calles frías / de la madrugada- / y yo en mi vieja bicicleta perdida, // nos marchábamos, Miguel, por los caminos / -por los caminos de las horas idas; // y de mis horas que siguen pedaleando en la tierra; / de tu hora misteriosa de allá arriba- // Vamos por un camino / lleno de hojas caídas / doradas por la lumbre de la tarde / que dora el aire, el corazón, las cimas. / Yo no sé si es la tarde, dime: / ¿hay también tardes en tu día? // Altos árboles alzan en sus manos / la canción de la vida: / pájaros escondidos, / niños pobres que ríen y que gritan, / flores que dicen su lección de aroma, / un motor y dos alas, allá arriba, / nuestros sueños, y el roce de las ruedas / de nuestras bicicletas en la vía.... // La canción de las cosas en tus ojos / con una extraña lumbre brilla. / Él también va esta tarde con nosotros / -¿Él va en tu bicicleta o en la mía?-. / Va en tu paz. En el gozo silencioso / y pleno de tu alma. En tu sonrisa. / Y en mi nostalgia y mi quietud. Uniendo / estos cabos distintos de la vida. // El camino ha empezado / a subir, y te sigo con fatiga. / Tú subes levemente, tiene alas / tu bicicleta. Veo por última vez tu sonrisa. // La izquierda en el manubrio, alzas la diestra / sin

volver la cabeza, en despedida. / Hasta luego, Miguel, / hasta otro día. ¡Hasta mi día!

En los primeros versos evoca los días pasados en compañía del amigo en el amado paisaje de sus paseos en común. Hay, sin embargo, hoy, una gran diferencia: el amigo viaja ya en la *bicicleta celeste* que le lleva lejos, para siempre, lo que deja, a la vez, honda pena al ciclista que permanece en la tierra luego de la despedida, anhelando se cumpla la promesa de un destino eterno que quisieron común. El poeta, que se ha quedado aquí, rememora el tiempo terrestre opuesto a lo eterno, y busca dirigir, como lo ha hecho su amigo, su propia situación pasajera, hacia la eternidad. Dos viajes irreconciliables por el momento, pero posibles en el misterio de la vocación. Aquel, el del amigo, viaje definitivo hacia la altura; este, el suyo, adolece todavía de las penosas incertidumbres de la tierra. Su mirada terrestre se proyecta hacia la luz que espera, luz en la que ya se halla su amigo de días, de paisajes, de rutas y oraciones... El poeta-ciclista evoca los caminos terrestres en común, entre las flores y la risa de los niños pobres al borde de la ruta, imágenes cuyo contraste le obsesiona: pobreza y risa juntas son posibles en la luz de la infancia; arriba, el avión -‘un motor y dos alas’- y sus sueños vuelan, aunque le devuelva a la realidad ‘el roce de las ruedas en la vía’. La mirada poética dota de música a lo real: las cosas no son miradas, sino que miran desde los ojos del poeta, y desde ellos, cantan. La partida del amigo es el misterio de Dios en el camino, Cristo presente en sus vidas va entre ellos, junto a ellos, y ellos van hacia Él. El camino que tantas veces han recorrido juntos física y espiritualmente, y han ido desbrozando, deja de ser terrestre, con abrojos, conocido y previsible, y se vuelve empinado para su fuerza personal, porque aún no es *Su día*, pues todavía no ha sido llamado, como sí lo ha sido su amigo de siempre. Es, así, *Su día*, el de él, el de su partida, día cuya posesión se escribe con mayúscula, pues define la vida eterna, inacabable a la que, por vocación, aspira el sacerdote. El amigo, en el poema, en esta dulce elegía en bicicleta, al irse para ya no volver, saluda como en otros tiempos, como lo hacía antes, alzando levemente la mano, en la vía de la eternidad. No osará volver la mirada: solo en la Tierra podemos volverla: arriba, todo es subir hasta llegar...

El poeta llama *Su día* –el de su amigo- o *mi día* al suyo propio, pero no refiriéndose a sus días temporales, medidos en minutos y horas, que sabe pasajeros, sino al día único, total, resumen de una búsqueda vital,

en el que ya descansa su amigo sacerdote, y hacia el que él también, irremisiblemente, se encamina.

Amigo de todos, sacerdote con todos, su poesía tuvo, con el tiempo, proyección nacional. Recibió variadas, entusiastas y vigorosas opiniones sobre ella, de los entonces más reputados críticos, entre los cuales, inevitablemente, se cuentan personajes de la calidad y sabiduría del padre Aurelio Espinosa Pólit, quien lo ‘descubre’ para la poesía ecuatoriana y, de modo especial, para la poesía religiosa del Ecuador, o de su amigo y querido sacerdote y esteta, el también jesuita y protagonista póstumo del hermoso poema citado, padre Miguel Sánchez Astudillo. Suárez Veintimilla iba y venía por la blanca ciudad, cumpliendo las múltiples exigencias de su doble, triple, cuádruple faceta de escritor, educador, sacerdote, poeta. Entre sus obras, los poemas de paisaje, los dedicados a las lagunas, a la montaña se hacían entre los más logrados.

*Los poemarios de Suárez Veintimilla,
según el académico ibarreño Roberto Morales*

Desde los años de estudios superiores del Colegio Pío Latinoamericano y la Universidad Gregoriana, [el joven estudiante ecuatoriano] cultiva el divino don poético, compitiendo con la lucidez de sus magníficos compañeros mejicanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. El padre Carlitos desde la lejana Roma legendaria envía sus inspiradas composiciones para que se publiquen en el Semanario ibarreño Estrella polar y en México la destacada revista Ábside de sus entrañables amigos difundirá creaciones de la lira de nuestro personaje, junto al prestigioso aporte de Gabriela Mistral, José Vasconcelos y otros exponentes de la cultura de Hispanoamérica.

De regreso ya, una vez en Ibarra, el querido *padre Carlitos* publica poemarios ‘que derraman alegría y belleza’.

En 1943 se editan Caminos del corazón inquieto y Cuadernos de ausencia y presencia, con un prólogo analítico consagrador de la áurea pluma del sabio humanista, padre Aurelio Espinosa Pólit.

Para fines de 1943, con boceto magistral del mismo sapiente maestro se lanza Alondras. Entonces, el padre Carlitos era ya el afamado poeta telúrico de la imbabureñidad. Había calado en los secretos terrígenos de nuestra hermosa provincia: sus modalidades geográficas, sus lagunas, ríos, fuentes, identificándose con esa realidad inefable.³²

Después de *Alondras*, siempre según Morales Almeida, vienen *Cinco cantos de soledad* (1953), *Las horas* (1954) *Serenata a la Virgen*. Sobre *Las horas* manifiesta su prologuista, el ilustre prosista ecuatoriano don Gonzalo Zaldumbide, según cita Morales en el artículo en mención: *Son poemas diminutos, concentrados, apretados, diamantinos, de fulgor tan intrínseco que solo ocupa el recóndito seno indispensable para centrar su ideación.*

Helos aquí, tan cercanos a los microgramas de Jorge Carrera Andrade, a los haikú japoneses, bellas síntesis descriptivas que van desde el amanecer hasta la noche:

32 Morales, Roberto, *Revista Colegio Nuestra señora de Fátima, 50 años. Bodas de oro*, Ibarra, 1956-2006, p. 10

LAS HORAS

*Virgen, el mensaje que las palomas llevan
hasta tu pecho tienen una sola palabra:*

¡MADRE!

I. *La silenciosa hilera / de pájaros que emigran... /
pero nunca regresan. // Por esta herida que al huir
nos dejan, / parece que este vuelo de las horas / de
aquí, dentro del alma, nos saliera.*

II. *AZUL*

*El translúcido azul del cielo niño / está acabado
de pintar: los Ángeles / para secarlo, al aire lo han
tendido. / Las nubes prenderán en él sus linos, / sus
retazos de púrpura el crepúsculo / y la noche sus
pálidos zafiros.*

III. *EL LUCERO DEL ALBA*

*Un ángel huérfano / que, buyendo de la ronda de
la noche, / se quedó solo en la mitad del cielo. //
Toda la luz ingenua / del alba es un reflejo / de sus
pupilas de nostalgia eterna.*

IV. *LA COLINA*

*El día, la azul colina / de la que se irán las horas,
/ como palomas, ¡María! // Sobre su alfombra
indecisa / está el alba arrodillada / ante tus castas
pupilas.*

V. *LA MAÑANA*

*Es la gracia de Dios, sola y descalza, / que se ha
sentado en este umbral desierto / -sonrisa entre las
sombras extraviada-. // En sus ojos la luz sonríe
intacta, / la pureza intocada está en sus labios... /
¡Esta niña descalza es la mañana!*

VI. PÁJAROS

*El cielo crea notas musicales / y la tierra les pone
breves alas / y las lanza a los aires. // Cuando las
alas a la tierra caen, / vuelven las notas hacia los
violines / de los Ángeles.*

VII. COMUNIÓN

*Oh delgado panal blanco y pequeño, / infinita
dulzura prisionera / ¡para el día presente y el eterno!
// Con flor de sangre, abejas de misterio / hacen,
para amarguras desterradas, / esta miel que se
acendra en el silencio.*

VIII. MEDIODÍA

*Oro en la sangre y oro en las pupilas. / El hormiguero
humano reverbera / en el oro febril del mediodía
//...De pronto, la dorada sinfonía / la voz de una
campana rasga, en grito / de eternidad, con una
larga berida.*

IX. HORA DE PLENITUD

*Hora de soledad... remonta el río / mi barca, pero
siento que me falta / la mitad de mi ser y mi destino.
// ¡Cuando, del borde azul del infinito, / llega, en la
exacta plenitud del día, / tu remo hermano, para
siempre mío!*

X. EL VIENTO

*Va por las calles, descalzo... / Silbando, tira las
hojas / al aire... y se va alejando. // ¿Es una risa o
un canto / su extraña voz vagabunda? / ¡No!... que
se va sollozando.*

XI. *EL NIÑO*

*Hermano de los pájaros cantores, / sólo él lleva el
perdido Paraíso / en sus ojos de cielos y de bosques.
// Sus horas son un trompo de colores / con música,
que baila, cabecea... / y sonrío en las manos de la
noche.*

XII. *ELENITA*

*Así la quiso: con su cara de ángel, / el oro intacto
y breve del cabello, / el cielo anclado en su mirar
distante. // En la tarde del mundo agita el aire / un
continuo rumor de buyentes alas: / ¡va quedando
sin ángeles la tarde!*

XIII. *CAMPANARIO*

*En la alta soledad del campanario, / están las
cuerdas en la mano alerta / la vida con la muerte
platicando: // por eso, de los bronces en el canto /
a los acordes límpidos que ríen / se mezcla un son
extrañamente amargo.*

XIV. *LA LÁMPARA*

*Frente al tranquilo y silencioso fuego / de esta
lámpara sola, a cien mil leguas / del mundo y de
su vértigo me siento. // Y sueño que en un mar,
lejos, muy lejos, / el barco aventurero de mi vida /
balancea su luz frente a tu Puerto.*

XV. *LA TARDE*

*Llena la tela del cielo / de quimeras de oro y sangre;
/ espuma, borra... y sintiendo // que su sueño está
lejano, / con su paleta en las sombras / se va a sentar,
sollozando...*

XVI. *EL ÁNGELUS*

*Para la noche que se acerca, fría, / el viento teje
un vuelo al campanario / con las agujas de las
golondrinas; // mientras, en su nostálgico repique
/ teje una escala el Ángelus al cielo /con otras
golondrinas invisibles.*

XVII. *EL ÁRBOL*

*Este árbol solo al borde del sendero, / frente al árbol
callado de la tarde / ha madurado frutas de silencio:
// para tu sed de paz están, viajero, / llenas de la
fragancia de la tierra / y la lejana música del cielo.*

XVIII. *NUBES*

*Por la pradera azul, blancos vellones, / y los perros
pastores de los vientos / los llevan lentamente al
horizonte; // hasta que un gran raudal de sangre
corre / por las cándidas lanas, cuando llegan /
aullando los lobos de la noche.*

XIX. *EL RÍO*

*Las horas se van al mar / de eternidad, en su barca
de cristal; // y su reloj de agua canta / las horas que
van buyendo / dejando sólo nostalgia.*

XX. *ANOCHECER*

*La colina de zafiro / es ya una negra pendiente /
-soledad, silencio, frío-. // Quédate, Señor, conmigo,
/ porque está ya anocheciendo / y las horas han
huido...*

XXI. *ESTRELLAS*

A cada alma que llega, / para explorar espacios

*infinitos / Dios le da un avión de luces trémulas. //
¿Cuándo verán los ojos de la tierra / temblar –así–
las hélices de oro / de una escuadrilla nuestra?*

XXII. LA LUNA

*El gran rastrojo de la noche no arde: / en la tarda
carreta de la luna / su cosecha de luz llevan los
Ángeles. // ¿No quieres que vayamos, / detrás de sus
canciones que se alejan, / a coger las espigas que
quedaron?*

XXIII. EL SUEÑO

*En su barca de remos silenciosos / deja del cuerpo la
rendida arena / el alma, rumbo a piélagos remotos.
// Pero sé que, al tornar, frente a la playa / volverá
sus extraños peces de oro / al misterioso mar, el
alma.*

XXIV. POLILLAS

*Todo misterio turbador esconde / en el día la tela
azul del cielo / atada a los lejanos horizontes. //
Sólo en las sombras adivina el hombre / otro mundo
de luz, por los mil puntos / que abrieron las polillas
de la noche.*

“Las horas”, silenciosa hilera / de pájaros que emigran... / pero nunca regresan, / van pintando el delicado lienzo de la vida... Es notable en nuestro poeta la constancia en referirse al orden de las horas, de los días; al sucederse de cuanto existe, sucesos previstos o vistos en este deslizarse del tiempo que el autor gusta de registrar, ya en la luz inicial hasta la luz que muere, ya en el crepúsculo nocturno hacia el crepúsculo del amanecer. En *Las horas*, totalidad cotidiana compuesta de breves e ingenuos poemas, dulces y profundos juegos metafóricos, describe lo sentido entre el iniciarse del día y el morir nocturno. Vivimos y bebemos ironía en ‘El viento’, con su trágico fin inesperado, y en el cabecear de las horas infantiles, ‘trompo de colores’...

Los poemas de *Las horas* son dibujos de delicadeza y precisión poética envidiables: muestran *que la descripción es el fuerte de su poesía*, que el paisaje de luz exterior e interior pide a su sensibilidad ser representado, casi dibujado, en palabras. El poeta no ha olvidado nada: van pasando las horas y en cada una, lo que hay de esencial en ellas escribe su nombre, apasionada, bellamente. El alba, el lucero del alba, el amanecer, la colina; universo de eterno retorno –mañana estarán también las horas, sus temas y sus voces-; retorno que dicta palabras al corazón para no perder nada. La gracia triste del viento, la ilusión fugaz de su canción y la realidad de su llanto, metáfora de la vida, de la infancia y el desconsuelo final, de la esperanza y la desesperanza que pronto se volverá luz. ‘Elenita’, anécdota apenas adivinada, sin comentarios, sutil evocación de la pérdida. La contradicción vida-muerte no es tal: en ‘Campanario’ se mezclan las dos sin límite entre una y otra: la voz de las campanas llama a la vida cuando toca a muerto, y a muerte, cuando se goza en la celebración de la existencia.

Carlos Cueva Tamariz, expresidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay, afirma, respecto de la personalidad poética de Carlos Suárez Veintimilla: “Nuestros poetas no han cantado con tanta lucidez y con tan entrañable sentimiento la cósmica belleza de la tierra como lo ha logrado el admirable cantor imbabureño”.

Anotemos, en justicia, que el libro *Presencia de Carlos Suárez Veintimilla* [Morales Almeida, Roberto, Casa de la Cultura Ecuatoriana núcleo de Imbabura, 2003], tiene el gran mérito de, además de incluir el vigoroso ensayo de autoría del citado académico que da título al libro, publicar documentos preciosos del sacerdote ibarreño, prosas y discursos difíciles de encontrar hoy, como los pronunciados por el poeta, el primero, como miembro de dicha Casa de la Cultura imbabureña, el segundo, (en nuestra opinión, más importante para comprender sus inquietudes referentes a su destino de creador) el de su incorporación a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, “La poesía como respuesta”, pronunciado el jueves 25 de junio de 1981, algunos de cuyos párrafos nos iluminan sobre su propia concepción de la ruta poética por la que transita. Otro jueves, el del 21 de febrero de 1985, el sacerdote daba la bienvenida a un nuevo miembro de la Academia Ecuatoriana, don Alfredo Rodas Reyes, con una disertación titulada “El escritor y el poeta”, en referencia a la doble condición de Rodas Reyes, también publicada en dicho libro.

También se refiere el citado intelectual Morales Almeida a *sus creaciones con motivos de la cotidianidad ambiental, lo que muchos llaman 'poesía social'*: “Mi bus de a dos reales”, “Hermano pobre”, “Perro sin dueño”, “Manuel o el Guacachino” y cientos de composiciones en verso libre de rima, de armoniosa factura”, así como a “*sus cartas a los amigos y seres queridos que pasaron el umbral de la humana trayectoria a quienes despide con un hasta luego de esperanzadora certidumbre, limpio de la tónica del duelo. [...] Sus cartas a personajes como los hermanos Méndez Plancarte, John F. Kennedy, Miguel Sánchez Astudillo y otros valores, 'son paradigmas de fe que limpian el pavor a la muerte ineludible'*”.

Igualmente, espigamos en el libro citado, la presencia de poemas de Carlos Suárez Veintimilla en el ámbito universal, al haber sido incluidas algunas de sus obras en la *Antología de la poesía católica del siglo XX*, seleccionadas por un crítico ‘de lucidez incuestionable’, el español Emilio del Río. Largo y profundo libro, que nos ha sido imposible localizar, aunque hemos encontrado *El salmo fugitivo, una antología de poesía religiosa latinoamericana del siglo XX*, de Leopoldo Cervantes-Ortiz, (México, D.F. Editorial Aldus, 2004). Este libro incluye, de Jorge Carrera Andrade: “Nueva oración por el ebanista” y fragmentos de “Hombre planetario”; de César Dávila Andrade, “Oda al arquitecto”, y de Fernando Cazón Vera, “La oración”. Sin embargo, no se incluyen en ella ninguno de los poemas de nuestro poeta. Ciertamente, el hecho mismo de ser antología enuncia su imposibilidad de completamiento. En cambio, en lo referente a la antología de Del Río, en cuanto se nos alcanza, sabemos que, por antonomasia, el poeta religioso del Ecuador incluido en ella fue nuestro sacerdote Carlos Suárez Veintimilla.

El libro de Morales Almeida incluye también el artículo crítico del gran jesuita ecuatoriano Padre Aurelio Espinosa Pólit titulado “Carlos Suárez Veintimilla, el pintor del paisaje ecuatoriano” que, a su vez, aporta con muchos bellos poemas dedicados por nuestro autor al paisaje imbabureño, y revela el entusiasta acercamiento del jesuita, excepcional traductor, latinista y crítico, al trabajo de Suárez y, a través de él, a su personalidad.

...todo poeta merece la gratitud de sus semejantes, pero es digno de gratitud especial el que nos revela la grandeza y la belleza de la patria, y con esta revelación acendra, exalta e idealiza el amor que le profesamos y que es una de las bases más sólidas de nuestra conviven-

cia social. Este es uno de los méritos más salientes de un poeta ecuatoriano que, aunque tiene publicadas sus primeras obras hace diez años ya, todavía puede decirse casi un desconocido para muchos. Aún no suena la hora de la justicia, en que reciba de sus compatriotas el tributo de admiración y reconocimiento a que su obra le hace acreedor, el sacerdote ibarreño, el doctor Carlos Suárez Veintimilla.

Poeta, y poeta cantor de la hermosura de la patria ecuatoriana, este es un doble título de gloria.

Y ante todo, poeta, poeta a secas. Antes de ningún análisis ulterior, esto es lo esencial que hay que asegurar, y la prueba tiene que ser decisiva, a la primera. Con él lo fue. Nunca podré olvidar lo que por mí pasó ante las primeras estrofas que leía de él. Recién vuelto de Roma, donde acababa de coronar sus estudios eclesiásticos, sin que jamás nos hubiéramos conocido, me hizo entregar dos cuadernos suyos manuscritos con una esquela en que me rogaba le diera llanamente mi parecer sobre ellos. En la primera página, leí:

CANCIÓN ESCONDIDA

Algo / que jubilosamente canta / en la fresca alegría / de todas las montañas. / Algo / que ingenuamente ríe / cuando se echan a vuelo / las campanas. / Eso / que se siente en el alma / cuando está azul y limpio / todo el cielo, / eso / que ilumina la frente / cuando adentro hay un blanco / limpio anhelo. // Algo / que va cantando el agua / por los campos abiertos, / por las hondas barrancas, / algo / que duerme en el perfume / desde las campanillas / hasta las rosas blancas. // Eso / que guardan las lagunas / en las diafanidades / de sus claros espejos; / que dejan en el alma / los paisajes amigos / en los caminos viejos. // Algo muy hondo / que palpita en la calma / de las noches serenas: // oh canción escondida / que van cantando todas / las cosas buenas. ³³

Y el crítico continúa:

La nota esencial estaba asegurada: la poesía, la verdadera poesía. Tenía toda la delicadeza afiligranada, el timbre de cristal del verso de Arturo Borja, la palpitación cordial de Noboa Caamaño, el embruja-

33 *Op cit.*, pp. 91-93

miento indefinible del de Medardo Ángel Silva. Y tenía por sobre todos ellos el aliento sano, el sabor, el júbilo, la ingenuidad de la vida, sin angustias enfermizas, sin prematuros desencantos, ni esterilizante desesperación. Era –como lo acabáis de oír, convertida en palabras, pero intacta en su ser de hermosuras, “la fresca alegría de todas las mañanas”; era el dilatarse extático de los ojos “cuando está azul y limpio todo el cielo”; era el silencio ensoñador con que se escucha el murmullo del agua “por los campos abiertos, por las hondas barrancas”...

El citado sacerdote, insigne estudioso de los clásicos que, con enorme sensibilidad poética tradujo al verso castellano tantos de los textos maestros de Virgilio, muestra, en esta cita, su valoración de determinadas cualidades que para él son eminentemente poéticas, como *la delicadeza afiligranada, el timbre de cristal del verso, la palpitación cordial, el embrujamiento indefinible*. Cualidades que, dichas en finísimas palabras transmiten, a su vez, viva emoción estética, pero que no concretan intelectualmente lo que *delicadeza, timbre de cristal, embrujamiento* significan. Es, en cambio, palpable, casi puede medirse, el mérito que atribuye Espinosa Pólit a la poesía de Suárez Veintimilla, por tener un ‘aliento sano’, es decir, una inclinación por lo evidente, lo bueno y claro de la vida; no por sus tristezas, su degradación, su sufrimiento o su melancolía. Incluso cuando Suárez Veintimilla transmite en sus versos cierto vacío interior, cierta dificultad para mantener el esfuerzo cotidiano, lo hace en palabras claras, de fácil interpretación, esperanzadas, sin resquicios de abatimiento; habla también el jesuita y crítico, de “el júbilo, la ingenuidad de la vida” que traslucen las poesías de Suárez, cualidades que pueden expresar, ya la condición de una mirada poco madura sobre la realidad, o ser muestra de esa excepcional virtud, precioso don, que es la preservación de la infancia en el corazón. Apostamos a favor de esta última.

Nada en el carácter de Suárez Veintimilla, hombre de ideales, y dotado, a la vez, de una dosis cabal de pragmatismo; poeta, aunque capaz de comprender lo prosaico del entorno y de las vidas de la gente que lo aprecia y busca, nada en él nos habla de inmadurez; muy joven aspiró al heroísmo, gracias al ejemplo de su hermano muerto en acto de guerra; eligió ir a Roma aunque previó, maduramente, la posibilidad de un regreso desilusionado del sacerdocio. Por inescrutable predestinación, sucedió todo lo contrario: en Roma se decidió su destino, con la ordenación sacerdotal. Por otra parte, a su regreso y en el desempeño de su sacerdocio, toda Iba-

rra recuerda su rápido viajar en bicicleta, llenando su mente de gente y de paisaje; su capacidad de juego y de entusiasmo, su cariño por los niños, su acuerdo tácito y profundo con los dones de la realidad; estas cualidades muestran su vigor interior. Ajeno a todo adulo, a la búsqueda de compensaciones fáciles, su personalidad es sólida y clara para cuantos lo conocen. En el artículo titulado “Imbabura, puerta de tranca”, Roberto Morales Almeida abunda en los conceptos de Aurelio Espinosa Pólit, deslumbrado por la poética naturalidad con que Suárez Veintimilla capta la esencia del paisaje, la de su propio interior, la de la vida dirigida hacia Dios a través de una soledad plagada de preguntas, cuyas respuestas encuentra en la plenitud sin fin de la bella naturaleza de su provincia, de su patria...

Como he elegido la breve antología que incluye este artículo: -paisaje: montaña, lagunas, páramo, árboles, breves flores de altura; niñez –propia y ajena-, madurez, soledad; búsqueda de Dios en cuanto toca; camino, viaje, peregrinaje hacia un único fin, la ansiada conquista de la divinidad, me es indispensable repetir los argumentos que esgrime para realizarla, el ensayista Morales Almeida, uno de los intelectuales imbabureños que más conoce a nuestro poeta-sacerdote:

“Para él, nuestro poeta por antonomasia, la vida es un viaje ininterrumpido (como enseñan el filósofo ateniense y el Evangelio). Por eso, se lo ve a menudo, en su característica bicicleta, apresurado y sonriente, recorrer las anchas y soleadas calles de Ibarra; o, a pie, ágil, perseguir caminos y senderos de esta tierra solar, portal del paraíso, Imbabura. ... Viaja, Carlos Suárez Veintimilla, cosechando al desgaire gavillas de granadas espigas de versos. Para él, la vida es viaje, armonía. De ese viajar estético nos entrega este haz de poemas, engendrados en su entrañable visión de la tierra. Entonces son, propiamente, terrígenos, telúricos...”

Difícil justipreciar la sencilla y traslúcida poesía de Carlos Suárez Veintimilla porque, como lo han advertido sus críticos, su estremecedora simplicidad, su calidad inefable de oración y de poema [el subrayado es nuestro] le conceden un carisma esencial, al que solo se llega con el alma limpia, como cuando disfruta el caminante la gracia de apagar la sed en algunas de las fuentes escondidas que se muestran como los ojos infantiles, frescos y luminosos, o brotando cual palpitación cordial de la tierra nutricia.

Finalmente, y puesto que hemos reproducido los poemas seleccionados por el crítico Morales Almeida, lúcido conocedor de poesía y amigo cordialísimo del sacerdote-poeta, busquemos el porqué de esta selección, espigadas entre las razones que en palabras sencillas nos entrega el estudioso:

La poesía de S. Veintimilla es telúrica (el tan repetido término ‘telúrico’, escogido también por Morales Almeida para referirse a la poesía que nos ocupa, tiene, en su origen una doble acepción que transcribo: telúrico es ‘cuanto se refiere, pertenece o se relaciona con la Tierra como planeta’, y tiene el mismo origen que telurismo, ‘influencia del suelo de una comarca sobre sus habitantes’. En este doble sentido, *de referencia al paisaje e influencia de este sobre el espíritu de sus habitantes*, debemos entender el afán del poeta, ‘fácil’ de inducir a partir de los elementos fundamentales, los temas y el desarrollo de tantos bellos e intensos poemas de su creación: su mejor poesía está siempre ligada a la Tierra. El poeta pasea su mirada interior por el paisaje, que ejerce sobre su espíritu una continua llamada. Los cambios de panorama, el día y la noche sobre su tierra, el paso de las horas, el agua en su fluir o en su detenimiento; el río, las lagunas, la montaña omnipresente en su camino diario, tanto como en su alma; las cumbres, el frío o el calor del camino, los árboles, las flores diminutas, todo se lee en el color de sus descripciones, de modo que los lectores de sus poemas asumimos el paisaje que nos muestra y narra, como parte de su alma misma. Camina siempre con los ojos abiertos y cuanto ve le exige decir y decirse, mostrar, más allá de bellas descripciones, su propio ser. El paisaje imbabureño lo ha ido conformando: en Roma, el recuerdo de las puertas infantiles abiertas a la tierra, al agua, al páramo, a la montaña, guía su inspiración hacia el comunicar poético. Ya en la tierra propia, su mirada va madurando y le exige crear continuamente, a tenor de su enorme sensibilidad, que apuesta hacia la búsqueda de lo inefable.

Paso a paso, en la lectura de los poemas que transcribo, podemos comprobar estos asertos:

TIERRA MIA

Tierra mía / la de los días claros de la infancia. // Les dio tu cielo la lección primera / de azul a mis pupilas asombradas, / los primeros anhelos a mis labios / y los primeros sueños a mi

*alma. // Tu cielo abierto y limpio / -orlado de montañas- / que ha
puesto sus azules transparencias / sobre las quietas aguas / de tus
once lagunas, / donde a la incierta luz de la mañana / dejan el
totoral las gallaretas / rozando el agua con sus negras alas... //
Le dio el paisaje su lección primera / de música a mi alma, / en
las múltiples voces de tus pájaros, / en el murmullo de las aguas
mansas / de tu claro Tabuando, / en los vientos que peinan con
sus alas / los pajonales tristes de los páramos / y en la lluvia que
cuenta, llora y canta. // Y me dieron lección de paz tus campos: /
en los hilos de agua / que parece que temen hacer ruido; y en la
gran soledad desnuda y amplia; // y en el árbol que se alza solo
y triste / en medio de la chacra / y mira más allá de los cercados;
// y en los húmedos ojos de las vacas / que rumian el recuerdo de
sus hijos / con una especie de ternura mansa... // Y le dio tu alma
ingenua la primera / lección de amor al corazón sin ansias.... //
Yo amaba, tierra mía, / la torre del reloj, vieja y gastada; / la pila
pobre y simple / de la plaza / donde las aguadoras de mi tierra
/ en tus claras mañanas / llenan los puños frescos y armoniosos
/ del agua musical de la montaña. // Tierra mía, / la de los días
claros de la infancia. // Tierra mía / que, cuando me alejaba,
/ me dijiste un adiós en esas nieblas tristes / que entre las gasas
trémulas del alba / hacen la cumbre blanca del Cayambe / más
brumosa y lejana.*

POSESIÓN

*Toda esta azul mirada inmensa y alta / toda esta verde soledad
tranquila, / y este silencio tenue y palpitante / de la tierra
serena que respira, / y esta tierra cercada... ¡Toda esta tierra
que no es mía, es mía! // Y el diálogo en voz baja de los árboles,
/ y el estremecimiento de la brisa, / y el quedo murmurar de
esa agua oculta / que en su voz se revela fresca y limpia, //
toda esta tierra extraña / que habla con voz amiga, / no la
ha comprado a nadie mi pobreza, / y sin embargo es mía. //
Riqueza millonaria la del alma / que posee y domina / el alma
de la tierra y de las cosas / y su esencia más íntima, / sólo con
un mirar sereno y puro / y una palabra amiga.*

CAMPANARIOS

Campanarios amigos, / grito y canción del corazón inquieto / de mi ciudad. Insomnes / atalayas del mundo y de los cielos / que velan con la voz de sus campanas / o con sus piedras altas de silencio. // Voces de plata para la alegría, / voces de bronce oscuro para el duelo. // Sobre la fiesta bulliciosa y clara, / voces blancas ungidas de misterio, / matinal desgranar de alegres perlas / que caen, sonriéndonos, adentro. // Y en los días nublados de tristeza, / toques que se dirían nacen dentro / del corazón herido... Roncos, largos / -duras voces de hierro- / como un sollozo lacerado y roto / que buscara un refugio allá en el cielo. / Campanarios que elevan nuestras ansias, / nuestros goces serenos, / nuestros mudos dolores / a la invisible altura de lo eterno, / sobre sus manos llenas de canciones / o unidas en silencio. // Campanarios azules de la aurora / llenos de voces de los campos frescos, / de pájaros alegres / y de la luz del último lucero. // Campanas que despiertan / con un asombro ingenuo / y juegan en el viejo campanario / como niños traviesos. // Campanarios del sol del mediodía: / en el bochorno de oro, graves, lentos / los toques ruedan por la calle hirviente / hacia el agua y la paz del campo abierto. // Campanarios rojizos del crepúsculo: / campanas con temblores de recuerdos / y de extrañas nostalgias / e infinitos anhelos, / y con gorjeos tímidos de pájaros / que vuelven al alero. // Campanarios oscuros de la noche. / Del toque de las siete... canto y rezo; / plegaria musical que va vibrando / por los caminos rotos del silencio, / y hace alzar, sin pensarlo, las miradas / al negro firmamento, / para buscar ese algo -oscuro o diáfano / mas tan íntimo y nuestro- / que sentimos más alto que las sombras / y la pálida luz de los luceros. / Campanarios sin voz de media noche: / altas manos unidas en silencio / que parece llevaran / en su aguja prendido algún lucero. / Campanarios amigos, / cautivas flechas que un oculto arquero, / del corazón de mi ciudad dormida / apuntara a los cielos.

AL FILO DEL MONTE

*En el filo del monte / se ha sentado el silencio / para esperar
que vaya / anocheciendo / y platicar, en su lenguaje diáfano /
con los luceros. // Y mientras huye el día, / se queda viendo / la
mano de la sombra / que va rayando el cielo / y el verde de los
montes / con sus brochazos negros. // En los árboles altos de la
cumbre, / pensativos y quietos, / ha atado su caballo fatigado /
el viento. // ¿Qué escucharán desde la altura sola / el viento y
el silencio y los luceros?// - Voces niñas / del agua que cuenta
ingenuos cuentos / a las flores curiosas / y a los grillos inquietos;
// el respirar dichoso / de los niños, sereno, / fragante de sonrisas
/ y sueños. // ¿De qué hablarán en su lenguaje diáfano / que los
hombres oscuros no sabemos? // Del asombro inviolado de las
cosas, / sonriente y tierno / -inmarchitada aurora / de aquel día
primero-; // de los claros caminos que fulguran / en la noche del
tiempo / para la hormiga efímera / y el corazón llamado hacia
lo eterno. // Mi corazón ansioso / se ha sentado con ellos / en
el filo del monte, para hundirse / en su lenguaje hondo, puro y
fresco..., // antes de que desate su caballo / el viento, / y vuelvan
a su tienda azul y alta / los luceros, / y se esconda detrás del
monte, huraño / el silencio.*

YAHUARCOCHA

*Mil árboles que esperan silenciosos / -alineados al borde / del
agua un poco azul y un poco triste- / el viento de la tarde y las
estrellas. // Selva estrecha de lanzas / de las verdes totoras que
custodian / la limpidez del agua y del silencio. // -Las totoras
que saben / de abogadas historias / y de leyendas náufragas...//
Verde-gris soledad de las colinas / con la frente bañada allá en
el fondo / bajo las aguas levemente crespas / de la tarde. // Patos
negros que rayan / de lentitud, de sombra y de nostalgia / los
cristales del agua y del recuerdo.... // Y... ganas de internarse
lentamente, / las manos / en la caricia fuerte de los remos, / la
frente / en la suave caricia de los vientos, / y el alma / llevada de
la mano / más cerca de su Dios y de sí misma, / por el aire sin
rumbo, / la soledad, el agua y el silencio.*

MOJANDA

*El arenal desierto va ascendiendo / con las manos tendidas /
-sed eterna de altura, / de claros horizontes y de linfas-. // Y
el anhelo insaciado se transforma / escalando las cimas / en
tristes pajonales silenciosos / -ansias burañas, solas y cautivas-.
// El dolor de la altura / -dolor que mana puras alegrías- / las
transfigura ante la paz sin nombre / en desnudos picachos que
se miran / en el límpido espejo / de una mansa laguna pensativa.
// Arriba, un cielo gris y desolado, / por que no se distraigan las
pupilas / del hondo azul del agua, / único azul de esta aridez
dormida, / azul para mojar ansias del alma, / ensombrecido y
hondo en las orillas. // Soledad que no siente / más latido de vida
/ que el agua con su lenta / respiración tranquila. // Laguna
en cuyas aguas / indefiniblemente recogidas / se abogan los
caminos / de las ansias dispersas de la vida. // Lazo limpio y
azul para las almas / que llevaron a la última colina / el pobre
barro deleznable y triste / en sus alas altivas. // Señor, el manso
y suave rumor de la laguna, / ¿no es la plegaria azul, inmensa
y tímida / por la sed de los tristes / arenales sin vida?*

CUICOCHA

*Laguna / -piedra, cristal y azul- sólo laguna, / sin pinturas de
prados sonrientes, / sin risas importunas / de pescados de plata
y pescadores, / sin garzas blancas y sin blanca espuma... // En
un azul, el cielo / -lejanía y hondura- / y la sombra serena de
los muros / sobre el agua profunda. // Agua sin la sonrisa de las
luces / que bruñen de fulgores las alturas / y ornan de áureos
relieves caprichosos / las murallas oscuras. // Los islotes gemelos
/ surgen del corazón de la laguna / -tierra para las plantas que
caminan / en busca de quietud, de agua y de luna... // Agua
para pensar -cristal cerrado / como en el cuenco de una mano
oscura / en una austera y triste lejanía / y una gran soledad,
tranquila y muda. // Piedra, cristal y azul -callado espejo / del
silencio, los astros y la altura.*

PROANTA

Cerco inconmensurable de montañas. / Azul distancia y palidez de cielo, / con diamantes de nieve que en las tardes / son fugaces incendios. // Selvas llenas de extrañas sinfonías / y encantados misterios; / con ojos de agua – límpidos asombros- / y cantares ingenuos. // Páramos erizados para siempre / de un doliente silencio / que solo rompen los clarines fríos / del viento. // Y un agua recatada / para guardar en su callado espejo, / del dormido Cayambe / el húmedo diamante inmenso y trémulo.

DESDE ESTA COLINA

Es desde esta colina: aquí soy dueño / de este mundo. // Y me construyo aquí mi soledad con estos / diáfanos muros: / con el agua del río que se lleva / al mar el sueño de los campos mudos. // Con el viento travieso / que juega al mar con el trigal maduro. // La tarde que se lleva / las ovejas doradas del crepúsculo / a algún río lejano / de otro mundo. // Y este horizonte abierto para un viaje / sin rumbo. // Sobre el verde temblor de la arboleda / este ardiente silencio azul profundo, / y un silencio de estrellas / claro y desnudo. // ¡Todo era soledad aquí, Dios mío!, / silencio puro. / ¿Me perdonas el que haya aquí traído / mis ojos húmedos? Por eso, así voy a sentarme solo, / quieto y mudo; / y coger en mis labios todo este / silencio puro; // y toda esta belleza clara y diáfana / en mis ojos oscuros, / y alzar, en muda adoración, al cielo / el cristal de estos muros.

RÍO

Río infantil de mi tierra, / pequeño y tímido, / que en la quebrada destrenzadas / tu tenue hilo; // y vas, dulce y asombrado, / al mar, al mar infinito, / y te vas cantando solo / un sollozo o un trino. // Y los hombres no se paran / a oírlo, / porque no entienden tu canto / claro y sencillo. // Mi río amigo, yo vengo / a estar contigo, / a unir al tuyo mi canto / rudo y sencillo. // Porque ambos, así, nos vamos / al mar, al mar infinito, / vamos cantando solos / un sollozo o un trino. // No cantamos porque nadie / venga a oírnos: / vamos cantando asombrados / como dos pobres niños.

MONTAÑA

Montaña / Montaña mía. // Mía porque me sale a ver el alba / desde la alta ventana de tu cima. // Porque es mi amiga la callada estrella / que te besa la frente pensativa; // y me alegro contigo / cuando llega la nieve de visita. // Porque invita tu cumbre / a una diaria ascensión a mis pupilas. // Montaña mía, hoy he venido a hacerte, / como la nieve, una fugaz visita: // poner alas y remos / a la carne mezquina; // descubrir de las flores de la cumbre / las miradas esquivas: // y de la soledad dura y perfecta / de tu cima / ver el mundo de lejos, a distancia / nunca vista. // Y sentir, mientras se hunden / en el azul sin fondo mis pupilas, // que acariciando distraídamente / mi bastón, Dios me mira.

PÁRAMO

Ni ciudad, ni montaña / ni campanas, ni pájaros. // Solo horizonte que no acaba nunca, / triste y lejano. // Solo las nubes / pisan el pajonal desmelenado / y pasan como sombras / sus pies descalzos. // Reino inmenso / en que el viento es el amo / -con fronteras de frío, / de soledad, de espanto-. // Él estremece las bravías hojas / o se queda en las rocas, contemplando; / azota los caballos, y se queda / ante las flores mínimas, temblando. // Él solo grita en el desierto mudo / su sollozo sin fin, desamparado / que alguna vez se amansa / en dulzura de canto. // El viento grita / triste y lejano. // Una cortina gris de lluvia envuelve / el desierto del cielo y el del llano: / parece que lloviera en todo el mundo / sin descanso. // Y en la música gris de esta tristeza / se va durmiendo el páramo / triste, / lejano.

FLORES DEL PÁRAMO

Flores del páramo, / ob corazones tímidos e ingenuos, / diminutas pupilas abismadas / de horizontes inmensos. // Flores de hojas bravías, / suavidad erizada de recelos, / estrellas recostadas en la paja, / mimadas de los vientos, / dulces hermanas mínimas / de las del cielo: / ¡llevad a la ciudad ardiente y muelle / vuestro pudor erguido en el desierto! // -No nos lleves...: no amamos a los hombres / hundidos en el cieno. / Los amamos tan sólo / cuando van, al andar este desierto, / ante la muda soledad, callados, / rumiando sus secretos pensamientos, / y los caballos van bebiendo, a sorbos, / las distancias y el viento. // ¡Se marchitan tan pronto / las flores de los huertos! / No tienen esta indómita frescura / ni este color de páramo y de cielo; / no tienen en sus ojos / este mirar purísimo e ingenuo, / ni han oído bramar atormentados / en sus carreras locas, a los vientos..., // han aprendido mucho de los hombres / y son menos dulcísimo misterio... // Ob flores de este páramo, / frescura virginal sobre el desierto, / tenaces, inmortales, / flores para el recuerdo! No... ¡Déjanos! No amamos / las ciudades comidas por el tedio. / Déjanos respirar todas las auras, / y jugar con los vientos, / oír al pajonal que nos arrulla, / y mirar las montañas y los cielos, / y ser, en esta soledad inmensa, / la sonrisa intocada del desierto.

SAN PABLO

Azul invitación de ancha frescura / en las curvas reseca del camino, / jugando al escondite con los ojos / que presintieron su temblor dormido... // Esta laguna es un remanso dulce / como el alegre retozar de un niño / que se aquietó en asombro ante los cielos / con sonriente respirar tranquilo. // El viejo monte se sentó encantado / frente al espejo silencioso y límpido, / y no se irá, mientras no se baya roto / el encanto infinito. // ...¿Qué sintió la bandada de las garzas / que alzó su blanco vuelo repentino / -vuelco del corazón de la laguna / que se prolonga en trémulo latido-?

CUNRO

*De puntillas, la dulce cabecita / trémula de frío, / no se sacia
de ver lo que va buyendo, / de codos en la cerca del camino. //
Ya sabe la inquietud que hay en el hombre, / la fiebre con que
huye a su destino. // Y los mira callada...; si no buyeran, / qué
diálogo tranquilo / podrían entablar, junto a la cerca, / en esa
paz abierta a lo infinito! // No tiene ese pañuelo de las garzas
/ para decir adiós a sus amigos: / solo un vuelo fugaz de patos
negros / como una sombra por sus ojos limpios. // Mientras me
llevan, rauda, yo te dejo, / niña, mi grito amigo, / y te llevo en
mis ojos, a que me hables / con tu mirada abierta a lo infinito.
// Se quedaron mi canto y sus pupilas / platicando en la cerca
del camino.*

EUCALIPTO

*Sobre el límite azul de la llanura / solo tú creces alto, / limpio
grito de altura y geometría / cuajado en árbol. // ¿Desde qué
honduras vienen tus raíces / hacia la luz soñando, / y qué
inmensas serán sus ilusiones / para que subas tanto? // Dulzura
de retoños que brotaban / -¡infantes degollados!- / por que no
te detengas en tu vuelo / su ternura troncharon... // Solo en la
cima tu mechón rebelde / das a los vientos altos, / los que traen
de lejos su alarido / incomprensible y trágico. // Cumbre donde
no ponen la ternura / de sus nidos los pájaros: / ¡solo quisiste ser
breve atalaya / para los vuelos altos!*

CUICOCHA ³⁴

*Yo soy un niño solo / y esta agua tiene suavidad de madre. //
Sus pupilas, veladas / por la lenta llegada de la tarde, / fijan en
mis pupilas su mirada / dulce y grave. // En su cristal se ahogan
las palabras: / solo el silencio sabe / decir el ronco anbelo de las
cosas / en su delgada música inefable. // Dos soledades copia la
laguna: / de la lluvia que cae, / y de mi corazón solo que espera
/ un pañuelo en el aire.*

AMANECER

*Amanece: un reflejo / como de río pálido, indeciso / va
venciendo a las últimas estrellas: / el cielo es un cristal incierto
y tímido. // Y sobre él, deslizadas / quién sabe de qué incógnitos
abismos, / unas nubes de rosa se insinúan / con el dedo en los
labios encendidos. // La noche en la quebrada negra y honda
/ se ha escondido: / su manto negro flota tembloroso / junto al
río. // El viento se va arreando hacia los montes / su rebaño de
nieblas, lento y frío. // El alba es la niñez de cada cosa: / todo
renace puro como un niño, / mira el milagro nuevo de la vida
/ con gozo renacido... / y los árboles alzan su alegría / dulces
y pensativos. // ¿No nos subimos, corazón, a un árbol, / a otear
los horizontes infinitos / antes que el sol nos quemee esta alegría
/ de ser como los niños?*

MORRAL

*Un árbol, / el agua azul de un cielo transparente. // Un lucero,
/ una nube que navega solitaria, / una brizna de viento, / y un
silencio / que ha amasado la tarde / con levadura de cansancio.
// Una voz / más allá del viento / con raíces en el corazón
/ donde está escondida tu Presencia. // Todo eso lo guardo / en
mi morral / de soledad verdadera / para cuando me encuentre
en medio / de la soledad de los hombres.*

34 He comprobado que este poema descriptivo, a la vez íntimo y objetivo, ¡tan bello!, corresponde también a la laguna de Cuicocha, . Cuicocha, en el libro de Roberto Morales Almeida, corta antología de paisaje que hemos reproducido, lleva este texto y el anterior; pero la antología de Juan Carlos Morales solamente incluye el reproducido hace algunas páginas, que comienza “Laguna / piedra, cristal y azul, / solo laguna”.

OCASO

*El silencio me mira / de este árbol y solo del sendero / y me voy
con el viento en mis oídos, / y el viento es un suspiro del silencio.
// Por los caminos negros de esta hora / ya nadie va... tan sólo
va por ellos / mi corazón, silbando tras las últimas / golondrinas
inquietas del recuerdo. // Toda la luz ha huido de la tierra / y nos
atisba de un rincón del cielo: / lago de luz tranquilo y transparente
/ donde la noche va a pescar luceros. // La noche es la tristeza de los
montes / que se contagia al cielo... // ¡Oh dulzura sin sombra entre
las sombras! / Mi corazón sediento / prueba la amarga sangre del
ocaso / y la dulzura límpida del cielo... // ¿La soledad? ¿La sombra?
/ ¡Sí sé que me sonrías desde el cielo!*

EL VIOLÍN

*La tierra / soñó en hablar con el cielo, / ver la línea azul que
lanza / las cabalgatas del viento / y tener, como los mares, / un
dulce violín inmenso. // Y en sus entrañas de oro / se forjaron
los anhelos / que con sus mínimas lanzas / la costra dura
rompieron. // Los árboles suben, suben / con las alas hacia el
cielo... / pero los tiene la tierra / ¡inmensos pájaros presos! //
Desde sus frentes erguidas / la tierra miró a los cielos, / sintió
la caricia amarga / del océano. // Y cuando huía del alba / la
noche en su potro negro / de los eucaliptos mudos / pasó en el
cordaje tenso / el arco nervioso y súbito / del viento: // y tuvo la
tierra muda / para hablar con Dios y el cielo / -como los mares
amargos- / un dulce violín inmenso.*

LLUVIA

El arco gris del puente / está tocando en el violín del río / una música que viene desde lejos / hecha de gritos / caídos en el agua, y de esperanzas / que en la corriente azul se van al infinito. // De su cuerno de plata, la cascada, / en monótono ritmo / deja caer su melodía triste / -anhelos que se lanzan al vacío-. // La lluvia toca, con sus dedos ágiles / la marimba de las piedras en el río. // Está abierta mi puerta: ¡ven, Señor! que afuera / está haciendo frío. / Tiende sobre mi corazón tus dedos / ateridos, / y haz plenitud de soledad colmada / mi vacío. // Y desde mi ventana contemplemos / el cielo perla, diáfano -un gran ángel dormido-, / las altas manos quietas de los árboles, / el paisaje que sueña, como un niño. // Espera aquí. Cuando la lluvia / se haya callado, y vuelva el sol a los caminos, / cuando abras mi puerta, donde vayas, / déjame ir contigo.

VOLVER A ANDAR

Volver a andar / porque ese es mi destino. // Volver a andar, dejar atrás, muy lejos / la ciudad con su vértigo y su ruido, / dejar no sé dónde, donde no oiga / sino la voz amiga del camino. // Ir subiendo despacio, lejos, lejos / del ardiente ronquido / de los bólidos que llevan -¿hacia dónde? / el solitario, ansioso, melancólico egoísmo. // Volver a andar, / descubrir, otra vez, el latido / profundo de la tierra / en su fiel corazón puesto el oído, / el color olvidado de las hojas, / la música del viento, del agua, de los grillos, / el pañuelo de una nube que me llama / detrás de un negro risco. // Saber de nuevo, por mis pies cansados, / la sencilla verdad de mi destino: / ser, hasta el fin, / gitano, aventurero, peregrino.

Digamos, sin dudas ni reticencias, que la condición sacerdotal de nuestro poeta fue, a la vez, fuente de su conocimiento del mal que ensorberce la condición humana, que suscita violencia, odio y miseria, y de una insobornable esperanza radicada en la fe en Dios que se lee en muchos de sus poemas como nostalgia y contemplación de lo existente, como carencia y esfuerzo. Conoció, sin duda, los acontecimientos de su siglo; vivió en Europa las consecuencias, aún ‘frescas’ de la terrible Primera Guerra Mundial, cuando hacia 1927, a sus dieciséis años cumplidos, fue, por insistencia del obispo Alberto Ordóñez, amigo de su católica familia, a la Universidad Gregoriana, a fin de decidir su vocación. Me atrevo a conjeturar que la formación que se le entregó, basada en estudios fundamentalmente teológicos, dedicados a enriquecer y adobar el camino para el sacerdocio, dadas sus evidentes virtudes personales, su evangélica simplicidad, así como su inteligencia sensible y precoz, le impidió, hasta más tarde, *optar por un camino social y políticamente comprometido*, en años en que tantos jóvenes ecuatorianos luchaban por la igualdad para todos, a la luz de la revolución rusa y de la eclosión del socialismo, camino, aparentemente, más directo y claro y menos evasivo que el de la religión.

Amó al Jesús pobre y desvalido, el de la pasión y el sufrimiento redentor; amó a los pobres; a la manera de Jesús, sufrió por ellos, advirtió las desigualdades y miserias de la condición humana, contra las cuales se rebelaba íntimamente, pero su labor poética no se interesó por expresar su desacuerdo ni sus luchas adoptando los principios poéticos de la desesperanza posmodernista; no buscó la alteración sintáctica, ni formas nuevas o distintas; acudió al verso libre, pues no siempre escribió versos de medida regular; en estas decisiones, quizá no expresamente conscientes, mostró la espontaneidad creativa que el crítico y esteta Miguel Sánchez Astudillo llamó ‘candor’; lo cierto es que en su poesía, Suárez Veintimilla se expresó de manera natural, sencilla y fresca, aunque, de hecho, él mismo se preguntara muchas veces, cuán ‘poética’ era su creación. Esto demuestra que estuvo preocupado por ahondar en su camino poético que era, también, vocación y llamada; quiso expresar emotiva y bellamente sus sentimientos, su relación con los demás y con todo lo real, su soledad, su inquietud religiosa, su fe, sus luchas interiores. Plasmó poéticamente aquello que surgía de su propia experiencia cotidiana, tamizada por una mirada de exigencia estética y humana singular.

Es difícil separar, en su experiencia vital, las etapas de su evolución íntima,

desde el alimento y las contradicciones de su vida interior hacia la búsqueda de Dios, hasta la soledad y la duda. Lo cierto es que esa experiencia se enriquece manifiestamente en contacto con el paisaje familiar, con su continuo caminar, su subir a la montaña, su experimentar el silencio y la belleza de las lejanas cumbres, desafíos, no solamente físicos y deportivos, sino fundamentalmente estéticos, que su intuición le fuerza a registrar y expresar en la palabra bella.

Nos hemos referido a sus años de vocación inicial.

No hemos encontrado en entrevistas, artículos suyos o discursos, mención alguna a *movimientos literarios* a los cuales él se *hubiese sentido afín*, de los que hubiera recibido sugerencias específicas o en los que se hubiese interesado. Pero el 25 de junio de 1981 (años después de recogida, en 1973, por iniciativa del entonces alcalde de Cuenca, Alejandro Serrano Aguilar, su poesía ‘completa’ hasta entonces, en una obra titulada *Poesía*), acepta la reiterada llamada de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, que quiere consagrar su quehacer literario y su honda personalidad, llamándolo a ser uno de sus miembros.

EL ACADÉMICO

En Quito, el 25 de junio de 1981, lee el discurso de ingreso a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, cuyo título es “La poesía como respuesta”. Aprovechemos la riqueza de algunos de los conceptos vertidos en aquél, para ahondar en su personalidad poética y esclarecer mejor sus dudas y certezas respecto de su quehacer poético.

Permitidme que comience mi intervención esta noche manifestando que soy plenamente consciente de ser objeto de una deferencia que no merezco, por cuatro clarísimas razones: en primer lugar, hace siete años que recibí de la Academia Ecuatoriana de la Lengua el honor, totalmente inesperado, y como extraño para mí, del nombramiento como miembro de esta ilustre corporación que ha contado y cuenta con hombres que han enriquecido con su labor brillante las letras ecuatorianas y cuyo nombre, por el profundo conocimiento del idioma, tiene sentido en esta Academia que “limpia, fija y da esplendor”; y yo sé muy bien cómo carezco de esa ciencia.

Las condiciones especiales de mi vida y de mi tarea de sacerdote me fueron haciendo postergar, cada vez con más arduas dificultades, la presentación de un trabajo que justificara ese nombramiento y diera lugar a mi incorporación. Una bondad de los compañeros de la Academia –bondad pura que no tiene explicación sino en sí misma– ha hecho que se me permitiera presentar, como trabajo de incorporación, una selección de poemas inéditos, cuya pobreza no necesita ponderación. [El subrayado es nuestro].

[...]

Todos estos son motivos más que suficientes para que sienta en esta noche, más limpia y diáfana, mi pequeñez, y la necesidad -que brota espontánea de lo hondo de mi ser- de poner íntegramente en las manos de mi Señor todo lo que Él mismo ha querido poner de luz en esta hora.³⁵

Dado el contexto interior del poeta, el de su búsqueda de perfección en el terreno religioso, no extraña que asuma la poesía como una ‘respuesta’ suya a Dios, a la vida, a sí mismo..., respuesta no solo estética sino ética y, más aún, religiosa. Poesía y limpieza interior; conciencia clara y purificación; esfuerzo por vivir mejor, para expresarse mejor: *la poesía y la ética no son ajenas*, según nuestro autor, *a la vida, no son algo añadido: son su sentido y su vigor y mutuamente se enriquecen y pulen*. La ética, por su parte, -y siempre en opinión del poeta- no es positiva ni adquiere la plenitud de su significado ‘liberada’ de Dios, sino *integrada a la experiencia religiosa*. Las vivencias de nuestro sacerdote y la exigencia de su vocación preconizan una ética que, en su obra y su vida, se ligue a los requerimientos de la fe católica, apostólica y romana, los cuales Suárez Veintimilla jamás puso, específicamente, en tela de juicio, aunque no falten versos suyos en los cuales se revela el dolor de la hesitación. Experimentó dudas fundamentales en su vida, como ocurre con todo hombre de fe que lo es, no porque su creencia sea monolítica, en cuyo caso no sería creencia, sino por la sinceridad con que anhela creer, y sus vacilaciones estuvieron siempre entroncadas en su propia fe.

A este propósito, estimo importante volver a algunos párrafos del discurso pronunciado en mi ingreso como miembro de número de la Academia

35 Op. Cit. P. 182

Ecuatoriana de la Lengua, ya citado:

Que se me permita hacer corta referencia, en este acto académico que es acto de palabra, a algo por todos conocido, sufrido por cada uno de nosotros: la tremenda deleznablez de nuestra vida social; el hedor insoportable, sin paliativos, de nuestra existencia como nación, como pueblo. La injusticia flagrante que toleramos y, al tolerarla, ejercemos todos sobre todos. Injusticia tan alejada de esa unidad poética en que Carrera Andrade aprecia su mundo andino, del animismo que lo anima, del silencioso gozo de la naturaleza como objeto de contemplación poética. Injusticia que nos rompe por dentro y de la cual queremos escapar, por gracia del olvido y de la indiferencia.

Sin duda, ustedes se preguntan si el salto que he dado entre la poesía y la evocación de esta amarga realidad política y social que vivimos es legítimo; si no acabo de introducir una cuña insoportable entre nuestra grata concentración interior y la realidad hiriente, espina que se clava en la legítima alegría de la amistad. ¿Para qué haber salido de este acto de palabras [...]?

Pero tenemos que hacerlo, para preguntarnos sobre el poder de la palabra poética. Nada sería esta palabra si no pudiésemos, gracias a ella, establecer una relación viva entre lo que se dice y la íntima actitud que en nosotros provocan las palabras, respecto, no solamente de los 'temas' tratados en los poemas, sino de toda la realidad. ¿Cabe esperar que la emoción estética que genera la poesía se constituya en urgencia moral; que un ámbito de valores desemboque en otro y procure actitudes positivas de reconocimiento del dolor y la alegría de los demás, y de deseo de transformación de nuestra propia realidad íntima, para procurar, así, modificaciones en el mundo en que vivimos?³⁶

Aunque la intuición poética de Suárez Veintimilla le muestre que decir cuanto intuye, expresar todo lo que siente y piensa, esos mismos sentir y pensar están limitados por el silencio interior a que hemos aludido a través de Heidegger; aunque la poesía sea el hondo silencio inmerso en cada palabra que pronunciamos y escribimos, silencio que es de mayor dimensión humana que la palabra misma, y que la explica, la poesía es

36 *Ibid.* p. 152

también conciencia sensible de lo real, posibilidad y límite de conocimiento y de mejora; conciencia, paciencia y parte sustancial de una vida que no deja de aspirar a la perfección, en la asunción de su perfectibilidad. El sacerdote sabe que vivir poéticamente es una forma ejemplar de ser, una responsabilidad que proyecta al poeta hacia los demás, a quienes esperan de su sensibilidad y la belleza de su obra el compromiso sustancial con el mundo, compromiso exigente, difícil de asumir desde dentro, pero que la misericordia de la realidad permite que se vaya realizando poco a poco, desde la palabra hacia el mundo.

Pero volvamos, luego de estas palabras mías, al discurso de Suárez (tal vez entre sus textos en prosa aquel que más y mejor contiene su ‘teoría poética’), que termina con el siguiente párrafo:

Deben [sic] haber poetas que saben, por un especial instinto, con bastante claridad, cuánto hay de poesía en los versos que escribieron. Yo pienso que, en este momento, bastan estos oscuros atisbos para saber por qué, al entregar a la Academia Ecuatoriana de la Lengua este manojo de poemas, yo no sé, con toda verdad, cuánto haya en ellos de poesía; y me atreva a entregarlos, así, con la incertidumbre que siempre he experimentado, y sintiendo, como decía al iniciar este preludio, lo andrajoso y vagabundo de estos renglones que, sin embargo, siento que son jirones de mi vida. [Los subrayados son nuestros] ³⁷

“¿Hay siempre algo de andrajoso y vagabundo en el poeta?” Y responde:

Siempre he sentido oscuramente que debe haberlo, al menos en alguna medida, porque el poeta siente, de manera más punzante, el sentido de peregrinación de la vida, se siente caminante, caminante de la vida y de la palabra, y en el caminante hay siempre algo de andrajoso y vagabundo: insatisfacción, inquietud, angustia, búsqueda.

Sin duda, el poeta es un insaciable mendicante: mendiga su ser, su saber, su belleza a cada cosa, que no suele abrirse al primer intento, a la captación intuitiva del poeta, ni este suele encontrar la palabra para expresarlas, sino al cabo de mucho tiempo y esfuerzo, de inmensa vitalidad, esperanza y desapego.

³⁷ Morales A., p. 186

El poeta va buscando en lo real, hambriento de vida, de esperanza y de belleza, aquello que le permita, en el camino, expresar mejor su ser propio y el de todo cuanto lo llama, a menudo de manera avasalladora, desde lo otro y los otros. Conviene, obviamente, no intentar en ningún momento abandonar el camino de ‘petición’ y ‘apertura’ hacia lo otro –cual el mendigo se abre hacia todo ámbito que puede entregarle algún don, satisfacer su hambre o su sed– sabiendo que la finalidad de la insaciable solicitud poética no es la de satisfacer su sed, sino seguir ampliándola hacia más *altas* metas.

Ese sentido aparece más vivo –vivo como una llaga– en ciertos poetas: pienso en Villon, Fagus, Thompson, Giuliotti, Barba Jacob, Neruda, César Dávila... Una especie de conciencia, más o menos oscura –la poesía tiene mucho de nocturna– de las propias limitaciones frente a algo ideal que se entrevé y que parece inalcanzable.

*Y algo que empuja a seguir caminando, a veces sin saber a dónde.*³⁸

Y puesto que el poeta nombra a un conjunto de vates cuyas preocupaciones sustanciales alimentan las suyas desde su propia menesterosidad, démonos unos minutos para apreciar, en ciertos textos elegidos casi al azar, el poetizar concreto de estos amigos, ya todos muertos cuando ´Suárez Veintimilla se refería en su discurso, con devoción, a sus sueños comunes, a su común indignancia:

El trágico Francois Villon (Paris, 1431. Desaparecido en 1463), en su ‘Epitafio’, más conocido en distintas traducciones como “Balada de los ahorcados”, manifiesta y ruega, a la vez:

*Hermanos humanos, que vivirán después de nosotros,
no endurezcan sus corazones en contra de nosotros,
pues, si tienen piedad de nuestras pobres almas,
Dios la tendrá antes de las suyas.
Aquí nos ven atados; cinco o seis...
Nuestra carne, que hemos alimentado en demasía,
hace tiempo está podrida y devorada
y nuestros huesos, polvo y ceniza se volvieron.
De nuestros males no se burle nadie;
pero rueguen a Dios que a todos quiera absolvernó.*

38 Op. cit., p. 182

De *Fagus*, [Georges Philippe Fayet] (1872-1933), poeta y ensayista francés:

*el cielo / y / la Tierra / y / los elementos / y / el misticismo / y el vaso
está completo / no hace falta más / todas las gracias / y sinsabores /
de ese ente / llamado hombre / se pueden resumir / en un párrafo / y
sin embargo / no se pueden explicar / nunca / porque para el hombre
/ está la pesadilla / eterna / del vaso vacío / de la sed imperecedera / y
no existe más infierno / que el espacio entre el cielo / y la Tierra / y los
cuatro elementos / tienen / una mística / que no llega / a compren-
der / por eso está maldito / desde el origen de los tiempos / porque las
cosas simplemente / son así*

No hay puntuación en el poema: la separación de tan pocas palabras en líneas poéticas es de rara eficacia; la repetida conjunción *y*, que añade elementos a elementos y cierra, a la vez, la primera enumeración: *cielo, tierra, elementos, misticismo*, certezas ¿certezas?, que parecerían ir contra la vanidad y el desasosiego humanos, y dotarnos de dominio, al menos abstracto, sobre lo que constituye nuestra existencia, tampoco es una respuesta o, si lo es, no acaba de empezar cuando la contestación –en su doble sentido– luego de ese rotundo ‘y todo está completo’, aparece nuevamente: es la inquietud humana, perdurable fuente de dolor y de acción, que se resume en los versos ‘*está la pesadilla / eterna / del vaso vacío / de la sed imperecedera / y no existe más infierno / que el espacio entre el cielo / y la Tierra*’. Medio siglo más tarde, el existencialista Jean Paul Sartre manifestará en su obra de teatro *A puerta cerrada*: “El infierno son los otros”. Sin poder asegurar lo que no puede ser sino una hipótesis, no parece imposible que el filósofo del siglo XX se haya inspirado en el infierno de *Fagus*: ‘No existe más infierno que el del espacio entre el cielo y la tierra’.

Por otra parte, en el atrevimiento de citar poemas de autores cuyo nombre privilegia nuestro sacerdote, podemos pretender que casi no cabe duda de que este poema y otros dentro del mismo espíritu, fueran conocidos por Suárez Veintimilla. Y, sin duda, también, que el hombre sencillo y creyente que él fue, soñaría en oponerles una poesía de la esperanza: a nosotros, lectores, nos compete indagar si lo logró. No es poco, sin embargo, que haya apreciado a estos poetas empapados de vida, de dudas, de misérrimas búsquedas y afirmaciones ricas en negación y dolor. Admira también que entre los poetas que cita se hallen, juntos, *Fagus*, Villon, Barba Jacob, Neruda, César Dávila Andrade. Las coincidencias y contrastes de sus pre-

ocupaciones hablan de un universo amplio de gustos y conocimientos de parte de nuestro poeta ibarreño, que acogía todo lo que pudiera iluminar su camino, aun la duda, el sobresalto, el escepticismo más radicales.

Habría sido, de nuestra parte, más que deseable continuar en la muestra y aun en el examen de algunos poemas de estos connotados escritores; vayamos, al menos, a algunos de sus fragmentos. ¿Cómo no recordar aquellas tan opuestas miradas a la vida, comprendidas en solo dos de las siete estrofas de ese inolvidable canto de Barba Jacob [Porfirio Barba Jacob, uno de los seudónimos del poeta colombiano Miguel Ángel Osorio Benítez (Santa Rosa de Osos, 29 de julio de 1883 - Ciudad de México, 14 de enero de 1942)], titulado ‘Canción de la vida profunda’?

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos... / (juniñez en el crepúsculo! ¡Lagunas de zafir!) / que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza, / y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y ya al final del hermoso poema:

Mas hay también ¡Ob Tierra! / un día... un día... un día... / en que levamos anclas para jamás volver... / Un día en que discurren vientos ineluctables / ¡un día en que ya nadie nos puede retener!

Y vayamos al sin igual trasfondo de *Odas elementales* del chileno Pablo Neruda [seudónimo de Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto (Parral, 12 de julio de 1904 – Santiago, 23 de septiembre de 1973)], en su ‘Oda al libro’, donde escribe, en su incansable resolución poética de buscar lo universal dentro del mundo cotidiano, de la vida del hombre de cada día:

Nosotros / los poetas / caminantes / exploramos / el mundo, / en cada puerta / nos recibió la vida, / participamos / en la lucha terrestre. / ¿Cuál fue nuestra victoria? / Un libro, / un libro lleno / de contactos humanos, / de camisas, / un libro / sin soledad, / con hombres / y herramientas, / un libro / es la victoria. / Vive y cae / como todos los frutos, / no sólo tiene luz, / no sólo tiene / sombra, / se apaga, / se deshoja, / se pierde / entre las calles, / se desploma / en la tierra. / Libro de poesía / de mañana, / otra vez / vuelve / a tener nieve o musgo / en tus páginas / para que las pisadas / o los ojos / vayan grabando / huellas: / de nuevo / describenos el mundo / los manantiales / entre

la espesura, / las altas arboledas, / los planetas / polares, / y el hombre / en los caminos, / en los nuevos caminos, / avanzando / en la selva, / en el agua, / en el cielo, / en la desnuda soledad marina, / el hombre / descubriendo / los últimos secretos, / el hombre / regresando / con un libro, / el cazador de vuelta / con un libro, / el campesino arando / con un libro.

No tenemos que hacer especiales esfuerzos de imaginación sobre este sueño nerudiano, para relacionarlo con la ilusión de nuestro poeta y educador: *'el campesino arando / con un libro'* fue también aspiración vital de nuestro sacerdote imbabureño: fue profesor; creó una institución educativa; preparó a maestras para regirla, y desde la cátedra y el púlpito decidió su accionar a favor del hombre de cada día, sufrió por llevar el pan del espíritu y el saber a todos.

Finalmente, ¿cómo no acudir a César Dávila Andrade, [Cuenca, Ecuador, 1918 - Caracas, 1967)] y citar estrofas de su famosísima "Oda al Arquitecto", a fin de confirmar la manera en que su voz poética atormentada y jubilosa, a la vez, atormentó y alegró el paso por la vida y por la poesía, del nuevo académico, tanto, que este lo citó particularmente en su discurso magistral?

Oh antiguo Arquitecto de las gaseosas manos, / los candelabros alzan su lengua hasta tu nombre / y mi alma adelgazada te besa entre las cosas. // Tú, en la callada tierra de azafrán de los muertos / y en la ligera mesa en que huye el alfarero / con pie impar y leve. / Tú, en el confín que abrieron las blancas jerarquías, / para ordenar el vuelo de las primeras aves / al fondo de una época hoy secreta en tus ojos. / Tú, en los arcos profundos de las aguas genésicas / que labraron un tímpano para las caracolas. / Tú, en el espacio eterno, veloz e inamovible, / ausente en la profunda delicia del secreto. / Irreal y perenne, Altísimo e íntimo, / Arquitecto sagrado, de las gaseosas manos. // Por ti las rosas mueven sus codos de frescura / y las dalias sus rótulas de ácido rocío. / Por ti el árbol reposa en su quicio de roca / y los antiguos mitos, en sus torsos de mármol, / con los ojos lejanos de mineral continuo, / fijos, despetalados, absortos de pretérito. // [...] Tú, en nosotros: dormido, vigilante y profundo, / en la secreta nube de la melancolía, / en este oscuro viaje de adversidad y gloria, / en este vago sueño mortuario que vivimos. / Respiras nuestro gozo, nuestro dolor, nuestro aire / y en la noche postrera nos respiras el alma...

Por razones de espacio y tiempo, dejamos a nuestros lectores otras indagaciones, no sin antes constatar que todos estos poetas se preocuparon de lo terrestre y lo pasajero, así como aspiraron, con mayor o menor esperanza, a posibilidades de cumplimiento de esperanzas y promesas eternas, ya fueran las de la ilusión puramente humana, como las que, basadas en la revelación divina, justificaron el trabajo y la ilusión de nuestro sacerdote.

La insatisfacción y la duda se expresan en todos ellos de diversísimas formas, aunque cultivan un ardor que se dilata en la creación y sugieren a quien los lee una vitalidad interior inagotable que se proyecta en poemas hacia todos. “Altísimo e íntimo” llamó Dávila Andrade al ‘arquitecto de las gaseosas manos’; como Agustín de Hipona, sabía que ‘Dios es más interior a nosotros que nosotros mismos’, pero la desesperanza pudo más en la trágica decisión de acabar con su vida. Largos años vivió, en cambio, nuestro poeta Suárez Veintimilla; años en uno de los cuales fue, sin duda, y no de lejos, espectador dolido del fracaso vital del excepcional poeta cuencano. Su muerte multiplicó sus dudas y su pena, pero, a la vez, exaltó su comprensión de la honda condición humana y, sin duda, dentro de su creencia religiosa, jamás condenó al gran poeta atormentado hasta el suicidio. El haberlo nombrado en su discurso muestra su apertura sensible, su fraternidad...

Luego de citar algunos versos de Giulianiotti y Neruda, el recipiendario termina:

Andrajos en la vida, en el camino, junto a luces fulgurantes en la palabra.

Yo pienso, al traer estos versos, en los andrajos de la palabra: porque, como lo he de reiterar al fin de esta breve introducción, no sé lo que vale de esto que he traído.

Un manojo de poemas, un manojo de versos... Pero ¿cuánta poesía hay en ellos?

Espero tratar de ahondar un día en este misterio humano: ahora no puedo pretender sino asomarme apenas a sus umbrales.

¿Qué es la poesía? No son, evidentemente, los tratados de preceptiva

literaria los que se han acercado a ella, sino filósofos y poetas: desde Aristóteles hasta el genial Henri Brémond [quien equipara la poesía a un estado místico] y el teólogo Karl Rahner, y Unamuno, Machado, Juan Ramón, Neruda, Valverde, Alexandre, y tantos otros. Personalmente, siento que nadie ha tenido atisbos tan penetrantes y geniales como el Abate Brémond, atisbos en los cuales se ha inspirado fundamentalmente esta introducción. Andrajos en la vida, en el camino, junto a luces fulgurantes en la palabra.

Andrajos en la vida... , luces fulgurantes en la palabra. Contraste tan bien traído que es inútil comentar, aunque, al margen de cualquier intento de desciframiento, sintamos en él que la miseria humana que a todos nos agobia, nuestra condición no solo trashumante sino, fundamentalmente mendiga de luces y sombras, de amor y presencias, cuenta con una luz, a veces esquiva, otras, generosa y ‘fulgurante’. Luz que es palabra. Este don de la palabra se multiplica mil veces en la conciencia de haber recibido, de manera incontrovertible e indescifrable, el obsequio desafiante de la palabra poética.

Reproducimos aquí los poemas leídos la noche de su adscripción académica. Al no haber sido recogidos en la antología de 1973, pues fueron, de toda evidencia, escritos después, los traemos en recuerdo de aquella noche, y tal como él lo quiso, al leerlos como parte esencial de su discurso en la Academia de la Lengua.

Inicia su lectura con cinco delicadísimos sonetos:

SUAVE LUCERO DE UNA ETERNA AURORA

*Se hizo el dolor más puro y resignado / mientras subía tu lejana
buello: / hoy es el pozo diáfano y callado / en que palpitas tú,
como una estrella. // El hilo de la sangre del costado / -el adiós,
la nostalgia, la querella- / en leve hilo de luz transfigurado /
va en busca de tu luz, que allá destella. // La humilde fe de tu
alma clara y buena / llenó de paz las almas intranquilas / y de
esperanza fiel la amarga hora: // por eso, en nuestra noche, ya
serena, / es la remota luz de tus pupilas / suave lucero de una
eterna aurora.*

Este poema es breve y delicadísimo resumen de la evolución de su búsqueda de Dios, pozo profundo, en el cual identifica su 'querella' con el sufrimiento de Cristo en la cruz, sufrimiento que da, a la vez, sentido a su existencia llena ya de luz que sigue, en paz, la huella del Salvador, conocida y amada.

EL PERFUME DE AMOR QUE LLENA EL MUNDO

Sed que, siguiendo del Amor el rastro, / lleva al banquete sin amor su pena / y rompe el corazón y el alabastro / y escribe un nombre eterno: Magdalena. // Soledad del amor, sed insaciada / que llora ante la tumba ya vacía / y oye, por fin, la Voz resucitada / que dice el nombre de un amor: María. // Un barco sin timón la lleva a donde / nació el callado amor que se extasía / y del tumulto y del clamor se esconde, // mientras del roto vaso en lo profundo / sigue fluyendo, intacto, cada día / el perfume de amor que llena el mundo.

La sed de Magdalena a la búsqueda de Dios: la tumba vacía de Cristo, donde, luego de haber derramado su perfume en los pies del Salvador, lo busca Magdalena, ya muerto, y escucha su nombre en la voz del maestro resucitado. Su vaso que vertió el perfume en los pies de Cristo vivo, a la vez que su amor, es para el poeta metáfora singular del amor de Cristo mismo, derramándose por el universo.

FUENTE SECRETA

De tu infancia en la plácida colina / ángeles rondan, tras arcano velo, / y de tu media lengua en el anhelado / un canto sin palabras se adivina. // Hacia la playa de tu frente un vuelo / de aves del edén su gran V inclina / y Dios, cuando la tarde ya declina / baja a jugar contigo, desde el cielo. // Fuente secreta que gorjeando vino, / hacia la voz azul del mar lejano / alertas el oído y el camino: // Fuente de amor para la sed que clamás, / amor que encuentre en todos un hermano / en el ignoto mundo que te llama.

GOTA DE LUZ DEL ALBA QUE DESPIERTA

Gota de luz del alba que despierta, / breve huella insegura en el camino, / cabecita que asoma por la puerta / de la vida –candor, sonrisa y trino- // Promesa y aventura: flecha incierta / en el arco de sombra del destino, / alas que nacen en la mano abierta, / suave y segura de un amor divino. // Corriente azul que baja con su grito / de la montaña del amor, ajena / a su angustia, sedienta de infinito. // Solo voz, que la mente no comprende, / voz pura en que la voz de Dios resuena/ en palabras de amor que el alma entiende.

La oposición mente-alma en este último verso predice una definición metafísica del ser humano que parecería aceptar que la mente pertenece aún a la materia, al cuerpo, mientras el alma es la mente iluminada por presencias intangibles, aunque evidentes. En el alma ‘reposa’ la búsqueda de Dios, como destino abrumador y bendito para el poeta. Han pasado los años y, al mirar atrás, su vocación busca en los versos definir –quizá, mejor, describir- el sentido de aquella ‘flecha incierta en el arco de sombra del destino’, que ha marcado su caminar, hasta el fin.

ISLA REMOTA

La luz recién nacida en tus pupilas / que, sin saber, reflejan dulces cosas / -peces en aguas claras y tranquilas, / pájaros sin recelo, mariposas-; // Las palabras sin nombre con que nombras / las cosas inocentes que tú sabes, / el mundo de cristal en que te asombras / y del que solo tú tienes las claves; / tus labios sonrientes, encantados / por no sé qué visión, dulce e ignota... / todos esos tesoros ignorados / Dios los guarde en la isla más remota / con barcos sin timón desmantelados / donde vuela la última gaviota.

Parece, este último de los cinco sonetos, evocar su infancia de luz recién nacida; la presencia de la palabra para nombrar las pequeñas e inocentes cosas; el asombro. Y el deseo de que Dios preserve en una isla lejana, donde nada ni nadie puede tocarlas, los tesoros acopiados en la infancia y que, de alguna forma, dan la razón de toda su poesía.

CINTA MAGNETOFÓNICA

*De un salto / ágil, sin ruido, / estás aquí de nuevo / de más allá
de la muerte, // con tu adolescencia / como un oleaje / que va y
viene / eternamente, // tus ojos que sonríen, / tu cara morena, /
la sonrisa que nos mira, // descolgándose / del cielo / por el hilo
de tu voz. // Y vuelve a saltar / la fuente pura de tu voz / -limpia,
íntima, suave- / como una mano que nos lleva / o que nos llama.
// La campana de oro / de tu voz / repica alegre en el cielo
/ y está aquí, nostálgica, / para nosotros. // y ya no sabemos / si
está grabada / aquí o allá. // Y luego unos pies leves que aletean
/ y una fragancia / que se va.*

Título prosaico el de este poema, que anuncia, sin embargo, el reconocimiento implícito, no solo de la dignidad de un invento que reproduce aún la voz que creíamos perdida en la muerte, sino que trae, con la voz, intimidades, recuerdos, presencias. El poeta se pregunta si esa voz ‘está grabada aquí o allá’, si es, en fin, terrestre todavía, o celeste. Imaginamos, sin poder afirmarlo, que, aunque la voz reproducida no fuera la del hermano caído en Marruecos cuando fue alférez y asistente de un coronel español y murió ultimado por las balas moras, es la suya la que se presenta también a la mente del poeta, y que él evoca, en la escritura.

FE

*Fe mía querida / noche tachonada de misterios // Cuando a
la vida humana / se le arranca el misterio / le duele como un
bachazo / en las raíces del árbol; / y se vuelve la vida / como
una noche en un cuarto / iluminado por ínfimas lámparas, /
colgadas de un techo bajo / entre cuatro paredes mudas y sordas.
// Sin árboles que sueñan / sin fuentes / que alzan en el
claro silencio sus azules voces / como niñas que hubieran estado
escondidas en el día / y salieran ahora, alegres y seguras, a
danzar / bajo la luz de las estrellas; // sin ese canto solitario /
que sale a veces de una ventana abierta / en busca de un amor*

lejano. // Sin el rumor del mar en la sombra, / más puro y sonoro / como un inmenso coro que baja del cielo / a mecer en sus notas todas las angustias de la tierra. // Sin la inmensidad del firmamento / que al brotar las estrellas parece verse poblado de voces / que responden a todas las preguntas de la tierra. // Fe mía querida, / noche tachonada de misterios..., / como este que llega esta mañana; / la luz arrodillada en la ventana / alumbraba esta apariencia –que no es casi ni apariencia- / de un pan chiquito en que Dios viene caminando / hasta mi cama / y se queda dormido / dentro de mi corazón.

Se siente en este poema, la dificultad que experimenta el escritor para definir su sentimiento, para poner en palabras, en ritmo, la conmoción de sentir la fe que lo invade (la rima, la medida de los versos han sido alteradas voluntariamente, salvo que sea el transcriptor quien la alteró), pero sobre todo, los versos apenas terminados, apenas intuidos, nos muestran la dificultad que sufre el poeta para hablar de la razón de ser de su existencia, aquella a la que dedicó la vida entera en cuanto sacerdote, la fe en el Dios del tabernáculo ‘el pan chiquito en que Dios viene caminando’. Y leemos también en la poesía una especie de agradecimiento por el don de la fe, que es el de aceptar el misterio supremo de las cosas.

CATEDRAL DE LAUSANNE

Ángulos altos de piedra / que se alzan limpios / como una estatua griega / como delgado grito / hacia algo arcano que aguardara arriba; / largos dedos tendidos. / Alma desnuda de la arquitectura / verso puro, sin ripios, / poesía de piedra diáfana y translúcida / solo armonía y ritmo. // Piedra encantada y blanca, de rodillas / frente al silencio infinito. / Y sin embargo, música que llega / por el camino oscuro de los siglos. // Sinfonía perfecta / que un viento misterioso ha estremecido / y ha apagado una llama: a tus vitrales / llama un olvido.

CATEDRAL DE BERNA

La aguja de la Torre se hunde sola en el pálido cielo /sobre un rebaño de muros de piedra y techos rojos /y una sinfonía de viejas arquerías. // Fuera del atrio, ocultos / tras un telón, / como actores que esperan su hora, / los viejos santos que dejaron su hornacina hace siglos / se miran en raros espejos de piedra / (deben ahora ellos rezar el oficio / huido de las sillerías maravillosas y mudas). // De los brazos de las columnas de piedra / se escapan las columnillas, volando, en tu busca / hacia la armonía perfecta de los ángulos de arriba, / y se van llevando los ojos y el alma / al silencio extasiado de un ángulo invisible. // La luz llega vestida de todos los colores / y de formas ingenuas / para contar las historias más viejas y más bellas. // Y, a pesar de saber que no estás, yo te busco / en la escondida vestidura de un pedazo de pan / y en el tímido parpadeo de una lámpara. // Para esa presencia invisible soñaron / este canto de piedra / los viejos arquitectos cristianos / de ayer, y labraron, rezando, / estos salmos de piedra / los artesanos de Berna. // Sus almas que estuvieron aquí arrodilladas /durante siglos, se han ido / también, sin entender esta ausencia. // Bajan, en oleadas de armonía, / caudalosas, profundas, / adelgazándose luego y volviendo / a subir en espirales / -como el incienso de los ritos antiguos- / las voces melodiosas, / puras, trémulas, del órgano. // Y en el abrazo profundo / de la piedra y la música / palpita el alma de Berna.

‘Y en el abrazo profundo / de la piedra y la música / palpita el alma de Berna’ son los hermosos versos que cierran estas admirables descripciones de las dos catedrales: sillerías, rezos, arcadas, arcos, flechas, siluetas perdidas; vitrales, colores en el incesante juego de la luz; presente y pasado, todo se difumina en el recuerdo que, sin embargo con precisión de agudo mirar, permite al poeta describir lo que sus ojos extasiados ven y sus oídos escuchan, y reconocer la feliz unidad del arte universal: *el abrazo profundo de la piedra y la música...*

DOMINGO DE PASCUA

*En copos blancos baja, suavemente, / la fe en la vida, y otra vez,
ob Cristo, / tu presencia fraterna en los caminos / de vuelta de
la muerte. // Hileras silenciosas / de alta blancura inmóvil / que
custodian la paz de los caminos / entre lienzos blanquísimos,
tendidos / sobre la verde luz de las llanuras. // La humanidad
descansa / en el alba soñada de tu Cuerpo / y este manto / sere-
no y refulgente. // El sueño –desterrado de la Tierra- / ha vuelto
sonriente / a escuchar las campanas de la Pascua / en las flores
inmensas de los árboles / -que brillan, con el sol, como diaman-
tes- / y en el paisaje fantasmal que canta / un aleluya puro: /
sobre las manos blancas de la tierra / tiemblan tus blancos pies
resucitados.*

COMO ESA ROCA

*Como esa roca / arisca y fuerte / que custodia la puerta de la
rada / eternamente. // Que ve flotar la túnica del alba / en el
oriente / y encrespase de plata / la inmensidad al mediodía
ardiente. // Que contempla en silencio / largamente / en la do-
rada soledad tranquila / la gloria del poniente. // Hacia la cual
las grandes olas vienen / -con el misterio amargo del mar que
se estremece- / a golpearlas de gritos y de angustias, / cancio-
nes, esperanzas y quereres. // Requemada de soles y de vientos
/ como una larga muerte / y salpicada siempre de la vida / de
espumas leves. // Golpeada / tercamente / para guardar a la
fatiga humana / un pedazo de mar sereno y breve. // Hacia la
cual la fila de alcatraces / tiende el vuelo solemne / que frena
en el azul un breve instante / tiembla y desciende. // Esa roca
desnuda / que alza hacia Ti su voz sin voz que entiendes / que
la hiciste muda y soñadora / así la quieres / así, / siempre.*

La roca protagoniza un destino que tanto se parece al de cada uno de nosotros y, singularmente, al destino del poeta. Su mirada se asienta en los golpes del mar que la roca recibe, en la luz que la acaricia e ilumina con el paso del día, en el ruido del viento, en el vuelo de las aves. Admirable descripción de esa presencia muda, que tanto puede parecerse a la nues-

tra, ante el desafío incesante de este mar de la vida... Todo lo que él ama, lo que contempla en silencio, lo que busca en la tarde lo ha personificado en la roca, salvo su fe, sus certezas difíciles, su conocimiento: pero la roca *'alza hacia Ti su voz sin voz que entiendes'*. La comprensión con que Dios nos ve vivir, suple sobradamente nuestra ignorancia, nuestra desesperanza.

ORACIÓN POR LOS PESCADORES

Nuestra señora de los pescadores / la hoguera de la tarde se ha extinguido / y salen a alta mar los botes frágiles: / ¡míralos, míralos! // Cuando se hinchen las olas, y los botes / sufran los golpes rudos / del oleaje que es cumbre y abismo, / ¡cuídalos, cuídalos! // Mientras busquen los peces en que sueñan / los que en la orilla aguardan el regreso, / mira los botes que las olas mecen; / ¡llénalos, llénalos! // Cuando en la noche negra / de soledad y frío / busquen un resplandor que los alumbre / ¡guíalos, guíalos! // Y en esa media sombra y media luz del alba, / cuando el regreso es un temor y balago / hacia el hogar que aguarda / ¡tráelos, tráelos!

El mar conmueve al poeta para quien la naturaleza es su 'universo' externo e interior; ningún instante poético existe para él, sin que existan la belleza del árbol, la de la montaña, la del mar, la de la luz. La naturaleza y el hombre que la puebla. Su poema, preocupación sincera y profunda por el pescador, ser humano que necesita de su oración, de su sacerdotal caridad. El poema es un acto de amor, una mirada intensa hacia la condición *pescadora* de la vida.

SALMO 1

Canta / su barcarola / la lancha que viaja sobre el lomo de la ola / con sandalias de espuma / y guitarra de viento, dulce y ronca. // Cantan las alas blancas / de las gaviotas / una audaz melodía de acrobacia / alta y sola. // Canta el mar su canción dulce y amarga, / remota, / que en la orquesta de las olas –que se acercan / y tocan / su bárbara marimba / en las rocas– / dulcemente se aboga. // Canta / la inmensa esfera roja / que se hunde lentamente, ensangrentando / la soledad azul, la tarde sola. // ¡Todo canta en el mar, / ¡Señor!, canta a la Mano / que

se abrió, para que de ella volaran / las cosas como pájaros: // la luz, que abrió sus grandes ojos / manantial del color y del espacio. // El sol, la luna en que aprendió a contar el hombre / los días, y los meses y los años. // Las estrellas que escriben los caminos / al que en la noche avanza, navegando. // El firmamento, límite y llamada / a otro más alto. // El agua inmensa que arrulló, al principio, / de la vida, el milagro. // El camino de tierra en que el hombre / guía hacia Ti sus pasos. // La ciega voz que mueve / al pez, al pájaro, / a la fiera, y al manso ser que lame / del hombre amigo la confiada mano. // Y la llama que enciende eternamente / al hombre, sin quemarlo. // Todo es un coro inmenso que en la arena / -cielo y mar, un azul desnudo y ancho- / a Ti que inclinas el oído amante / canta su salmo.

Al recordar la definición de salmo, entendemos la viveza, el ritmo, el encanto de este cántico que contiene alabanzas a Dios; cántico de agradecimiento, unidad y participación. Todo canta. Y el poeta enumera cada elemento cuya existencia es gloria del creador, cuya quietud o movimiento, cuyo ir y venir rememora la Mano que lo creó, y le da gloria. Hermoso salmo y cántico en los años ya de una segunda madurez del poeta.

SALMO 2

(A Carlos Garbay, en el refugio del Chimborazo)

Todo está de rodillas: / las pupilas azules de la lejanía / ciudad, llanura, selva- // los caminos con sed / que suben jadeando / hasta besar el borde de la nieve. // Candelabro de arena / en que la chuquiragua enciende su fanal. // El cimientado de hielo del que vuela / la arquitectura grácil de la nieve. // Las estatuas de piedra / con que miran los siglos / perderse, sin afán, los pies del tiempo. // Y el Chimborazo / con las rodillas negras en la tierra / y un torso que se pierde entre las nubes / blanco, blanco, sin sombra, / diáfano, ángel desnudo / con las alas plegadas y las manos juntas. / Y las huellas de los que no volvieron / y de los que llegaron, / intactas, de rodillas en la cumbre. // Todas las cosas -agua, tierra, fuego- / al ascender se han ido adelgazando / hasta esta soledad blanca y radiante. // Y las voces lejanas / del mar y de la selva / y del viento y del hombre / se hicieron,

al subir, este silencio / tan solo alma desnuda de la música / clara, limpia, sin tiempo. // Sinfonía de cumbres / que solo saben repetir tu Nombre / -tan sólo él llega / a este delgado aire de la altura-: // de una cima a otra cima: / la copa de cristal del Cotopaxi, / ventana al huracán del Imbabura, / hoguera del Sangay, entre albos velos, / inmenso lino del Altar en éxtasis... // y otros puros silencios en la bruma... / lejanía sin fin del Himalaya / muda oración de siglos. // Altos silencios solos, / flauta perdida en que la tierra toca / para Ti, su canción estremecida.

Como ante el mar, ante la montaña, en la montaña, encumbrado el poeta en esos caminos ascendentes que tanto ama, los ha hecho metáfora de su propia vida.

NAZARETH

Casas como los nidos de los pájaros / con paja y barro, / algún jardín como un pozo / del que sacan frescura los hombres cansados. // Calles de tierra que salen / a contemplar el campo / y se bañan los pies en la acequia / que pasa cantando. // Solo voces desnudas y simples / el silencio y la paz van bordando: / balidos de ovejas, / el canto de un gallo, / la canción que desgrana en la fuente / la que canta lavando. // La Virgen María / cose ajuares para los niños del campo. / San José anda con los cubos de agua / el Niño Jesús va sacando / del corazón de una vieja guitarra la música nueva / para la belleza eterna de los viejos salmos. // El silencio da vueltas, feliz, por la casa / suavemente silbando. / Y un ángel chiquito / caído quién sabe de cuál cielo lejano / juega con un perrito vagabundo / en el jardín encantado.

ORACIÓN AL DIOS NIÑO

Frente al Pesebre de siempre / -simple, irremplazable, íntimo- / mientras por una Noche se esconden / el miedo, el odio, la amargura de siglos, / te digo mi oración sencilla e ilusionada, / Dios Niño: // Pon en el pecho del hombre / el corazón de carne prometido, / haz que le sepa a estiércol el dinero / a miel un pan humilde compartido. // Que la alegría de otro mundo alumbre / el mundo de la infancia ensombrecido. / y a mí, en el cansado pecho ponme / un corazón de niño.

NIÑO DIOS

Niño Dios que andas esta Noche, solo / por las calles, extraviado, / con las manos en los bolsillos / de tu corazón remendado. // Niño Dios de la India / con el vientre hinchado, / los pies descalzos y el estigma del hambre / en tus piernas endeble y en tus brazos flacos. // Niño Dios del Lejano Oriente, los oídos / destrozados / por las bombas y los cañonazos. // Niño Dios de Belén, desconocido / por tus hermanos / por los que llegaron de la diáspora, / de un viaje de siglos, soñando / solo en hacer del desierto un jardín / entre Isaac e Ismael, otra vez, disputado. // Niño Dios de Biafra, con los ojos / engranados / por el miedo de morir de hambre / como los que cayeron a tu lado. // Niño Dios de los suburbios / de las ciudades tentaculares, cansado / de devorar con los ojos, en las vitrinas, la alegría / tan lejos del alcance de tus manos. // Niño Dios arrodillado al borde / de las carreteras, alargando / un harapiento sombrero / hacia los carros que pasan, volando. // Niño Dios que tratas de ampararte / del viento de los páramos / con un ponchito astroso / y no has aprendido la palabra “regalo” / grita, grita Tu, Niño Dios, en esta Noche / ya no solo tu llanto callado, / sino un grito que llegue a los oídos / duros de los que viven hartos: // los dueños del poder y del dinero / que trafican con armas, y han dejado / suspendida en el cielo una nube de bombas / que han helado / el aliento en el mundo que vive / una disimulada pesadilla de espanto. // Te oigan, a través de las verjas de hierro, / los pobrecitos multimillonarios / con su extraña nostalgia / su sed de Tántalo / y que llevan latiendo una calculadora electrónica / dentro del pecho blindado. // Soy pobre como Tú, y no podría darte / todos los regalos / que necesitarías ahora, ¡Niño Dios!, te doy tan solo / todo mi amor, este amor desvelado, / y mi grito que vaga en el desierto de la noche / y que quizá nadie ha escuchado / pero que llega hasta tu corazón, como un eco / de tu grito de amor por los desheredados.

CONFESIÓN

Quiero ser yo / el yo que todavía no conozco. / Sentí, a veces manipulados por la vida / mi sueño, mi palabra, / mi vuelo / en tanta cosa ajena, / tanta cosa marchita: // ¡cuántas palabras mías / me llaman en la ruta! / Me dije un día / que iba a volver a andar / con los ojos abiertos, / oído alerta y corazón en vilo / para escuchar, alguna vez, tus pasos / en el camino. // Aparecieron -¿cuántos? / los cruces de caminos / y se me fueron, tantas veces, / los signos de los tiempos. // ¿Por qué me sentí atado? / Si fue tu voluntad, ¡bendita sea!, / para al fin desatarme en esta hora / que me deslumbra como una madrugada. // ¿Andar? Ya no por los caminos / de antes. Por otros que me llaman. / Saber sentarme / a mirarte / sin verte / a escucharte / sin oírte / a sentir que haces / derivar hacia mi alma / ¡como un río, la paz! / A hacer con mis manos / cosas que se me vayan / y que mi corazón haga volar. // A ser siempre / gitano, aventurero / pero de otra aventura, / la de este mar de adentro / en que empiezo a perderme. // No sabría decir lo que he perdido: / ¿el tiempo, la fatiga, el dolor, / el silencio, / la paz, la soledad, / los tesoros secretos de la noche? // Tan solo sé que amé, tan débilmente, / que quise amarte como tú me amaste / -no alcanzó el corazón que es tan pequeño - // No sabría decir cuánto he perdido... / perdí el bastón, el manto y el calzado / pero aún está llena mi mochila / de sueños, de inquietudes, de ilusiones, / de cantos y esperanzas!

Los poemas ‘Nazareth’, ‘Oración al Dios niño’ y ‘Niño Dios’, tienen tema similar con tratamientos distintos; en el primero, el poeta evoca a la Sagrada Familia, cuyos miembros, vistos a la luz de los viejos muros de Nazareth, de sus calles de tierra y de sus quehaceres cotidianos, tiene todo el encanto de su incomparable poder de descripción. En ‘Oración al Dios niño’ suplica para que los valores auténticos replacen la pobreza de los sueños y las aspiraciones del ser humano; ‘*baz que le sepa a estiércol el dinero / y a miel un pan humilde compartido*’. En ‘Niño Dios’, en cambio, nos ofrece en sucesivas imágenes trágicas el dolor concreto y palpable de los niños hambrientos de la India y de Biafra; de los que sufren en Gaza e Israel la violencia cotidiana de balas, bombas y cañonazos. A los niños suburbanos

de las ciudades inhumanas; a los niños que en nuestra propia patria, en la suya, piden limosna a choferes indiferentes a su miseria; al Niño Dios que vive en el páramo frío, cubierto apenas 'con un ponchito astroso'. Todos ellos, todos los niños del mundo son encarnación del Niño que en Belén nació para sacrificarse por los que sufren, y cuyo sacrificio, tantas veces, parece haber sido inútil... Finalmente, en "Confesión", especie de narración de sí mismo, se pregunta si sus sueños no habrían sido 'manipulados por la vida'; si sus palabras no adolecieron de insinceridad o, al menos, de la impotencia de haber sido parte de sueños nunca totalmente puestos en práctica, por la fragilidad del soñador... Perdió, como tantos de nosotros, los signos que nos hace el camino y se sintió sin ruta, sin escucha, sin paz. Pero sabe que ha amado, aunque con su corazón 'pequeño'...

Al preguntarnos por qué escogió para leerlos en su discurso de ingreso a la Academia, entre tantos poemas suyos, estos que hemos transcrito, imaginamos que quizá fueran entonces sus poemas más recientes y, por tanto, menos conocidos. Producto de nuevas experiencias viajeras frente al mar, en las grandes ciudades europeas, ante viejos monumentos y acontecimientos felices o desgraciados que estremecen al mundo, en fin, revelaban sus sentimientos más íntimos, sus penas, sus alegrías sus esperanzas. En estos poemas está todo su universo poético, con mayor o menor rigor; quiso decirlo todo y, en nuestro criterio, a veces no supo detener a tiempo su propia inspiración y trabajar más profundamente estrofas esenciales. Nos gana la enorme sinceridad de su mensaje y su fidelidad sin pausa a la doble vocación poética y sacerdotal, que muchas veces tienen contradictorias aspiraciones, como debió sentirlo íntimamente el poeta, sin dejar de lamentar esta oposición, en ciertos momentos difícil de asumir.

BIENVENIDA A LA ACADEMIA DE LA LENGUA

Jorge Salvador Lara, historiador y académico, recibió con su discurso de bienvenida titulado “Carlos Suárez Veintimilla y el Santo Grial” al recipiendario. Al inicio de su discurso, cuenta una bella y curiosa anécdota que tomamos, a manera de pregunta sobre el existir y las coincidencias, encuentros y posibilidades, a menudo inesperadas, que nos ofrece. La anécdota dice así:

Séame franqueado el permiso para referir un episodio ocurrido en uno de mis viajes por Europa, hace más de dos décadas. Visitaba en París la Sainte Chapelle, una de las más esplendorosas y emocionantes a la par que delicadas maravillas del arte gótico, construida por San Luis, rey de Francia, en pleno siglo XIII, para custodiar en ella la Corona de Espinas que aprisionó la frente del Redentor del Género Humano, reliquia preciosísima felizmente llegada a sus manos. La alada construcción, de finas nervaduras que culminan en la flecha, a 75 metros de altura, aunque hoy enclavada en medio de edificios de época posterior que la ocultan y empequeñecen, posee todavía el don de convocar el extasiado recogimiento, la oración nacida del fondo del alma, sobre todo en la capilla alta ornada con una serie fulgurante de vitrales, de los más espléndidos del arte universal. Transidos de emoción subimos con mi mujer, compañera amada de toda la vida, el estrecho caracol de una de las escaleras que unen la capilla baja con la alta. El fuerte y luminoso sol del verano, al atravesar las multicolores vidrieras, hacía de aquel un recinto mágico, donde la umbría soledad parecía despojarse de su manto oscuro para refulgir con las mil tonalidades de la luz que daba vida a los vitrales, todos con motivos de las Escrituras, desde la Creación hasta el Apocalipsis. Aunque generalmente muy visitado, nadie, en aquellos instantes, sino nosotros. ¿Nadie? Pronto advertimos que no estábamos solos: en medio de la penumbra alcanzamos a divisar a un caballero que, apoyado junto a una de las espigadas columnas, pintadas con filigrana de oros y azules, meditaba en éxtasis estético ante la policromía de las escenas bíblicas, los pilares, las nervaduras, los capiteles, las tallas escultóricas, las flores de lis, el ábside, la tribuna, el baldaquino. Un rayo de luz se filtraba impoluto, como un mensaje de lo alto. Íbamos a pasar de largo cuando la sorpresa iluminó nuestros rostros de alegría

al descubrir en aquel solitario, en aquel meditabundo, nada menos que a Carlitos Suárez Veintimilla, nuestro gran poeta y querido amigo, de paso por París en una de sus visitas a Roma, donde sin duda ya gestionaba la autorización para su mayor obra, el Instituto Secular "Nuestra Señora de Fátima". Admirador del purísimo arte cristiano del Medievo no dejaba, como tampoco nosotros, siempre que pasamos por París, de acudir a la Sainte Chapelle, para revestirse de emoción, esteticismo, transcendencia.

Quizás sea ésa, o como ésa,

"...capilla humilde, de un silencio extasiado / tras los vidrios quemados de ocasos y de auroras, / donde se libra el alma de su grito abogado / y donde no quisiera que pasaran las horas"...

o de la que dice en otro:

"...Entre el gris de los muros / y la azul alegría / de los vidrios absortos, / hoy he ballado una gracia perdida: / aquel corazón de mi infancia / -sin ansias sombrías / ni sueños oscuros: / aquellas ingenuas y claras pupilas..."

o en la que vio

"los rojos reflejos / con que incendia las vidrieras / la tarde"³⁹

También espiga el académico entre los poemas de Suárez Veintimilla, y reproduce algunos de ellos, a partir del siguiente párrafo que nos habla de su experiencia íntima, a la luz que la lectura de los textos del recipiendario ha proyectado sobre él.

[...] se advierte simultáneamente en su obra poética alta espiritualidad, idealismo, valoración trascendente de las cosas: la vida la muerte, el dolor, el amor, la amistad, la familia, la madre. Son numerosos los versos dedicados a reflexionar sobre estos temas.

HEMOS DE CONVERSAR TODOS LOS DÍAS

Muerte, / hemos de conversar todos los días. / Cuando esté – como hoy- sin fe en la vida. / Todas las ilusiones / como las hojas secas, / y mi alma / como rama desnuda contra el cielo, / en tus cuencas sin lumbre / he de encontrar mi nueva fe en la vida. / Cuanto todas las almas / que mis ansias insomnes / quieren llevar a inaccesibles cumbres / sean sobre mis alas / solo un peso de carne y cobardía, / tú me dirás: espera, / muere todas las horas: / del grano muerto ha de brotar la vida. / Cuando el trabajo lento y silencioso / encadene mis sueños, / tú me dirás: aguárdame, / he de venir tan pronto / a hacer vida y lumbre / sobre tus huesos muertos / todos tus sueños vivos. / Cuando en la sombra de las noches solas / aguarden mis pupilas las lumbres que no acaban, / tú me hablarás / de esa noche de polvo que fue cuerpo / con lumbres inmortales para el alma. / Muerte, / hemos de conversar todos los días.

DOLOR

Dolor que me has atado toda el alma, / dolor, yo te bendigo. / Dolor que sacudiste / el corazón, con golpe repentino, / removiendo la tierra de mi vida / sin piedad, hasta el fondo de mí mismo. / Todas las impurezas / entre sus manos el dolor deshielo: / y la tierra labrada de mi alma / se abre al riego divino. / Como la uva en el lagar desbecha, / como el grano oprimido, / solo así –misteriosa y arduamente- se alista el sacrificio, / ¡Oh dolor que llamaste / a mi puerta con golpe repentino, / yo te bendigo porque aquella mano / que ha llamado es la mano del amigo! ¡Por la tierra doliente de mi alma, / dolor, yo te bendigo!

Antes del siguiente poema, el historiador manifiesta: *Característica singular, que permite identificar su espíritu, es la franciscana hermandad universal con los seres sencillos.*

MI CANTO

Hermana nieve, silenciosa y pura, / son mudos tus fulgores solitarios / si un alma no refleja tu blancura... / hermana nieve de los montes altos, / ¡ven a cantar en el laúd de mi alma / una clara canción! / Me han inquietado, estrella, tus anhelos / tu silencioso titilar, tu angustia, / en la sombra serena de los cielos...: / hermana estrella de los cielos puros, ¡ven con tu luz a modular en mi alma / una clara canción! / Tu casto aroma, diminuto hermano, / cuando embalsama los desiertos valles / se pierde en el silencio de lo arcano... / hermano lirio de los campos buenos, ¡ven a cantar con tu perfume en mi alma / una leve canción! / Tu apacible, monótono ruido / se convierte en mi alma en melodía / de un bondo limpiísimo sentido...: / hermana fuente de la huraña sierra, / ven con tu linfa a modular en mi alma / una dulce canción! / Cuando vuela en los aires tu alegría, / buscas un alma soñadora y sola / para cantar tu libre melodía...: / hermana brisa, juguetona e inquieta, / ¡ven a cantar ingenuamente en mi alma / una alegre canción! / En mi canto tu voz, libre y salvaje, / -libre como en tus campos sin confines- / tu voz, temblor y canto del paisaje...: / viento, mi hermano indómito y huraño, / ¡ven a llenar la soledad de mi alma / de tu libre canción!

¿PERRO SIN DUEÑO?

No sabe lo que dice quien te llama / perro sin dueño. / No te lavan criadas, ni te peinan; / no duermes en las faldas / de mujeres que solo se amaron a sí mismas; / te peina el viento y te lavan los cielos. / No conoces collares ni cadenas / y son tuyos los tarros de basura / en las calles de Dios. / Puedes correr sin que te peguen / por ensuciar la alfombra; / seguir, alzando tu hociquito curioso, / al primer niño pobre, que es tu amigo, / curiosear en la iglesia / y ladrar libremente a la luz de la luna. / Tu piel, cuando te mueras, / no ha de quedar, curtida, a los pies de una cama: / bajo el suelo fecundo / se ha de transfigurar en rosas ignoradas / para que las huela solo Dios; / no eres perro sin dueño, / perrito del Señor.

Y Salvador Lara, que quiere seguir pronunciándose sobre la forma en que el poeta aclama, amorosamente, ‘a los seres sencillos’, añade: *Pero veamos, como broche de oro en esta exaltación de los seres sencillos, sus*

GORRIONES

En las calles antiguas y ruinosas, / alegres, juguetones, / cantan sus alegrías bulliciosas / mis amigos gorriones. // Y junto con la luz del nuevo día / derraman los reflejos / de una clara alegría / en la tristeza de los patios viejos. / En los parques poblados / de risas infantiles, inocentes, / los he visto jugar despreocupados / del paso de las gentes. / Y he pensado que un día muy lejano / San Francisco de Asís, manso y risueño, / acariciaba con su flaca mano / a un gorrioncillo, su pequeño hermano, / por ser manso y pequeño. / Los he visto también, cada mañana, / dar a Dios con el río despierto, / la luz y la campana, / un infantil y unánime concierto. / Y he pensado ser cual los gorriones / alegres, juguetones, / cantar con el albor del nuevo día, / y dejar los reflejos / de una clara alegría / en la tristeza de los patios viejos.

En cuanto al poema “BUS”, que el académico en su discurso de bienvenida incluye también, lo hemos comentado ya antes, largamente. Sigue Salvador Lara entregándonos poemas de alto significado en la creación de Suárez Veintimilla, como el siguiente, que narra con delicadeza sin par el contraste entre la cumbre y el valle, entre el esfuerzo del alma que asciende, el tiempo detenido en la cima, y la comodidad del tiempo vacío en la ciudad sin vuelo...

EN LA CUMBRE

*Alta alegría de la última cumbre, / más lejos de las grises, bajas
tierras, / más cerca del azul y los luceros. / Limpia alegría
de las altas piedras / con caricias de nubes / viajeras, / de
nieve / y estrellas. // Alegría del alma libre y sola / sobre una
cumbre efímera de tierra, / y con el cuerpo frágil de una hora /
dominando los montes, las laderas, / las ciudades que sufren / y
sueñan, / los vientos, / la niebla. // Alegría sin fin de las pupilas
/ frente a los horizontes sin barreras. / Sinfonía del viento / que
desprende la nieve de la peñas. / Alegría de voces / que suenan
/ a voces eternas. / Desde la cumbre inmensa y solitaria, / cómo
me duele que las almas tengan / -en las ciudades bondas y
lejanas / por un placer de tierra. / ¡para el vuelo las alas / sin
fuerza, / rendidas y enfermas! // Mañana cuando lleguen / a mi
vida las penas, / cuando el cansancio y el olvido pongan / en
las alas su peso de tristeza, / me llamará más alto / la niebla, /
la nieve, / la estrella. // Mis alas jóvenes, alas extendidas / en la
hora de luz de la existencia, / vamos a la alegría limpia y alta
/ de las cumbres serenas. / ¡Alegría de almas / que sueñan / las
cosas eternas!*

En el discurso de bienvenida que el historiador y académico de la lengua entrega, se refiere también al “predominio del tema ecuatoriano” en la poesía de Suárez Veintimilla. Habla, particularmente, de las famosas ‘etopeyas de las lagunas’. Si tomamos en cuenta que ‘etopeya’ es ‘descripción del carácter, acciones y costumbres de una persona’, Salvador Lara, al atribuir este término a la poesía de las lagunas, reconoce implícitamente que, en rigor, Suárez Veintimilla llama la atención de sus lectores al atribuir carácter humanísimo al agua generosa de su bella provincia; al describir el silencio, la paz, la enorme serenidad o el movimiento tenue del líquido elemento entre los montes y los riscos, agua escondida o visible, disponible siempre para quien quiera gozar de ella, de su pureza y su soledad, como si cada laguna fuese un ser humano consciente de la perfección que les fue concedida y a la que se debe, como un destino, para siempre.

Sigue el orador refiriéndose al ‘nacionalismo’, a la ‘ecuatorianidad’ que caracteriza la preocupación poética de Suárez Veintimilla: “La patria, su

geografía y su destino son temas bien presentes en la producción lírica de nuestro poeta, que aun en la referencia a los problemas económico-sociales que nos aquejan pone la nota de religiosidad y en lo puramente religioso pone la nota de ecuatorianidad, tal es el caso de la “Plegaria al Hermano Miguel”⁴⁰

PLEGARIA AL HERMANO MIGUEL

*Hermano Miguel, ¡qué suave / es tu nombre, y qué sencillo! /
Déjame que te diga esta plegaria, / mientras miro tus ojos –
como dos lagos / Profundos y tranquilos-. / El día en que el
Pontífice / te proclame de divina gloria ungido / y un halo
misterioso cubra tu hermosa frente / y tus pobres pies torcidos
/ que subieron al cielo / en callado y gozoso sacrificio, / no te
quedes en el cielo / tranquilo / jugando con las almas / de los
niños. / Aquí hay otros, ingenuos, / traviosos y sencillos, / que
no saben de Dios, de su misterio, / de su amor infinito. / Ven esa
noche a buscarlos en tu tierra / la reconocerás por sus nevados
picos / y por las estrellas que palpitan / en sus lagos dormidos.
/ Siéntate a la cabecera de sus camas / -entre sus juguetes y
libros- / y háblales de Dios, de tu visión del cielo, / al oído / como
una dulce historia / de un maravilloso país desconocido. / Y al
despertarse sentirán adentro / la nostalgia de una Patria que no
han visto, / un ignorado anhelo de volver los ojos / al infinito / y
un deseo profundo y misterioso / del Dios desconocido.*

El poema, ciertamente, alude a un personaje ecuatoriano, el Hermano Miguel, hoy santificado por la iglesia católica por sus méritos como maestro y hombre de Dios; al referirse a este hombre patriota, educador y bueno, puede decirse del poema a él dedicado, como lo hace Salvador Lara, que es un poema que ‘lleva la nota de ecuatorianidad’. No es, sin embargo, uno de los poemas destacables de Suárez Veintimilla, entre los cuales encontramos otros de magnífica y cuidada factura. Hay entre tantos suyos, poemas como este, en el que, aunque el tema nos atraiga, dejan filtrar cierto tono de ‘lugar común’ y un facilismo no acorde con la auténtica poesía. El poeta se ‘inspira’ en personajes, en recuerdos, y el verso y la rima fluyen..., pero no siempre con auténtica poesía, en profundidad.

40 Salvador Lara, “Carlos Suárez Veintimilla y el Santo Grial”: Discurso en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Morales A., Roberto, p. 209

La intuición del lector avisado y sensible, nos lo muestra. Es verdad que Suárez Veintimilla nunca quiso que primara sobre su tarea educativa y su misión religiosa, el tiempo para la poesía. Con cualidades y expresiones de auténtico poeta, mucho de cuanto publicó resulta de poco relieve, ante otras obras singularmente bellas.

Seguidamente, Salvador Lara lee “Canción escondida”, uno de los poemas más conocidos de nuestro autor, al cual el sacerdote jesuita Aurelio Espinosa Pólit se refiere en su crítica entusiasmada y todavía temprana (este es un poeta temprano también), en palabras emocionadas que hemos trasladado junto con el poema. El citado disertante continúa:

¿Qué decir de la luminosidad, del cromatismo, de la apertura al paisaje? La luz ya como búsqueda o presencia de ella, es una constante en su poesía. La policromía parece como arrancada de la paleta de un pintor. Obsérvese esta muestra de “Paisaje”:

PAISAJE

*Escala de colores en el monte: / cipreses verdinegros y sombríos,
/ verde oscuro y tupido de la encina, / verde claro y brillante de
los pinos, / pálidos arcos verdes de las parras, / verde empolvado
y gris de los olivos. / Y entre las dos colinas, / el azul del Tirreno,
intenso y limpio, / con blancuras de velas o de espumas, / con
siluetas borrosas en los días sombríos, / con caminos de luz en
los crepúsculos, / Lo demás: el azul del infinito / que se incendia
de estrellas en las noches*

Y, aunque Salvador Lara traslada, en su discurso, hasta aquí el poema, dada su voluntad de referirse a la policromía de los elementos en él descritos, nosotros lo concluimos, no sin antes reconocer que fue trasladado por el orador, solo hasta el último verso citado “*que se incendia de estrellas en las noches*”. Más tarde, en su mismo discurso, citará esta ‘segunda parte’, para demostrar la comunicación que busca el poeta ‘a través de las vibraciones sonoras’...

‘Paisaje’ continúa así:

*Polifonía del paisaje vivo: / la música del viento entre los álamos,
/ música rumorosa de los pinos, / sinfonía lejana de las olas / y
monótona música de grillos. / Música indefinible de la noche /
Poesía del monte: dos chiquillos / que por la madrugada y en
las tardes / descienden por el áspero camino / con dos vacas
enormes / que obedecen las voces de los niños / y se quedan
mirándolos / con sus ojazos tímidos. // Paisaje recortado en mi
ventana, / Te he tomado cariño / Porque te he contemplado
muchas veces / y porque eres así, grande y sencillo.*

Es llamativa la complementariedad entre la primera y la segunda parte de la descripción del paisaje ‘recortado en mi ventana’, como confiesa el poeta. Todo nos dice que, o bien Suárez Veintimilla reproduce con ayuda del recuerdo el paisaje tantas veces visto y admirado, o lo escribió en sus mismos días romanos... En todo caso, la mención del mar Tirreno, la de los olivos grises nos remite a un ámbito que no es el nuestro, siendo nuestro... Lo más llamativo de esta composición es lo que yo apelaría ‘duplicidad’ o contrapunto del sentido poético: en los versos de la primera parte, el poeta exalta el color, la luz de la naturaleza amada; en la segunda y final, ya no es la luz, sino la música, la que nos habla, desde el son del viento, el de los pinos, las olas y los grillos. Color y música: mirada, oído, dos sentidos, dos ámbitos de sensibilidad gracias a los cuales ingresa a nuestra alma la belleza de las cosas...

“Eucalipto” y “Páramo” fueron ya citadas previamente en esta antología. No hemos de repetirlas. Otros, todos significativos, en parte o como poemas completos reproduce el Académico de número, y lo hacemos de la misma forma, luego de este párrafo iluminador del citado crítico:

Uno de los recursos líricos de nuestro poeta es la consciente sublimación de las sensaciones; ya nos referimos a su visión de los colores: añadamos la percepción de aromas y perfumes y la singular apertura a las vibraciones sonoras, lo que da a su poesía una notable musicalidad, acentuada por la variación de rimas, ritmos y metros, así como de formas poéticas. Podríamos decir que Suárez Veintimilla nos transmite la orquestación de la naturaleza. Sigámosle a través de algunos ejemplos:⁴¹

41 Op. Cit. P. 230

De “Acuarela”

La mañana / tendió a secar su manto de colores / sobre la arena final de la playa. / En las manos morenas de los mozos / renovaban sus mallas / las viejas redes grandes y olorosas / a pescado y a viento y sol y agua.

De “Primer recuerdo”

Volvieron a cantar su canto limpio / las graves melodías de las flautas, / las bocas perfumadas de mis lirios, / y la fragancia – campesina y fresca- / de mi alma de niño.

De “Un paso”

El corazón: / un voltear tumultuoso de campanas: / repicaban a muerto / y cantaban a gloria.

De “Paisaje”

Polifonía del paisaje vivo: / la música del viento entre los álamos, / música rumorosa de los pinos, / sinfonía lejana de las olas / y monótona música de grillos. / Música indefinible de la noche

De “El alma de la tarde”

Señor, ¿qué tiene el alma de las tardes / que hasta las golondrinas bullangueras / vienen a hacer la paz con el silencio / de estas paredes viejas?

De “Casona Blanca”

Rincón del bosque con olor de pinos / y de tierra mojada en las macetas / y de flores silvestres. / Gruta humilde y pequeña... / ruidos lejanos y silencios largos / cuando las ramas se han quedado quietas, / música de las cosas / que te dicen tus hijos cuando rezan, música de jilgueros escondidos / en las encinas viejas...

El crítico abunda en alabanzas a la poesía de Suárez porque “*se distingue por su claridad absoluta, por su naturalidad: nada de hermetismos, encubrimientos deliberados, esoterismos, criptogramas líricos, atropellos a la lógica, irracionalismos. Esa claridad se manifiesta, ante todo, en un rico vocabulario poético, fácil y fluido, al alcance de todos.*”

Como podemos estimar, si comparamos este examen ‘crítico’ con las palabras ya citadas también, de idéntico tenor, del padre Aurelio Espinosa Pólit, con el ‘candor’ que él atribuye a la poesía de Suárez, las coincidencias, evidentes, no nos asombran: acostumbrados, historiador y sacerdote, ambos académicos de la lengua también, a la poesía clásica, romántica, quizá también en algo al modernismo, estos críticos se entusiasman con un vocabulario y una claridad que no siempre es original, ni siempre, garantía de auténtica poesía. El mismo Suárez Astudillo se repite en muchos de sus poemas, y sus temas, tratados por otros poetas menos ‘claros’ pueden ser extremadamente hermosos y poéticos e, inversamente. Nadie duda de su enorme sensibilidad, de su sentido poético ni del valor y la presencia de poesía en tantos de sus poemas; pero su calidad sacerdotal le impidió, sin duda, otras lecturas, otros viajes íntimos, y, en todo caso, las citadas virtudes de su poesía no son, por sí mismas, garantía de méritos poéticos indudables. A nuestro entender, entre los más bellos de sus poemas se cuentan los dedicados a las lagunas y, entre ellos, quizá son los más sintéticos los verdaderamente admirables. En cambio, aquellos poemas, como ya creemos haberlo manifestado, cuyo tema da para muchas variaciones, el poeta se excede en ellas, y queda lejos de la síntesis en lo esencial, que es muestra indudable del valor poético de tantas otras estrofas.

También apunta el historiador y escritor:

Además, ostenta una adecuada flexibilidad natural, vital diríamos, ante las normas de la preceptiva. Ni se ciñe a ellas al extremo de perder espontaneidad, ni llega a la anarquía del versolibrismo conceptual y melódico que, salvo en el caso de los poetas mayores, ha echado a perder tantas posibilidades de realización cierta en muchos de nuestros poetas contemporáneos. [...] en cuanto a los símiles, véase, a manera de muestrario, la sucesiva enumeración de comparaciones entre el agua y un niño en el precioso poema

CHORRITO DE AGUA

*Chorrito de agua de la hermana fuente / canta, hermano, tus
límpidos cantares / con la voz de tu linfa, quedamente, / chorrito
de agua de la hermana fuente / perfumado y crespo / como un
rizo de niño. / Tus cristales mansísimos y suaves / acarician las
flores de los campos / y los picos sedientos de las aves, / Chorrito
de agua de la hermana fuente / delicado y suave / cual las
manos de un niño. / Tus raudales sabrosos dan frescura / a
los labios resecos del sediento / y la aridez de la caliza dura, /
chorrito de agua de la hermana fuente / cristalino y dulce / cual
los ojos de un niño / . En tu linfa armoniosa vibra un canto / con
la suave tristeza de un ensueño, / con la clara frescura de un
encanto, / chorrito de agua de la hermana fuente / melodioso
y fresco / como risa de niño. / El Dios bueno que escucha de
los mares / la oración musical inmensa y pura / sonrío a la
humildad de tus cantares, / chorrito de agua de la hermana
fuente / luminoso e ingenuo / como el rezo de un niño. / En tus
aguas purísimas y bellas / juguetea el azul del firmamento / y
se baña la luz de las estrellas, / chorrito de agua de la hermana
fuente / transparente y puro / como el alma de un niño.*

No todas las comparaciones son felices ni nuevas en la poesía de Suárez Veintimilla, ni son altamente poéticas. Una vez más, la intuición crítica nos dice que en una mayor síntesis, y en la estética de comparaciones más sutiles, el desarrollo de este tema habría podido potenciarse; los símiles, las comparaciones que se nos entregan, ineludiblemente repetidas en los cantares del poeta y en muchos otros poetas, en la extensión entregada por Suárez Veintimilla a su expansión dentro del entorno total de su poesía, resultan extenuantes para el lector. No extraña, pues, que su sinceridad siempre alerta le haya impelido a preguntarse muchas veces “cuánto hay de poesía” en su obra lírica.

Finalmente, el expositor trae el poema

BLANCURA

Sea tu alma limpia / como las garzas blancas / que dejan un temblor blanco en el agua / en su vuelo fugaz. / Cual los vellones crespos / de los rebaños que va arreando el viento / en medio de la azul inmensidad. / Como la leve espuma / -floración luminosa de blancuras / en las olas azules de la mar- / Como la nieve fúlgida: / sobre la piedra rústica y desnuda / manto de paz y de diafanidad. / Así como las alas / con que cubría el ángel de la guarda / el ingenuo soñar.

Poema de tono escolar, de comparaciones conocidas, incita, como debió hacer a sus estudiantes el maestro sin pausa que hubo en el poeta, a volver a la infancia, a valorar las antiguas imágenes del alma plasmadas en la piedra, en la ola, en las alas...

HACIA LA INTIMIDAD DEL POETA

No podemos dejar de añadir, a los discursos y poemas que nos permiten conocer mejor a nuestro biografiado y a los poetas por él mismo citados, (algunos de cuyos poemas hemos traído ya a estas páginas), la admiración del ecuatoriano, confesada muchas veces a sus amigos, por la poesía del gran dramaturgo y diplomático francés Paul Claudel. Suárez Veintimilla se alimentó de la poética claudeliana. Leyó fervorosamente al escritor francés, cuya conversión a la fe católica, su fervor por la Virgen que también señaló el sacerdocio de nuestro *padre Carlitos*, le mostraron, sin duda, que la poesía podía surgir del fervor y alimentarse en el esfuerzo de la creencia cotidiana.

Según Paul-André Lesort, en *Claudel visto por sí mismo*:

En medio de ese aire enrarecido y de esa ausencia de horizontes, el joven Claudel se ahoga, y su inquietud hace que no se resigne a morir interiormente. Busca aire desesperadamente: le llegan bocanadas en la música de Beethoven, y de Wagner, en la poesía de Esquilo, Shakespeare, Baudelaire; y, de repente, la luz de Arthur Rimbaud: "Siempre

*recordaré esa mañana de junio de 1886 en que compré el cuaderno de La Vogue que contenía el principio de Las iluminaciones. Fue realmente una iluminación para mí. Finalmente salía de ese mundo horrible de Taine, de Renan y de los demás Moloch del siglo XIX, de esa cárcel, de esa espantosa mecánica totalmente gobernada por leyes perfectamente inflexibles y, para colmo de horrores, conocibles y enseñables. (Los autómatas me han producido siempre una especie de horror histórico). ¡Se me revelaba lo sobrenatural!*⁴²

Y el propio Claudel confiesa:

*Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento que ha dominado toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certidumbre que no dejaba lugar a ninguna clase de duda, que después, todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida, no han podido sacudir mi fe, ni, a decir verdad, tocarla. De repente tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios, de una verdadera revelación inefable. Al intentar, como he hecho muchas veces, reconstruir los minutos que siguieron a este instante extraordinario, encuentro los siguientes elementos que, sin embargo, formaban un único destello, una única arma, de la que la divina Providencia se servía para alcanzar y abrir finalmente el corazón de un pobre niño desesperado: "¡Qué feliz es la gente que cree! ¿Si fuera verdad? ¡Es verdad! ¡Dios existe, está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama! ¡Me llama!". Las lágrimas y los sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del Adeste aumentaba mi emoción.*⁴³

42 J. Rivière et P. Claudel: *Correspondance (1907-1914)*. 142

43 De "Bajo la mano de Dios", <http://www.fluvium.org/textos/lectura/lectura8.htm>

LA VIERGE À MIDI
LA VIRGEN A MEDIODÍA

*Il est midi. Je vois l'église ouverte. Il faut entrer.
Mère de Jésus-Christ, je ne viens pas prier.*

Es mediodía. Veo abierta la iglesia. Debo entrar
Madre de Jesucristo, no vengo a rezar

*Je n'ai rien à offrir et rien à demander.
Je viens seulement, Mère, pour vous regarder.*

Nada tengo que ofrecerte y nada que pedir
Vengo solamente, Madre, para mirarte

*Vous regarder, pleurer de bonheur, savoir cela
Que je suis votre fils et que vous êtes là.*

Mirarte, llorar de felicidad, saber
Que soy tu hijo y que tú estás aquí

*Rien que pour un moment pendant que tout s'arrête.
Midi Etre avec vous, Marie, en ce lieu où vous êtes.*

Solo por un instante, mientras todo se detiene
Mediodía, estar contigo, María, en este lugar donde tú estás.

*Ne rien dire, mais seulement chanter
Parce qu'on a le coeur trop plein,
Comme le Merle qui suit son idée
En ces espèces de couplets soudains.*

No decir nada, cantar, solamente,
Porque tengo el corazón repleto.
Como el mirlo que sigue su impaciencia
En súbitos gorjeos.

*Parce que vous êtes belle, parce que vous êtes immaculée,
La femme dans la Grâce en fin restituée,*

Porque tú eres hermosa e inmaculada
La mujer en la Gracia restituida por fin

*La créature dans son bonheur premier
Et dans son épanouissement final,
Telle qu'elle est sortie de Dieu au matin
De sa splendeur originale.*

La criatura en su primer honor
Y en su expansión final
Tal como ella salió de Dios la mañana
De su esplendor original.

*Intacte ineffablement parce que vous êtes
La Mère de Jésus-Christ,
Qui est la vérité entre vos bras, et la seule espérance
Et le seul fruit.*

Inefablemente intacta, porque eres tú
La madre de Jesucristo
Que es la verdad entre tus brazos, la única esperanza,
El fruto único

*Parce que vous êtes la femme,
L'Eden de l'ancienne tendresse oubliée,
Dont le regard trouve le coeur tout à coup et fait jaillir
Les larmes accumulées,*

Porque eres la mujer
El Edén de la antigua ternura olvidada
Cuya mirada encuentra de golpe el corazón, y hace brotar
Lágrimas acumuladas.

*Parce qu'il est midi,
Parce que nous sommes en ce jour d'aujourd'hui,
Parce que vous êtes là pour toujours,
Simplement parce que vous êtes Marie,
Simplement parce que vous existez,*

Porque es mediodía,
Porque estamos hoy en este día
Porque tú estás aquí para siempre
Simplemente porque eres María
Simplemente porque existes,

*Mère de Jésus-Christ, soyez remerciée !
Madre de Jesucristo, / ¡Gracias!*

No extraña que nuestro poeta se hubiera dejado influir por la sencillez emocionada de este poema escrito por un hombre de mundo, diplomático francés de altísima educación, “*representante principal del catolicismo francés en la literatura moderna, con una obra en la que hace alarde, por extraña paradoja, de simbolismo y realismo, complejidad y sencillez, polifacetismo y profundidad, informada por una honda inquietud religiosa en la que supo conciliar la ortodoxia con el modernismo*”.⁴⁴

Así puede entenderse de qué forma la inquietud poética de Suárez Veintimilla encontró en la lectura de la obra *claudeliana*, tan distinta y, a la vez, tan una en la búsqueda llena de fe en el Dios de la iglesia católica, la alegría de una fraternidad íntima, de una búsqueda similar, de una pasión que le contagia de ansia de belleza, y le empuja a seguir insistiendo en la conversión diaria que le exigían su trabajo, su fe, las pequeñeces y limitaciones del ambiente en que vivía.

La palabra de Claudel, supremamente inteligente siempre, muchas veces de sencillez casi prosaica, atrae la mirada sin pretensiones *intelectualizantes* de nuestro sacerdote, así como, a la vez, la inteligencia cultivada y vigorosa del diplomático francés satisface la inevitable búsqueda de inteligencia y comprensión del mundo, de la época, de las circunstancias que, de alguna forma, fueron comunes para los dos, a pesar de la distancia geográfica y cultural entre la patria del francés y la nuestra.

El converso Claudel no está lejos del sacerdote lleno de dudas tan humanas, y deseoso, sin pausa, de certezas. Este último, entregado a la fe, a su misión, a las necesarias ‘conquistas’ materiales que requerían su afán educativo y su deseo de ayudar y solventar tantas necesidades, iba de calle en calle, a pie o en su vieja bicicleta, por la ciudad de Ibarra, recibiendo el aprecio sincero de sus conciudadanos y siguiendo, hasta el fin de su larga vida, el doble destino interior de oración y poesía.

44 http://es.wikipedia.org/wiki/Paul_Claudel

EN TORNO A LA POESÍA RELIGIOSA DE SUÁREZ VEINTIMILLA

He tenido, no sin preocupación, la audacia de adentrarme en un doble terreno en el que tan poco podemos atrevernos a decir: en el de la poesía, que exige cualidades críticas y estudio pormenorizado y quizá erudito, y en el de un ámbito mucho más difícil de captar, de entender, de enfrentar con vigor por el estudioso y el lector, cual es el de la poesía religiosa. Sin embargo, aclararé, de modo previo, que el ámbito de lo religioso es el de la creencia humana, es decir, el de la *fè* que *acepta*, porque *renuncia a pedir explicaciones y razones*, la existencia de la divinidad. Mientras que el ámbito de lo filosófico, el de la comprensión racional, siempre limitada, confina allí donde se inicia la experiencia del misterio.

El hombre, consciente de sus límites, acepta que conocerlo todo de manera absoluta es imposible, y que, por tanto, más allá, incluso, del poder y los avances de la ciencia, se presenta el misterio a nuestro asombro; en él, como misterio supremo, se halla la existencia de un ser cuya naturaleza, de características opuestas a las de lo humano, corresponde a su ser 'causa incausada', es decir, 'causa de sí mismo'; entre algunos de cuyos atributos se hallan la eternidad: Dios es eterno, pues según los viejos filósofos, no tuvo principio, 'Él es el que es', 'su ser es ser' y, por tanto, su existencia no concluirá jamás. Como colofón vienen la infinitud, la perfección que corresponde a este ser sobre todos los seres, principio y fin de cuanto existe. Dios es, además, inescrutable, es decir, imposible de ser conocido por el ser humano, dado que nuestro razonamiento es limitado e incapaz de abarcar la inabarcable naturaleza de Dios. La inmensidad y la eternidad le pertenecen: no tuvo principio ni tendrá fin; es omnipotente, ya que lo puede todo; omnisciente o sabio de toda sabiduría, conoce cuanto es, cuanto fue, cuanto será. Estas, en breves palabras, son aquellas nociones de que nos ha proveído desde antiguo la filosofía. Pero si permanecemos solamente en la esfera de lo filosófico, no entenderemos jamás ni podremos justificarla, la necesidad de amar a ese Dios de lejanísimas e incomprensibles cualidades.

La religión, en cambio, anuncia nuestra re-ligación, nuestra atadura respecto de lo supremo; este concepto de unión surge de la revelación de un

Dios que vino al mundo y, tomando nuestra naturaleza humana, asumió nuestros sufrimientos y nos redimió del pecado de origen, haciéndonos capaces de llegar a Él mediante el cumplimiento de la palabra que nos entregó al revelarse al mundo. El Dios de la filosofía es un Dios ajeno al ser humano, indiferente a su suerte, y a su condición de carencia y dolor; el Dios de la religión es un Dios padre, y su paternidad proyecta sobre el género humano el amor, la compasión y la ternura, con toda la previsión y el deseo de ayuda a sus hijos que caben en el corazón de un padre terrenal, potenciados *ad infinitum* por su divina naturaleza.

Mientras el Dios filosófico es muy relativamente aceptable a la luz de la razón humana, el Dios de la religión revelada, más incomprensible aún, es, sin embargo, a través del amor que su sacrificio muestra, mucho más 'amable', es decir, digno de ser amado. Se presenta a nosotros como un padre, pero también como un hermano, pues quiso nacer del vientre de una mujer, María, y tener un padre de quien aprender, discípulos a quienes enseñar y a los cuales mandar con la misión sobrenatural de difundir su palabra, una vez consumado su sacrificio en la cruz. Cristo fue, pues, a la vez, sobrenatural y plenamente humano; amó a Dios padre, a quien, desde la cruz, clamaba en su agonía. La iglesia proclama estas verdades reveladas, tan difíciles de aceptar racionalmente; a ella perteneció nuestro poeta, y no solo como un fiel cabal y honesto, convencido de la verdad de sus dogmas y principios, sino como su representante ante la comunidad, por su condición sacerdotal. Hemos manifestado ya de qué manera se imbrican en su existencia la intuición poética, la creatividad estética con su vocación sacerdotal y su adhesión a la Iglesia. Poesía y fe son dos vertientes de una sola vida que se manifiestan, ambas, en sus poemas. Nos proponemos ahora buscar y encontrar en ellos su contenido netamente religioso, a la par de su valor poético que, *todo hay que decirlo, no siempre concurren al unísono.*

Termino la introducción a este nuevo capítulo, recordando que la fe no es una decisión que se hizo una vez y domina desde entonces la vida, de modo irrevocable. Es, al contrario, una incesante lucha, una decisión siempre insuficiente; apertura sin fin del espíritu, búsqueda de su objeto –Dios– en cada acto; exige la existencia de entrega y perfección difíciles de lograr, incluso para el más santo de los creyentes. Esa lucha entre el ansia de creer y las certidumbres humanas –la evidencia del mal, presente en el corazón del hombre y tan difícil de vencer; la del pecado, la de la

injusticia; la de los propios defectos personales que el cumplimiento de la vieja máxima griega “conócete a ti mismo” muestra en cuanto intentamos este difícil ejercicio, se manifiestan en alguno de los poemas que añoran no disponer del descanso de la certeza absoluta, pero que, a la búsqueda de su ‘objeto’ se sostienen en la imploración a la gracia, don sobrenatural, parte sustancial de la vida sacerdotal y de la existencia de cada creyente.

He aquí una bella muestra del dolor de creer y de la inmensa inquietud que, desde el comienzo de su vocación, ha perseguido el alma del entonces aún joven poeta:

LA CITA

*Quando me vino a despertar la aurora, / mi corazón, cantando,
ya esperaba / - mientras dormía el mundo - / esta cita, contigo,
esta mañana. // Aquí mi corazón que ayer -¿recuerdas?- / en
la lucha sangraba; / el dolor de mi vida adolescente / y mi
ilusión intacta. // Tú sabes bien con cuánta sangre se hizo /
esta flor blanca / en que palpita ardiente / toda mi juventud
enamorada. // Y me dijiste: -¿Sabes / con cuánta sangre se hizo
esta hostia blanca / en que me entrego a ti, con una entrega /
eterna, sin ayer y sin mañana? // Y, en el silencio puro de la
aurora, / hablamos en voz baja / de esas cosas secretas que no
sabe / decir el alma.*

¿Por qué considerar este poema auténticamente religioso? En él no se nombra a Dios. Desde el título, se muestra al lector como la narración de un encuentro previamente concertado. ¿Es un encuentro amoroso? Sin duda, lo es. El previo acuerdo, el Tú al que se dirige, la intimidad que ‘narra’ todo nos habla de una entrega posible y anhelada. Pero en el poema no se habla de la divinidad, de sus atributos, ni de devociones particulares, ni del conocido amor del poeta a la Virgen María; se sabe que la advocación de la Virgen de Fátima fue su preferida: así llamó al colegio fundado por él y las hermanas, en Ibarra. En “La cita”, el poeta habla a un Tú que no es él mismo desdoblado, como tantas veces sucede en un diálogo de nosotros con nosotros mismos; tampoco es un ‘tú’ familiar ni de alguien conocido, terrestre; es un Tú que conoce, más que el mismo sacerdote, de sus luchas íntimas, de las negaciones que ha tenido que vivir, ya desde adolescente, para acertar en su vocación: es un Tú omnisciente: *Aquí mi corazón que*

ayer -¿recuerdas?- / en la lucha sangraba...

Estos versos evidencian de qué modo la decisión por la entrega sacerdotal no fue fácil para el muchachito joven que, a instancias de su religiosa familia, fue a parar en Roma. En el 'hoy' en que escribe este poema, habiendo superado ya las luchas iniciales, se dirige en total confianza a ese Tú superior, que lo sabe todo: le cuenta de qué forma su corazón lo espera, 'cantando' desde la primera luz auroral en la ventana; luego de haber hablado en pasado, muestra una certeza actual, madura, resultado de luchas y de entrega, como si la oscilación pendular de la fe le hubiese permitido en su madurez física y espiritual, descansar en la certeza de la posesión de lo amado. Recuerda, el poeta, en esta bella y breve síntesis, al antiguo diálogo que él mismo entablaba, cuando joven, con el difícil Tú: la metáfora 'flor blanca' se refiere, quizás, a su juventud pura, ilusionada, ansiosa de amor y, a la vez, melancólica por todo cuando no pudo ser, a su juventud entregada; o a la vocación hoy ya madura, como una honda, perfecta flor. Es posible también que "la cita" sea aquella que lo lleva a la comunión cotidiana, al pan que él espera y que lo espera, pan, no lleno de Dios, sino Dios mismo. Ya lo dicen los versos: *Sabes / con cuánta sangre se hizo esta hostia blanca / en que me entrego a ti, con una entrega / eterna, sin ayer y sin mañana*. Curiosamente, al hablar de 'hostia blanca' se refiere, sin duda, a las especies en que Dios ha querido encerrarse pero, además, esa hostia, consagrada por él, como sacerdote, es testimonio de su entrega constante, 'sin ayer y sin mañana'. Estas son las razones, mal trabadas por nosotros, pero evidentes, por las cuales este poema es de honda raigambre religiosa.

Pero sigamos, adentrémonos en este ámbito que resume la vida entera de nuestro biografiado. Nos referimos ya a la convicción del filósofo Martin Heidegger, respecto del *carácter fundante* de la poesía, certeza que compartimos con él. No sin cierto atrevimiento, este concepto puede aplicarse, aunque sin la plenitud de significado que Heidegger atribuye a la labor poética de poetas inmensos como Hölderlin, de enorme virtualidad, a algunos de los nobles poemas de Suárez Veintimilla, aquellos cuyos temas son atinentes a su fe católica, al amor a Dios, a la Virgen, a la esperanza en la vida eterna que, en su doble vocación de sacerdote-poeta, escribe. Se aplicaría, entonces, *no tanto a sus logros estéticos reales, sino a la voluntad de Suárez de sostener su fe con su poesía, y, en su fe, fundamentar –no siempre con el vigor esperado– su quehacer poético*. Intenta, así, y lo logra, *fundar* su existencia en los cimientos difíciles, pero no endebles, de una

lucha a favor de la búsqueda del bien, la verdad y la belleza que el Dios en quien cree, derrama. Doble vertiente a la búsqueda de fundamentación, es decir, de 'fundación' en la palabra, de esa gemela, aunque no dual, realidad íntima que, desde todos los puntos de vista, no es una 'obligación' más que se impone a sí mismo el ser humano Suárez Veintimilla, sino una *forma de vida en la que religión y poesía, poesía y religión se requieren, se apoyan, se nutren mutuamente.*

Ser sacerdote es una elección, como lo es ser poeta. Pero, mientras el don de la poesía radica en la intuición personal, en el temperamento altamente sensible inclinado al arte y que anhela la expresión de los sentimientos que invaden al vate; mientras se expresa en un continuo acto de libertad y el poeta casi naturalmente se predispone a ella y no vive en sí mientras no expresa en versos sus emociones, sus motivaciones, sus sueños, la vocación sacerdotal es una elección difícil, cotidiana, de exigencias que no terminan, y, cuando se vive sincera y profundamente, muy pocas veces tiene las compensaciones humanas que contribuyen a volver gozosa la vida, en medio del trabajo y las exigencias vitales, individuales y sociales. No hay para el sacerdote una familia, un entorno de presencias íntimas, una rutina estimulante en compañía de seres amados propios y en un ambiente personal, social y público, alentador. En el caso que nos ocupa, nuestro *padre Carlitos* contaba, sí, con parientes queridos y amigos sinceros, pero difícilmente su existencia podía entregarse en la amistad clara y en el diálogo diáfano sobre todos los temas: su vocación exigía de él, como exige de todo sacerdote, reserva afectiva, cuidado y prudencia en sus relaciones familiares y sociales.

Cierta trivialidad ambiente, en medio de una ciudad cordial, en la cual la educación y la cultura no han logrado profundizar a fondo ni explotar las condiciones personales de su población, como sucede, desgraciadamente todavía, en las diversas ciudades y provincias de nuestra patria; ciudad en la cual, más que hoy, había entonces una clara división social y económica, lastrada por profunda inequidad, difícilmente el poeta habría podido encontrar la posibilidad de expansión cultural, intelectual y estética necesarias para vivir a fondo su doble vocación, sobre todo, la que le llamaba a expresarse y comunicar sus sentimientos mediante la palabra poética. Esto explicaría también su amor por el silencio, por la soledad; sus paseos al campo, sus poemas ¡tan bellos!, sobre el maravilloso paisaje imbabureño, cuyas lagunas, tierras, árboles, montañas, páramos, todo le pertenece doblemente, por su

existencia ‘en sí’, ofrecida a los ojos de todos, y por el ‘llamado’ poético que ejercen sobre la sensibilidad alerta, sobre el alma de nuestro autor. En tanto forma de vida, implica la renuncia sincera y profunda a cuanto se relaciona con la expresión afectiva y sexual –cuya enorme fuerza, en continua represión, alimenta, ciertamente, la poesía, pero también desgasta, duele-; en cierto sentido, en la vida personal de un sacerdote, a la manera de la que llevaba Suárez Veintimilla, la sociedad pequeña, pacata, insinuante en muchos ámbitos, a la vez que generosa en todo sentido con su *padre Carlitos*, es una ‘tentación’ continua, en cuanto es una llamada hacia la frivolidad, el exceso, la búsqueda de placeres que no sean ‘prohibidos’, pero que desgastan e insinúan y dirigen a otros, proscritos para siempre por el sacerdocio católico, pero también contribuye, opuestamente, a la contención. Allí donde todos nos conocen, donde todos nos miran bajo la misma luz, es más difícil revertir las reglas.

No es el momento de discutir ni de poner en tela de juicio las exigencias a que se ve sometida cotidianamente la persona que quiere vivir esa vocación, las ‘tentaciones’ que tiene que vencer, aunque no podemos dejar de admitir que, cuando existe una profunda sinceridad en la vida y en los actos, cuando la formación teológica, bíblica, eclesial, en una palabra, la formación sacerdotal es exigente y continua, y se cuenta con la ‘gracia’ de Dios y con amistades de vida entregada también voluntariamente, la santidad -que a eso tiende el auténtico sacerdote- es posible; la renuncia cotidiana a los estímulos, insinuaciones y requerimientos de la sociedad en que vivimos, y la que le tocó vivir a Suárez Veintimilla es lucha por la santidad auténtica, y debió exigirle decisiones cotidianas a menudo heroicas.

Si hoy mismo es tan difícil encontrar entre los nuestros, ámbitos que tomen *en serio* la poesía, que la cultiven en la lectura y la crítica sagaces, que la propaguen en la escolaridad, cuando es tan necesaria para cultivar sensibilidades jóvenes y lúcidas y ocuparlas en lo esencial, Suárez Veintimilla debió sentirse solo en un quehacer al que entregó la vida, quehacer entrecruzado con su búsqueda religiosa. De sus amistades, hemos destacado aquella, a la que dedicamos ya alguna noticia, que mantuvo con los hermanos mexicanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, ambos sacerdotes como él mismo, con quienes convivió en Roma hasta fundamentar una amistad que solo la temprana muerte de los dos rompería, y ni aun ella. Los citados sacerdotes fundaron la revista *Ábside*, en la cual Suárez Veintimilla colaboró con algunos de sus poemas:

*Ese mismo año de 1943 en la prestigiosa revista mejicana de cultura **Ábside**, [...] su director, Gabriel Méndez Plancarte, escribió un breve enfoque sobre la valía de la labor literaria de Carlos Suárez Veintimilla: “Ábside se ufana en presentar a ese gran poeta inédito, y enteramente desconocido no solo en Méjico, sino en su propia patria, el Ecuador... libérrimo y audaz, pero nutrido con médula de león –la Biblia, Dante, Claudel-... será, ya lo es, uno de los más altos valores del movimiento renovador de la poesía cristiana en Hispanoamérica”.*

En el ya largamente comentado discurso de ingreso a la Academia de la Lengua [1981], Suárez Veintimilla manifestará, no a la manera de una disculpa humillada, sino como una duda sustancial, aquella que invade la mente y el corazón de todo ser humano que conoce sus límites, los límites de su creación, y que, en su imperfección, anhela ir más allá. Son conmovedoras las siguientes ‘preguntas’ vitales que se hace el poeta en dicho discurso:

La poesía como respuesta al yo profundo del hombre que anhela una purificación que elimine todo lo que hay en él de impuro y de oscuro, y se sienta impulsado a buscar, a tentar la perfección.

La vocación sacerdotal es un llamado hacia la santidad. La santidad ha de ‘eliminar’ cuanto existe de impuro en el cuerpo y el alma del ser humano fiel que la busca. En nuestro sacerdote, poesía y vocación sacerdotal quieren ser, por momentos, una sola, íntima realidad, a tal punto, que el poeta ‘confunde’ voluntariamente, la lucha por la poesía con la lucha por el logro de una vida perfecta. ¿O forman, en realidad, vida perfecta, de cara a Dios, re-ligada y poesía, una sola entidad?

Hay quienes la buscan en la vida misma, a través del sacrificio que va eliminando todas las miserias hasta llegar a los ojos limpios que puedan ver a Dios, por los caminos -jalonados por dones maravillosos- de la mística.

El poeta parece ser consciente de que ni en su vida ni en su poesía ha vivido este don maravilloso de experiencia mística, ese arrobamiento o éxtasis que es concedido a pocos y que no debe de haber estado reñido con el sentido práctico, el sentido común al que la mística santa Teresa la grande,

llamaba ‘el menos común de los sentidos’. Sabe que la experiencia mística se logra ‘eliminando todas las miserias’ y, al mismo tiempo, conoce, como lo confiesa, lo difícil, lo lento de esta supresión.

Al poeta, como poeta, le ha dado, el que es la Palabra verdadera y eterna, esa misión de purificación tan solo en la palabra.

Una vez más, el poeta muestra cómo, para él, vocación hacia Dios y vocación por la poesía –la palabra- forman un todo. Hay poemas en que manifiesta sus dudas, se duele de ellas, y espera; porque hay una realidad de la que no ha dudado nunca: la de que su mejor poesía ha de alimentarse con su amor a Dios, y viceversa. Este principio justifica, a mi entender, de manera plena, que aun en sus versos más ‘terrenos’ él manifieste a Dios en su palabra. Sigamos sus conceptos:

Él tiene que iluminar, sin duda, con la palabra todo ese mundo de cosas que hay en el corazón humano –aceptando la palabra “corazón” en el sentido bíblico del yo profundo en el que están el pensamiento, la fantasía, el deseo, el dolor, la alegría, el amor, la vida. Pero la poesía no está en ninguno de esos elementos, porque pueden ser expresados por la prosa, en cuanto a su verdad objetiva. Si se cree que la poesía puede estar tan solo en esos elementos, nos encontraríamos [sic] con la ‘poesía-razón’, que no es la poesía. Pueden existir poemas que contienen grandes valores referidos a todos aquellos elementos antes mencionados, pero que no tienen poesía. [El subrayado es nuestro] Ella necesita otro elemento sin el cual no puede existir, y que la hermana con la más inmaterial de las artes: la música. Música de la rima, sí, pero sobre todo del ritmo, marcado, o sutil, como aquel del que hablaba Claudel, el secreto ritmo, amplio y sutil, de la respiración humana. La “poesía-música”. Pero la sola música no es la poesía. Pueden existir poemas armoniosos, musicales, que no son poesía. La poesía aparece como algo especial, distinto, que, de pronto, nos hace sentir como la llamada de un mundo diferente, más hondo y más puro que el mundo normal en el que nos movemos. Y por lo mismo puede no estar en toda una obra completa. Puede ser un poema, o una estrofa, o un verso. Cuando leemos o escuchamos un poema podemos sentir que hay una estrofa, o un verso que nos toca íntimamente, y sentimos, eso es poesía.⁴⁵

45 Morales A. pp. 184-185

Es un religioso: un hombre que dedicó su vida a cumplir el llamado de su vocación, aunque gran parte de su poesía es profana, en el mejor sentido: ama el paisaje, la luz, los motivos cotidianos. En su caso de sacerdote-poeta, calificado como uno de los poetas religiosos importantes de su patria, su vocación o 'llamado' poético se articula, o pretende articularse, dentro de lo 'sagrado', constituido, precisamente, por el ámbito de la religión al cual el poeta ha *entregado* voluntariamente el sentido de su existencia, ya que la vocación religiosa que él ostenta y a la cual intenta responder, asumiendo los límites humanos que esta exigencia comporta, es una suerte de cotidiana entrega que trasciende incesantemente lo profano, a la búsqueda de Dios.

Pero al acercarnos a la poesía del *padre Carlitos*, apenas si encontramos en ella, de modo manifiesto, la 'tortura' sufrida por tantos poetas y exaltada por otros tantos, a la búsqueda de comunicación que exprese la singularidad de sus sentimientos, de su mirada sobre sí mismo, sobre el mundo que le rodea, sobre Dios. Su poesía brota o parece brotar *sencilla, naturalmente*: así lo manifiesta el crítico Miguel Sánchez Astudillo, querido amigo de Suárez Veintimilla, quien, además, se declara a favor del carácter *sagrado* de lo poético, como lo hace Paz en alusión a Rimbaud, en textos ya citados en el capítulo titulado "La poesía, palabra que educa".

Repito algunos períodos de la reflexión de Octavio Paz, para meditar sobre este concepto que, a mi ver, se relaciona en este caso, además, con una sacralidad que trasciende lo poético hacia la búsqueda de lo divino... [el poeta] *mediante la expresión de su experiencia, procura hacer sagrado al mundo; con la palabra consagra la experiencia de los hombres y las relaciones entre el hombre y el mundo, entre el hombre y la mujer, entre el hombre y su propia conciencia*. Mientras Paz habla del ámbito sagrado que se instituye con cada auténtico poema, más allá o más acá de toda posible religión, ámbito que *crea* el poema, el crítico Sánchez Astudillo, cuya experiencia sacerdotal y misionera es común con la vivida por el imbabureño, relaciona lo sagrado con la presencia de Dios en la oración y la actitud cotidianas que comparte con su amigo:

*Es un poeta natural ante todo; es simplemente un sacerdote que canta y en eso reside el valor y el carácter de su poesía: poesía altísima y **sagrada**, sin artificios, sin poses. [...] Los motivos sencillos, las emociones elementales le encantan, sin adivinar que por sencillos y elementales se hacen con frecuencia inasequibles. El candor, en*

efecto, hace de él un gran poeta. Nunca sigue otro camino que el del candor. Pero éste le lleva a las más tremendas simas igual que a las cumbres más puras. [Los subrayados son nuestros].

Entendemos que la ‘inasequibilidad’ de los elementos sencillos y cotidianos que Suárez Veintimilla canta en sus poemas, a que se refiere el crítico, nada tiene que ver con la relación realidad-poesía en Suárez Veintimilla: no le son a este poeta, a pesar del *candor* que exalta singularmente el sacerdote Miguel Sánchez Astudillo, inasequibles ni extraños los *motivos* de la realidad, ni la *lengua* en que expresar sus sentimientos ante aquellos. Son *inasequibles* en cambio, el *ser mismo* de *todo lo que es* y la *palabra poética para traducirlo*, la que necesita de ejercicio continuo, aunado a una voluntad significativa tanto más fuerte cuando más profunda es la creatividad nutrida de honda voluntad de expresión. Por esto se admira Sánchez Astudillo ante la sencillez y naturalidad (a nuestro ver, solo aparentes) con que el poeta ingresa ‘en las más tremendas simas’.

No concordamos con él, si por ‘sima’ entendemos las grandes y atormentadoras realidades de la existencia, el dolor, el sufrimiento, la injusticia, la muerte, abismos que son tratados en la poesía que nos ocupa, más como circunstancias sociales dolorosas, aunque inevitables, que como el íntimo secreto, el más hondo enigma de la misma condición humana. En cuanto a la muerte, hieren a nuestro poeta de modo particular, y lo expresa en versos, la prematura partida de sus amigos, los sacerdotes mexicanos Méndez Plancarte; la muerte de sus padres, la de su querido amigo Sánchez Astudillo; la fe, sin duda, le permite asimilarlas y aceptar sin tormento aparente, su misterio. No hay angustia en su personalidad ni en su quehacer poético, me atrevería a decir que no hay simas, sino cimas, valga la aparente redundancia, pues se respira en sus piezas poéticas el hálito de ‘las cumbres más puras’.

A nuestro entender, el juicio de Miguel Sánchez A. se ha emitido a partir de cierta exaltación emocionada, difícil de aceptar como *principio crítico* que permita acceder al sentido poético de la vida y los textos de Suárez Veintimilla.

La *ingenuidad* del poeta, tan grata a sus lectores, no me parece tal; la interpreto, más bien, como el atributo de una poesía que surge a la manera de un ‘manantial sereno’, como aquel del que hablaba Antonio Machado:

*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina / pero mi verso brota
de manantial sereno; / y, más que un hombre al uso que sabe su
doctrina, / soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

En el caso de Suárez Veintimilla los ‘motivos’ de ese manantial no son, en ningún caso, políticos, mientras muchos de los propósitos y los sueños de Antonio Machado sí lo fueron, y lo demuestra su alusión, en el poema, al jacobinismo, grupo revolucionario francés de espíritu *rebelde*, opuesto a la antigua monarquía; los jacobinos, durante la revolución de 1789, pedían la instauración de la república y aspiraban a que la educación de la ciudadanía estuviera en manos del partido; abrieron sus filas, no solo a los intelectuales burgueses que lo constituyeron en principio, sino a las clases populares, cuya educación es fundamento de su ideología. Antonio Machado, que se vio obligado a huir de su amada España con el triunfo de Franco luego de la terrible Guerra Civil (1936-1939) (para morir dos o tres semanas después de haber llegado en lenta caravana, junto a su madre enferma, a la ciudad de Collioure), era claramente republicano y confiesa en su poema su adhesión a las convicciones políticas de los jacobinos, ya citadas.

En esta ‘confesión’ poético-política, Machado revela su aprecio por la democracia, su fe en el pueblo, a la vez que su deseo de obtener el bienestar de todos, sin acudir a extremos de luchas declaradas, enemistades ni épocas de ‘terror’ como ocurrió en Francia, en años de la revolución citada, hasta 1794.

En cuanto a nuestro poeta imbabureño, cuya vocación sacerdotal lo aleja de la política, es clara su posición indignada sobre las desigualdades que sufre la sociedad ecuatoriana, su sentimiento apenado y quizá rebelde ante la injusticia que tolera, como si fuera ‘natural’ la pobreza y la miseria de tantos de sus coterráneos.

Las palabras de la estrofa machadiana traída en referencia a la serenidad de la actitud de nuestro poeta imbabureño, no se refieren, al hablar Antonio Machado de sí mismo, a *candor* ni a *ingenuidad*, sino a una condición más asequible y explicable, más evidente a los ojos de todos: la hermosa cualidad de la *bondad*. Personalmente estimo que, tanto la personalidad como los textos de Suárez Veintimilla responden también *a la bondad*, cualidad que el poeta español supo descubrir natural y llanamente en sí mismo, y manifestarla con iluminada sencillez.

Creo que la bondad de su temperamento fue también el origen, o el apoyo más fuerte a favor de la vocación sacerdotal del joven ecuatoriano que, con la experiencia vital de una adolescencia en ciernes, viaja a Roma a hacer los estudios que el sacerdocio requería. Su decisión de seguir el camino sacerdotal estuvo, sin duda, poderosamente influida por la voluntad de su católica familia y, más tarde, por maestros y compañeros que con él bregaron a favor de una vida de entrega en el sacerdocio. En esta decisión fundamental deben de haber contado de modo singular los deseos familiares y las experiencias vividas entre maestros y alumnos en los colegios romanos que frecuentó.

La lectura frecuente, el diálogo con maestros y compañeros dentro de la tónica de devoción ferviente y búsqueda sobrenatural, en pos de la afirmación vocacional; la observación de calles y monumentos romanos, la apertura hacia otros mundos, la amistad y la comunicación que ella permitió potenciaron en él su ya evidente sensibilidad al arte, a la belleza, a la comunicación con los demás y, simultáneamente, a la eclosión de una intensa vida interior. Como poeta, tiene la mirada abierta hacia toda realidad, y es un hombre sin oscuridades ni pesimismo; su fe, en cierto sentido, es alegre y vital, aunque le será fundamental, como a todo ser humano de pensamiento y apertura hacia la vida, la contemplación de la muerte como esa ‘posibilidad permanente’ de que hablaba Heidegger, posibilidad que, vista a la luz de la fe, es apertura a una nueva, infinita esperanza, la de la unión con Dios en la vida eterna. Si la existencia terrena nos permite elegir, cada elección, ya lo sabía Sartre, limita simultáneamente infinitas posibilidades de otros sueños; es apertura, pero también limitación e ‘imposibilidad de otras posibilidades’. Como dijimos en la primera parte de este trabajo, ante esta realidad de un pasar permanente, la única posibilidad segura es la de la muerte, pero la vocación sobrenatural que ‘se proyecta hacia el propio anonadamiento’, si lo hace consciente y verdaderamente en cada paso de la historia personal, sugiere una continuidad histórica, a la vez que una continuidad ‘sobrenatural’ en el contexto de la fe a la que el poeta se ha entregado.

He encontrado un importante texto del eminente jesuita Aurelio Espinosa Pólit sobre el tema que nos ocupa en este capítulo, la poesía religiosa de Suárez Veintimilla. Comparto algunos de sus conceptos y los traslado en parte, sin eximirme de realizar, cuando lo estime necesario, comentarios

que ayuden al lector a interpretar y valorar palabras surgidas de la honda experiencia espiritual del citado sacerdote y crítico e, incluso, a disentir de ellas. En principio, Espinosa Pólit afirma:

El poeta religioso comparte con los demás el doble privilegio que es llave al reino de la poesía: el privilegio de la percepción con que levanta el velo puesto sobre la belleza de las cosas, y el privilegio de la expresión con que exterioriza en forma espontánea y bella lo que para el común de los hombres es mudo encogimiento de emoción sin palabra. Pero sobre los demás poetas tiene, en el primero de estos dos privilegios fundamentales, una particular prerrogativa; y es que las cosas bellas, de las que le es dado levantar el velo encubridor, son bellezas, no de la tierra, sino del cielo; excelencias, no de los cuerpos, sino de las almas; misterios, no de la naturaleza, sino de Dios.

Que el querido y admirable maestro perdone mi osadía en tema tan arduo: convengo con él en que todo auténtico poeta tiene la virtud de percibir la belleza oculta de las cosas y la de exteriorizarla en una forma ineludiblemente bella. Esa forma, sin embargo, no brota espontánea y libre: es producto de arduo empeño, de trabajo, de lecturas; de un conocimiento y reconocimiento de la propia sensibilidad y de la búsqueda de aquella forma que revelará mejor, en palabras siempre carentes, la impresión de la belleza de lo existente y aún más, la impresión que la belleza o fealdad de lo existente deja en el poeta y le impulsa u obliga a decir.

Este proceso vital de búsqueda y ansia de unión –en el que el hombre, criatura de Dios, muestra aspiración sin límites a la cercanía, hambre de Dios– nos da a entender que cualquier contexto es bueno para cultivar la amistad con Dios, Creador y Padre. Esa cercanía se muestra y se demuestra en la oración, en el abrazo con la cruz de Cristo y en la vivencia de la radicalidad del mensaje evangélico. Pero el hombre es un ser siempre en camino, un peregrino hacia la unidad plena e indisoluble en el Amor. En esta vida nunca alcanzará la plenitud o perfección absoluta; sin embargo, caminará tras ella sin desmayo.

Pero si toda auténtica poesía conmueve nuestra fibra estética, no todos los temas que a los poetas exigen su expresión son temas hermosos. La sensibilidad poética los dota, en la palabra, de ese vigor íntimo que aúna, como

lo querían los griegos, verdad, bondad y belleza; pero la verdad humana es siempre carencia, limitación, pena, culpa. Y es más: si Espinosa Pólit afirma que *las cosas bellas, de las que le es dado* [al poeta religioso] *levantar el velo encubridor; son bellezas, no de la tierra, sino del cielo; excelencias, no de los cuerpos, sino de las almas; misterios, no de la naturaleza, sino de Dios*, compromete al poeta religioso en una experiencia imposible e innarrable, pues su condición terrestre le imposibilita el ‘narrar’ poéticamente bellezas del cielo, excelencias de las almas, misterios de Dios. Todo esto, que el poeta religioso busca sin tregua, es exigencia vital, pero está, más que explícito, implícito en su quehacer. Tanto, que podemos afirmar que la búsqueda de lo divino es opuesta a su exhibición. Se encuentra en el secreto del alma y se expresa más bien en aquello que lo silencia, que en versos o estrofas explícitamente pías...

Juan Manuel Martínez Fernández en su tesis doctoral titulada “Tres caminos y nueve voces en la poesía hispanoamericana contemporánea”, manifiesta:

Lo constitutivo de la religiosidad no lo son los signos externos, aunque estos formen parte de ella. La esencia de la religión es conocimiento y reconocimiento, intelectual y volitivo de la existencia de un Ser sobrenatural (...) Por tanto no es preciso que el poeta recurra expresamente a Dios o a elementos de la religión objetiva para que su obra sea religiosa. Hay situaciones sociales y espirituales que provocan verdaderos poemas religiosos...

Un lugar común de los estudiosos de la poesía religiosa es el distinguir entre la poesía formal religiosa (de palabras, temas religiosos expresos, muchas veces denominada piadosa, y de poca calidad poética) y la esencial religiosa (en la que muchas veces se dan manifestaciones blasfemas, ateas o heterodoxas, y que a veces tienen gran calidad lírica). De ahí que digamos que no es preciso que el poeta recurra expresamente a Dios o a elementos de la religión objetiva para considerar su obra religiosa. Y ello no porque se queden "fuera del saco" autores importantes, sino porque responde genuinamente a la naturaleza del fenómeno religioso en la poesía.

Carlos González Salas, al referirse a lo religioso en poesía manifiesta que se encuentra con uno de los problemas que serán constantes en todos los antologadores: la relación de lo poético con lo religioso. Esto se

debe, como señalamos anteriormente, a que hay poemas piadosos con poca categoría estética que, aunque pudieran entrar en las antologías si miramos al contenido, no deberían hacerlo -según los criterios de los antologadores- por no superar las connotaciones de calidad que al término "poesía" se le suponen. Y es que el término poesía, verdadera poesía, es mucho más difícil de definir que el término religioso. Es evidente que no el hecho de que un poema invoque, nombre, implore, ensalce o impreque a Dios hará incluirlo bajo la denominación de "poesía religiosa". Suele acontecer que carezca de valor estético o de auténtico valor religioso.

Y González Salas pasa a decirnos lo que él entiende como religioso: "cuando el poeta hace de la muerte carne de su vida y vive y escribe bajo el misterio del más allá, inquieto por escudriñarlo, y acude una y otra vez a las religiones y a la fe para aclararlo, esa actitud continuamente interrogante, continuamente inquieta y preñada de lo trascendente, debe situarse como impulso religioso"; "otro tanto aseveramos de aquella constante fluctuación de algunos poetas entre la duda y la fe, entre la inseguridad y el anhelo de firmeza"

Cabe también distinguir lo piadoso de lo religioso. Un sin número de versos, preñados de invocaciones, nos pueden dejar fríos e insensibles. *Los que no sólo nos hablan, sino nos impulsan y acercan a Él, los que nos incitan a reconocerlos aun caídos en las sombras y el fango del pecado como los que celebran los esplendores de la posesión divina de la Gracia y la comunicación estrecha del matrimonio espiritual y los que hacen temblar de Su nostalgia, siempre que nos conduzcan por caminos estéticos, serán versos religiosos. Lejos la hinchazón, lo retórico, lo postizo; todo auténtico, nítido y sincero. Bajo la pureza inefable del don estético. Tal será lo genuinamente religioso". [tales conceptos] le sirven al antologador para desechar tajantemente, un tipo de poesía religiosa "tierna y pía, de triviales sentimientos, donde nada se destaca del original, nada rompe la línea de lo ordinario ni bullen emociones sinceras ni palpitan imágenes y expresiones renovadoras ni se usan formas novedosas manejadas con destreza; esa poesía no será considerada. Y las razones están suficientemente aclaradas".⁴⁶*

⁴⁶ Juan Manuel Martínez Fernández, *Tres caminos y nueve voces en la poesía hispanoamericana contemporánea*. Tesis doctoral]. http://media.cervantesvirtual.com/s3/BVMC_OBRAS/ff1/fb1/2e8/2b1/11d/fac/c70/021/85c/e60/64/mimes/ff1fb12e-82b1-

Hemos trasladado estas palabras porque traducen absolutamente nuestros propios conceptos respecto de la poesía religiosa, y nos ayudan a concretarlos y concentrarlos aquí. La esencia de la religión es el *reconocimiento de la existencia de un ser sobrenatural*; no son, por tanto, los elementos de una religión objetiva los que dan a la poesía su tónica religiosa, sino la presencia o la nostalgia de un ser distinto, superior, íntimo y lejano, a cuya presencia se aspira aun desde la duda, el pecado, la soledad, la incerteza. La poesía *piadosa* no es poesía *religiosa*, en primer lugar, porque, para nosotros, el artificio de una piedad impostada quita poesía a la palabra: los versos a determinadas advocaciones, a ciertos santos, (el poema al Hermano Miguel citado antes), no son auténticamente poéticos. Por esto, algunos de los poemas o himnos escritos por Suárez Veintimilla no satisfacen las condiciones de auténtica poesía religiosa, mientras otros poemas que rezuman nostalgia de Dios, aunque no lo nombren explícitamente y precisamente por esto, sugieren esa presencia sobrenatural que los dota de la tónica vital y poética necesaria para volverlos esencialmente religiosos sin ‘religiosidad’ ni ‘piedad’ palmarias.

POESÍA RELIGIOSA Y POESÍA MÍSTICA

La poesía religiosa—y no digo mística, porque demasiado indignamente se ha abusado de tan sagrado nombre— la poesía religiosa que aquí considero, es la de aquellos que viven en puridad e integridad sus convicciones y sentimientos religiosos, que viven su trato con Dios, que viven su total dependencia de Dios, que viven la íntima presencia e habitación de Dios en sus almas, que, conforme a la gráfica expresión paulina “Invisibilem tamquam videns sustinuit”, tienen ojos para ver al Invisible y corazón para sentirle tan cerca como al amigo más fiel y manual, para hablarle con la certeza viva de que oye, para confiarle penas y anhelos como al propio padre o a la propia madre o al propio hermano.⁴⁷

Es cuestión importante al respecto, la de distinguir entre sí, en cuanto sea posible, la poesía religiosa de la poesía mística. De hecho, la primera

11df-acc7-002185ce6064.pdf

47 Aurelio Espinosa Pólit, ‘Pórtico’. s.f.

lleva el deseo de un ansia de llegar, de comprender, de aquilatar; quiere ser constatación de haber buscado, de haber entregado o querer entregar, más bien, la vida a alguien, a algo superior, imposible de constatar, pero objeto de fe, deseo de entrega que se topa a cada momento con la humana debilidad. En la experiencia mística, sobre la cual “el jesuita Jerónimo Seisdedos, en su obra *Principios fundamentales de la mística*, apuntaba hace un siglo que esta palabra ‘debería aplicarse para designar estrictamente las relaciones sobrenaturales, secretas, por las cuales eleva Dios a la criatura sobre las limitaciones de su naturaleza y la hace conocer un mundo superior, al que es imposible llegar por las fuerzas naturales ni por las ordinarias de la Gracia’, [*Principios fundamentales de la mística: La contemplación mística en general*]

La poesía mística está en un estrado superior. Ahora bien, no debe ser un fenómeno reservado solamente a un reducido núcleo de personas, especialmente dotadas para experiencias extraordinarias. Es, más bien, un don de Dios al hombre, que alcanza diversos grados, debido, entre otras cosas, a la obediencia amorosa y a la receptividad anhelante. Los grandes místicos son personas que han recibido el carisma de vivir la comunión de amor con Dios de forma eminente para poder desvelar –quitar el velo del misterio– y proclamar los secretos de este amor y ayudar y, tal vez, suscitar la experiencia en otras muchas personas. Porque el poeta presta su voz a los demás y, al mismo tiempo, hace suya la de los otros.⁴⁸

Los tratadistas de la vida espiritual subrayan el proceso de búsqueda, de tensión, y hablan de *pasos*, *movimientos* o *momentos sucesivos* y los comparan con el itinerario esforzado de quien *escala* la cumbre de una montaña, o se *consume* en la entrega de sí mismo al servicio de los demás.

En la experiencia mística, Dios actúa por sí, mientras que en la experiencia religiosa ‘común’, el ser humano busca a Dios. Si Dios actúa, la mística provoca y revela una entrega íntegra, corporal y espiritual, con la expresión de arrobamientos y éxtasis, logros genuinos de una altura indecible que, conquistada en la palabra, entrega tan rara como bellamente, versos de innegable y casi *corporal espiritualidad*. Pensemos en la maravilla del Cántico espiritual de San Juan de la Cruz, en Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús...

48 Miguel de Santiago, *Antología de poesía mística*. Verón Editores, Barcelona, 1998

Desde luego, en lo atinente a la poesía de Suárez Veintimilla, podemos hablar de *genuina poesía religiosa, no de poesía mística*. Hombre en equilibrio, ciudadano sin tacha, plenamente identificado con el paisaje, con la naturaleza de generosidad y variedad enormes de la tierra, con los seres humanos humildes, no tiene pretensiones místicas ni en su poesía ni, aparentemente, en su vida. De él nos queda una religiosidad fiel, una búsqueda sencilla y una entrega constante, en los otros, a ese Dios que ve en todos los seres que conoce, a ese Señor en quien cree, en quien anhela creer cada vez con mayor intensidad. No se sabe que en su vida hubiera ninguna de las llamadas en la ascética, “vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva”, ni en su poesía expresa estos ‘caminos’. Ni quietud, ni éxtasis, sino devoción y entrega discretas, humildes. Ciertamente, algunos de sus poemas revelan una *contemplación* estética singular, experiencias de fusión con la hermosura del paisaje, de integración casi corporal, arrobada, contemplativa, con el agua, la montaña, las piedras, el abismo...

Pero nada hay en él ni en su poesía, de pretendidas *inefabilidades, de intuiciones extremas, inestabilidades o pasividad* a las que se refiere la experiencia mística. Anhelaba, sin duda, la perfección, aunque probaba, en su experiencia diaria, las dificultades de alcanzarla. Se sentía llamado, respondía, pero era más y mejor ciudadano en su saludo cordial y abierto, en su sonrisa que lo mostraba siempre disponible para todos, desde su bicicleta humilde, hasta el final.

DE SERENATA A LA VIRGEN

Carlos Suárez Veintimilla publica el ya citado poemario *Serenata a la Virgen*. Pero antes de adentrarnos en sus poemas, quisiéramos exaltar el carácter altamente teológico de las palabras con que se abre el libro, escritas por el jesuita Francisco Miranda Ribadeneira.

Dedica él sus palabras, no ya a exaltar la calidad poética de muchas de las composiciones que figuran en esta ‘serenata’, sino a mostrar de manera serena, firme y segura, las razones teológicas por las cuales, con fe no exenta de la angustia de la duda, nuestro poeta evoca a María, madre de Cristo para los creyentes. Para Miranda Ribadeneira, que entrega en sus

palabras las razones por las cuales Suárez Veintimilla clama la maternal presencia de la Virgen en sus días, Dios buscó en María ‘regazo y cuna de redención’. Ella, sin posibilidad personal de redimirnos, pues fue una más entre el infinito número de mujeres que ha pasado por las diversas edades del hombre como poblador de la tierra, albergó en su vientre el cuerpo y la sangre de Cristo e hizo posible la vida terrena de Jesús, es decir, su gestación ‘divina’, según el dogma católico, el despliegue de la infancia del hijo de Dios, su presencia en la tierra, su palabra, su vida pública, su muerte y la redención durante tantos siglos esperada por los seres humanos, gracias a su humilde aceptación de la elección que Dios se dignó hacer sobre su joven, inexperta, pero sabia persona, en su humildad.

María es ‘medianera e intercesora’ escribe Miranda; para el jesuita, Dios buscó a María, porque ‘todo lo quiso hacer *por medio de los hombres y para los hombres*’ [el subrayado es mío]. En ella

se gestaba la iglesia primitiva, fundada por Cristo sobre Pedro, pero al amparo y al calor de una madre. Por esto, vivir con plenitud y cantar la redención de Cristo y no vivir y cantar la presencia de esta Madre sería algo sin sentido’. “Señalan estos poemas un doble itinerario. El del alma acompañada de María en constante jornada de ascensión hacia el encuentro con Cristo; el del apóstol que rebace ese camino con las almas hasta llevarlas a Cristo”.⁴⁹

Atribuye a estos poemas, en cuanto crítico, el ser *poesía de vida, cotidiana y sencilla, intensa y diáfana, sin alardes de grito, sin actitudes de canto, translúcida como la verdad, vibrante y connatural como la vida misma.*

Termino con palabras del crítico más cercano a la vida y la obra de Suárez Veintimilla. Por sabio, por sacerdote, por hombre bueno; por traductor de los más grandes poetas clásicos, como Virgilio..., el padre Aurelio Espinosa. En papeles sueltos, que apenas son copia de otros papeles, he leído estas palabras cuyo apoyo puede coronar nuestro esfuerzo:

Y cabe una última ascensión. La eminencia que sobre la poesía descriptiva tiene la poesía humana, puede reclamar sobre la poesía humana la poesía divina. Alondras sigue remontándose por el cielo ya explorado en los *Caminos del corazón inquieto*, y remontándose con una seguridad de vuelo

⁴⁹ Carlos Suárez Veintimilla, *Serenata a la Virgen*, Quito, Editorial La Salle, 1963, p. 6

cada vez más admirable -unas veces con limpidez e ingenuidad deslumbradoras, como en aquella perlita única intitulada El cántaro:

*Beber el agua de tus ojos, madre, / de rodillas: / guardar esta
agua azul de tu mirada / que brota dulce y limpia, / en el cántaro
negro de mis ojos / para la sed del día...;*

Y otras veces con una hondura atormentada que estremece, como en este poema extraña que, para quienes tienen el sentido de las cosas divinas, quedará como la concreción más inexplicable del gran misterio del perdón de los pecados por mano del sacerdote:

EL ROSTRO

*Un hilo tenue de sangre / va cayendo / del Rostro / escupido y
sangriento. // Baja desde mis manos / goteando quedo / hasta
los corazones / abiertos. // ¡Gotas de sangre cálida / que van ca-
yendo / dentro de un doloroso / y hondo misterio! // Mis manos
ciegas reparten / -¡perdón, reproche, secreto?- / [a] tus miradas
ocultas / bajo los párpados trémulos. // El gran dolor -como un
pañó / sediento- / limpia el Rostro de salivas / en amoroso silen-
cio. // Y llena el confesonario / de un insondable misterio / el
dulce Rostro escupido / y sangriento.*

BIBLIOGRAFÍA SOMERA

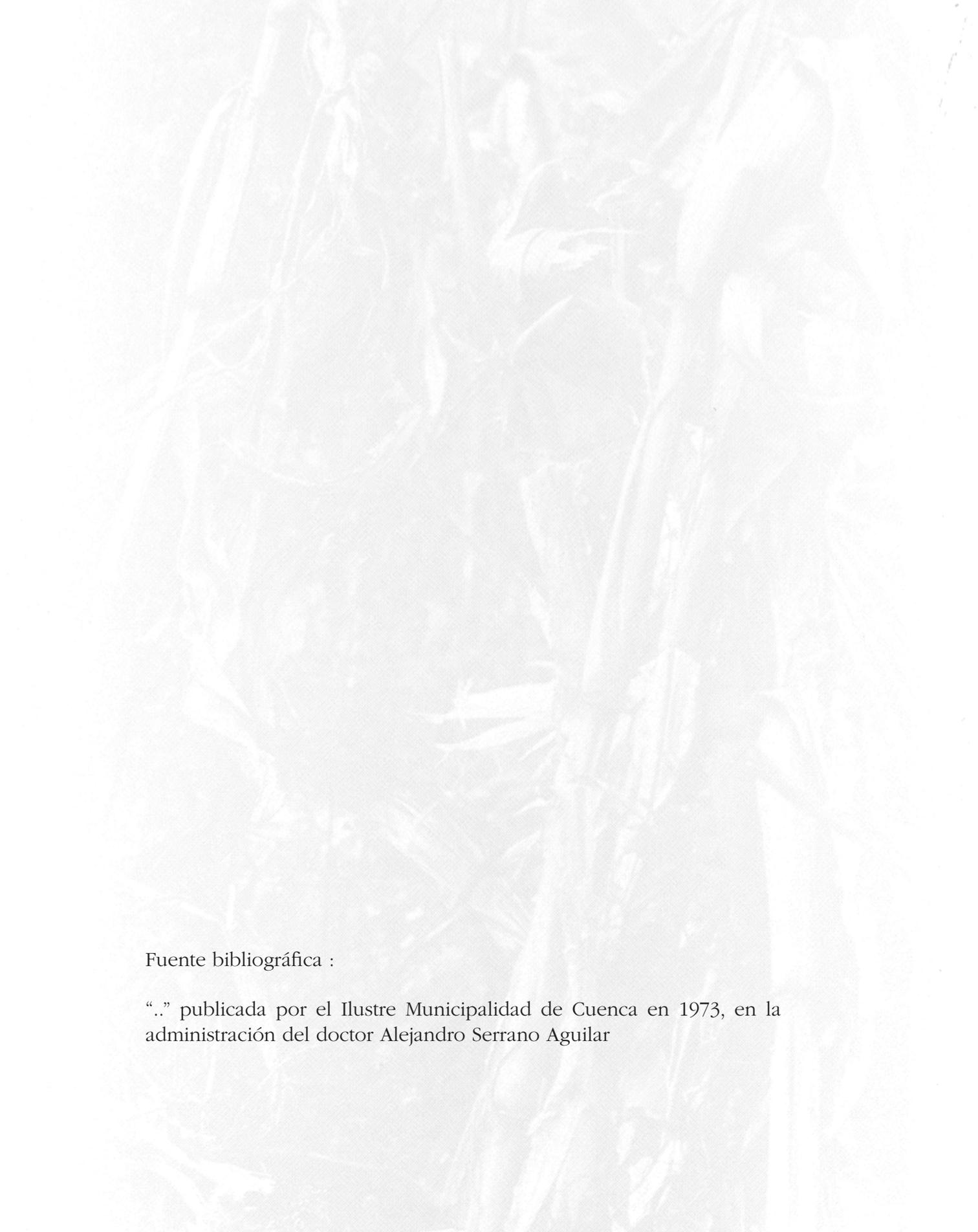
- Alonso, Dámaso, *Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 1966.
- Ayala Mora, Enrique, “Carlos Suárez Veintimilla en su centenario”, *Imbabura, Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Pasos y huellas de cuatro ejemplares poetas en sus centenarios*. Edición “Extraordinaria XVIII” septiembre 2011.
- “Bajo la mano de Dios”, <http://www.fluvium.org/textos/lectura/lectura8.htm>
- Bousoño, Carlos, *Teoría de la expresión poética (vol. I)*, Madrid, Gredos, 1976.
- Cordero de Espinosa, Susana, “El poder de la palabra poética: Jorge Carrera Andrade, académico de vanguardia”. Discurso pronunciado en su incorporación como Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Quito, 10 de septiembre 2001. Revista *Memorias*, Academia Ecuatoriana de la Lengua, números 64-65 volumen 1.
- De Santiago, Miguel *Antología de poesía mística*. Verón Editores, Barcelona, 1998.
- Espinosa Pólit, Aurelio, *Boceto crítico*, (sin referencia de edición ni fecha).
- Espinosa Pólit, Aurelio, *Pórtico*, (sin referencia de edición ni fecha).
- Heidegger, Martin, *Arte y poesía*, México, Breviarios Fondo de Cultura Económica, 1978.
- <http://es.wikipedia.org/wiki/Espa%C3%B1a>
- http://es.wikipedia.org/wiki/Literatura_y_posmodernidad
- <http://infovis.lacoctelera.net/post/2006/11/14/6-postmodernidad-y-postmodernismo>

- http://es.wikipedia.org/wiki/Gianni_Vattimo
- Hölderlin y la esencia de la poesía”, por Martin ...www.liceus.com/cgi-bin/ac/pu/Holderlin_y_la_esencia_de_la_poesia... · Archivo PDF
- “Hölderlin y la esencia de la poesía”, por Martin Heidegger M^a Victoria Álvarez Rodríguez, Universidad de Salamanca
- Hölderlin y la esencia de la poesía - Wikipedia, la .es. [wikipedia.org/wiki/Hölderlin_y_la_esencia_de_la_poesía](http://es.wikipedia.org/wiki/Hölderlin_y_la_esencia_de_la_poesía)
- <http://www.filosofia.org/enc/fer/formalis.htm>
- <http://www.revistainterforum.com/espanol/articulos/051202artliter.html>
- <http://www.hoy.com.ec/noticias-ecuador/quien-teme-a-la-teologia-de-la-liberacion-590779.html>
- J. Rivière et P. Claudel: *Correspondance (1907-1914)*. http://es.wikipedia.org/wiki/Paul_Claudel
- Manrique Sabogal, Winston “García Nieto y el misterio poético en seis inéditos”, (Sección ‘Cultura’ de diario *El País*, Madrid, 8-7-2014:).
- Martínez Fernández, Juan Manuel *Tres caminos y nueve voces en la poesía hispanoamericana contemporánea*. Tesis doctoral]. http://media.cervantesvirtual.com/s3/BVMC_OBRAS/ff1/fb1/2e8/2b1/11d/fac/c70/021/85c/e60/64/mimes/ff1fb12e-82b1-11df-acc7-002185ce6064.pdf
- Morales Almeida, Roberto, *Presencia de Carlos Suárez Veintimilla*, Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, núcleo de Imbabura, abril 2003.
- Núñez Garcés, Jaime, *Páginas anteriores*, Quito, Impresión Studio 21, 2011.
- *Pasos y huellas de cuatro ejemplares poetas en sus centenarios*, Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo de Imbabura, Ibarra, Septiembre 2011.
- *Poesía*, [antología de Carlos Suárez Veintimilla] Cuenca, 1973. [Hay que completar la referencia, no tengo conmigo el libro]
- Pavese, Cesare, *El oficio de poeta*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1970.
- Paz, Octavio, *El arco y la lira*, México, 1956.
- Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Colombia, Editorial La Oveja negra, 1985.
- *Revista Fátima*, Colegio Nuestra Señora de Fátima, Ibarra, 1956-2006, Bodas de Oro del Colegio.

- Rivera Rodas, Óscar, *El pensar de la modernidad poética*, México, Gobierno de Jalisco, Secretaria de Cultura, 1ª. Edición, mayo de 1997.
- Rivera Rodas, Óscar, *La modernidad y la retórica del silenciarse*, México, Biblioteca Universidad Veracruzana, 2001.
- Sartre, Jean Paul, Heidegger Martin, *Sobre el humanismo*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1960
- Suárez Veintimilla, Carlos, *Tierra mía, Antología*, Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo de Imbabura, Colección Carangue, Volumen XVI, PRÓLOGO DE Juan Carlos Morales.
- Suárez Veintimilla, Carlos, *Serenata a la Virgen*, Quito, Editorial Lasalle, 1963. (Colección “Cuadernos literarios de pensamiento católico”).



BREVE ANTOLOGÍA



Fuente bibliográfica :

“..” publicada por el Ilustre Municipalidad de Cuenca en 1973, en la administración del doctor Alejandro Serrano Aguilar

COMO ESA HIGUERA

Como esa higuera estéril
me encontraste, Señor. Como esa higuera
donde buscaste refrigerio y sombra
al cruzar aquel día por la senda,
fatigado y hambriento.

Dicen que esa mañana aquella higuera
dejó pasar tu anónimo cansancio...

Y tus palabras de reproche y pena
la secaron, Señor. Y desde entonces,
cuando en el oro de las sementeras
brillaba el sol de otoño
y cantaba en los campos de Judea
la jubilosa paz de la vendimia,

la higuera seca
era un triste esqueleto sarmentoso,
desnudo y solo al borde de la senda,
doblado bajo el peso
de tus palabras tristes y severas.

Así Tú me encontraste,
Señor, como esa higuera:
como la halló tu mano esa mañana
—estéril a tu hambre y tu pobreza—.

No halló tu corazón para tus labios
las palabras severas:
mas tus palabras misericordiosas
—tu regreso a mi ausencia—
despertaron mi vida.

Y sacudió mi ser la savia nueva,
y sentí que brillaba allá en el cielo
—sobre la pequeñez de nuestra tierra—
como una voz de aliento y de esperanza
la luz de las estrellas.

Y, desde entonces, vuelves cada día
a pasar por la senda,
a inyectar en mis fibras
todo el raudal de vida de tus venas,

a hacer brotar sobre los cielos mudos
de mis noches más negras,
como una voz amiga
la luz de tus estrellas.

ENSUEÑO

Ensueño:
alas azules
como los recuerdos,
como las distancias.

Como las cosas que se ven de lejos
sobre los grises límites de afuera
y sobre el plano límite de adentro.

Vaga silueta de las inquietudes,
ensueño,
ilimitado y hondo cual los mares,
abierto y maternal como los cielos.

Ensueño: ojos que miran
hacia horizontes nuevos:

ojos a los que asoma la tortura
del corazón inquieto
que tiene miedo del amor de Cristo
y lo llama gritando sus anhelos.

QUIERO

Señor, quiero pasar por mi camino
humildemente, silenciosamente,
con limpio fulgor
de ingenua sencillez sobre mi frente.

Quiero llevar un límpido venero
de pureza y valor, de luz, de calma,
que brote cada día por tu sangre
en el fondo del alma.

Ya no me quejaré. Cuando me oprima
una escondida, silenciosa pena,
yo pondré por tu amor sobre mis labios
una sonrisa buena.

Quiero cantar un generoso canto,
de sencillas, abiertas alegrías,
en el fulgor de mis mañanas claras
y en las tinieblas de mis noches frías.

Que tu mano de Dios, rota y gloriosa,
de cada nueva herida
vaya haciendo en mi carne un surco nuevo
para la nueva vida.

Que mi cruz y mi lucha
me preparen a la última victoria...
por tu Cruz y tu muerte,
¡por tu Cuerpo, tu Sangre y tu memoria!

PAZ

En este día largo
acá afuera
hay algo de cansancio
y un poco de tristeza.

Una nube de gris monotonía
que va cruzando lenta.
Pero dentro del alma
todo está en paz: una quietud serena
va iluminando los rincones tristes,
donde quedó la huella de mis penas
y de mis inquietudes.
Todo está en paz, y en las enredaderas
de mi patio interior hay este día
una fragancia nueva.

Una alegría íntima,
muy honda, como aquellas
que se sienten mejor en el silencio,
va derramando su bondad sincera
—sincera como el agua de las fuentes—
hasta en el cauce vivo de mis venas.

Todo está en paz. El alma
siente un anhelo inmenso de ser buena,
y en el silencio de mi pobre patio
se van abriendo perspectivas nuevas.

¡Gracias, Señor, porque este día triste
hay en la alegría esta alegría ingenua;
gracias por todo el sol que hay en mi patio,
y por toda esta paz, clara y serena!

ACUARELA

La mañana
tendió a secar su manto de colores
sobre la arena fina de la playa.

En las manos morenas de los mozos
renovaban sus mallas
las viejas redes grandes y olorosas
a pescado y a viento y sol y agua.

El viejo,
de pie sobre la barca,
se extasiaba contemplando esos brazos musculosos
y esas pupilas claras
de niños grandes, tímidos y fuertes.

Delante de la barca
pasó Jesús. Dos hombres le seguían:
al viento la cabeza desgreñada,
brazos desnudos, y en las manos grandes
todo el olor y la fatiga sana
de la pesca nocturna.

Él pronunció tan sólo una palabra.
Y las redes cayeron bruscamente
—como un cuerpo sin alma—
al fondo de la nave.
Y con una tristeza casi humana,
dijo un trémulo adiós a las espumas
la pobre barca.

Y los ojos del viejo Zebedeo
—nublados de nostalgia—
se quedaron clavados largamente,
sujetando dos sombras adoradas
sobre el primer recodo del camino
que se iba, con ellos, de la playa...

VISITA

Entre el gris de los muros
y la azul alegría
de los vidrios absortos,
hoy he hallado una gracia perdida:

aquel corazón de mi infancia
—sin ansias sombrías
ni sueños oscuros:
aquellas ingenuas y claras pupilas—.

Los negros caminos del tiempo,
los montes de ausencia, las filas
de árboles tristes de tanto recuerdo,
se han lavado en las aguas alegres y limpias
de aquel corazón de mi infancia
—lejana o dormida?—

Ayer, en tu muda presencia,
sólo tuve las frías
y monótonas aguas del tedio
—sin luz ni sonrisa—:

hoy por eso te traigo
esta gracia —despierta o venida?
aquel corazón de mi infancia
—dos miradas ingenuas y limpias—
para hacer despertar en tu tienda
tu inmóvil silencio de sombras dormidas.

LÁMPARA

Lámpara humilde, fiel y diminuta,
luz con sangre de aceite y de silencio.

Cuando luces violentas
ungen la voz del órgano
y el opaco latido de las multitudes,
y es la tienda de siempre, alucinante
fantástico palacio de mil almas,
en tu ángulo olvidado
eres un punto mínimo de silencio y de sombra
(sombra. .. pudor de amigo
que te esconde a la hora fulgurante).

Pero cuando la tienda es otra vez el frío
y triste desfilas de mudas sombras,
tu luz —como una herida
abierta en el costado de la noche
y ungida con aceite y con silencio
abre su parpadeo intermitente
—única vida en frente de la vida—:
fidelidad que vuelve, de la mano
del silencio y la sombra.

Lámpara humilde, fiel y diminuta,
luz con sangre de aceite y de silencio;
qué bien te han enseñado
el fiel pudor del corazón amigo!

—pudor que esconde a la hora fulgurante,
y en la tienda de siempre,
frente al cruzar monótono del tiempo,
luz sabrosa de aceite y de silencio,
viva fidelidad que parpadea
junto a la diaria soledad en sombra!—

DESPUES DE LA COMUNIÓN

No me tengas! No quiero. Quiero irme
donde nadie me vea. Nadie.
Nadie. Donde devore solo mi amargura.
Solo. Con soledad. Sin luz ni aire.

Déjame! Lejos. No sé en qué lejanía,
sin voz, sin ojos, con dolor y sangre,
he de comerme mi inquietud yo solo,
sin lástimas de hombres que no saben.

* *

Y me dijiste: ¿y sabes tú qué ansias
tengo que devorar en esta cárcel,
solo —con soledad y lejanía—
sin lástimas de hombres que no saben?

* *

Y ¿qué iba a hacer comiéndome yo solo
mi soledad, bebiéndome mi sangre?
Y me comí en tu Pan la dulce hondura
de tu presencia dentro de mi carne.

Y hemos hecho de nuestras inquietudes
una paz, y de nuestras soledades
una sola presencia, sin palabras
ni lástimas de hombres que no saben.

LLAMA

Tu blanco, oh Cristo!
tu blanca lumbre me quemó la boca,
tu vivo incendio blanco
que abrasa cuanto toca.

No un aterido pan pálido y frío
dentro de un tabernáculo asfixiante:
sangre del Corazón, en olas vivas,
blanca llama quemante.

Tu pan, inerte albura para el triste
que te niega o que duda,
dulce fuego terrible para el alma
que te recibe estremecida y muda.

Tú sabes que en mi ser hay tantas
cosas que esperan aquel fuego
que mata y vivifica
Y comprendes la angustia de mi ruego.

Quema en mi carne con tu fuego blanco
todos los fuegos rojos,
para que tu pureza ardiente y fúlgida
arda y brille en mis ojos.

Y me vaya, Jesús!, por esas sombras
y el frío del camino,
con el incendio oculto y desbordante
de tu Cuerpo divino!

MADRE

Para decirte madre, yo quisiera
la media lengua limpia de mentiras
con la que te llamé por vez primera:

porque en los labios nuevos de la infancia
—y en la boca amargada de pecado—
vierte tu nombre toda su fragancia.

El corazón en cruz, los ojos fijos
bebiendo la agonía de tu Cristo
entre dolores diste a luz tus hijos;

hijos de un infinito desconsuelo
que, al invocarte madre, madre nuestra,
nos sentimos a un tiempo tierra y cielo

Si para no volver, solas, se alejan
nuestras madres, tú doblas tu ternura
sobre el vacío sin confín que dejan...

Madre en la pena, madre en la alegría:
cuando estamos reunidos, madre nuestra,
si nos sentimos solos, madre mía!

CUADERNOS DE AUSENCIA

MI CANTO

Hermana nieve, silenciosa y pura,
son mudos tus fulgores solitarios
si un alma no refleja tu blancura...

hermana nieve de los montes altos,
ven a cantar en el laúd de mi alma
tu inviolada canción!

Me han inquietado, estrella, tus anhelos,
tu silencioso titilar, tu angustia,
en la sombra serena de los cielos ...

hermana estrella de los cielos puros,
ven con tu luz a modular en mi alma,
una clara canción!

Tu casto aroma, diminuto hermano,
cuando embalsama los desiertos valles
se pierde en el silencio de lo arcano...

hermano lirio de los campos buenos,
ven a cantar con tu perfume en mi alma
una leve canción!

Tu' apacible, monótono ruido
se convierte en mi alma en melodía
de un hondo, límpidísimo sentido ...

hermana fuente de la uraña sierra,
ven con tu linfa a modular en mi alma
una dulce canción!

Cuando vuela en los aires tu alegría,
buscas un alma soñadora y sola
para cantar tu libre melodía...

hermana brisa, juguetona e inquieta,

ven a cantar ingenuamente en mi alma
una alegre canción!

En mi canto tu voz, libre y salvaje,
—libre como en tus campos sin confines—
tu voz, temblor y canto del paisaje...

viento, mi hermano indómito y huraño,
ven a llenar la soledad de mi alma
de tu libre canción!

VENTANA AL TIBER

MAÑANA DE INVIERNO

Anoche, junto al río
que en voz baja ofrecía su concierto,
las copas silenciosas de los árboles
temblaban en las manos del invierno.

Amanecer; la calle muda y yerta
el suelo cubierto de hojas rubias,
los árboles mirándose en silencio.

Cuando vuelvan los pájaros
—como ayer, al follaje tibio y denso—,
se quedarán mirando, con asombro,
desde el árbol escueto,
el oro del follaje
olvidado en el suelo.
Y el río, buen amigo de los árboles
que retrata en su espejo,
protestará contra la triste saña
del viento
que ha dejado estas frentes de poetas,
desnudas, en silencio,
sin hojas y sin pájaros,
entre las manos blancas del invierno.

NEVADA

Esta noche los campos han dormido
bajo un manto de paz y de blancura
—un regalo de Dios, entretejido
en el silencio de la noche oscura—.

Todo dormía
mientras caía
muy blanca y leve
la hermana nieve.

La luz vino a jugar esta mañana
en nuestro patio, blanco y silencioso,
con la voz matinal de la campana:
y eran la luz y el son un mismo gozo.

Todo reía
con la alegría
inesperada
de la nevada.

Las plantas del jardín han florecido
copos de nieve, como grandes rosas:
la pureza del cielo ha bendecido
esta paz inocente de las cosas.

La tierra— hoy vida
blanca y dormida—
ha dado a mi alma
su inmensa calma.

Ante el paisaje —de alba luz vestido—
he adorado a mi Dios, tan grande y bueno,
y —al cerrar mi ventana— yo he querido
ser cual la nieve, límpido y sereno.

Pasó la nieve
diáfana y leve
como un pequeño
pálido sueño.

NIEVE

1 -Nieve Alegre

Nieve alegre que cae saltando
sobre el rojo chillón de los techos
y el asfalto luciente
y los árboles secos.

Nieve que borda un gobelino blanco
con mil copos pequeños.

—paracaídas blancos en que el agua
desciende balanceándose en el viento—.

Bolas limpias de nieve:
hoy se visten de blanco hasta los juegos,
nos salpican adentro y afuera
una escondida, silenciosa pena,
de blanco y de contento:
rumorosa alegría que recibe
a la nieve que cae en silencio.

Nieve: alma limpia. Extasis
sobre el mundo sereno.

2 -Nieve triste

Ultimos copos húmedos de lluvia
que se deshacen al tocar el suelo.

Nieve de las calles
amontonada por los barrenderos.

Nieve: alma negra. Barro
aterido en el suelo.

Nieve triste
amontonada por los barrenderos.

Barro triste y sin nombre
con nostalgias de cielo!

RECUERDOS

Recuerdos,
consuelo y martirio del alma.

Recuerdos,
imágenes vivas de cosas amadas,
sonrisas y besos de labios maternos
—el alma de todas las cosas lejanas,
las cosas desiertas, las cosas perdidas—.

Los muros amigos de la vieja casa,
el huerto florido que en días ya ausentes
unió la sonrisa de sus rosas blancas
a nuestras ingenuas sonrisas de niños.

Recuerdos, palomas que parten al alba
y todas las tardes retornan al nido
trayendo una vieja canción en sus alas.

Recuerdos: los ecos de ingenuas canciones
que vibran aún en el fondo del alma,
lus rezos primeros
que dicen los labios con hondas nostalgias.

Recuerdos,
fulgores inquietos de estrellas hermanas
que alegran los largos senderos oscuros
cuando hay en el alma tinieblas y lágrimas.

ATARDECER

Cómo se va extendiendo
una quietud profunda
por los campos abiertos...

Parece que en las alas de esas nubes
va viajando el silencio.

Hay en todas las cosas
intenso aroma de recogimiento:
van volviendo los pájaros al nido,
el humo de las casas va diciendo
—en el tibio silencio de la tarde—
que el hogar, allá, adentro,
tiene calor y afecto para el alma,
tiene pan y descanso para el cuerpo.

Están abandonados los caminos
y los campos desiertos:
todo se ha replegado hacia la vida
silenciosa de adentro...

En la santa quietud de este crepúsculo,
ante el mar infinito, solo y quieto,
cómo se eleva, sin sentir, el alma
muy alto, hacia los cielos!

Y cómo van volviendo a la memoria
los recuerdos más buenos,
los que vivieron más de nuestra vida,
los que nunca murieron.

Atardecer... Recuerda
voces lejanas el rumor del viento,
y saluda la torre del Santuario
a la tierra y al cielo.

EL ALMA DE LA TARDE

Señor, qué tiene el alma de las tardes?
Qué cosa clara, intensa,
qué cosa indefiniblemente triste,
hondamente serena,
que en las heridas nuevas pone un bálsamo,
pero renueva las heridas viejas?

Señor, qué tiene el alma de las tardes
que hasta las golondrinas bullangueras
vienen a hacer la paz con el silencio
de estas paredes viejas?

Canta el alma en el alma de la tarde:
gracias, Señor, por este claro cielo
y este silencio de armonías hondas;
gracias porque están viendo
a lo alto mis ojos;
gracias porque tu cielo
en mis labios de tierra
pone, Señor, una oración y un verso.

Al sentir aquí adentro
las sombras de los íntimos recuerdos
y las alas inquietas
de todos mis anhelos,
yo quisiera tan sólo
de este poco de barro de mi cuerpo,
ojos para mirar el cielo limpio
y oídos para oír este silencio.

ANGEL MIO

.. .Angel mío de mi guarda
mi dulce compañía...”

Las manos de mi madre se juntaban
sobre mis manos niñas,
y los ojos cerrados
creían ver dos alas extendidas
sobre mi cuerpo,
sobre mi oración, sobre mi vida.

Ahora, a veces, mis ojos
ya no miran dos alas extendidas
sobre el cuerpo y el alma,
porque sobre la luz de las pupilas
cae como una sombra
la máscara del mundo, falsa y fría.

Cuando me llega adentro
la mezquindad de nuestros gestos fríos
complicados y tristes de hombres grandes,
me voy a ver los ojos de los chicos
despeinados y alegres,

y dentro de ellos miro
la sombra de dos alas extendidas
sobre un mundo sencillo,
sin lujosas miserias
ni egoísmos pulidos.

CAMPO

Campos lavados de paz, de luz y escarcha
ante los ojos niños de la azul madrugada.

Sucesión de colinas, de nubes y distancias
que recorren pupilas asombradas.

Arboles vestidos de silencio y de alba,
con peinillas de viento y con espejos de agua.

Campos para que los recorra un alma sana
con el silencio fiel de las mañanas,

al paso del caballo, con el viento en la cara,
y adentro un amor hondo y una limpia esperanza.

Campos para hombres con la piel tostada
por las luces, los vientos y las aguas;

de manos grandes y pupilas claras
y de sobrias promesas que no engañan,

como la soledad y las montañas,
los pájaros, las fuentes y las auras.

Hombres que aman la vida fuerte y ancha
y enlazan los peligros con certera lazada,

y bajo una corteza tímida, ingenua y áspera
hacen vibrar un alma profunda y delicada.

Campos para la vida honda, serena y diáfana
de amores limpios y costumbres castas.

Campos de luna, soledad y calma
en el silencio de las noches largas.

Campos para sentir a Dios dentro del alma
por las escalas trémulas de las luces lejanas.'

POR LOS TRISTES SENDEROS

Hermano

Dónde han ido las flores de la huerta?
Las flores de la infancia y de la vida?
—Unas se fueron con la hermana muerta
y otras se fueron con la hermana ida.

Para el muñeco ingenuo de la infancia
está muy grande y ruda nuestra mano...:
pero la blanca luz y la fragancia
se refugió en tu corazón, hermano.

Y tus ojos que brillan de futuro
guardan las alegrías del pasado:
el amor y el recuerdo son un muro
a cuya sombra nos hemos quedado.

Una mirada fiel y dolorida
une nuestro destino y nuestra suerte,
sobre las dispersiones de la vida,
hacia el seguro encuentro de la muerte!

HIEL

Maestro, hoy he sentido
hiel en el agua que a mis secos labios
ha acercado un hermano
—la hiel mezquina del desprecio—. Fría
se ha filtrado en mi pecho, y ha escondido
en mi boca sus ásperos resabios.

No sé por qué, mi orgullo tan humano
no ha vibrado en el pecho. Pero había
en mi alma una nube de tristeza.

Mas te he visto, Jesús, pobre y desnudo,
tan pequeño en la rústica aspereza
de tu pesebre, tan inerme y mudo,
que he sentido esfumarse como un sueño
mi nube de tristeza, y he anhelado
ser así, tan humilde, tan pequeño
como Tú, Niño Dios, que me has amado
sin desdeñar mi pobre vida oscura.

Como las nubes al soplar la brisa
se ha disipado toda la amargura,
y mi ala ha dejado una sonrisa
en lugar de la hiel, sobre esa mano:
y en la gota de miel —breve dulzura—
halló mi voz esta palabra: hermano.

SER NIÑO

Es pasar por la vida con una ingenua calma
entre el lodo de todas las humanas intrigas;
es mirar —con los ojos abiertos hasta el alma
las pupilas amigas.

Es lanzar tras las aves que se van en bandadas
una mirada nueva de asombrada ventura;
es hallar en el agua de las fuentes cansadas
la primera frescura.

Es sentir por la muerte de una flor o de un ave
y gozar la sonrisa de las cosas pequeñas;
y tener, ante el mundo diplomático y grave,
dos pupilas risueñas.

Es llevar en la mano semillas de esperanza
y de amor, frente al odio, la inquietud y el espanto
y lanzarlas al viento, como la fuente lanza
sus cristales de canto.

Es leer en- los hondos espacios siderales
esos nombres que escriben las estrellas distantes;
es guardar en los ojos confiados y leales
las miradas de antes.

Es oír qué le cuentan al viento en cada hora
las campanas amigas en la voz de sus bronces;
es llevar simplemente en el cuerpo de ahora
aquella alma de entonces.

COMO ERES HOY

Así como eres hoy, así te quiero:
dos asombros tan grandes tus ojos tan pequeños
dos anhelos ingenuos en el breve sendero
de tus labios risueños.

Cómo vienes ahora, guiada de una estrella,
de la mano del alba, con tus sombras dormidas,
buscando con las limpias pupilas una huella
de unas plantas heridas.

Sin saber de la noche de sí mismo,
de las manos vacías del placer dolorido:
el mundo para ti como un lejano abismo
para un niño dormido.

Se irán tal vez mis ojos tras otros horizontes,
y se abrirá tu vida como una flor ausente;
y no llegará el viento de mi voz a otros montes
a jugar en tu frente.

Pero como aprendieron mis pupilas a verte
—hermana de la estrella matinal, como ahora—
estarás en mis ojos apagados de muerte
y alumbrados de aurora.

Ha de agitar las alas en tu boca risueña
la alondra de tu alma en la agonía:
y así como eres hoy, pura y pequeña,
quiero hallarte aquel día.

CORRIENTE SERENA

Bandada de recuerdos,
ronda de golondrinas,
dulces voces lejanas
de tantas cosas idas!

Caminos que a lo lejos
apenas se divisan,
—por los que llevó el alma
sus penas y alegrías—.

Ha devorado el tiempo
la costra de los días,
y ha dejado en mis manos
la substancia más íntima:

los afectos más puros,
las miradas más limpias,
lo más hondo y durable
que me diera la vida.

Siento que huye cantando
la corriente del día:
y los ojos azules
de sus aguas tranquilas
quedan viendo en mis labios
esa misma sonrisa

de serena esperanza,
de dulzura tranquila,
más tenaz que el espacio
y que el tiempo y la vida.

DOLOR

Dolor que me has arado toda el alma,
dolor, yo te bendigo.

Dolor que sacudiste
el corazón, con golpe repentino,
removiendo la tierra de mi vida
sin piedad, hasta el fondo de mí mismo.

Todas las impurezas
entre sus manos el dolor deshizo:
y la tierra labrada de mi alma
se abre al riego divino.

Como la uva en el lagar deshecha,
como el grano oprimido,
solo así —misteriosa y arduamente—
se alista el sacrificio.

Oh dolor que llamaste
a mi puerta con golpe repentino
yo te bendigo porque aquella mano
que ha llamado es la mano del amigo!

Por la tierra doliente de mi alma,
!dolor yo te bendigo!

MANZANAS

Manzanas de la ausencia,
fieles recuerdos, frescos y fragantes,
rojas bocas que guardan
sabor de nombres dulces y distantes.

Sobre la arena triste
de esta desnuda soledad ardiente,
manantial de recuerdos,
frescura matinal de árbol y fuente.

Muda y fiel compañía
—junto a mi Crucifijo y mi sotana—
perfume de mi viaje
—pájaro alegre de esta gris mañana—.

Manzanas de la ausencia
que pueden irse lejos, lejos, lejos...
llevando atada el alma
a los recuerdos íntimos y viejos.

GRUTA AZUL

Tras de las luces, corazón adentro,
hay una gruta azul
para las aguas solas del recuerdo.

Las almas que entendieron nuestras voces
—tras de la reja efímera del cuerpo—
nos acompañan en la dulce sombra,
más allá de las cosas y del tiempo.

La ausencia y la distancia
abren con llave triste de silencio
la gruta azul en donde el alma encuentra
ese mundo impalpable, fiel y eterno
de las almas amigas,
junto a las aguas solas del recuerdo.

Agua que el alma ha de beber, las manos
juntas en la plegaria y el anhelo,
transidas de esperanzas infinitas
y de amores eternos, ..

SOLEDAD

Más cercano y presente
aquí, Señor, al corazón atento.

Porque es aquí la soledad más sola
y más mudo el silencio.

Y sobre el aire intacto,
más ingenua e infantil la voz del viento.

Porque detrás del verde de los montes
asoma más azul su azul el cielo,

Y otros montes su azul de lejanía
recortan sobre nubes de albos velos,

y son más solitarias las montañas
y los hombres más pocos y discretos,

y nos defienden de la vida culta
las tormentas del páramo desierto,

y están más junto al corazón lejano
los que quedaron lejos.

Y donde todo es más sencillo y claro,
más límpido y austero,

callan todas las voces de los hombres
para escuchar —prendida en el silencio—

Tu voz que llena las montañas solas
y el solo azul del cielo.

Tu voz que llega cuando el alma escucha
de rodillas, a solas en silencio.

!Gracias, Señor, por las montañas solas,
por el azul, el alma y el silencio.

CAMPANAS DE NOCHE BUENA

Campanas que desgranan
sobre la tierra puesta de rodillas

esperanzas, amores y recuerdos
en clara melodía.

Campanas de esta noche —Noche Buena!—
con gargantas de niñas...

Caravanas de voces que nos llegan
desde edades perdidas,
con húmedos fulgores de mañana
temblando entre las viejas profecías.

Voces de miel que bajan de los cielos,
acordes que destilan
dulces nubes extrañas
de ternura y asombro estremecidas.

Cantos que suben desde el fondo triste
del corazón, lavados de alegría,
como niños que llegan de la noche
cantando hacia la luz recién nacida.

Campanas cuyas voces
juegan sobre la nieve alegre y limpia,
con los niños, la brisa, las estrellas
y mi ingenua esperanza y mi sonrisa.

Campanas que nos llevan de la mano
ante la Cuna rústica y divina,...
¡ay de aquel que no siente
cantar estas campanas en su vida!

Todo se vuelve un caricioso arrullo
ante la dulce Cuna de la Vida...
¡ay de aquel que no siente
siquiera en esta Noche el alma niña!

EL YUNQUE

Mi vida un hierro oscuro
y mis caminos negros:
las palabras humanas
lejanos soles yertos.

Y un esperar sin nombre,
desesperado y ciego.

El viento de las fáciles dulzuras
no estremeció mi hierro...

Y lo pusiste entonces sobre el yunque
de soledad, Maestro:
¡y el golpe de la angustia
hizo saltar luciérnagas de fuego!...

ALONDRAS

Mi corazón está lleno de canto.
Me pesa sobre el pecho mi canción:
¡en mis labios amargos la levanto
hasta tu corazón!

¡A tu herida, Maestro, se me vuela,
hecho grito y canción,
este vuelo de alondras que me duele
dentro del corazón!

SOBRE EL MUNDO

Si de mi corazón
en el rincón más profundo
hay un desgarrón,
¿por qué te lo oculto?

¿Por qué no voy a decirte
que sufro?

Aquí me tienes: mírame:
solo, dolido, oscuro,
trayendo ante tus ojos
mi desgarrón desnudo.

Mi mano llagada cubre
con gesto tímido y brusco
el desgarrón y las lágrimas
al mundo.

—como el niño que esconde
su tristeza en sus dos puños,
y los ojos recelosos
gira en torno, solo y mudo—.

¡No sé más!... Pero hay un puente
que el hosco desgarrón puso,
sobre el mundo hostil y frío,
de mi corazón al tuyo!

EL INFINITO INSTANTE

Dulzura de estar contigo,
alas de saciado vuelo:
en el corazón amigo
se hunde el ancla del anhelo,

Felicidad sin testigo;
el alma sola y sin velo,
y un velo leve de trigo
para cubrir todo el cielo.

¡Oh Plenitud que detienes
de mi nada en el vacío
tu hondura viva y quemante!

¡Oh Amor eterno que vienes
para ser tan sólo mío
el breve, infinito instante!

AMISTAD

Hallar
en el vacío triste y dolorido
del camino quemado del olvido
un alma fraternal.

Sentir
la primera mirada
como una cosa familiar —soñada
en un oscuro y dulce presentir—.

Cambiar
el vino del amor y la dulzura
y la hiel del adiós y la amargura
sin la tristeza turbia de dudar.

Subir
con la mano en la mano fiel y fuerte,
y, unidos en la cumbre de la muerte,
ante la aurora eterna, sonreír.

PROCESIÓN

Rey silencioso y manso
que desde el blanco disco
de una pobre custodia
reinas sobre silencios, murmullos y suspiros...

Pero, quién sino Tú puede reinar
sobre desnudos gritos
y palabras ahogadas,
sobre rotos suspiros,
sobre silencios húmedos
y quemados delirios?

Te han bajado del trono
y la gente apretada abre un camino...

Pero, quién sino Tú puede avanzar
entre harapos de amor estremecidos,
y palabras de ardores balbucientes,
y dedos ateridos
que estrujan corazones invisibles,
y silencios heridos,
y ojos desnudos un furtivo instante
y blancuras de niños?

Una vuelta a la iglesia
—breve, oscuro camino—...

Pero, quién como Tú ha pasado nunca
sobre el asombro mudo de los siglos,
sobre flores recientes
y corazones vivos?

Te han guardado de nuevo
y el templo va a quedar mudo y dormido...

Pero, quién como Tú puede guardar
junto a tu tabernáculo, prendidos
los anhelos insomnes
de tantos que partimos,
dejando entre las sombras el recuerdo
y el amor encendido?

TÚ SOLO

Para mí, que me vuelvo
a veces turbio pozo.
Para mis alas débiles
y mis nortes rotos.

Para mis ansias presas
dentro de muros hoscos,
cuando no soy ni altura
ni río limpio y loco.

Cuando hasta mis ensueños
tienen ciegos los ojos,
y este animal oscuro
aúlla como un lobo.

Para que el niño triste
suba otra vez del fondo
y sonría a la aurora
con renacidos ojos.

Contra el viento que viene
desde las calles, todo
vestido de mentiras
y manchado de lodo...

Para mi ... contra el viento..
algo que sea todo:
que renueve y que llene:
Tú solo!

VISITA AL MONUMENTO

Heladas sombras
tristes y quemadas vagan
por las calles medrosas
después de que se han muerto las campanas...

El mejor "monumento"...: este paisaje
de tierra desolada,
barrida
como mi alma.

Donde duele el gemido de las luces
rojas de sangre y lágrimas.

Tristeza de no verte. De sentirme
tan solo, que me duelen las miradas
que cruzan a mi lado
tan extrañas.

Bajo ese hosco paisaje
sudarás sangre, y cruzará tu cara
el indecible beso...
¡Tengo miedo de verte en la mañana!

Y porque sé que tienes miedo y tedio
y una tristeza mortalmente amarga,
aquí quiero dejarte mi ternura
y mis dolidas ansias,
como un aceite suave que se quema
en el dolor de una callada lámpara.

RECONDITA PRESENCIA

La niña que alza su mechón rebelde
que en la frente serena juguetea,
y el pequeño que eleva hasta las nubes
su alegría sin sombra en su cometa...

La cuna que una dulce
canción ensoñadora balancea;
la madre sola que te mira y dice:
¡tu voluntad, así, bendita sea!...

El que come con lágrimas
el pan de soledad en la tristeza,
y el que en el río duro del olvido
su barca de amistad, remando, eleva.

El sollozo del viento
que de los niños aprendió sus quejas;
la fuente que su canto
y su frescura límpida destrenza.

El indecible grito con que baja
el salto blanco por la peña negra;
y el verbo incandescente escrito en la alta
página oscura en sílabas de estrellas.

... Y otras cosas, Señor, puras o ansiosas,
en que ha quedado trémula tu huella:
en ellas, ante el ciego mundo late
¡tu indecible, recóndita presencia!

HALLAZGO

Las pupilas espantadas
saltaron el muro arisco
de mi interior: todo estaba
vacío.

Soledad de telarañas,
soledad de miedo y frío:
la paz huyó tras el alma
al camino.

No soy yo, y aquí hay un ansia
forastera, en lo más íntimo,
donde se queja el silencio
como un niño.

* * *

Y se volvieron los ojos
implorando en el camino:
¿quién me devuelve mi alma
que he perdido?

Los miran ojos extraños
de risa, engaño y olvido,
fríos puñales que alejan
con su brillo.

* * *

Huyendo, el muro saltaron
otra vez...: el breve grito
arrodillado, ante el Huésped
ha caído.

Y ha vuelto el alma perdida
contigo, Huésped divino:
¿de qué soledades tristes
la has traído?

Ya soy yo. Desmelenado,
ingenuo, rebelde y tímido,
con ansias locas de vuelo
alto y limpio.

Soledad del dulce hallazgo,
soledad sin miedo y frío,
sin inquietud ni puñales:
Tú conmigo!

VUELO

Un lulo de agua
juguetón y crespo,
con un trémulo azul
y un canto ingenuo.

Un árbol alto, alto,
delgado y recto,
al que suben tan sólo
los pájaros y el viento.

Sobre un fondo de nubes
de un azul hondo y negro,
el azul transparente
del cielo.

Y... dé improviso un pájaro
hiende el aire —los remos
tendidos
en la embriaguez del vuelo—.

Mi corazón, el árbol,
el monte, el hilo trémulo,
han abierto sus alas
y se han volado al cielo.

NOSTALGIA DEL MAR

Por esos horizontes infinitos
de todos los azules —hondos, claros.. .
— en que pierden el rumbo las pupilas
sobre caminos móviles y huraños.

Por esa inmensidad que hunde en el alma
su hondo anhelo insaciado
y un hambre azul sin límites
y un lamento de remos destrozados.

Por el alba que tiñe
de un leve azul extraño
las arenas, las rocas y las velas
y los ojos humanos...

Y la hora en que parten
para alta mar los barcos,
con las velas tendidas para el vuelo,
con trémulos fulgores sobre el casco
y la quilla impaciente
y una estrella que atisba desde lo alto.

Por las gaviotas tristes que
—como pensamientos solitarios—
agitan entre dos inmensidades
insomnes remos blancos.

Y los caminos de oro
que traza el sol en los ocasos cárdenos,
y las rutas de ensueño
de luz lunar sobre el azul extático.

Por el chasquido seco
del oleaje áspero
que se encabrita sobre el flanco duro
de los acantilados,
y, contenido su galope loco,
sacude contra el viento huracanado
su penacho de espumas
que sobre el agua azul queda temblando.

Y... me he quedado oyendo
el oscuro bramar del mar lejano,
puesto al oído el caracol marino
del corazón nostálgico.

NUESTRA SEÑORA DE LAS LAJAS

Señora de las Lajas,
luz de la roca trágica y desnuda,
sonrisa de los cielos, florecida
sobre las lajas de la piedra oscura:

clava tus ojos negros,
hasta que en las entrañas se me hundan:
tus ojos que embalsaman
mis ansias, mis tristezas y mis dudas.

Sobre la peña negra
en que sonrío tu punzante dulzura,
huellas de ojos, de lágrimas, de voces
aún murmuran...

El río lanza en luminoso vértigo
sus aguas de la altura,
para subir, en oración de piedra
sus aladas espumas:

agua y plegaria, corazón y piedra
hecha ascensión de encajes y blancura;
y el vuelo ansioso del amor, que tiembla
en las altas agujas.

.. Un vuelo de palomas mensajeras
pasa sobre la espuma
junto a mi corazón, preso en la laja
en que mi soledad se hizo dulzura:

llevan tu nombre con sabor de piedra,
de sollozo y de amor, de agua y de luna!

PAN

Qué sabroso este pan
de tus manos, mamita,
con sabor conocido
de morena alegría.

Este pan grande y negro
que en su olor resucita
las ingenuas fragancias
de las dichas huidas.

¡Si supieras qué panes
he comido en la vida!
¿De qué harinas extrañas
y qué manos harían?

Eran pulcros y blancos,
pero nunca sabían
a ese pan de mi infancia
en las sombras dormida:

¡este pan que al retorno
del dolor de la vida,
he comido en tus manos,
como entonces, mamita!

CUERDA

El río corta el paisaje
como una sonora cuerda:
desde la montaña al mar
las manos de Dios la templan.

Un solo canto que huye
y un solo canto que llega:
canta de la alta montaña
las suaves nieves maternas;

el camino de murmullos
fragantes de la arboleda;
los cantos que le enseñaron
los pájaros de la selva;

el verso azul de ese cielo
que entre sus cristales tiembla,
y las voces imposibles
del inmenso mar que espera.

Las soledades del llano
se asoman por la ladera
para escuchar de las aguas
la limpia canción ingenua.

¿Cómo no quedarse así,
en silencio, en la ladera
—callar mis pobres palabras
que tienen sabor de tierra—
y oír esta cuerda clara
entre las manos eternas?

NOSTALGIA

Nostalgia... Mares y mares:
se tienden locas las alas
en el ansia del regreso
y ya no pueden... Nostalgia.

Nostalgia... Las mismas voces
que ríen, lloran y cantan;
que dicen los mismos nombres,
pero no se oyen... Nostalgia.

Nostalgia... Los dulces ojos
que nos miraron el alma,
y siguen, siguen clavados,
pero, qué lejos!... Nostalgia.

Nostalgia... La mano tímida
del niño que hay en el alma
y quiere borrar los días
pero no puede... Nostalgia.

**NOCTURNO
DE LA HURAÑA AMISTAD**

Guardarás, corazón, tu asombro puro,
tu soledad, tu sueño y tus anhelos,
como un niño despierto en el oscuro
silencio estremecido de los cielos.

Tu amistad velará como la sombra
que ampara, recatando su presencia:
serás el nombre fiel que no se nombra
—nombre cuajado de dolor de ausencia—.

Frescura de tu voz, fuente escondida
que tras las frondas de la noche brota,
y que en salvaje soledad da vida
a la canción embrujadora e ignota.

Que no sepa que anhelas sus destinos
levantar más allá de las estrellas...
¡como el viento que limpia los caminos
dejándolos con flores, y sin huellas!

POESIA

Gusto de acíbar que cuajó en dulzura
y soledad en que encontré a mi alma;
silencio que hizo a la palabra pura,
desierto en que brotó la fresca palma.

La palma, la dulzura y la palabra
no fueron para mí...: te las entrego,
como la abeja que sus mieles labra,
como la extraña música del ciego.

Me queda esta honda soledad callada
a la que Dios ha de traer su encanto:
¡sólo por Él cambié yo por la nada
la divina riqueza de mi canto!

TREN

Pasan con el instante los paisajes,
fugaz belleza
que besó levemente las pupilas
agrandadas de ausencia.

Altas guadúas junto a un agua clara
se balancean.

En el paisaje verde, denso, ardiente,
la boca dulce y fresca
de un río nos sonrío y nos murmura
algo extraño y sabroso que se aleja.

Todo se ha vuelto anchura,
amplitud sin confines, quieta, inmensa..
¿quién ha quitado todas las colinas
y ha hecho paisaje esta distancia eterna?

Vacas que rumian
la anchura sin riberas,
el silencio y la calma
en sus dulces pupilas soñolientas.

Hincadas en el campo
—leves, blancas saetas—
la hora de volar hacia otro blanco
estas garzas esperan.

Cuando todo se ha ido
de la colina hoy tácita y desierta,
quedó fiel a la tierra y al paisaje
esta sola palmera,

torre del ancho templo
en el que reza el Angelus la tierra
a esta hora en que del cielo los vitrales
el crepúsculo incendia.

Ceniza del paisaje,
ceniza de la tarde que se aleja...

En un rincón del cielo en que ha guardado
el día el resto de su luz postrera,
relámpagos anuncian
el lento despertar de las estrellas.

Ceniza del crepúsculo y del tiempo,
ceniza de la ausencia...

Clavado en la distancia
—garza en destierro, trémula saeta—
también la hora del vuelo al dulce blanco
mi corazón espera.

VUELVE

La luna viene tejiendo
de nubes finas
un velo para tu viaje:
vuelve, mi niña.

Los viejos árboles saben
para encantar tu sonrisa
nocturnos cuentos de plata:
vuelve, mi niña.

El pobre río ha comprado
a la hosca serranía
su violín para tu oído:
vuelve, mi niña.

La noche se va a tu encuentro,
la noche fría:
cuando te halle será aurora:
vuelve, mi niña.

Un ángel viene a tu lado,
tiene azules las pupilas
con el cielo de la mano,
vuelve, mi niña.

EL TEQUENDAMA

Lento, oscuro, sin ansias
por la sabana el río;
monótono y opaco
su gris camino.

Y, en el presentimiento
del fantasma que espera, blanco y frío,
se espeluznan las aguas, se apresuran
al doliente destino,
y se remansan luego, con las manos
al corazón, que corta sus latidos...

Y, de pronto, el inmenso
sollozo y grito,
los blancos brazos trémulos
sobre el vacío,
y el agua desgarrada se desfleca
con trágico bramido
bajo la angustia azul de la mirada
de la Señora triste del abismo.

¡Agua divina y loca
del sacrificio!
ya no es lento arrastrarse de materia
sino sed de infinito;

y un dolorido ramo de azucenas
que en el peñón arisco
están tendidas con un canto eterno
¡sobre el abismo!...

5 CANTOS DE SOLEDAD

SIEGA

Para ti maduraban los trigales
de mi canto
con el sol de tus ojos
dulces y nostálgicos.

Sobre la tierra negra de mi vida
al viento ondeaban como un mar dorado.

Y soñaba en segar una mañana
todo el oro dormido de mi canto;
llevarlo, como un niño,
a la muda ternura de tus manos,
y hacer, contigo, un pan dulce y moreno
para Dios, los hombres, y los pájaros.

No lo he segado yo...
¡que el viento de la muerte lo ha aventado!

Ahora, a tientas, de la tierra negra
lo recojo en mis brazos;
en vano aguardo la ternura muda
de tus manos.
Y tendré que molerlo en mi tristeza
y hacer con él mi pan solo y amargo.

Con él, sin saber cómo
al hueco de tu tumba me he llegado...

Me dijiste: ¿no tienes mi recuerdo
sobre la palma ungida de tus manos?
¿Por qué no alzas en él, hacia los cielos,
el holocausto de tu trigo amargo?

Por eso, junto al hueco silencioso
del que una dulce lumbre va brotando,
levanto a Dios y a ti, mi dulce madre,
sobre la palma herida de mis manos
¡todo el oro, segado por la muerte
en el trigal maduro de mi canto!

LA LÁMPARA

Tu luz, como una lámpara
en el puñado breve de tu barro.

Ardía silenciosa
en la rueda tenaz de tu trabajo;
en el agua serena
que caía cantando
sobre las flores del jardín, del cielo
pequeñito y moreno de tus manos.

En tu sonrisa triste, en tus palabras
de misterioso encanto.

En tus ojos profundos —dos anhelos
desterrados—.

Y junto a esa otra luz, discreta y sola,
de la lámpara muda del Sagrario,
hasta el mínimo barro de tu cuerpo
ardía, todo él transfigurado.

Y así, tan dulce y fiel como una lámpara,
se fue apagando...

Hoy, en mis sombras, en el cielo negro
la voy buscando.

Y sé que un día, cuando el agrio velo
de lágrimas y hiel se haya rasgado,

la volveré a encontrar, serena y dulce
brillando ante el Sagrario azul, lejano,
la noche triste de mi vida sola
otra vez alumbrado.

PÁJAROS ASUSTADOS

Como un niño extraviado, voy vagando
por el jardín desierto,
por los adormecidos corredores,
por el salón inmenso,
por el cuarto vacío, en que quedaron
sobre tu lecho
el aleteo azul de tu agonía
y el triste encanto de tu rostro muerto.

Por todos los rincones
me salen al encuentro
—pájaros asustados—
enjambres de recuerdos...

Aquí el viejo sillón en que sonaba
para el país azul de nuestros sueños
la música encantada
de tus cuentos.

Allí la flor que en su corola triste
dice tu nombre, quedo.
El árbol del que, niños, te lanzábamos
risas, frutas y besos.

El horno en que mirábamos, absortos,
brotar el pan moreno
que en tus manos de hada se impregnaba
de un sabor de misterio.

El hueco de la puerta, en el que un día
se te rompieron un adiós y un beso.

Y, al mirar en mis ojos
—ojos abiertos y ávidos de huérfano—
el vacío infinito de tu ausencia,
alzan, en confusión, el loco vuelo
pájaros asustados del recuerdo.

EN SUS RODILLAS

—“Siéntate aquí. Descansa, así, tu frente
en mis rodillas... Cuelgan en el cielo

pabellones de púrpura. ¿No sientes
de la tarde este diáfano silencio
estremecerse al son de los clarines
de altos vientos?

(Alguien ha entrado
por los arcos triunfales de los cielos.

Alguien muy ignorado,
muy dulce, muy pequeño,
alguien como un gusano de la tierra
—¿y un gusano de luz no es el lucero?—)

Ama lo puro y mínimo, y ama
ser tú mismo pequeño:
que el sol no viste sino nubes leves
del esplendor de gloria de su incendio.

Cierra los ojos ávidos,
descansa, mi pequeño...”

De pronto, abro los ojos...: agoniza
la tarde en las cenizas del incendio.
Estoy solo y con frío. Solo y frío.
Sólo cenizas. Se ha apagado el fuego.

Mi frente no descansa en sus rodillas
sino en el borde del sillón desierto.

Pero yo juraría que en mi frente
está fresca la huella de su beso
y está la tibia estela de su mano
en la ola sin luz de mi cabello.

SERENATA A LA VIRGEN

el mar, que ha de pintar de azul la aurora
en la muralla azul del infinito
por la que trepan buganvillas blancas,
han abierto los ángeles
una breve ventana,
una sola:
el lucero del alba.

Por ella asomas tú, Virgen María,
a la noche extasiada,
a esta noche que en sus ojos tristes
ya tiene el sueño pálido del alba.

Sólo tú asomas, Virgen: ¡es tan breve
la ventana!

Los ángeles se van, se va su música...
Y sola vez la inmensidad callada:

el mar, que ha de pintar de azul la aurora
con su brocha encantada;
las platas indecisas de los ríos,
el incierto perfil de la montaña:
esa vaga belleza de las cosas
que parece que brotan de la nada,
puras, desnudas, trémulas,
asombradas.

Llueve un silencio vago y misterioso
desde no sé qué alturas ignoradas...

Y me da miedo de templar las cuerdas
de mi guitarra
que en el beso del alba y de la noche
tiene no sé qué extrañas resonancias.

De pie sobre la pálida hermosura
que silenciosa ves de tu ventana
y que tú haces más bella

con tu pura mirada

y el resplandor que brota
infantil y divino de tu cara,
solitaria se eleva,
Virgen, mi serenata,
bajo las buganvillas caprichosas
del lucero de alba.

AL FÍN DE LA FILA

¡Mañana viene el Señor!
Después del río sombrío
del dolor y de las lágrimas,
otra vez el Amor vino.

En su Pan pequeño y blanco
llegará Él, escondido,
y todo, en torno, en la vida,
irá de blanco vestido.

¡Cómo los trajes de todos
serán de bellos y ricos,
y a flor de labios llevando
irán tesoros divinos!

¿Yo también me iré con ellos
desaliñado y vacío?

Sí, como el niño descalzo
que, al fin de la fila, tímido
avanza, porque no tiene
sino un corazón sencillo,

y en sus ojos agrandados
dos asombros infinitos.

VISITA

Y en esta grande sombra abandonada
estás tú, ¿y no te has ido?

¿Quién se hubiera quedado
fuera de ti, Dios mío?

Al encontrarte tan callado y solo
y olvidado y transido,

yo te traigo los mundos
en mi sueño cautivos:

del mar —y oscila sobre negras olas
tu luz, como del mástil de un navío—;

la noche azul con sus espigas de oro
y su silencio abierto al infinito;

las cumbres en que sueñan
los locos, los poetas y los niños.

Y algo más grande y hondo
y vivo, y dolorido:

el hambre de los hombres, que no sabe
que es hambre de infinito.

Todo eso quiso el corazón traerte
y arrodillado aquí, mudo y rendido.

Pero no tengo nada
y estoy solo contigo...:

y así te doy mis sueños imposibles,
mi corazón ardido,

mis manos juntas que quisieran darte
calor, consuelo, alivio

y mis ojos que lloran
porque estás solo y triste, y tienes frío.

BLANCURA AUSENTE

¿Por qué subiste en tu blancura ausente
esta fría mañana,
si estaban lejos más sedientos labios
y mi alma era un temblor de inútil ansia?

¿Me has quitado mi Pan para que sienta
la hondura de mi nada
y baje, de la mano del silencio,
al abismo de mi alma?

Y en él, con estos sueños que despiertan
¿qué quieres que yo haga
si a ti me empujan desde el fondo triste
como trémulas alas?

Ya no me sirve aquel azul asombro
de las pupilas tímidas del alba
ni las señas secretas
de mis estrellas altas:
si ellas también te buscan
tras de las rejas frágiles, en mi alma,
y al no hallarte, se nublan
sus límpidas miradas.

Mi Pan que subes en blancura ausente
en mi Misa sin pan de estas mañanas,
esperado en la noche interminable...
¡haz la mañana, y baja!

o vuele a tu regazo esta bandada
de la tarde en los cárdenos despojos!

LLAVE DEL MONUMENTO

Jesús ya está encerrado,
y la llave en tu pecho:
guárdalo, niña, con tu llave de oro:
no lo maten de nuevo!

Que el demonio no sepa en esta noche
donde lo tienes preso.

Que ya Judas ha vuelto, y lo ha vendido
por los treinta dineros.

Que los demonios andan por las calles
buscándolo de nuevo,
empujando una turba emborrachada
de odio y miedo,
y encenderán la noche con antorchas...
que las estrellas tristes ya se han muerto.

Escóndelo esta noche,
guarda la llave adentro:
para sacarle, tengan que romperte
el corazón y el pecho.

Pero no. ¿Qué sería
de nosotros, si no muere de nuevo?

Te han de pedir mañana
la llave que te dieron.

Lo han de sacar de donde está encerrado,
lo han de llevar de nuevo

a sentir del traidor el repugnante
aliento en otro beso;

a golpearlo, a dejarle
sucias salivas en su rostro bello;

regar las azucenas de su frente
con arroyos bermejos;
a traspasar sus manos de jacinto,
los lirios de sus pies, con clavos negros;
a decir, otra vez, esas palabras
que hacen llorar de hinojos a los cielos.

Pero siquiera escóndelo esta noche,
guarda la llave adentro:
para sacarlo, tengan que romperte
el corazón y el pecho.

¡Y arrúllalo! Que olvide
que ya se acercan los fantasmas negros.
Dile palabras dulces, como a un niño,
que hoy por nosotros está inerme y trémulo,
y triste hasta la muerte
y hambriento de consuelo.

Después, cuando lo bajen
—nardo prensado y lívido su cuerpo—
recógelo callada,
guárdalo, niña, en tu jardín secreto,

¡rompe la llave, y llévalo escondido
para siempre en tu pecho!

SOBRESALTO

Entre estos altos muros,
corazón, ¿qué has perdido?

No la mañana clara de la vida
que sube —fácil vuelo repentino,
temblor de ala y embriaguez de trino—.

No es el incendio que en las tardes quema
sobre el paisaje mío
los ojos que jugaban en la cumbre
olvidados de todo, como niños.

No la mano prendida en el arado,
ni el surco dolorido,
ni el amor, que, acechando los rumores,
a la tierra sin luz pega el oído.

Todo está en paz e intacto:
amor y dolor vivos.
Y sin embargo, entre estos altos muros,
corazón, ¿qué has perdido?

Son mis angustias y mis ilusiones,
el sobresalto trémulo y divino,
lo que hacía mi vida inquieta y loca
y me mordía el corazón dolido.

El sueño de colores imposibles
que arrullaba el corazón dormido,
y, al despertar, era un jirón lejano
de la angustia del alma desprendido.

Hoy, no sueño, ni angustia,
ni sobresalto. Cerrazón y frío,
todo en gris armonía,
tristemente tranquilo.

¡No esta paz estancada! Este silencio
ciego y sordo! Mi grito
en el ancho desierto de las almas,
el sobresalto alerta de mi oído,
las lágrimas rebeldes de mi angustia
y mi incurable ensoñación de niño!

ROSARIO DE LA AURORA

Ángeles madrugadores al Rosario:
en la calle de arriba, el infinito
—las alas enfundadas en azul—
van llevando sus cirios encendidos.

En la calle de abajo,
sin alas, con un poncho pequeñito,
los ángeles del barrio
tiritando de frío.

Cuatro hileras —de estrellas y de ceras—
un negrito
que va haciendo caer sus flores blancas
y dos niñas meciendo un brasero suspendido.

En las andas va la Virgen, balanceándose
con movimiento rítmico.
Ya conoce los nombres de las calles
y sabe donde viven sus amigos:

aquí, esa muchachita enferma
de labios florecidos;
allá, el taller en que su dulce imagen
tiene en el duro bregar los ojos fijos.

Y mientras va pasando
va murmurando nombres con cariño:
es que está disimuladamente bendiciendo,
no es que tiemblen sus manos por el frío.

Las cosas tienen formas irreales,
tienen miedo los ruidos,
y parece que hubiera sobre el mundo
sólo ángeles y niños.

En la acera, arropado por las sombras
está un hombre tendido:
la Virgen lo cobija
con su mirada triste, como a un niño.

El mundo ha ido, lentamente, despertándose
—carros, ansias y ruidos—
y se han ido los ángeles de arriba
apagando sus cirios.

Pero tú seguirás, mi Madre, balanceándote
—llevada por ángeles y niños—
al ritmo de mi vida, en esta calle oscura de mí mismo.

AQUÍ

Aquí, mientras tus manos buenas
tendía, pulcras y ágiles, la cama,
me hablaste: lejos, lejos
se hundían tus nostálgicas miradas.

Me hablaste de una vida
bella y heroica. De una cumbre blanca
hacia la cual mi loca adolescencia
podía alzar las invocadas alas.

De un amor grande y puro
que mis ansias calmara.

Y de clavar mi corazón y el tuyo
sobre una cruz sangrienta de distancias
—sangre de mi dolor y tu ternura—
en busca de las almas.

Aquí a mi corazón adolescente
a la mágica luz de tus palabras
—en la primera angustia de la vida—
le nacieron sus alas.

SILENCIO

Vaso lleno tu alma
de silencio.

Arrimado al callar de Dios, treinta años
creció con los rosales de tu huerto,
tu sonrisa abismada
y el absorto mirar del Carpintero.

Y el rocío celeste iba bajando
cada vez más adentro,
porque era más profundo
cada día tu silencio.

Vaso lleno tu alma
de todas las Palabras del Maestro
que sólo guardó intacto
tu encantado silencio.

Y cuando al fin alzaron
la Víctima callada en el madero,
era tan vasto y hondo
tu silencio,
que cupo en él el mar de aguas amargas
del abismo desierto
que fue tu corazón solo, perdido
de la vida y la muerte en el lindero,

Y cuando en la tercera aurora
te sonrió, todo tu gozo inmenso
quedó ardiendo en el vaso de alabastro
de tu puro silencio.

Vengo a pedirte, Madre, que me enseñes
el fecundo callar de los que hicieron
a su alma un muro, por que solo entrara
la Voz que solo suena en el silencio.

Y arrodillo ante ti, vaso colmado
del canto puro y del callar del cielo,
el vaso absorto y solo
de mi pobre silencio.

SOBRE TU PIE DESNUDO

Inclinada hacia mí, como si fueras
a comenzar un vuelo
que insinúa tu manto
estremecido por el viento.

En las palomas quietas de tus manos
se ha escondido la angustia de un misterio.

Y tus ojos oscuros son tan tristes
y tan bellos
como el cielo caído
en la tristeza amarga del océano.

Y guardan—rosa matinal intacta—
tus labios entreabiertos
una sonrisa pura, dulce y triste
como un niño con miedo.

Y sólo sé que toda la ternura
de mi alma de huérfano
sobre tu pie desnudo se ha dormido
como invisible beso.

TERESITA

Vengo de la mentira que sonrío,
Teresita.

Tras de los ojos traigo
toda el alma mordida,
girones de amistad entre mis manos
y fuego y sed en la garganta ardida.

Y lavo esa mentira en la inocente
verdad de tus pupilas;
me curo el alma
con tu pura sonrisa,
y bebo la honda paz que se ha quedado
sobre tu dulce corazón dormida,
¡oh amiga transparente
de la estrella y la hormiga!

Porque aún eres,
Teresita,
para el mundo sin paz, desesperado,
la esperanza sencilla;
para el mundo sin fe, sin ilusiones,
eres la dulce niña;
para la sombra ciega de la angustia
la palabra de luz, simple y divina.

La mimada de Dios
y de la vida,
que hace vestir de novia a la mañana
para llevar el velo de su dicha,
y sabe que Dios tiene unos luceros
sólo para que escriban: "Teresita".

Esposa de quince años:
aunque las flores del jardín envidian
tus aires de princesa, te aman tanto
—del universo hermana consentida—
que a tí te revelaron el secreto
del caminito aquel de flor y espina.

Desde el secreto del Carmelo brota
la limpia claridad de tus pupilas,
tu diáfana palabra que despierta
esperanzas dormidas,
el heroísmo inmenso que tu rostro
sonreído escondía.

Y todavía llueve en el desierto,
Teresita,

esa lluvia de rosas
que tu mano de virgen, pequeñita,
deshoja, como un beso de los cielos
sobre una abierta herida.

BAJO TU MANTO

Jugar bajo tu manto,
cansado de la gente y de los libros,
lejos de todas las sabidurías,
los palacios, los títulos...

Como los chicos pobres que se mojan
en el agua del río,
mojarme el alma con tus dulces ojos
que otra vez me hacen niño.

Poner bajo la sombra de tu manto
mi vida y mi camino,
y encargar en tus manos bondadosas
como un juguete frágil mi destino.

Y saber que mis manos serán fieles
pues jugaron contigo,
y porque sonrieron en tus ojos
mis ojos, serán limpios;

y porque descansó sobre tus brazos
está pronto mi amor al heroísmo.
¿Orar? Jugar cantando,
a tus pies, como un niño.

CON ESTAS POBRES PIEDRAS DEL CAMINO

Desde el rincón anónimo, los ojos
clavados en el cielo
tan lejano y tan alto,
pero, por un milagro de tu amor materno,
tan cercano a mis ojos que parece
como un puñal clavado dentro de ellos
—el cielo azul y triste de tus ojos—

Madre, tan Madre mía!, yo te ofrezco
este rebaño que he venido arreando
desde el lejano suelo
del que, como los locos y los niños,
me siento un poco dueño...

Este rebaño que parece inmóvil
pero, bajo la luz de los luceros
se pone en marcha si sobre él alienta
el viento ardiente de un amor y un sueño:

ojos de once lagunas que en la tarde
beben nostalgias, sombras y silencio.

Cumbres en las que se hacen nieve
los suspiros del hombre y sus anhelos.

Ríos que son el símbolo secreto
de nuestra ansia que marcha hacia lo eterno.

Páramos en que canta su elegía
la soledad del huérfano.

Mil árboles que son como nosotros:
amarrados al suelo,
creciendo en savia de dolor y sangre
hacia la altura del azul sereno.

Y el rebaño pequeño de mis días.
¿Te acuerdas? Conocieron
la luz en esa estrella
del alba de tus ojos buenos.

Cuando la sangre me encendió los pulsos
y el horizonte se quemó de sueños,

ellos abrieron cauce de blancuras,
de la ardua lucha en el dolor secreto.

Ellos, con su tristeza y su esperanza,
una mañana limpia me dijeron
que era mi vida, de una hostia blanca
el pobre surco abierto.

Ellos vendaron mis secretas penas,
besaron mis oscuros desalientos,
cavaron mi miseria, a que brotara
agua para la sed en marcha al cielo.

Yo tenía otra madre: una mañana,
con su mantita negra, su silencio,
con su paso menudo, su sonrisa,
—una mezcla de lágrimas y besos—
se fue a rezar... y no volvió; ¡qué negro
se me volvió el camino de la vida!

Pero volviste tú: manto de cielo,
clavos, espinas, pero con tus ojos:
desde entonces, en ellos
dos miradas de madre me contemplan,
dos miradas y un solo amor inmenso.

Todo esto, Madre, yo he venido arreando,
pastor desconocido, desde lejos.

No tengo, Madre, una corona de oro,
mas te coronó, yo también, con esto:
con estas pobres piedras del camino
que tienen del amor vivos reflejos.

En nombre de los tristes, de los pobres,
del mirar dolorido del enfermo,
de la quena que quiebra
del páramo el silencio,
y del mirar, absorto en lejanías,
de los huérfanos.

¡En nombre de ellos, Madre, esta corona
de lágrimas y besos!

VENGO DE UN CAMINO

Padre,
vengo de un camino que no sé si queda cerca o lejos:
nunca he sabido
qué lejos queda el recuerdo.

Camino de recorrer, mirando
—al paso del caballo, despacioso, lento—
todo lo que no pudo enterrar la mano
implacable del tiempo.

La salida al filo de la madrugada
—ocho Curas de negro
alegres como chicos sin escuela,
las alas de los ponchos abiertas a los vientos:
¿quién sabía que una cruz de oro
bajo ese poncho azul saltaba, bendiciendo?—

Los cascos resonantes por todos los caminos:
junto al maizal en que sonaba, alegre
el “alabado Sacramento”,
y los ponchitos rojos de los longos
volaban, como pájaros pequeños,
a rodear al taita
que conoce su choza al pie del cerro.

Por el valle tostado y oloroso
—olor de música y de miel, color de sueño—:
ángeles niños de la guarda, junto al río
miran nadar sus angelitos negros;
los ángeles mayores se han sentado
a fumar, esperando tu llegada al borde del sendero.

Por las piedras del río
ciego
que quiebran —como nuestras torpes manos—
los cristales azules de los cielos.

O por la soledad sin fin del páramo
cuando a la grupa del caballo va el silencio
para decírnos al oído
su secreto.

Por los arcos de frutas y de flores
entrabas, al galope, entre músicas y versos,
en ese mundo de las almas, duro,
dolorido y enfermo.

Una silla solitaria,
lámparas de luceros;
hombres huraños y ásperos que llegan
huyendo del demonio que monta un potro negro,
de la montaña negra del pecado,
y se quedan, callados, a lo lejos.
Un montañés que cae, como un roble de
rodillas, al suelo
“Padre! he pecado mucho!...” y en un rostro brutal,
el Rostro de Cristo se va reconstruyendo.

La selva arrodillada mira la procesión de sombras.
Se ha tendido a tus plantas, a dormir, el silencio.

El río anda descalzo,
ha forrado sus cascos a su caballo el viento.

Y alza la frente el mundo
—contenido el aliento—
para oír esa voz que habla en voz baja
y oyen solo la noche y el silencio.

El descanso en la choza
adornada con flores y chales domingueros:
debajo de la cama,
los cuyes con sus dientes menudos se comen el silencio.

Me han pedido que fuera en busca de tu nombre
que anda aún galopando en los senderos:
ahí está en la nostalgia del indio,
en la música monótona del negro,
en el alma de aquel que huyó hacia el monte
por no encontrarse con tu amor, y luego
volvió llorando a confesarte:
¡Padre! no puedo..
En las almas que, al filo de la noche,
encontraron la paz sobre tu pecho.

CLAUSTRO DE SAN FRANCISCO

Un surtidor de oro
que salta hasta los cielos
desde el brocal del pozo
hecho de piedra gris y de silencio,

mientras el claustro entre los arcos claros
va fluyendo
un surtidor callado de frescura
para el alma y el cuerpo.

Entre las manos juntas de los arcos,
arrodillado en los ladrillos viejos,
canta maitines
el viento.

Y mi alma se pasea silenciosa,
olvidada del cuerpo,
arrullada por vagas armonías
y rumores eternos.

La voz de una campana
pasa brincando en el jardín desierto,
y los arcos de piedra, silenciosos,
la miran sonriendo.

Abren dulces misterios al que llega
del mundo sordo y ciego
las pupilas extáticas del claustro,
su oído atento a músicas del cielo.

¿Es el cielo que llena de armonías
este hondo silencio,
o es el claustro callado que contagia
su dulce paz al cielo?

LUCIÉRNAGA

Sí. Yo sé que soy solo
errabunda luciérnaga.

Cuerpo pequeño y gris de insecto insomne
que, a ratos por la tierra
lentamente
marcha arrastrándose, y a ratos vuela.
Mitad sombra, y mitad
intermitente luz que parpadea.

Sí. Yo sé que me has puesto
en la tierra sin sendas, en la selva,
para ir adivinando los caminos
para otros que también vienen a ciegas.

Sí. Yo sé que mi luz es poca cosa
y que es débil y trémula.
Pero que es luz. Y que la enciende
tu mano cada noche de nuestra noche llena.

Y sé que un día mi mitad de sombra
se ha de podrir...Mi sombra! Sólo sombra, y muerta!

Y mi mitad de luz? Esta que alumbra
y vuela?

Hacia tu luz total se habrá volado
—quemadas las cadenas—,
ella, pequeño ángel
salpicado de tierra.

Bajo un árbol sonoro
—así quisiera—
estarán solos mis lamidos huesos,
mi lisa calavera

(toda oídos
hacia el grito triunfal de las trompetas).

Parpadearán sobre ellos
lucecillas trémulas.
Las prenderá tu mano por las noches
para que más hermanos vean

el misterio del alma que mira desde lejos,
de los huesos que sueñan en la tierra.

Yo sé que un ángel juntará ese polvo
para hacer una estrella.
Una pequeña estrella. Humilde
porque canta a tu mano que la incendia,
porque recuerda el polvo, y porque mira
a sus hermanos qué allá abajo esperan.

Polvo de huesos — y alas—
que sueña en ser estrella.
Sí. Yo sé que soy solo
errabunda luciérnaga.

EL PEQUEÑO MENDIGO

—¿Quién llama en la alta noche?
—El pequeño mendigo.
El que no tiene techo,
pan, ni abrigo.

El que tiene tan sólo
sus grandes ojos,
y los pies lastimados
por los abrojos.

En la noche sin techo
lo halló el rocío,
lo mordieron los perros,
lo mordió el frío.

Los que no tienen hambre
le ofrecieron abrigo,
sus voces le dijeron:
amigo.

No quise. Y a tu puerta,
Jesús, te digo:
tiene hambre
el pequeño mendigo.

HALLÉ EN TUS OJOS

Hallé en tus ojos hoy, acurrucada,
tu alma de niña, con temblor, y frío.

A su llamada ha vuelto
mi alma de niño,
huido del rumor de las palabras
en los salones, fríos
para oír, en la punta de los árboles,
la música de vientos y de trinos;
huido a veces de los compañeros
junto al río,
para mirar, sin ver, sobre las aguas
flotar su dulce sueño nunca visto.

Que conversaba solo con las cosas
y les prestaba oído,
y sonreía, entre sus juegos, solo
a invisibles amigos,

y era dueño de este mundo,
sin haberlo nunca pedido.

Ya probarán tus labios
de la vida las hieles y el vacío,
y tus pupilas solas
ya probarán cuchillos del olvido.

Y entonces... como al árbol de miel y oro
llega la piedra que tiró algún niño,
llegue hasta el árbol solo de mi vida
el niño en tus pupilas escondido,
y lance, en busca de la miel sincera,
—piedra celeste y diáfana— su grito.

SOLEDAD

He venido a comerme
mi soledad y un poco de pan negro.
Sólo el campo
es solo y triste, acogedor y abierto.
Basta este trozo verde
con sombra y con quietud, para mi cuerpo;
sólo para mis ojos
no bastará ni este horizonte inmenso.

Alzo los ojos y descubro absorto
que aquí es más grande el cielo
y más triste y azul.. ¿serán mis ojos
que hacen hoy triste todo lo que veo?

Tú has hecho que creciera aquí este árbol
tan alto y recto,
para, que me acaricie con su sombra
y con sus manos mudas muestre el cielo.

Si mi madre me viera así, comiendo
como un niño sin techo
este poco de pan con este poco
de soledad, de frío y de silencio,
pensaría: ¿se ha vuelto loco mi hijo?

Pero si me mirara desde lejos
los ojos, pensaría:
Dios bendiga tu amor y tu pan negro,
me besaría las pupilas tristes
y me diría: ¿qué mejores techos
que mi recuerdo y la callada sombra
de este árbol de Dios que mira al cielo?

10 CARTAS

(A Pepe Bucheli)

Pepe,
ya podemos conversar en paz unas momentos.
He llorado junto a la montaña blanca
que cubrió tu cajón negro:
él ya no estará aquí mañana,
pero estará —como si tú estuvieras— tu recuerdo.

Las cosas en tu casa tienen
un crespón negro,
y algo como una sombra y una luz:
algo impalpable y cierto.

¿Los tuyos? Unidos como siempre, más que siempre
que el dolor es el lazo más estrecho.

¿Alice? Como tú la querías en estas horas duras:
la abeja del dolor labrando miel, adentro.

Pepito está esperando
su tren eléctrico:
¿por qué no se lo mandas
para esta otra Navidad, del cielo?

Porque, —tú ya lo sabes, Pepe—
solo eso es lo bueno:
que la agonía es sólo un aleteo a oscuras
hacia un feliz deslumbramiento,
hacia ese mundo que nos abrió Cristo
con su Rostro escupido, abofeteado y muerto:

El te besó la herida de la frente
y te abrió, para siempre, la herida de su pecho.

Van a durar más días estos nardos
porque cayeron muchas lágrimas en ellos:
y las de esa viejita —¿la recuerdas?—
que cogía tu pan con tan dulce respeto;

las del mocosos al que en la Noche Buena diste
los últimos caramelos.

Te vamos a ayudar para que pronto subas
la azul pendiente áspera del cielo:

resultarás un angelón grandote,
trabajador, risueño:
te harás muchos amigos
en el cielo.

Cuéntale a Dios, entonces, de estas cosas
que tenemos aún acá en el suelo:
que no nos falte el pan, y sobre todo
su paz, su amor; y estén sus suaves dedos
posando en la cabeza alborotada
de tus pequeños; y que en la Noche Buena
te permita, en secreto,
sentarte a la puerta de tu casa a repartir a los mocosos solos
unos celestes caramelos.

MARTHA

Dios anda esculpiendo en este mundo
—y no sabemos— misteriosas estatuas.

Dio un último toque,
se retiró dos pasos, con la vista entornada,
dijo: “ya está”. Cerró el taller y encomendó a los ángeles
la estatua blanca.

¿Para qué más? Aún tenías
ese sutil encanto de la infancia
que en una nube —que no ven los grandes—
sin saber cómo, cabalga.
Y de la adolescencia, en el oído
el mar sonoro: azul, rumor, distancia.
Del botón y la rosa
en la frontera exacta.

Te estoy viendo en el esbozo blanco y leve
de esa Virgen de Fátima
para la que posaste un día —¿lo recuerdas?—
un velo blanco en torno de tu cara.

Y comprendo por qué
Dios esperaba
que llegara ese instante en que tu vida
fuera ya exactamente esta figura blanca,
esta belleza esquiva,
pura y nostálgica,
para poner, con el dolor, el toque
que el artista de aquí nunca acertara.

A MARIA

(A María Bucheli de Suárez)

Mirando mi sotana
¿te acuerdas de tu afán de pulcritud?:
yo no miro mi alma,
ahora la miras tú
me acerco: en la cama vacía
una sonrisa ausente de dulzura y bondad:
colmena —ahora sin abejas—
de eternidad.

Ya no están las manos de dolor que hicieron
esa aureola de amor
para tu frente pálida
desde hace tanto tiempo besada de Dios.

Ya no tus negros azores
que entre sus garras finas aprisionaban la luz
—más que esta luz pequeña y reflejada,
la otra, más allá de un invisible azul—.

Ya no la rosa de tus labios dormida
en el beso de la Cruz:
sólo la esencia intacta de dulzura
que eras tú.

¡Cómo te habrá recibido allá arriba
mi dulce viejecita que tanto te amó:
qué charlas íntimas —mirando hacia la tierra—
tendréis las dos!

En tu cama vacía
nunca habrá para mí
sino la sombra azul de tu sonrisa
que me enseñaba alegremente a vivir y a morir:

a ella —pozo con estrellas—
ha de volver a buscar mi corazón
el agua de la dulzura verdadera
cuando esté por hacerse amargo mi dolor.

A GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE

Para hacer la locura de escribirte,
esperé las estrellas:
sus cabezas curiosas
al borde de mi mesa;
y que el silencio entrara
por mi ventana abierta
con su carga: recuerdos,
esperanzas, tristezas...
¿No leen allá arriba nuestra ansiosa
dolorida miseria
sólo en cartas escritas a la lumbre
de las mismas estrellas?

Gabriel, ¿por qué te has muerto
cuando ¡el mundo es así: una tapa negra
que nos roba la azul altura límpida
y hacen falta rendijas para verla?

Y tú eras eso: una rendija humilde
de inquietudes y atisbos, que en la negra
inmensidad, unas divinas manos
dejaron entreabierta.

En esta hora de envidias,
Gabriel, qué falta tus palabras buenas
que en el mar de las almas
hundían su sonrisa y su tristeza
por ver si al fondo hallaban, algún día,
una mínima perla!

Para ver este mundo del que ha sido
desterrada la luz que atisba y sueña,
¡qué falta tu mirada
de niño y de poeta!

Ahora ya sabes
por qué la noche es misteriosa y bella,
por qué en la amarga lágrima del hombre
hay una luz secreta,
por qué sabe a incurable
nostalgia de otro mundo la tristeza.

¿Cómo es allá, Gabriel? ¿Sigue creciendo
para saciarse, esta hambre de belleza?

¿Se ve cómo abre el alba
sus pálidos cristales en la tierra?

Yo pienso que el Señor, por darles gusto
a tus ingenuas ansias de belleza,
te ha de poner allá a ayudarlo al Ángel
que pinta auroras y que enciende estrellas.

¡Adiós, Gabriel! ¿Te acordarás arriba
—en tu mañana eterna—
de esta noche sola en el desierto
sin sendas?

Adiós. Adiós, Gabriel, dile a la Virgen
que no me deje solo en esta tierra
¡y que me baje, hasta mi paso oscuro,
la luz lejana y alta de su Estrella!

A ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE

Yo quisiera poner en tu sepulcro,
como en las viejas tumbas de antes,
una inscripción alegre: “Alfonso
Méndez Plancarte
esperó en el Señor ayer: ahora
tan fuerte ya lo tiene que no hay quien lo separe”.

¡Alfonso, cuánta falta
vas a hacer! en ese arte
tan tuyo, de entender, más que ellos mismos,
a los poetas, esos niños grandes,
y a los que dudan, esos niños tristes,
¿quién podrá reemplazarte?

Pero tú eres feliz, porque la muerte
te dejó que aprestaras tu equipaje
—equipaje de sombra: vaciar todo
para dejar el alma sobre el aire—
y te fueras con gusto
a nuestra Casa grande.

Eres feliz,
infinitamente feliz, porque ya sabes
cómo es esa belleza
de Dios que se hizo carne,
cuya presencia, aunque escondida, vuelve
esta tierra habitable.

Todo lo que en la tierra averiguamos
penosamente —el átomo y el ángel—,
¡de una sola mirada
en la cara de Cristo, ya lo sabes!
Y sabes el amor.
¿Para qué más? Distante
de nuestras sombras mínimas de tierra,
háblale de nuestra alma, que aún no sabe,
que, entreviéndolo apenas entre sombras,
se siente miserable.

A ALEJANDRO SUÁREZ P.

Todavía tenías en las manos
como un juguete azul, la infancia.
Tus grandes ojos negros, dos ensueños
que miraban
dulces misterios, tras la reja negra
de las largas pestañas;
y sonreída, sin saber el ceño
triste del mal, el alma.

Llegabas, de puntillas,
a ser la luz y el canto de la casa,
sin ruido,
como una suave música lejana.

Pero el misterio de tus ojos negros
como un secreto tímido encerraba
como una sombra de alas, un reflejo
de divina nostalgia.

Al llamarte la sangre adolescente
alzaste las pupilas asombradas;
con el juguete azul entre las manos
quedaste viendo una visión lejana...

Y de la adolescencia que, si enciende,
ay, cuántas veces mancha,
sólo quisiste un par de alas abiertas,
trémulas y blancas.

Y a la gran aventura, a la conquista
de la torre de Dios, alta y lejana,
te fuiste: entre las manos el juguete
de la infancia,
y las adolescentes alas trémulas
y blancas,
tu nostalgia divina
y tu dulce sonrisa desterrada.

De la gran aventura
victoriosa y lejana,
sólo el despojo aquí:
en tu sonrisa ahora más blanca.

Dicen que ver la muerte causa miedo.
Será la muerte; mas la sombra de alas
sobre tus ojos, hoy más negros y hondos,
y tu sonrisa dulce de nostalgia
y tus manos cruzadas, apretando
el intacto juguete de la infancia,
y ese beso de Dios que se ha quedado
sobre tu boca pálida,
yo me quedara viendo, con asombro
sin fin, como el que abre una ventana
sobre la noche
para mirar el alba.

A JOHN KENNEDY

Mister John,
me alegro de haberte ahora conocido
(mister John ya no está en la Casa Blanca
con el vaquero Lyndon:
está en la Casa del Padre,
en los ojos azules un asombro infinito,
rodeado por un grupo bullicioso
de ángeles niños
que le asedian a preguntas, sobre el Cañón del Colorado,

los rascacielos, los gringos,
Jacqueline, el pequeño John, Carolina,
los campeonatos de Base Ball, Harlem, los negritos chiquitos:
mister John sonrío, y de vez en cuando se asoma a la rendija de la
puerta
por ver si alcanza a divisar los Estados Unidos.

Para poder hablarte así, con confianza,
habría sido tan difícil cuando estabas aquí mismo:
hubiera tenido tal vez que pasar entre dos filas de Infantes de Marina,
no hubiera sabido a quién pedir el permiso,
si al Departamento de Estado
o al Pentágono, y me hubiera hecho un lío.

En cambio, así es tan fácil
y sencillo,
sentarse en el suelo de las nubes
del otro lado de la puerta del Paraíso.

Lo de los funerales ya lo habrás escuchado
porque todas las estaciones del mundo han transmitido.
Pero hay otra cosa mejor: muchas gentes
que nunca te habían visto
han llorado como si hubiera muerto su padre
o su hijo.

Han llorado pensando en el instante
en que —con la cabeza destrozada y un rumor lejano en el oído
en él pasabas de las manos de tu esposa—
a las manos de la Virgen, como un gran niño dormido.

Todos los hombres del mundo
se han visto a sí mismos —a su yo mejor y más íntimo—
en tu sonrisa, en tus cabellos de color de roble
en tu deajo, entre marcial y desgairado, de marino;
en el gesto tranquilo por el que, con el mismo lápiz
con que escribías las notas para el Consejo de Ministros,
dirigías, feliz, -la sinfonía de los primeros pasos
del pequeño John (que ahora te saluda, cuadrándose, rígido).

Tú has sabido el secreto
de ser el hombre al que el mundo ha querido
como un hermano lejano
al que nunca se ha visto.

Ya tienes una estatua
en el corazón de los niños,
en el de las multitudes que buscaban tu mano
siempre abierta, como un ancho camino.

Pero cuando te erijan una estatua,
que la hagan de granito, y la pongan muy alto, sobre el más alto pico
que quede junto al mar
—entre dos infinitos—
para que sigas soñando en un mundo fraterno
y se posen las gaviotas sobre tus hombros de granito
—pañuelos llegados desde lejos,
mensaje del mundo que te llamará siempre amigo.

BODAS DE PLATA

“¿Te acuerdas?...” así comenzaba una carta
al año de tu partida.

Ahora, después de seis años
tu memoria está en mí más despierta y más viva,
y tiene sangre fresca
la antigua herida.

De la vieja casa que fue nuestra
—con las ventanas curiosas de nuestras pupilas,
enladrillada de recuerdos
y con el techo loco de nuestras alegrías—
sólo queda esta grada: por ella baja mi infancia
montada en la barandilla.

Ni el jardín, ni la huerta. Detrás de un muro nuevo
el pasado, sin rostro, me mira.

Sentémonos aquí los dos
poniéndole un pretexto a la inquilina.

Después, me iré de nuevo a la calle,
llevándome en la frente, como una luz, tu sonrisa.

Me han dicho cosas muy hermosas
y demasiado buenas estos días
(te acordabas que hoy cumplo las bodas de plata
de mi primera Misa?).
Pero nada podrá reemplazar nunca
la misteriosa dulzura de tu triste sonrisa
y tus palabras que no mienten:
“no te creerás, mi Curita..”

Cógeme bien la mano con tu mano morena
y déjame en ella tu eterna caricia.

Después me iré de nuevo, como un extraño:
porque casa sin tus flores, tus plantas, tu sonrisa
y el trajinar incesante de tus pasos menudos,
ya no es casa mía.

Voy a armar tu recuerdo al aire libre,
bajo la azul mirada de la Providencia Divina
y bajo el sol y la lluvia
sobre la orfandad de mi vida.

RIO CACHI ACO

Cuánto tiempo había estado
el corazón sin luz, cerrado y frío,
sin tener nada tan abierto y ancho
y tan hondo y sencillo
como este estar a solas, de rodillas,
en la piedra del río.

Viendo la erecta lentitud del bosque,
sin ansias de subir, sin paroxismos,
dándose tiempo para largos éxtasis
ante el cielo y el río.

Viendo las piedras que en mitad del agua
se han detenido
ante el encanto virgen de la selva
antes de ir rodando a su destino.

¿Por qué tan sólo el hombre
corre sin paz, donde no sabe él mismo,
sin darse nunca tiempo para el éxtasis,
si en todas partes estás Tú, Dios mío?

¡Que me dieras, Señor, todos los días
el rostro fresco y limpio
de esta mañana a solas, de rodillas
en la piedra del río!

CASCADA INES MARIA

Frágil nombre de espuma que sonrío
en la negrura del peñón arisco.

Llega cantando
el coro blanco y tímido del río.

Y entre la sombra triste de las piedras,
y el hosco precipicio,
y la angustia del cielo
y el aire suspendido,

rompe el cristal medroso del silencio
un grito:
coro de voces límpidas que estallan
en horror infinito,
grito en que vuelan las gargantas rotas
al negro abismo,

y sólo queda un coro blanco de ángeles
cantando en el vacío.

CAYAMBE

Quieta hilera de lanzas
altas, verdes, desnudas,
para guardar el sueño
de una legión de arcángeles dormidos.

Vagas sombras esquían
en la pista incendiada de blancura.

Un translúcido azul y un gran silencio
acuerdan, con su música
con el canto sagrado de la cumbre.

Al filo misterioso de la tarde
sobre la cumbre blanca se detiene
el breve beso de oro del crepúsculo.

Frente a las lanzas mudas de la noche,
arcángeles dormidos
se van quedando, bajo un cielo triste
con un color de sueño y de nostalgia.

4 TIEMPOS

La mañana ha olvidado
trozos pequeños de cielo
secándose en la hierba.

La tarde duerme la siesta
en los ojos de las vacas tendidas
en una lenta sinfonía verde.

El crepúsculo
con un poncho blanco de nubes
afilas sus cuchillos
sobre las rocas negras del monte.

¿Quién diría
que ha de llegar la noche?

Si no fuera
porque es demasiado clara
la luz, y demasiado bellos
las flores, el agua, el cielo
para durar mucho tiempo;

y una belleza profunda
aguarda, quieta, su turno;

y porque el silencio espera,
sentado en el umbral impreciso
de la tarde.

YO TE BENDIGO

Mi Padre Dios, yo te bendigo
en el fugaz diamante y la canción del río,
en el polvo de oro de las mariposas,
la musical saeta de los pájaros
y la flecha de plata de los peces;
en el éxtasis verde de la selva
que no se cansa de mirar arriba,
en el azul silencio de los cielos,
y en la noche total, que anda buscándote
con mínimas linternas de cocuyos.

LA TARDE VA LLEGANDO

La tarde va llegando
en la velada voz del río,
en las alas cansadas de los pájaros,
en la azul soledad de las montañas,
en los retazos lentos de neblina
que cubren a los árboles cansados de vivir de pie;

en el silencio
que viene solo por el camino abandonado;
en esta especie de nostalgia
con que los ojos verdes de la selva
miran las transparencias últimas del cielo;

en mi alma que ya sabe
dónde te puedo hallar mejor, Dios mío:
en la azul soledad de la montaña
a la que va el silencio por el camino solo.

MISA EN LA MONTAÑA

Entraré al altar de Dios...
más que nunca, Señor, sobrecogido
en este templo verde de cien naves
con la cúpula azul del infinito.

Donde es mínima vela —para un viaje
fugaz y ardiente hacia lo eterno— el lino,
y la humilde blancura de la Hostia
y la blancura herida de los cirios.

Todo en el monte se ha quedado en éxtasis:
la música lejana de los grillos,
la voz extraña y honda de la selva,
de la cascada el grito suspendido:

saben que estás aquí, te han descubierto
sobre el desnudo altar sus ojos limpios.

En torno, la montaña arrodillada,
y está sonando el órgano del río.

El viento está arrullando dos silencios:
mi mudo asombro y tu callar divino.

Y mientras te alza, trémula,
mi mano al infinito,
suena el extraño canto de los árboles
que el viento ha estremecido,
y levanta la selva su murmullo
de adoración feliz, porque has venido...

Y lleva al mar este temblor de gloria
el órgano del río.

ADVIENTO

En la noche violeta
se ha quedado mi alma
en su ventana sola,
desvelada.

Desde el fondo del pozo
una estrella callada
mira al cielo lejano,
abismada.

Música de la noche,
misteriosa y lejana
hace sangrar el aire
con sus flautas.

Llegan —de siglos— voces
que cantan y que llaman
la lluvia de divina
madrugada.

En el sueño del niño,
en la pena callada
de la mujer que esconde
sus lágrimas;

en el humo que sube
desde la boca amarga
—las manos, de despecho
apretadas—,

en la noche, como una
canción de angustia y ansia,
pulsa la misma eterna
esperanza.

El hombre fatigado,
la tierra desvelada
murmuran: ven, Señor...
¡maran hata!

HERMANO POBRE

Hermano, hermano pobre, yo me acerco a tí con miedo:
no el miedo de que ensucie mis manos tu pobreza
sino el miedo con que nos acercamos a un misterio,
porque tú eres un misterio desconocido
y un doloroso sacramento.

Desde hace dos mil años
Cristo está en ti, en tus labios hambrientos
y en tu alma humillada,
con presencia real, en tabernáculo abierto:
y mientras lo tragamos bajo las especies eucarísticas,
no queremos comerlo
bajo las especies doloridas de tus llagas,
bajo los blancos velos
de tu rostro pálido de hambre,
adelgazado, como una hostia, por el sufrimiento.

Decimos con los labios: “bienaventurados
los pobres y los mansos...” pero, no, no es cierto:
nos arrodillamos ante los poderosos de la tierra
y ante los violentos,
y sólo para hablarte a ti nos ponemos de pie,
¡oh Cristo escondido en un doloroso misterio!

Por eso hoy quisiera
abrir los ojos ciegos
y dejar en tus manos —con las llagas de Cristo invisibles—
mejor que un pan, un beso,
y comer, en esa otra Eucaristía
velada de fatiga, polvo y sueño,
al Cristo que nos mira desde tus ojos tristes
y nos habla en la voz de tu hondo silencio.

ESTAMPAS

Me siento en este umbral en tu presencia
ahora que estoy solo y tengo tiempo,
y voy sacando, uno por uno,
del corazón los recuerdos,
como el chico que saca del bolsillo sus estampas
y las va ordenando en el suelo.

Y ahí estás tú siempre: está tu nombre
escrito con mi dedo
torpe de niño,
y con mi corazón de adolescente, trémulo:
con tierra, con música, con lágrimas,
con luceros.

Y mientras voy guardando mis estampas, te veo,

y pienso en el presente, en esta angustia
del mundo que tiene todo, y tiene miedo;
con sus juguetes de cuerda que lanza hacia la luna,

y la muerte que juega entre sus dedos;
soñando en hombres raros de otros mundos,
y sembrando, para los de este propio suelo,
una siembra maldita de amargura, de odio, de recelo.

Y pienso en los de abajo:
la mujer del obrero
que lava en el río su propia soledad y las ropas ajenas;
el limpiabotas huérfano
que guarda en el cajón, junto a la bacerola,
dolorosos recuerdos;
la muchachita tísica
sin novio, sin fiestas y sin sueños:
estos pobres que pagan en su carne
todos los egoísmos ciegos.

Y te ofrezco mis manos
para rogar por ellos:
pongo mis manos rudas y manchadas
junto a tus manos puras: finos dedos

—las solas flechas
que al Corazón de Dios llegan derecho—.

Sentado aquí, como el muchacho pobre
que conversa en la noche con su madre junto al fuego,
yo me siento más cerca de ti, mi dulce Madre,
y más cerca de ellos.

INSPIRACIÓN

Inspiración que viene
cuando el alma ni sabe ni la llama.

Que nos saca la lengua
como una niña malcriada.

O nos besa la frente,
nos ve con una cara iluminada;

nos hace ver el paraíso oculto
quién sabe por qué velo a la mirada;

nos trae desde el cielo
pedazos de palabras.

O... nos alza los hombros
y se va, sin decir una palabra.

PARA EL OFERTORIO DE MI MISA DE MAÑANA

Señor, ¿te acuerdas de mi amigo, tan alegre y valiente,
que murió en Suiza frente a los lagos y las blancas montañas?

La tisis le había afinado el rostro,
pero sobre todo le había hecho el alma vibrante como un arpa.

El gusano que le roía adentro era ya su amigo
—una especie de escultor escondido que le estaba haciendosu
estatua—.

Oyéndolo, había sentido bajar sobre su espíritu una paz profunda
como la nieve que bajo su aparente mortaja
guarda la palpitación profunda de la tierra
y la promesa de las flores y las ramas
llenas de nidos y canciones
y las lentas carretas llenas de espigas doradas.

Nos sentábamos al borde de su lecho
—antes de que se fuera a la montaña—
y comíamos juntos un racimo
de uvas y palabras:
de palabras alegres
que parecían cantar sobre su boca pálida
y llenarse de la luz de sus pupilas
que se perdían en una visión más bella y más lejana
y cuando volvían a encontrarse con mis ojos
traían un poco de nostalgia.

Su soledad se llenaba mansamente
de tu presencia amada
y su largo silencio
de la luz musical de tu palabra,
como desborda el cántaro vacío
dejado solo en la vertiente azul de la montaña.

Quiero sentarme al borde del lecho
de todos mis hermanos tísicos: poner sobre la colcha blanca
mi cabeza negra y mis manos morenas;
comer con ellos un racimo de uvas y de alegres palabras
amasadas de paz y de valor, que canten
sobre sus bocas pálidas;
recoger con amor y con respeto
en la palma de mis manos consagradas
su valiente oración, y llevármela conmigo
para el Ofertorio de mi Misa de mañana.

